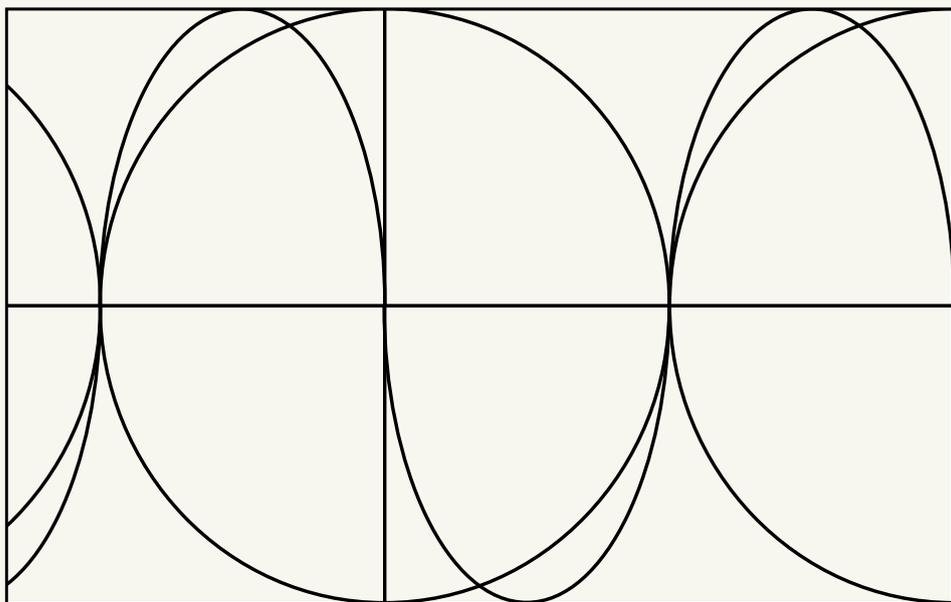


Por el equilibrio del mundo

El Nuevo Orden Económico
Internacional 1974-2024

AA.VV.



Por el equilibrio del mundo

El equilibrio del mundo / Varsha Gandikota-Nellutla ... [et al.] . -
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-900-5

1. Economía Internacional. I. Gandikota-Nellutla, Varsha II.
Batthyány, Karina, coord. III. Adler, David, coord.

CDD 300

Traducciones: Nora Bendersky, Cristina Frodden, Victoria Leighton, Susana Romaniz, Javier Guevara, Jorge Toro y María Inés Cuervo

Corrección de estilo: Juan Von Zeschau

Diseño de tapa: Gabriel Silveira

Diseño del interior y maquetado: Eleonora Silva

Por el equilibrio del mundo

El nuevo orden económico internacional

(1974-2024)

VV. AA.



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány

Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín

Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich

Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi

Producción Editorial



**INTERNACIONAL
PROGRESISTA**

Internacional Progresista

David Adler

Co-Coordinador General

Varsha Gandikota-Nellutla

Co-Coordinadora General

María Inés Cuervo

Coordinadora de Traducciones

www.progressive.international



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES
CONOCIMIENTO ABIERTO. CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital desde cualquier lugar del mundo ingresando a libreria.clacso.org

El equilibrio del mundo (Buenos Aires: CLACSO, octubre de 2024).

ISBN 978-987-813-900-5



CC BY-NC-ND 4.0

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875

<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Índice

| | |
|--|----|
| Presentación | 11 |
| <i>Karina Batthyány y David Adler</i> | |
| Introducción. El Nuevo Orden Económico Internacional..... | 13 |
| <i>Varsha Gandikota-Nellutla, David Adler y Michael Galant</i> | |
| Hacia un nuevo “momento” del NOEI..... | 17 |
| <i>Kevin Gallagher y Richard Kozul-Wright</i> | |
| Hacia una nueva arquitectura multilateral..... | 27 |
| <i>Jayati Ghosh</i> | |
| Sección 1: ¿Qué fue el NOEI? | |
| El NOEI como pasado utilizable | 37 |
| <i>Nils Gilman</i> | |
| El NOEI visto como una advertencia..... | 49 |
| <i>Christy Thornton</i> | |
| El NOEI como Ley: más allá de los Nuevos Acuerdos Verdes | 61 |
| <i>Umut Özsü</i> | |
| El NOEI contra el capitalismo racial | 71 |
| <i>Vasuki Nesiah</i> | |

| | |
|--|-----|
| El NOEI como Keynesianismo Global | 83 |
| <i>Herman Mark Schwartz</i> | |
| El NOEI en estado de insurrección permanente | 93 |
| <i>Max Ajl</i> | |
| El NOEI contra la financiarización | 99 |
| <i>Ann Pettifor</i> | |
| El NOEI desde el Norte Global..... | 107 |
| <i>Martina Marchesi</i> | |
| El NOEI como solidaridad institucionalizada | 123 |
| <i>Nicolás M. Perrone</i> | |
| <i>Selecciones</i> | |
| ¡Basta! ¡No más dependencia!..... | 133 |
| <i>Salvador Allende</i> | |
| Unidad para un Nuevo Orden | 163 |
| <i>Julius Nyerere</i> | |
| 1ª Sesión del Foro Permanente de Afrodescendientes | 177 |
| <i>Francia Márquez Mina</i> | |
| La libertad se conquista..... | 181 |
| <i>Thomas Sankara</i> | |
| Reaccionemos mundo, aún estamos a tiempo..... | 201 |
| <i>Xiomara Castro</i> | |
| Por la hermandad universal de los pueblos en armonía con la Madre Tierra..... | 207 |
| <i>Evo Morales</i> | |

Sección 2: ¿Qué será el NOEI?

| | |
|---|-----|
| Un nuevo alineamiento internacional por la supervivencia planetaria | 225 |
| <i>Ernesto Samper Pizano</i> | |
| Nuestro planeta | 231 |
| <i>Michael Franczak</i> | |
| Hacia un sistema monetario internacional multilateral..... | 243 |
| <i>Paulo L. dos Santos y Devika Dutt</i> | |
| Un bosque de Bandung..... | 257 |
| <i>Bhumika Muchhala</i> | |
| Un multilateralismo inclusivo, cooperativo y equitativo..... | 279 |
| <i>Rob Davies</i> | |
| De una pandemia a un mundo multipolar | 291 |
| <i>Lula Da Silva y Celso Amorim</i> | |
| Un futuro común para la humanidad..... | 295 |
| <i>Cheng Enfu</i> | |
| Ocho tesis para el Nuevo Orden Económico Internacional..... | 301 |
| <i>René Ramírez Gallegos</i> | |

Sección 3: Congreso de La Habana

| | |
|---|-----|
| ¡Debemos unirnos hoy para construir el mañana que anhelamos!..... | 339 |
| <i>Miguel Díaz-Canel</i> | |
| Acciones unilaterales y coordinadas desde el Sur | 343 |
| <i>Andrés Arauz</i> | |
| ¡Porque debemos hacerlo!..... | 357 |
| <i>Yanis Varoufakis</i> | |
| Un Nuevo orden económico internacional..... | 371 |
| <i>Clara Eugenia López Obregón</i> | |

| | |
|--|-----|
| La visión del Nuevo Orden Económico Internacional | 375 |
| <i>Karina Batthyány</i> | |
| ¿Cuál es la visión del Nuevo Orden Económico Internacional? | 379 |
| <i>Maité Mola</i> | |
| Un nuevo NOEI para la liberación del Caribe..... | 383 |
| <i>Denzil Douglas</i> | |
| Aportes del ALBA-TCP para la declaración del NOEI, 2024..... | 389 |
| <i>Félix Plasencia</i> | |
| Intervención en el Congreso sobre el Nuevo Orden Económico Internacional..... | 395 |
| <i>Abelardo Moreno Fernández</i> | |
| ¿Tenemos miedo de ser iguales?..... | 403 |
| <i>Rogelio Mayta</i> | |
| “Lo imposible es lo que nosotros tenemos que hacer” | 409 |
| <i>Carlos Ron</i> | |
| La policrisis y los retos de la izquierda | 415 |
| <i>Peter Mertens</i> | |
| La Declaración de La Habana sobre el Nuevo Orden Económico Internacional..... | 429 |

Presentación

Karina Batthyány y David Adler

Los capítulos de este libro giran en torno de lo que se llamó el Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI), propuesta que fue promulgada por la ONU en mayo de 1974 y que era esgrimida por los países del Sur Global -países poscoloniales de Asia y África más la inmensa mayoría de los países de América Latina-. Este Nuevo Orden exigió que se reestructuraran las condiciones económicas y financieras a favor de los países subdesarrollados o en vías de desarrollo de ese entonces y, en consecuencia, que los países del Norte dejaran de ser el centro del poder económico mundial.

Cincuenta años después, nuestro mundo sigue atravesando tiempos de intensas transformaciones, que requieren ser pensadas en sus asuntos más acuciantes: las múltiples formas en que se ejerce la violencia, el incesante aumento de la desigualdad, los daños al ambiente y a los seres que habitan la Tierra, la violación de los derechos humanos, la militarización de los territorios o el impacto de una pandemia sobre el tejido social, especialmente en sus sectores más vulnerables.

El proyecto de este volumen surge luego de la celebración en La Habana del Congreso del Cincuentenario sobre el NOE (El equilibrio del mundo, La Habana, enero de 2023), evento que reunió a destacados académicos, diplomáticos y legisladores de treinta y seis países, organizado por la Internacional Progresista (IP) y del

que CLACSO participó. En colaboración, IP y CLACSO deciden con esta publicación no solo recordar y reafirmar los principios que impulsaron a la declaración del NOEI en aquel entonces, sino analizar de manera crítica por qué estos principios siguen siendo útiles hoy en día para transformar las situaciones de injusticia y construir herramientas teóricas en un ejercicio incesante que liga la teoría con la práctica.

Los textos que componen este libro son fundamentales y vibrantes, y los históricos se revelan de suma actualidad para interpretar la complejidad de los desafíos a los que se enfrenta la humanidad. Frente a un mundo roto, el movimiento progresista debe reasumir su papel transformador a partir de la reactivación del internacionalismo, del desarrollo de un programa común global y de un plan de acción colectiva.

La alianza entre CLACSO e IP busca aportar en este sentido, recordando la actual coyuntura histórica de crisis es el resultado de un sistema mundial caracterizado por las profundas desigualdades entre el Norte y el Sur globales, y que la cooperación entre los países del Sur está llamada a resaltar su protagonismo y a cuestionar la actual estructura jerárquica mundial, en la construcción de un nuevo orden basado en la justicia, la igualdad y la paz.

Karina Batthyány
Directora Ejecutiva
CLACSO

David Adler
Coordinador General
Internacional Progresista

Introducción

El Nuevo Orden Económico Internacional

Varsha Gandikota-Nellutla, David Adler y Michael Galant

Esta no es nuestra primera policrisis.

En enero de 1975, el historiador británico Geoffrey Barraclough examinó la economía mundial y vio “un mundo poco dispuesto, preocupado por la inflación y el creciente desempleo... enfrentado de repente a las cuestiones conjuntas de la alimentación y la energía”. Si las cuestiones específicas del hambre, la energía y la presión inflacionista suenan familiares, también lo hará su aterradora combinación:

La crisis que se avecina tiene tantas facetas, tantas ramificaciones entrelazadas, cada una de las cuales reacciona sobre la otra, hasta que al final parece que estamos atrapados en una situación que se deteriora sin que haya una solución evidente a la vista.

Hoy, los pilares del orden económico internacional se agrietan a medida que las placas tectónicas de la geopolítica mundial se desplazan bajo ellos. “El mundo está entre órdenes; está a la deriva”, escribió el diplomático indio Shivshankar Menon en agosto. También entonces los conflictos globales por el territorio, los recursos y el sistema monetario generaron una profunda incertidumbre sobre la forma del mundo que vendría. Estábamos, en la policrisis de los años setenta, “esperando un nuevo orden”.

Los pueblos del Sur Global no se limitaron a esperar a que las “grandes potencias” reordenaran el mundo a su alrededor. En Acra, Argel y Hanoi, dirigieron valientes luchas de liberación nacional. En Bandung, El Cairo y Dakar, formaron un movimiento no alineado para promover los principios de paz, soberanía y coexistencia. Y en Nueva York, propusieron una visión de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI), y consiguieron una Declaración de la ONU para su establecimiento.

El NOEI abordó las fuentes mismas de la policrisis a la que nos enfrentamos hoy. El costo elevado de los alimentos: el NOEI ordenó una acción global contra la escasez de alimentos, medidas concretas para permitir a los países importar alimentos sin agotar las divisas, y la garantía de un acceso global a fertilizantes productivos. La gravedad de la deuda soberana: el NOEI llamó a la cancelación de las deudas históricas, a la emisión de nuevos Derechos Especiales de Giro del FMI y a la ampliación de la financiación del desarrollo sin condiciones y en condiciones favorables. El dominio de los recursos naturales: contra la extracción extranjera de petróleo, metales y minerales, el NOEI declaró “la plena soberanía permanente de cada Estado sobre sus recursos naturales”. La concentración de tecnología crítica: contra el acaparamiento de la propiedad intelectual, el NOEI exigió la transferencia de tecnología al Tercer Mundo, y nuevas instituciones para facilitar “la cooperación internacional en investigación y desarrollo”.

La policrisis actual tiene un acelerador adicional: un clima que cambia rápidamente. Las sequías, las inundaciones y los huracanes amplifican las crisis adyacentes y agudizan los conflictos entre pueblos y naciones. Sin embargo, se requiere una nueva respuesta a las mismas viejas preguntas de la policrisis anterior: ¿cuáles son las instituciones que debemos construir? ¿Cómo podemos arrebatar los recursos a los antiguos amos? ¿Y cómo debemos distribuir los recursos entre los pueblos y naciones del mundo?

Las respuestas a estas preguntas aparecen hoy con más fuerza y frecuencia. En el momento más crítico de la pandemia del

Covid-19, se llamó a suspender las protecciones de la propiedad intelectual que favorecían las ganancias farmacéuticas por encima de las vidas humanas. En la Asamblea General de la ONU, en septiembre, una invitación a cancelar la deuda del Sur a cambio de la acción climática –en palabras del colombiano Gustavo Petro–, a “cambiar deuda por vida”. Y en las negociaciones de la COP27 en Egipto, una propuesta de facilidades por pérdidas y daños para compensar a los países del Sur por la destrucción provocada por una crisis climática de la que tienen poca culpa.

Nuestra tarea hoy es unir estas propuestas y revivir el espíritu que impulsó el NOEI hace cinco décadas. ¿Cuál es la visión común para afrontar la policrisis actual? ¿Cuál es el plan para ganarla? ¿Cuál es el Nuevo Orden Económico Internacional para el siglo XXI?

Hoy, la Internacional Progresista inicia un nuevo proceso global que llama a académicxs, legisladorxs y representantes políticxs de todo el mundo a responder a estas preguntas, a aprender de los éxitos y las deficiencias del NOEI de entonces y a renovar su espíritu con motivo de su 50° aniversario.

El antiguo NOEI fracasó. El auge de las materias primas se tambaleó, la deuda soberana explotó y la unidad de las naciones que construyeron el NOEI se fragmentó. La década que siguió fue una pérdida para el Sur Global y una victoria para los Estados Unidos en la reafirmación de su poder unilateral. Pero su visión no murió, inspirando a las generaciones siguientes a mantener viva la llama de la solidaridad del Sur.

Hoy no podemos permitirnos el lujo de fracasar. Renovar el NOEI no es solo una cuestión de justicia social. En la era de la escalada de la crisis climática, es una necesidad de supervivencia. Convocamos este proceso con ese espíritu de urgencia, creatividad y solidaridad. El mundo está entre órdenes. Nuestra tarea es construir el que viene después, en nombre de la paz, la soberanía y la convivencia próspera.

Hacia un nuevo “momento” del NOEI

Kevin Gallagher y Richard Kozul-Wright

Recordando su desarrollo

Las negociaciones de Bretton Woods se describen generalmente como un acontecimiento “anglo-americano” en el que los principales funcionarios de los Estados Unidos y del Reino Unido –Harry Dexter White y John Maynard Keynes, respectivamente– organizaron un traspaso hegemónico de poder y diseñaron un nuevo conjunto de normas mundiales, centradas en la primacía del dólar estadounidense. Esto ayudó a evitar que se volviera al caos económico de los años de entreguerras, pero contribuyó poco para satisfacer las necesidades y los intereses del grueso de la población mundial en los países en desarrollo.

Sin duda, hay mucho de verdad en esta descripción. Sin embargo, más de la mitad de los gobiernos invitados a Bretton Woods pertenecían a regiones en desarrollo. Además, si bien Estados Unidos promovió sus propios intereses económicos y políticos estratégicos en Bretton Woods, una visión internacionalista surgida del *New Deal*, forjada en los años anteriores a la conferencia, especialmente en lo referente a las relaciones con América Latina, permitió un diálogo multilateral más inclusivo que al menos reconocía un lugar para todos los países participantes en los debates de la conferencia.

Los funcionarios de América Latina, China (la segunda delegación más numerosa de la conferencia) e India (cuya delegación estaba dividida por igual entre funcionarios británicos e indios debido a su estatus colonial) participaron activamente en los debates. Los países en desarrollo estuvieron de acuerdo con los objetivos generales de la conferencia de respaldar regímenes monetarios controlados y conceder préstamos a corto plazo para hacer frente a las dificultades de las balanzas de pagos. Muchos de ellos también vieron la oportunidad de construir un régimen financiero internacional que fuera más favorable al desarrollo, que se adaptara a las necesidades especiales de los exportadores de productos básicos y respaldara sus esfuerzos por elevar el nivel de vida mediante una iniciativa de industrialización dirigida por el Estado. Sin embargo, durante las negociaciones también se hicieron visibles las incipientes líneas Norte-Sur, con fuertes diferencias en torno a si la financiación a largo plazo debía ser privada o pública, y a la importancia relativa concedida a la reconstrucción en contraposición al desarrollo.

La renuncia a estas dimensiones más desarrollistas de las negociaciones de Bretton Woods comenzó poco después de la muerte de Roosevelt en abril de 1945, a medida que las posturas de la política exterior se orientaban siguiendo las líneas de la Guerra Fría, y los intereses empresariales, especialmente los del sector financiero, se oponían a la coalición del *New Deal* en Estados Unidos. En la década del cincuenta se observaron nuevos retrocesos respecto a un programa de desarrollo multilateral más integrador. Truman en su discurso inaugural en 1949 hizo hincapié en el papel del capital privado en la promoción del desarrollo, lo que reforzó el giro del propio Banco Mundial, que pasó a centrarse en reformas domésticas para atraer capital privado y a apartarse de la ayuda pública internacional a los programas de desarrollo dirigidos por el Estado. Estados Unidos, junto con otros países desarrollados, también se opuso a las iniciativas de los países en desarrollo en las Naciones Unidas para ampliar su alcance respecto de la financiación

del desarrollo, bloqueando una propuesta para crear un Fondo Especial de las Naciones Unidas para el Desarrollo Económico que ofreciera préstamos en condiciones favorables a largo plazo a los países en desarrollo, a pesar de que la Asamblea General votó a favor.

A medida que la década del cincuenta llegaba a su fin, y cada vez más países en desarrollo conseguían su independencia política, se hicieron más evidentes aún las limitaciones a sus ambiciones de desarrollo derivadas de un orden económico internacional desequilibrado. En 1962, 36 países en desarrollo de todas las regiones del mundo organizaron una conferencia en El Cairo para debatir sus retos económicos comunes. La reunión concluyó con un llamamiento para convocar una Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD). Esta iniciativa fue posteriormente promovida por la Asamblea General de las Naciones Unidas.

El NOEI

La primera conferencia de la UNCTAD, celebrada en 1964 y dirigida por el economista argentino Raúl Prebisch, proporcionó algunos elementos programáticos fundamentales que los países en desarrollo aplicarían en los años siguientes: abordar las pérdidas en la relación de intercambio de los exportadores primarios mediante acuerdos sobre productos básicos o financiación compensatoria; garantizar una financiación asequible y fiable para el desarrollo; y promover una estrategia sustentable orientada a la exportación para los países en desarrollo que produjeran bienes manufacturados destinados a los mercados de los países desarrollados.

El informe de Prebisch a la Conferencia abordaba todas estas cuestiones basándose en tres premisas esenciales: la necesidad de industrialización, la necesidad de contrarrestar los desequilibrios externos y las fuerzas que los generan, y la necesidad de aplicar

un trato diferente a economías estructuralmente diferentes (UNCTAD, 1964). Pero también destacaba la estrecha interdependencia de los sectores comercial y financiero en el reequilibrio de los programas de cooperación internacional y, en particular, la naturaleza mutuamente reforzadora del ahorro y las restricciones de divisas sobre los objetivos deseados de inversión y crecimiento para los países en desarrollo. Todo esto implicaba que los países en desarrollo necesitarían esfuerzos políticos decididos, a escala nacional e internacional, para eliminar los obstáculos a un crecimiento más sostenido e inclusivo.

La creación de la UNCTAD como organismo permanente al término de la primera conferencia sentó las bases para una agenda de comercio y desarrollo más inclusiva. El propósito era ir más allá de las políticas destinadas simplemente a eliminar las barreras comerciales y adoptar una agenda más positiva. En la década que siguió a la conferencia, la UNCTAD impulsó esta agenda a través de sus esfuerzos por ampliar la financiación complementaria, mejorar los mecanismos de liquidez internacional, ayudar a crear acuerdos sobre productos básicos y abogar por preferencias arancelarias, el aumento de los flujos de la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD) y el alivio de la deuda. A pesar de estos esfuerzos y del hecho de que las cuestiones relacionadas con el desarrollo se plantearan con más vehemencia en las reuniones y debates internacionales, los acuerdos institucionales y de otro tipo que determinaban el funcionamiento de los mercados mundiales no se modificaron fundamentalmente.

Desde finales de la década del sesenta, a medida que las tensiones económicas dentro de las economías desarrolladas y entre ellas empezaron a crecer y a extenderse por toda la economía mundial, los llamamientos en favor de un nuevo orden económico internacional (un término que recuerda el llamamiento realizado en la primera conferencia de la UNCTAD por el Grupo de los 77 (G77) en favor de “un orden económico mundial nuevo y justo”) se hicieron cada vez más fuertes. Las crecientes tensiones en el sistema de

Bretton Woods en torno al papel del anclaje del dólar, las crisis de los precios del petróleo que siguieron al colapso del sistema de tipo de cambio fijo y las crecientes luchas para lograr una mejor distribución de la riqueza en los países desarrollados que acompañaron a la ralentización del crecimiento de la productividad, brindaron nuevas oportunidades a los países en desarrollo para impulsar una agenda multilateral más inclusiva.

Las negociaciones sobre un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) se iniciaron en una sesión especial de las Naciones Unidas en 1974. La idea central de la iniciativa, acabar con las restricciones internacionales al crecimiento de los países en desarrollo, tenía mucho en común con los esfuerzos anteriores de los países en desarrollo en Bretton Woods y con las propuestas de reforma presentadas por la UNCTAD. Sin embargo, el contexto político de la época fomentaba un programa más amplio que incluía la regulación y supervisión de las empresas transnacionales (ETN) –y su posible nacionalización cuando fuera necesario– la promoción de una mayor cooperación económica entre los países en desarrollo y, de forma muy explícita, el fortalecimiento de la autonomía política para gestionar cambios más profundos en las estructuras de sus economías.

Las negociaciones sobre el NOEI fueron consideradas en su momento como un nuevo desafío al orden económico establecido en Bretton Woods, pero, en retrospectiva, pueden entenderse mejor como un intento de revivir el sistema financiero multilateral recuperando parte de su ambición original. De hecho, la posibilidad de forjar un consenso Norte-Sur para volver a equilibrar las relaciones económicas mundiales, reforzar la cooperación internacional y recuperar la estabilidad perdida con la ruptura del sistema de tipo de cambio fijo era un objetivo central de la Comisión Brandt creada en 1977.

El triunfo de los rentistas

Sin embargo, la situación geopolítica y económica mundial favorable duró poco. A partir de finales de la década del setenta, las relaciones económicas internacionales tomaron un rumbo muy distinto del previsto en el NOEI, con una reacción política más concertada en los países industrializados en contra del consenso político keynesiano de posguerra. La respuesta inicial de los responsables políticos de estos países a la ruptura del sistema de Bretton Woods, las dos crisis del petróleo, el aumento de la militancia obrera, la pérdida de control sobre la inflación y, hasta cierto punto, a los déficits presupuestarios de los gobiernos, había sido una serie de ajustes ad hoc destinados a contener la amenaza de la estanflación.

Sin embargo, a medida que los gobiernos y los grupos empresariales empezaban a percibir las medidas de redistribución y el desorden monetario como la raíz de un malestar sociopolítico más amplio, las medidas para recortar las prestaciones sociales, controlar la oferta monetaria, liberalizar los flujos financieros y utilizar el desempleo como herramienta de ajuste cristalizaron en un paradigma político alternativo. Este paradigma pretendía reorientar la distribución de la riqueza hacia los beneficios mediante un repliegue del Estado de la gestión activa de la economía y el desmantelamiento del compromiso político y social de posguerra.

El cambio de paradigma resultante ensalzó las virtudes de un gobierno más pequeño y los beneficios de liberar a los mercados de la disciplina reguladora y la supervisión. Esto se tradujo a nivel internacional en un retorno a las políticas de “empobrecimiento del vecino” y de “desánimo por la ayuda”, combinadas con la liberalización de la cuenta de capital y con empresas que buscaban un mayor apoyo de sus gobiernos para encontrar nuevas oportunidades de beneficio en el extranjero. Además, la solidaridad en el Sur empezó a resquebrajarse a medida que el sólido crecimiento

de algunos países en desarrollo les llevaba a restar importancia a la amenaza de las asimetrías estructurales a escala internacional.

A medida que la competitividad se imponía al empleo como medida de éxito económico, la liberalización pasó a ocupar el centro de la escena política y la política monetaria estricta pasó a desempeñar el único papel macroeconómico de respaldo. La promesa era sencilla: liberada de la intervención gubernamental, en particular de la regulación sobre los movimientos de capitales internacionales, y de las espirales de precios y salarios, el aumento de la competencia estimularía el espíritu empresarial, fomentaría la inversión e impulsaría la creación de riqueza, con lo que los beneficios llegarían incluso a los estratos más pobres de la sociedad. La creación de riqueza se extendería ostensiblemente por todo el mundo a través del libre comercio y el aumento de los flujos de capital. La negativa del presidente Reagan en 1981 a dar alguna credibilidad al Informe de la Comisión Brandt en una reunión celebrada en Cancún puso fin de hecho al diálogo Norte-Sur y, con él, a cualquier esperanza persistente de negociar un NOEI (Toye y Toye, 2004).

Al mismo tiempo, la realidad económica de los países en desarrollo era cada vez más difícil; mientras Paul Volker, presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos, elevaba los tipos de interés a dos dígitos, el fortalecimiento del dólar y la caída de la demanda de productos básicos convertían las restricciones de liquidez y las presiones financieras de los países en desarrollo en crisis de solvencia. La cesación de pagos de México en 1982 sembró la sospecha sobre otros prestatarios soberanos y la fuga de capitales privados desencadenó crisis de deuda en gran parte del Sur.

A falta de una oportuna ayuda multilateral en condiciones favorables, era inevitable adoptar estrictas medidas de recorte. Los programas de ajuste estructural, respaldados por un paradigma de política de desarrollo muy distinto del previsto en el NOEI y bautizado posteriormente como “Consenso de Washington”, se convirtieron en moneda corriente en los países en desarrollo como condición para renovar el acceso a la financiación multilateral y

obtener un billete de ingreso a los mercados de capital privado. Los perjuicios causados por estos programas a través de drásticos recortes del gasto público, el aumento de los costes de importación y la exposición a una intensa competencia internacional dieron lugar a una década perdida para muchos países en desarrollo, especialmente en América Latina y el África Subsahariana, y pusieron fin abruptamente a la solidaridad política que había sustentado los debates para un nuevo orden económico internacional.

El espacio para que los países adaptaran sus políticas a historias, contextos y estructuras institucionales particulares, reconocido en Bretton Woods, fue sustituido por una agenda única de las llamadas “políticas económicas sensatas”. El rápido ascenso de los intereses financieros erosionó los controles y equilibrios que anteriormente habían contribuido a limitar los impulsos más destructivos de las fuerzas del mercado y a canalizar sus impulsos más creativos hacia el tipo de actividades productivas necesarias para el crecimiento a largo plazo. En su lugar, fomentó formas cada vez más concentradas de poder de mercado, horizontes de inversión más cortos y comportamientos de búsqueda de rentas por parte de bancos y empresas.

¿Un nuevo momento para el NOEI?

El colapso del sistema de Bretton Woods y el descarrilamiento de las alternativas progresistas allanaron el camino a un nuevo orden financiero y económico internacional construido sobre la libre circulación de capitales y una fuerte fe ideológica en la eficiencia y estabilidad inherentes a los mercados. Mientras que sus defensores han declarado una era de “gran moderación”, la realidad ha sido de inestabilidad persistente y creciente inseguridad caracterizada por el comercio especulativo, ciclos de auge y caída, y niveles extremos de desigualdad, tanto en los países desarrollados como en los países en desarrollo.

Frente a estas fuerzas centrífugas, el elemento aglutinante que ha mantenido unido el sistema ha sido la proliferación de la deuda privada junto con una caja de pandora de nuevos instrumentos financieros que prometían aumentar la flexibilidad del mercado, garantizar una gestión fluida de la acumulación de deuda e impulsar la estabilidad. Sin embargo, la aparición de este sistema crediticio poco regulado y privatizado ha permitido al sector financiero realizar cada vez más transacciones consigo mismo, creando una compleja red de relaciones deudor-acreedor estrechamente interconectadas que albergan peligrosos niveles de fragilidad y no pueden reconvertirse fácilmente en inversiones productivas (privadas o públicas) sin una reorganización fundamental del sistema financiero.

Las crisis bancarias y financieras recurrentes se han vuelto endémicas en los países en desarrollo, ligadas a repentinos aumentos y ceses de los flujos de capital. El final del ciclo de expansión no solo ha sumido a millones de personas de nuevo a la pobreza, sino que ha dejado tras de sí grandes sobreendeudamientos que retrasan la recuperación de la economía real, a veces durante décadas. Cuando este ciclo se repitió en los países avanzados, las consecuencias fueron mundiales.

La respuesta a la crisis financiera mundial de 2008, a pesar de los audaces pronunciamientos de entonces, no logró frenar el poder desenfrenado del capital sin control ni emprender las reformas necesarias de la arquitectura financiera internacional, especialmente en lo que respecta a la gestión de la deuda soberana. Una década después, la pandemia de Covid-19 provocó la mayor recesión mundial desde el final de la Segunda Guerra Mundial y puso aún más de manifiesto e intensificó las desigualdades y fragilidades del mundo híperglobalizado surgido de las cenizas del sistema de Bretton Woods. Ha vuelto a demostrar la incapacidad que tiene una arquitectura de gobernanza internacional liberalizada para responder a una crisis mundial con políticas y acciones globales eficaces, coordinadas e integradoras. Para que la recuperación de

la pandemia no agrave las diferencias económicas dentro de los países y entre ellos hasta llegar a un punto de ruptura política, y para que no volvamos a estar al borde de una catástrofe climática, será necesario introducir grandes cambios en esa arquitectura.

Al igual que en los años setenta, la combinación de crecimiento más lento, perturbaciones económicas y polarización política se ha traducido en una crisis de liderazgo hegemónico a escala internacional. Y, como entonces, las tensiones geopolíticas, la seguridad energética y el sistema financiero dolarizado están en el centro de esa crisis. Sin embargo, hasta la fecha, los progresistas de los países desarrollados han tenido dificultades para encontrar una narrativa de reforma exitosa que vincule sus, aunque limitados, éxitos políticos a nivel local y a un creciente movimiento intergeneracional en torno a cuestiones medioambientales con una visión verdaderamente internacional. El concepto de un nuevo pacto verde alberga esa posibilidad, pero sigue siendo un trabajo en curso.

También se ha perdido el tipo de solidaridad política en el Sur que apuntaló el impulso a favor de un NOEI. Sin embargo, cada vez hay más iniciativas que desafían a las instituciones e ideas dominantes surgidas con la hiperglobalización: el Nuevo Banco de Desarrollo y el Acuerdo de Reserva Común lanzados por los BRICS, la Iniciativa de la Franja y la Ruta de China y la Alianza Solar de la India, y la coalición de países en desarrollo en la OMC que presiona por una exención de los ADPIC en respuesta a la pandemia.

El mundo actual puede parecer desconcertantemente complejo y profundamente interdependiente. Pero, en realidad, la gente de todo el mundo desea prácticamente lo mismo: un trabajo decente, un hogar seguro, un medio ambiente protegido, un futuro mejor para sus hijos y un gobierno que escuche y responda a sus preocupaciones. Quieren un trato diferente del que les ofrecen las sirenas del libre comercio y el capital libre. Urge un *nuevo* nuevo orden económico internacional.

Hacia una nueva arquitectura multilateral

Jayati Ghosh

Hace 50 años, muchos países del mundo –que representan la mayoría de la población mundial– se unieron para exigir un Nuevo Orden Económico Internacional. Aquel esfuerzo fue sin duda importante y permitió comprender muchos de los problemas a los que se enfrentan los países en desarrollo. Pero al final no tuvo éxito.

Por el contrario, conseguimos un resurgimiento del poder de quienes ya controlaban la economía mundial: las grandes empresas con sede en los países avanzados. Entramos entonces en una fase de capitalismo neoliberal dirigido por las finanzas mundiales que ha alterado drásticamente el panorama. Desde entonces, por supuesto, han ocurrido muchas cosas. No solo hemos asistido a la emergencia de un poder mucho mayor del capital sobre el trabajo, sino también a la aparición de países que han logrado importantes avances en materia de desarrollo, como China, sin seguir las reglas oficiales del juego.

Eso es importante, porque ha cambiado el mundo de una manera que ha generado una mayor multipolaridad potencial, y que proporciona espacio para el desarrollo y para una mayor igualdad. Pero creo que lo que tenemos que hacer ahora, para materializar el nuevo deseo de un Nuevo Orden Económico Internacional adecuado al siglo XXI, es reconsiderar –retroceder y recuperar– algunos

de los derechos que hemos perdido en los últimos 50 años, y reinventar lo que necesitamos para lograr una economía internacional justa, equitativa, sostenida y viable.

Para empezar, esto significa, a nivel nacional e internacional, replantearse y deshacer las principales privatizaciones de los últimos 50 años: la privatización de los bienes comunes y de la naturaleza, de la tierra, del agua, de los bosques, de tantos otros recursos; la privatización de los servicios públicos, que ha obligado a cada vez más personas a depender de los ingresos monetarios para satisfacer las necesidades y servicios más básicos, y ha fomentado la financiarización de muchos servicios que antes se suministraban; revertir la privatización del conocimiento y de las tecnologías, que ha conducido a una concentración cada vez mayor de los conocimientos más esenciales necesarios no solo para cumplir nuestros objetivos sociales, sino para salvar el planeta. Esencialmente, ahora tenemos que empezar a pensar en cómo hacer que nuestras economías funcionen para el bien común, para el interés público, para la sociedad y para la naturaleza y el planeta. En lugar de pensar constantemente en cómo cada uno de estos elementos –las personas, los trabajadores, entre otros– puedan servir a la economía tenemos que hacer que la economía les sirva a todos ellos. Esa es realmente la razón por la que tenemos economías. Estamos organizando nuestras sociedades de manera que podamos alcanzar nuestros objetivos sociales y estar, cada vez más, en armonía con la naturaleza y el planeta.

Ahora bien, ¿qué significa eso? Significa muchas cosas. Significa que tenemos que restaurar la riqueza pública, que ha disminuido drásticamente, en particular, en los últimos 30 años. En todo el mundo, hemos visto que la riqueza pública ha disminuido con la privatización de activos estatales, el declive de diversos tipos de bienes comunes y la incapacidad de recaudar impuestos a los ricos y a las grandes empresas, lo que ha significado que realmente no haya dinero ni espacio fiscal disponibles para satisfacer los derechos –económicos y sociales– del común de los ciudadanos.

Tenemos que introducir normativas que sitúen los derechos humanos, el medio ambiente, el planeta, la naturaleza, por encima de los derechos de las corporaciones, por encima de los derechos de los extremadamente ricos.

Esto significa renunciar a la idea de que los mercados son capaces de producir todos los resultados que deseamos, y reconocer que tienen que estar limitados, regulados en aras del bien público, del interés común, para poder cumplir nuestros objetivos restantes.

Es evidente que tenemos que reformar drásticamente nuestro sistema alimentario mundial. Nuestros sistemas alimentarios actuales no solo son insostenibles e inviables, sino profundamente perjudiciales para nuestra salud, para el planeta, para el medio ambiente. Generan enormes cantidades de emisiones de carbono. Generan formas de consumo insalubres. Generan la incapacidad de alimentar a un gran número de personas en todo el mundo cuando otros sufren de malnutrición por exceso. Por eso tenemos que pensar en sistemas alimentarios sostenibles, equitativos y al alcance de todos.

Necesitamos controlar y dirigir las finanzas. Creo que esto ya es incuestionable, porque en la actualidad tenemos un sistema financiero que simplemente no es adecuado para su propósito, que está generando fragilidad, vulnerabilidades en todo el mundo, creando ciclos financieros que no benefician a nadie, excepto a las empresas financieras y a los bancos.

Tenemos que adecuar las finanzas al tipo de inversiones que necesitamos para la sociedad y la naturaleza. Ya he mencionado que tenemos que imponer impuestos a los ricos. En parte, la razón por la que no podemos hacerlo es que tenemos una arquitectura global de impuestos con un siglo de antigüedad y completamente inadecuada para el siglo XXI.

Seguimos tratando a las corporaciones multinacionales como empresas independientes en cada país, lo que les permite trasladar sus beneficios a jurisdicciones de baja tributación y evitar pagar los impuestos que pagan incluso las empresas locales. Estamos

permitiendo que quienes poseen grandes patrimonios –los extremadamente ricos– muevan su dinero por todo el mundo a diferentes paraísos fiscales sin declarar la titularidad efectiva, y que eludan la tributación del patrimonio de múltiples maneras.

Todo esto puede resolverse muy rápida y fácilmente si realmente emprendemos una auténtica cooperación fiscal diseñada para beneficiar a los gobiernos y a las personas en lugar de a las grandes corporaciones y a los extremadamente ricos. Por lo tanto, tenemos que asegurarnos de que los gobiernos no caigan presa del control de estas mismas élites que actualmente son las que imponen normativas o habilitan vacíos legales que permiten que se produzca toda esta evasión fiscal.

Esto requiere un tipo diferente de arquitectura multilateral. Actualmente, esta no solo “no es apta para cumplir su propósito”, sino que está destruyendo activamente nuestras economías y nuestra capacidad para sobrevivir en este planeta. Está generando un cambio climático masivo, mucho más rápido de lo previsto incluso según los informes del IPCC. Todos los informes del IPCC reconocen que habían subestimado el alcance, la intensidad y los daños creados por el cambio climático que ya se está produciendo.

Tenemos que prevenir, mitigar, adaptar y compensar urgentemente las pérdidas y los daños. Esto requiere una enorme inversión. Es decir, ya no podemos considerarlo como un asunto que tienen que resolver los gobiernos nacionales. Tenemos que verlo como una inversión pública global que requiere un enfoque global, porque el cambio climático no reconoce visados, pasaportes ni fronteras nacionales.

Debemos considerarlo un problema planetario, un problema humano, y cooperar para generar las inversiones públicas globales necesarias y urgentes. Esto significa, por ejemplo, que los bancos multilaterales de desarrollo, no solo el Banco Mundial y los bancos regionales de desarrollo, sino todos los diferentes bancos e instituciones financieras multilaterales, tienen que ser rediseñados para

responder a estos desafíos, para hacer frente a las necesidades de salud pública y a las emergencias, a las necesidades de inversión, para mitigar y adaptarse al cambio climático, para cumplir con los Objetivos de Desarrollo Sostenible, que no están encaminados en este momento y que definitivamente no se van a cumplir, especialmente en los países más pobres y en la mitad menos favorecida de la población mundial.

Debemos reconvertir el FMI, que lamentablemente no ha sido capaz de hacer frente a los retos esenciales para los que fue realmente creado, consistentes en proporcionar y permitir préstamos anticíclicos cuando sea necesario para hacer tratar problemas de deuda; evitar los ciclos de graves crisis financieras y los daños causados a las economías por su incapacidad para afrontar los pagos; permitir la reestructuración de la deuda siempre que sea necesario; proporcionar liquidez a todos los países, y en particular a los países que carecen de ella, en lugar de limitarse a un sistema global en el que las finanzas pueden crear dinero de la nada. Es posible generar financiación pública para los países ricos cuando la necesitan, como en la pandemia de Covid-19, pero los países de ingresos bajos y medios no disponen de ella. Por miedo a la fuga de capitales –miedo a las reacciones de los inversores privados, y de los mercados –son incapaces de producir una respuesta fiscal, o incluso monetaria, como la que necesitan sus economías y sus sociedades.

Todo esto se puede hacer. No es algo imposible. Recuerden, estas instituciones que parecen escritas en piedra, fueron creadas por mentes humanas –ingenio humano, si lo prefieren– y pueden ser deshechas por las mentes humanas y por el ingenio humano.

Sobre todo, además de todo esto, tenemos que considerar la concentración del conocimiento que se ha convertido en algo obscuro y que está matando activamente a las personas. Lo vimos durante la pandemia de Covid-19, en la que el control permanente sobre las patentes de vacunas y fármacos desarrollados

con enormes subvenciones públicas permaneció en manos privadas y no se distribuyó, impidiendo así una producción más amplia. Los conocimientos sobre estas tecnologías no se difundieron de forma que se garantizara que todo el mundo estuviera debidamente protegido mediante la vacunación o que, incluso en la actualidad, quienes padecen la enfermedad puedan ser tratados adecuadamente mediante los dispositivos terapéuticos ya disponibles.

Tenemos que actuar contra las terribles desigualdades y el injusto régimen de derechos de propiedad intelectual, no solo porque debido a ello somos incapaces de hacer frente a las emergencias de salud pública, sino también porque esto nos impedirá hacer frente activamente al cambio climático. No podemos esperar una respuesta global al mismo a menos que difundamos ampliamente estas tecnologías.

Esto significa que es preciso reconsiderar el Acuerdo sobre los Aspectos de los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio. Hay que reformularlo para que reconozca la urgencia de una mayor difusión de los conocimientos esenciales.

Una vez más, es algo que se puede hacer: se trata de un acuerdo relativamente nuevo. Se hizo gracias a la presión de un grupo relativamente pequeño de poderosos grupos de presión de los países ricos. Puede deshacerse si conseguimos un poder de oposición suficiente, si realmente intentamos construir el poder de la población frente al poder de las grandes corporaciones que actualmente son capaces de influir en los gobiernos.

Nunca ha habido un momento más importante para hablar de un nuevo multilateralismo en un mundo tan rápidamente cambiante. Ahora que sabemos que las actuales estructuras del multilateralismo sencillamente no funcionan –no generan ni paz, ni estabilidad, ni seguridad, ni viabilidad económica, ni sostenibilidad planetaria–, tenemos que replantearnos estas instituciones. Tenemos que pensar en una arquitectura internacional que funcione en la actual situación mundial.

Esto es posible porque el mundo está ahora más fragmentado, por razones geopolíticas y económicas. Esa fragmentación nos brinda la oportunidad a todos los que defendemos una justicia económica mucho más amplia de pensar y trabajar para generar una alternativa genuinamente progresista.

Sección 1:
¿Qué fue el NOEI?

El NOEI como pasado utilizable

Nils Gilman

Miren hacia atrás en la historia y verán aparecer y desaparecer... todo tipo de genios raros, personalidades fantasmales que han dejado tras de sí a veces algún fragmento que tiene significado para nosotros ahora.

Van Wyck Brooks, *The Dial*, 1918

La idea de un “Nuevo Orden Económico Internacional” (NOEI) fue promulgada oficialmente por las Naciones Unidas en una Declaración de mayo de 1974. Una protesta apasionada de los países del Sur Global, encabezados por el Grupo de los 77, una coalición de países poscoloniales recientes de África y Asia, así como de la mayoría de los países de América Latina, el Nuevo Orden Económico Internacional pedía que se reestructuraran drásticamente las condiciones comerciales y financieras en favor de los países más pobres del mundo, y que, concomitantemente, el núcleo industrial del Atlántico Norte dejara de ser el centro de la estructura del poder económico mundial. Teniendo en cuenta que la descolonización política de derecho aún no había sido seguida de una independencia económica y una prosperidad efectivas para los Estados poscoloniales, los defensores del NOEI pedían

específicamente una revisión de las normas del comercio internacional, en particular con respecto a los productos agrícolas y las materias primas: reformas del sistema monetario internacional basado en Bretton Woods para así mejorar las opciones de financiamiento de los países del Sur; transferencias financieras y tecnológicas para promover una industrialización más rápida del Sur, y nuevas formas de cooperación entre los países del Sur para sustituir la persistente dependencia económica de los antiguos jefes metropolitanos.

Aunque el NOEI fue objeto de un gran debate internacional a lo largo de la década del setenta —e incluso de algunas amables discusiones en sectores socialdemócratas del Norte Global encabezadas por el ex canciller alemán Willy Brandt—, a principios de la década del ochenta la iniciativa se había paralizado a medida que la política económica real en todo el mundo tomaba una dirección radicalmente distinta. En lugar de las reformas sistémicas mundiales diseñadas para mejorar los términos del comercio entre países, lo que sí se convirtió en el punto central de la reforma económica fueron los llamados “ajustes estructurales” en los países del Sur Global, en forma de acuerdos de préstamos condicionados emitidos por el Banco Mundial y el FMI que imponían lo que a finales de esa década se conocería como el “Consenso de Washington”, y que incluían los recortes de impuestos para los ricos, la disciplina de la política fiscal, la reducción de las subvenciones estatales a la industria y de las barreras a la propiedad extranjera, la privatización de las empresas estatales, la desregulación de las industrias y, en particular, de las finanzas, así como los tipos de cambio basados en el mercado y la reducción de los aranceles. Este paquete de políticas se basaba precisamente en lo contrario del supuesto que había guiado al NOEI: en lugar de considerar que el pobre o decreciente desempeño económico de los países del Sur Global eran el resultado de un sistema global injusto, como había afirmado el NOEI, la culpa se asignó a las decisiones económicas de los Estados-nación individuales, cuyas políticas internas debían reformarse para que

estos países tuvieran la oportunidad de prosperar en el competitivo mundo del capitalismo global. En lugar de un socialismo de Estados-nación, como a veces se describe la visión que sustentaba el NOEI, lo que el mundo experimentó fue el retroceso de los principios socialistas en un país tras otro, culminando de forma más dramática con el colapso del comunismo en Europa del Este a finales de esa década.

A principios de la década del noventa, cuando Francis Fukuyama declaró que la controversia sobre la forma correcta de organización político-económica había llegado a su fin con una victoria decisiva del capitalismo neoliberal, las propuestas del NOEI original no solo estaban muertas, sino que habían sido olvidadas casi por completo, al menos en los pasillos del poder político y de las prestigiosas academias del Norte Global. Si alguien en el Norte Global recordaba y hacía referencia al NOEI durante las dos décadas siguientes, era sobre todo como una curiosidad histórica, un indicador de lo erróneo de algunas de las ideas que algunas almas “poco realistas” habían intentado promover en una época de crisis internacional durante la estanflación de la década del setenta, ideas que al no aplicarse podrían tratarse principalmente con un suspiro de alivio: gracias a dios que esquivamos *esa* bala.

Entonces llegó la crisis financiera mundial (CFM), que comenzó en 2007-2008. Aunque el capitalismo global había experimentado crisis financieras periódicas a lo largo de su trayectoria desde principios de la década del ochenta, en particular la llamada “crisis del peso” de 1985, la crisis financiera asiática de 1997 y el impago de los bonos rusos en 1998, que provocó el colapso de un importante fondo de cobertura, estos episodios anteriores fueron tratados en Washington, Nueva York y Londres como la confirmación de que los problemas del capitalismo global eran síntomas de deficiencias políticas internas en los países del Sur Global, en lugar de ser emblemáticos de un problema estructural con el propio capitalismo neoliberal. No obstante, en 2007-2008 la alarma se prendió en la casa del capitalismo financiero global, ya que la crisis comenzó en

el propio mercado de hipotecas de alto riesgo de Estados Unidos, y se extendió en cascada hacia el exterior, afectando no solo los mercados financieros, sino también las economías reales de la mayor parte del Norte Global, y propagándose poco después a todos los mercados financieros, comerciales y de materias primas expuestos a los mercados globales. De alguna manera inicialmente incipiente pero finalmente innegable, fue al propio neoliberalismo al que se consideró culpable de la crisis.

En retrospectiva, sin embargo, la característica definitoria de la CFM no fue solo que resquebrajó la legitimidad ideológica del neoliberalismo como forma de economía política, sino también que *no se hizo nada para reformar las instituciones del neoliberalismo*. Obama llegó al cargo en plena crisis financiera, pero, de manera infame, en lugar de imponer reformas económicas drásticas, aceptó un grado medio de estímulo fiscal. En Europa, la reacción política fue aún peor: la austeridad, en lugar del estímulo, como receta central. En retrospectiva, la razón de estas reacciones era bastante evidente: prácticamente no existían alternativas políticas drásticas que pudieran aplicarse. Esta brecha intelectual fue, a su manera, el mayor indicador de lo completa y segura que había sido la victoria ideológica del neoliberalismo antes de 2007. Cuando Margaret Thatcher empezó a declarar “No hay alternativa” al neoliberalismo a principios de la década del ochenta, fue ampliamente cuestionada, pero en 2007 la victoria de esa perspectiva era casi completa. De hecho, la canciller alemana, Angela Merkel, se refirió explícitamente a ello en reacción a las críticas a la respuesta de su gobierno a la crisis de la deuda soberana: llamó a las políticas *alternativos*, literalmente “sin alternativa”.

Pero las crisis tienen una forma de acelerar el cambio. Aunque los políticos dominantes de la época no buscaron ninguna opción de reforma novedosa, la escala y el alcance de la crisis darían lugar a una nueva generación de pensamiento económico, desde llamamientos a una estrategia industrial renovada hasta una revisión radical de las políticas fiscales. También empezaron a surgir

nuevas ideas sobre el comercio internacional, uno de cuyos efectos fue reavivar el interés por la historia perdida del NOEI. Al escribir hace casi una década, al comienzo de este renacimiento del interés luego de la CFM, señalé que “los movimientos políticos y sociales aparentemente fracasados, aunque no hicieron realidad sus ambiciones en su propio momento, a menudo perviven como visiones proféticas, disponibles como un lenguaje para que las generaciones futuras articulen sus propias esperanzas y sueños”. Cincuenta años después del NOEI original, este volumen vuelve a sus visiones proféticas y construye un programa basado en las esperanzas y sueños que han inspirado.

Rescatar futuros alternativos

Como observó el historiador Warren Sussman hace medio siglo, recurrimos al “pasado en un esfuerzo por encontrar una nueva posición ideológica que [podamos] ofrecer para refutar las ideologías contemporáneas aceptadas”. En este sentido, encontrar un precedente en el pasado para los proyectos políticos contemporáneos cumple una función legitimadora tácita: lo que sugiere un precedente histórico (putativo) es: “Mira: esto no es una locura: La gente lleva años diciendo (o haciendo) esto”. Esta idea de buscar un “pasado utilizable” para los proyectos políticos contemporáneos tiene un largo recorrido, a través de muchos periodos de tiempo, geografías e ideologías. Las visiones del pasado tienen consecuencias en el presente, no porque el pasado *determine* el presente de alguna manera causal directa, sino porque la forma en que entendemos el pasado da forma a los programas y acciones que consideramos viables y apropiados en el presente y el futuro.

El propio Marx reconoció este punto cuando observó en su ensayo *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (1852) que incluso cuando los revolucionarios

parecen estar ocupados en revolucionarse a sí mismos y a las cosas, creando algo que antes no existía, precisamente en tales épocas de crisis revolucionaria conjuran angustiosamente a su servicio a los fantasmas del pasado, tomando prestados de ellos nombres, consignas de batalla y trajes para representar esta nueva escena de la historia mundial con un disfraz consagrado y un lenguaje prestado.

La elección de Marx de la palabra “angustia” (*angst*), que también puede traducirse al español como “miedo”, es crítica en este pasaje: porque es el miedo a asustar a la gente común con el impacto de lo nuevo lo que lleva a los individuos a buscar un precedente pasado que pueda ser más radical (nótese lo diferente que es en este sentido la política de los negocios, donde se da la dinámica opuesta: en los negocios, lo nuevo se considera rutinariamente superior a lo viejo, e incluso los productos y servicios más comunes y corrientes se describen rutinariamente como “rupturistas”, “innovadores” o incluso “revolucionarios”).

Rescatar futuros alternativos que la propia gente del pasado había imaginado sobre el futuro –es decir, recuperar los llamados paleo-futuros– desempeña una función cognitiva crucial para escapar de la abrumadora fuerza ideológica de las afirmaciones sobre la inevitabilidad del presente. Quizá el ejemplo más famoso de este tipo de proyecto de excavación del pasado para (re)crear posibilidades políticas en el presente sea *The Making of the English Working Class* (*La formación de la clase obrera en Inglaterra*) (1964), de E.P. Thompson. A pesar de ser este un esfuerzo por recrear los mundos perdidos de la resistencia de la clase obrera a los avances del capitalismo en Gran Bretaña, Thompson también fue muy explícito al afirmar que su objetivo era inspirar a los socialistas actuales mostrándoles que también tenían una historia, aunque esta hubiera sido objeto de un “enorme desdén” por parte de los

historiadores burgueses. Más que para fomentar el orgullo, la narración de Thompson se formuló como un conjunto apenas velado de lecciones que los izquierdistas contemporáneos podrían tener en cuenta al intentar construir una política de solidaridad de la clase obrera a finales del siglo XX. Del mismo modo, al otro lado del Atlántico, *Black Reconstruction in America (Reconstrucción negra en Estados Unidos)* de W.E.B. Du Bois, publicado en 1935, fue concebido no solo como una arremetida contra la Escuela Dunning de historiografía posterior a la Guerra Civil, dominada por la academia blanca, que menospreciaba la Reconstrucción Radical y se utilizaba para justificar a Jim Crow, sino también como inspiración para los afroamericanos y sus aliados que luchaban por los derechos civiles y políticos en ese momento.

Parafraseando a Mike Davis (1990), el mejor lugar desde donde contemplar los lineamientos del próximo milenio es desde las ruinas de los futuros alternativos al presente que habitamos actualmente. Así es como casi todos los esfuerzos por proponer algo radicalmente nuevo para el presente implican una búsqueda en el pasado de posibles precedentes para el futuro que los radicales pretenden crear. De este modo, un movimiento marginado de la historia puede ser actualizado para inspirar el futuro. Como explicó Van Wyk Brooks, que acuñó el término “pasado utilizable” en 1918, en lugar de tratar el pasado como un conjunto sagrado de ejemplos que hemos abandonado, sería mejor tratarlo como

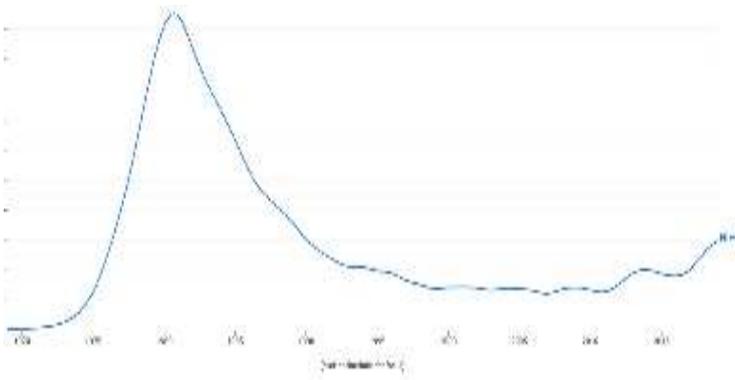
un almacén inagotable de actitudes apropiadas e ideales adaptables; un almacén que se abre por sí mismo al toque del deseo; que entrega ahora este tesoro, ahora aquél, a cualquiera que se acerque a él armado con una capacidad de elección personal.

Traducido a la política, el sentido de recuperar un pasado perdido, un camino no recorrido, es que proporciona una forma de decir al presente: de hecho, *había una* alternativa, lo que significa que sí, *hay una* alternativa.

La división Norte-Sur

Ha pasado ya una década desde que *Humanity* vuelve a visitar y reintroduce el NOEI entre los académicos y activistas contemporáneos, para quienes el NOEI había quedado en gran medida olvidado o relegado al proverbial cubo de la basura de la historia. Desde entonces han ocurrido muchas cosas, tanto en la literatura académica como en los mercados financieros y la economía mundial, que han hecho que el resurgimiento del interés por el NOEI sea aún más relevante desde el punto de vista político. Este resurgimiento representa, en mi opinión, parte de la búsqueda de la reconstrucción de un “pasado utilizable” que pueda fundamentar la imaginación de un nuevo sistema económico mundial pos neoliberal. El hecho de que la CFM suscitara un renovado interés por el NOEI se ve confirmado por datos concretos: *Google Scholar* registra 5.480 artículos que mencionan al NOEI en la docena de años anteriores a la CFM, y 10.600 en la docena de años posteriores a la CFM. También hay pruebas claras de este renacimiento si se observa el *Google Ngram Viewer* de 50 años de NOEI:

Gráfico 1. Google Ngram Viewer-NOEI



Fuente: Google Books Ngram (2023).

La otra razón para la mayor atención prestada recientemente al NOEI es que las facciones de los Estados actuales se parecen cada vez más a las divisiones reflejadas en el NOEI. El NOEI había planteado una marcada divergencia entre el Norte Global y el Sur Global, en cambio, durante la era del neoliberalismo y el poder unipolar estadounidense, las divisiones globales se redefinieron en gran medida en términos de los países de crecimiento rápido y lento, pasando la mayoría de los países de Asia Oriental y América Latina a engrosar las filas de los países de renta media, mientras que África en particular languidecía. La idea política central del NOEI de un Sur Global unificado y solidario fue cayendo en el olvido.

¡Cómo ha cambiado esto! Quizá el ejemplo más visible del retorno de las viejas divisiones mundiales de los años setenta haya sido la reacción mundial a la invasión rusa de Ucrania a finales del invierno de 2022. Mientras Occidente alardeaba de una nueva solidaridad entre las democracias contra las autocracias, en realidad, hubo un notable rechazo por parte del antiguo bloque del G-77 a alinearse con las democracias de la OCDE. Como señalaron Kelly Greico y Marie Jourdain (2022),

la democracia más poblada del mundo –la India– se ha negado a condenar o sancionar a Rusia, y no es la única que se resiste: Sudáfrica, Brasil, México, Indonesia y otros países también se mantienen neutrales. De hecho, si observamos cómo se han dividido los países, la línea divisoria crítica no es entre democracias y autocracias, ni siquiera entre Oriente y Occidente, sino entre el Norte Global y el Sur Global. Los países en desarrollo se han mostrado reacios a apoyar a Occidente.

Sin embargo, si Ucrania ha hecho visible el retorno de la división Norte-Sur, el retorno de esta división ya se vislumbraba desde hace tiempo, sobre todo en lo que respecta a las negociaciones sobre el cambio climático, como señalé en 2014.

Para muchos países pobres clave, el imaginario geográfico norte/sur que dio vida al NOEI sigue siendo el marco dominante de la cuestión de la justicia climática. Al igual que en la década de 1970, el G-77 sigue siendo el principal agente organizador del sur para la lucha colectiva contra el cambio climático y para negociar con el norte. Además, en sus posiciones negociadoras con respecto al cambio climático, el G-77 ha seguido una línea de razonamiento económico que hace mucho eco de la Declaración del NOEI, argumentando que, dado que el norte tiene una responsabilidad histórica en la producción de la gran mayoría de los gases de efecto invernadero antropogénicos que se encuentran actualmente en la atmósfera, y el sur sigue teniendo un “derecho al desarrollo”, cualquier tratado justo sobre el clima debería ser “no recíproco”, con responsabilidades vinculantes (en este caso, relativas a los mandatos de reducción de emisiones) que se apliquen solo al norte. Asimismo, al igual que en la década de 1970, el G-77 insiste en que el norte debe transferir tecnología y proporcionar ayuda como reparación por los daños causados por agravios históricos, refiriéndose ahora a las emisiones históricas de gases de efecto invernadero. En resumen, el imaginario político infalible del NOEI de un orden mundial más justo e igualitario sigue vivo en las negociaciones climáticas contemporáneas.

En otras palabras, la actual presión a favor de la justicia climática y las reparaciones, que sigue presentando al Estado en lugar de a los individuos como la “unidad de cuenta” moral, es un descendiente directo del tipo de reivindicación ética que subyacía en el NOEI, y que tiende a provocar un tipo de reacción muy similar por parte de los sectores conservadores del núcleo industrializado.

Un NOEI para esta época

Como han argumentado Ashley Carse y David Kneas (2019), puede haber una gran variedad de posturas ante los asuntos inacabados del pasado, más allá de “negar el fracaso”, incluidas las historias

alternativas, las ausencias presentes, los presentes suspendidos, los futuros nostálgicos, y las teorías zombis. Lo que todas tienen en común es la negativa a excluir la posibilidad de que el “embrión contemporáneo” del pasado pueda, de algún modo, renacer o construirse en un posible futuro.

Hoy en día, las ideas y los principios del NOEI se están revisando menos bajo la égida de las reparaciones poscoloniales y la justicia política, y más como un medio para abordar el creciente desafío planetario del cambio climático. Las ideas de transferencia de tecnología y redistribución mundial, propuestas originalmente por el NOEI en la década del setenta, están hoy en la agenda mundial, aunque se justifiquen por motivos diferentes. Cuando miramos más allá de los fracasos del neoliberalismo para imaginar la próxima fase del capitalismo, aún sin nombre, los pasados olvidados o desatendidos serán necesariamente revividos para hacer posibles nuevos futuros.

Por supuesto, algunas de estas posturas hacia el futuro de pasados ocluidos serán más productivas que otras. Tal vez sea la dispepsia de la mediana edad la que me inclina, por ejemplo, a advertir contra la tentación de caer en la nostalgia de futuros idealizados que quedaron sin realizar por razones (políticas, morales o materiales) que aún perduran. Aunque uno pueda seguir deseando que se cumplan ciertos viejos sueños de justicia política o social, las condiciones para alcanzar esos sueños no realizados pueden no ser más propicias ahora que cuando se soñaron por primera vez.

El NOEI fracasó en su momento inicial por una serie de razones ideológicas, geopolíticas y económicas que hoy parecen ampliamente determinadas. La pregunta que debemos hacernos ahora, medio siglo después, es si estas condiciones han cambiado en el medio siglo transcurrido y de qué manera. ¿Es capaz un NOEI, centrado en la mitigación del cambio climático, la adaptación y la justicia, de superar los obstáculos que el NOEI original, centrado en la mitigación poscolonial, la adaptación y la justicia, no fue capaz de superar? Dicho de otro modo: ¿representa la transición de la

oposición a la globalización capitalista a la adopción de la gobernanza y la conciencia planetarias una oportunidad para revitalizar estas ideas? (Blake y Gilman, 2021; Mbembe, 2022).

Bibliografía

Blake, Jonathan y Nils Gilman (9 de marzo 2021). Gobernando en la Era Planetaria. *Noema Magazine*. <https://www.noemamag.com/governing-in-the-planetary-age/>

Carse, Ashley y David Kneas (2019). Sin construir y sin terminar: Las temporalidades de las infraestructuras. *Environment and Society* 10(1), 9-28.

Davis, Mike (1990). *Ciudad de Cuarzo: Arqueología del Futuro en Los Ángeles*.

Google Books Ngram (2023). 'NIEO'. <https://books.google.com/ngrams/graph?content=NIEO&year_start=1969&year_end=2019&corpus=26&smoothing=1

Kelly A. Grieco, Marie Jourdain, Democracia vs Autocracia es el encuadre equivocado para la guerra en Ucrania, *World Politics Review* (14 June 2022): <https://www.worldpoliticsreview.com/articles/30608/democracy-vs-autocracy-is-the-wrong-framing-for-ukraine-war>

Mbembe, Achille (11 January 2022). Cómo Desarrollar una Conciencia Planetaria. *Noema Magazine*. <https://www.noemamag.com/how-to-develop-a-planetary-consciousness/>

El NOEI visto como una advertencia

Christy Thornton

En abril de 1972, el presidente mexicano se presentó ante una audiencia internacional para solicitar una reorientación radical de la economía mundial en la que estaba inserto su país. Luis Echeverría aprovechó su discurso en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD) celebrada en 1972 en Santiago de Chile para enumerar los principios en los que se basaría una nueva Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados:

libertad para disponer de los recursos naturales; derecho de cada nación a adoptar la estructura económica que considere más conveniente y tratar a la propiedad privada según lo exija el interés público; abandono del uso de presiones económicas; sometimiento de los capitales extranjeros a las leyes nacionales; prohibición de injerencia de las corporaciones supranacionales en los asuntos internos de los Estados; abolición de las prácticas comerciales discriminatorias contra las exportaciones de las naciones no industrializadas; ventajas económicas proporcionales a los niveles de desarrollo; tratados que garanticen precios estables y justos para los productos básicos; transferencia de tecnología; y mayores recursos económicos para una ayuda de largo plazo carente de condiciones (Echeverría Álvarez, 1972).

Se trataba de una visión extraordinariamente completa de una economía mundial más justa, que limitaría los privilegios de las empresas multinacionales, redistribuiría los recursos del Norte al Sur e igualaría las condiciones en materia de comercio e inversión. La propuesta sentó las bases de lo que, a lo largo de complicadas negociaciones durante los dos años siguientes, constituiría la demanda de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI). La Carta era, sin duda, una consumada visión tercermundista, pero fue promulgada por un líder infame por su violenta represión en casa, arquitecto intelectual de múltiples masacres estudiantiles en Ciudad de México y de una brutal guerra sucia en el campo mexicano. Entonces, ¿cómo debemos recordar este momento y qué lecciones podemos extraer de él?

La historia de la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados –lo que en México se llamó la “Carta Echeverría”– demuestra que volver a estos primeros momentos de coordinación Sur-Sur en busca de lecciones para nuestras luchas actuales requiere una lectura más cuidadosa. Si queremos entender cómo se organizaron colectivamente estos esfuerzos y cómo se bloquearon los futuros alternativos imaginados por esos colectivos, necesitamos un análisis más profundo de los intereses, motivaciones y compromisos perseguidos por aquellos a quienes un académico ha denominado “arquitectos gestores de Estado” del tercermundismo (Benjamin, 2015). Es necesario ir más allá de las aspiraciones universalistas del proyecto NOEI, plasmadas en los pronunciamientos de las figuras políticas y los diplomáticos partícipes en reuniones internacionales, y en los notables textos de las declaraciones y planes de acción de la ONU. Para entender cómo se organizó el proyecto del NOEI, y cómo fue derrotado, debemos estar más atentos a la interacción entre la política nacional e internacional entre los numerosos actores, del Norte y del Sur, y, por ende, tanto a las dinámicas públicas como a aquellas detrás de bastidores que configuraron la forma en que los distintos representantes estatales entendían su lugar en el sistema mundial capitalista y enfocaban

sus intentos de reformar radicalmente las reglas de la gobernanza económica mundial.

Los informes contemporáneos, tales como los elaborados a finales de la década del setenta por el Instituto de las Naciones Unidas para la Formación Profesional e Investigaciones y los del Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo de México, se centraron en las “oportunidades y obstáculos para alcanzar los objetivos” del NOEI, y cuentan con algunos estudios de países clave que pueden iluminar la lucha hacia un proyecto colectivo internacional (Lozoya y Cuadra, 1980). Pero si queremos lecciones que puedan ser útiles para pensar en la organización de la solidaridad Sur-Sur hoy en día, necesitamos mejores reconstrucciones históricas acerca de las negociaciones complejas, contradictorias y multinivel sobre el NOEI y la Carta, que no solo tuvieron lugar en las cámaras de la Asamblea General ante los ojos y los oídos del mundo, sino también a puertas cerradas, donde se suponía que nadie estaba escuchando.

Mi propia investigación sobre el papel de México en las negociaciones de la Carta ayuda a comprender por qué resulta clave esta dinámica entre los escenarios públicos y los privados (Thornton, 2021). La propuesta de Echeverría fue primariamente una reacción a las medidas financieras unilaterales adoptadas por la administración Nixon el año anterior, aunque también se inspiró mucho en una serie de propuestas anteriores en la ONU relacionadas al derecho al desarrollo y la idea de soberanía permanente sobre los recursos naturales (Ogle, 2014; Whelan, 2015). También se basaba en una larga tradición de defensa internacional mexicana post revolucionaria, y se hacía eco de propuestas que funcionarios mexicanos y latinoamericanos habían hecho décadas antes para rectificar las desigualdades de las finanzas mundiales y responder a la crisis mundial de los años treinta (Thornton, 2018). Pero, sobre todo, para Echeverría se trataba también de una estrategia profundamente contrainsurgente, que sostenía que las reformas del orden capitalista mundial que proponía eran el único medio

de evitar una mayor subversión por parte de la izquierda radical. Incluso antes de estrenar la Carta en el escenario mundial, Echeverría ya había planteado este argumento de forma implícita, argumentando en una carta a Washington en agosto de 1971 que su capacidad para mantener bajo control los “problemas de carácter social” estaba directamente relacionada con la estabilidad de los precios y el crecimiento económico; unos meses más tarde se haría eco de ello en un discurso ante la Asamblea General de la ONU.¹

Pero Echeverría trazaría una conexión aún más explícita entre la reforma económica y la política contrainsurgente, a puertas cerradas y lejos del escrutinio de la prensa mexicana e internacional.

La investigación de archivos mexicanos e historias orales revela que la idea misma de la Carta se elaboró en un intento de apuntalar las credenciales revolucionarias de Echeverría; su asesor Porfirio Muñoz Ledo habría argumentado al presidente que tendría que ir a la reunión de la UNCTAD y pronunciar un “discurso cardenista”, un discurso que invocara el legado del querido presidente populista mexicano, Lázaro Cárdenas.² De este modo, la Carta se convirtió en parte integrante del aparentemente paradójico intento del presidente de apuntalar su legitimidad progresista en casa y, al mismo tiempo, pulir sus credenciales anticomunistas en el extranjero. Puede parecer difícil reconciliar al Echeverría tercermundista que promovió la Carta y defendió públicamente a Allende y a Castro con el Echeverría brutalmente represivo que llevó a cabo una Guerra Sucia contra los grupos guerrilleros rurales de México y sobre quién recaía la responsabilidad de Tlatelolco y el Halconazo.³ Pero

¹ Telegrama 4659 de la Embajada en México al Departamento de Estado, 17 de agosto de 1971, FRUS 1969-1976, Volumen E-10, Documentos sobre las Repúblicas Americanas, 1969-1972, Documento 469. Véase también “Discurso del presidente de México en la Sede del ONU,” 5 de octubre, 1971, en Documentos de política internacional (Secretaría de la Presidencia, Departamento Editorial, 1975).

² Porfirio Muñoz Ledo, James W. Wilkie, y Edna Monzón Wilkie, Porfirio Muñoz Ledo: Historia oral, 1933–1988. (Edición en español, Profmen Debate, 2017), 201.

³ Véase Archivo de Seguridad Nacional, “La masacre del Jueves de Corpus Christi de 1971 perpetrada en México, cincuenta años después”, Libro Informativo n° 768, 10 de junio

la lectura de las negociaciones entre bastidores sobre la Carta revela una lógica subyacente que vincula estas dos caras de Echeverría: si la revolución violenta acechaba a la vuelta de cada esquina, y la crisis económica propiciaba la insurgencia, entonces era Echeverría –dado su largo historial de férrea represión de la disidencia– y su nueva Carta quienes estaban mejor preparados para contenerla. Argumentó que la administración Nixon tenía que elegir: o la Carta Echeverría, o la creciente amenaza de muchos Vietnams. En una reunión en la Casa Blanca pocos meses después de la reunión de la UNCTAD en Santiago, Nixon promovería lo que denominó la “doctrina Echeverría” como una postura explícita contra Cuba. “Si yo no tomo esta bandera en América Latina”, le dijo el presidente mexicano a Nixon en respuesta, “Castro lo hará. Esto es algo de lo que soy muy, muy consciente” (Archivo Digital de Seguridad Nacional, 1972). Promoviendo su propia visión de lo que llamó “soluciones capitalistas de tipo mixto”, Echeverría dejó claro a Nixon que su intención era salvar al orden capitalista global de sí mismo. “Los mexicanos son liberales a más no poder”, le diría Nixon a su jefe de gabinete H. R. Haldeman después de la reunión, “pero son anticomunistas”.

Este énfasis en la Carta como una especie de compromiso contrainsurgente continuaría en las reuniones de Echeverría con funcionarios de Washington a lo largo de los dos años que duraron las negociaciones, y estas conversaciones entre bastidores revelan importantes triangulaciones con respecto al resto del Tercer Mundo.

de 2021., <https://nsarchive.gwu.edu/briefing-book/mexico/2021-06-10/corpus-christi-massacre-fifty-years>; Alexander Aviña, *Specters of Revolution: Peasant Guerrillas in the Cold War Mexican Countryside* (Espectros de la Revolución: Guerrillas campesinas en el campo mexicano de la Guerra Fría), Nueva York: Oxford University Press (2014); Jaime M. Pensado y Enrique C. Ochoa, eds., *México Beyond 1968: Revolutionaries, Radicals, and Repression During the Global Sixties and Subversive Seventies* (México más allá de 1968: Revolucionarios, radicales y represión durante los sesenta globales y los setenta subversivos), Tucson: University of Arizona Press (2018); Fernando Herrera Calderon y Adela Cedillo, eds., *Challenging Authoritarianism in Mexico: Revolutionary Struggles and the Dirty War, 1964-1982* (Desafiando al Autoritarismo en México: Las Luchas Revolucionarias y la Guerra Sucia, 1964-1982) (Nueva York: Routledge (2012).

Ante la incipiente división entre el Grupo de los 77 en la ONU y los miembros del Movimiento de Países No Alineados (MNOAL), México envió observadores a la reunión del MNOAL celebrada en Argel en septiembre de 1973 con el fin de conseguir apoyo para la Carta. Estaba cada vez más claro que algunos miembros del MNOAL, como el argelino Abdelaziz Bouteflika, empezaban a impulsar un rechazo más radical y profundo del sistema económico internacional existente, incluso mientras los expertos mexicanos estaban intentando reescribir sus reglas; cada vez más, los defensores mexicanos de la Carta tendrían que enfrentarse no solo al escepticismo de Estados Unidos, sino también a las crecientes demandas de medidas más radicales por parte del MNOAL.

Cuando funcionarios estadounidenses visitaron Ciudad de México en mayo de 1973, el ministro de Asuntos Exteriores mexicano se apresuró a demostrar los intentos de su país por moderar el borrador de la Carta, y señaló explícitamente que, durante las recientes negociaciones, México se había “opuesto a las exigencias extremas de Chile” a favor de lo que denominó una “Carta desequilibrada” y subrayó la necesidad de un borrador “útil” (Embajada de Estados Unidos en Brasil, 19 de mayo de 1973). En esa misma reunión, Echeverría se esforzó, una vez más, en señalar su propio anticomunismo, y la embajada de EE.UU. tomó nota especial de sus “comentarios relativos a los tejemanejes de los comunistas, extranjeros y nacionales”, los que “daban fuertes indicios de no haber olvidado sus experiencias en el control de sus actividades como ministro del Interior antes de convertirse en presidente”, una referencia apenas velada a la masacre de Tlatelolco de 1968. “Como lo ha hecho a menudo en el pasado”, concluyó la embajada, “no dejó ninguna duda en cuanto a su convicción de usar mano dura al tratar con extremistas”.

Sin embargo, al tiempo que hacía hincapié en su propia moderación, las exigencias procedentes de los gobiernos más radicales también fueron para Echeverría en sus negociaciones con los funcionarios estadounidenses un garrote útil, aunque a veces difícil

de manejar. Los funcionarios mexicanos trataron de enfrentar a ambas partes, situándose en una posición intermedia, responsable y pragmática. Por ejemplo, en una reunión con Kissinger a principios de 1974, Echeverría expresó su admiración por el argelino Houari Boumediène. En respuesta, Kissinger le alegó: “¿Qué ocurre cuando los no alineados son más numerosos que los alineados?”, y antes de concluir dijo con pesar: “Entonces nosotros [Estados Unidos] pasamos a ser los no alineados”. Echeverría replicó: “Por primera vez los subdesarrollados sienten que son fuertes y que tienen un arma”, argumentando que el Tercer Mundo, México incluido, ya no se dejaría avasallar por Estados Unidos (Residencia Presidencial “Los Pinos”, 21 de febrero 1974). Los países más radicales intentarían utilizar dicha arma más adelante de ese año cuando, en medio de las negociaciones de la Carta, los dirigentes argelinos pidieron una sesión especial de la Asamblea General de la ONU para considerar cuestiones relacionadas con “las materias primas y el desarrollo” (Hudes, 1975). En la reunión del grupo de trabajo de la Carta se preparó un documento de referencia y la declaración resultante de la ONU, que pedía el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional, fue adoptada por la Asamblea General de la ONU sin votación, lo que le dio un *imprimátur* de unanimidad del que carecían las largas y polémicas negociaciones de la Carta. Este procedimiento envalentonó a los Estados más radicales para presionar aún más en las negociaciones de la Carta, incluso cuando los negociadores más intransigentes del lado estadounidense empezaron a presionar con fuerza en la otra dirección. La posición intermedia de México era cada vez más difícil de mantener.

En el transcurso de los seis meses siguientes, representantes de la cancillería mexicana y del Departamento de Estado de EE. UU. mantendrían negociaciones paralelas, a puertas cerradas, para intentar llegar a un compromiso viable. Kissinger, por su parte, esperaba evitar que México se inclinara más hacia el Tercer Mundo de los No Alineados, y presionó a su personal para que redactara un

texto aceptable para ambas partes. Pero también había divisiones importantes en el equipo de EE. UU., y los funcionarios jurídicos del Senado y del Departamento de Estado, que estaban estrechamente alineados con los intereses empresariales de EE. UU., se atrincheraron y rechazaron las concesiones que Kissinger había impulsado. Casi al final de las negociaciones, el mexicano Sergio González Gálvez se lamentaba ante Kissinger: “Nosotros empezamos esta empresa y ahora estamos atrapados en el medio”. Y continuó: “En un extremo, si se me permite decirlo, está Estados Unidos y en el otro extremo están ciertos miembros del Grupo de los 77, árabes y africanos” (FRUS, 4 diciembre 1974). Tras las difíciles negociaciones paralelas entre Estados Unidos y México, cuando concluyó la reunión final del grupo de trabajo a finales de 1974, las aristas radicales del borrador original de la Carta se habían atenuado considerablemente. No obstante, unos 120 países, desde Argentina hasta Zambia, votaron a favor de su aprobación. Pero incluso con el compromiso que había alcanzado el equipo de Kissinger, la delegación de EE. UU. en la ONU, influida por la presión del capital organizado, votó en contra, asegurándose de que no tuviera ninguna posibilidad de implementarse.

Este breve resumen ofrece sólo una perspectiva de estas negociaciones, y dista mucho de ser completo. Como ha escrito Priya Lal, “no hubo un único movimiento del NOEI”, ya que tanto los contextos históricos como las condiciones políticas en las que los Estados particulares abordaron el NOEI y la Carta fueron muy variados (Priya, 2015). Entonces, ¿qué nos puede decir esta limitada mirada de detrás del telón, reveladora principalmente de conversaciones entre bastidores entre Estados Unidos y México, que no puedan decirnos ni las narrativas estructurales pesimistas ni las historias institucionales más optimistas? Revela tanto el trabajo desordenado y contradictorio de la formación de coaliciones como los límites del compromiso. Comprender la postura mexicana ante la Carta revela la política real de cooperación Sur-Sur y de contención Sur-Norte ofrecida en la visión de Echeverría, más allá de los

elevados discursos inspiracionales y las estridentes críticas públicas. Las presiones políticas internas –de la izquierda, en el caso de las fuerzas guerrilleras que amenazaban con socavar la estabilidad política y económica que sustentaba el poder de Echeverría en México; y de la derecha, en el caso de los empresarios que no toleraban ningún compromiso sobre las prerrogativas de inversión de Estados Unidos– quedan más claras cuando corremos el telón. Las formas en que esas presiones dan forma a la política de compromiso y al imaginario de lo que es posible quedan mejor reflejadas.

Volver a los archivos e indagar en cada una de estas complicadas y contradictorias historias de los Estados implicados –necesariamente un proyecto colectivo, que ningún erudito podría llevar a cabo por sí solo– puede, por tanto, ofrecer importantes advertencias para aquellos que hoy en día esperan construir coaliciones y deben llegar a compromisos. Comprender mejor qué querían realmente los Estados del Tercer Mundo, bajo qué presiones se encontraban y qué medidas adoptaron realmente para alcanzar sus objetivos debería ayudarnos a discernir qué lecciones debemos seguir y cuáles debemos descartar, es decir, qué visiones podrían seguir iluminando el camino hacia el futuro y cuáles no. Si volvemos a los archivos, descubriremos, por ejemplo, que para el funcionario mexicano Porfirio Muñoz Ledo, que había concebido originalmente la idea, la Carta era una lucha colectiva análoga a una visión particular de la organización de clases: “Los países en vías de desarrollo son los trabajadores; los países industrializados son el capital”, argumentaba. “No se trata de luchar, sino de hacer buenos contratos colectivos, beneficiosos para ambas partes” (Muñoz Ledo, Wilkie y Monzón Wilkie, 2017, p. 371). Y concluía: “no es una tesis marxista, es otra tesis”, un proyecto corporativista y desarrollista destinado no a derrocar el capitalismo global, sino a salvarlo de sus propias contradicciones autodestructivas.

Por tanto, cuando volvamos a reconsiderar este momento –cuando pensemos qué coaliciones construir y cuáles no, y qué compromisos hacer o no hacer– necesitamos contar con análisis que revelen

estas tensiones políticas, nacionales e internacionales. Sin duda, estas historias ofrecen muchas lecciones, pero entre ellas debemos leer con mucha atención aquellas que son una advertencia.

Bibliografía

Archivo Digital de Seguridad Nacional (1972). Transcripción de la conversación No. 735-1, casete nos. 2246–2248, June 15, 1972, 10:31 a.m.–12:10 p.m., Despacho Oval.

Archivo de Seguridad Nacional (2021). *La masacre del Jueves de Corpus Christi de 1971 perpetrada en México, cincuenta años después*. <https://nsarchive.gwu.edu/briefing-book/mexico/2021-06-10/corpus-christi-massacre-fifty-years>

Benjamin, Bret (2015). Bookend to Bandung: The New International Economic Order and the Antinomies of the Bandung Era. *Humanity*, 6(1), 44.

Echeverría Álvarez, Luis (1972). Resumen del discurso pronunciado en la 92ª Sesión Plenaria, el 19 de abril de 1972, por el Sr., presidente de los Estados Unidos Mexicanos en las Naciones Unidas, *Actas de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, Tercer período de sesiones, Santiago de Chile, 13 de abril a 21 de mayo de 1972, vol. 1A, parte 1*, Nueva York: Naciones Unidas.

Embajada en México al Departamento de Estado (17 de agosto de 1971). Telegrama 4659, FRUS 1969-1976, Volumen E-10, Documentos sobre las Repúblicas Americanas, 1969-1972, Documento 469.

Embajada de Estados Unidos en Brasil a la Secretaria de Estado (19 de mayo de 1973). Documento de Wikileaks 1973RIODE01735_b.

Embajada de los Estados Unidos en México al Secretario de Estado (19 de mayo de 1973). Documento de Wikileaks 1973MEXICO03586_b.

FRUS (4 de diciembre 1974). Memorando de conversación, Washington, , Vol E-11, Doc 72.

Hudes, Karen (1975). Towards a New International Economic Order. *Yale Journal of International Law*, 2(1), 102.

Lozoya, Alberto Jorge y Hector Cuadra (eds) (1980). *Africa, the Middle East and the New International Economic Order África*. Nueva York: Pergamon.

Muñoz Ledo, Porfirio, James W. Wilkie, y Edna Monzón Wilkie (2017). *Porfirio Muñoz Ledo: Historia oral, 1933–1988*. Profmen Debate.

Ogle, Vanessa (2014). State Rights against Private Capital: The ‘New International Economic Order’ and the Struggle over Aid, Trade, and Foreign Investment, 1962–1981. *Humanity*, 5(2), 11-34.

Priya, Lal (2015). African Socialism and the Limits of Global Familyhood: Tanzania and the New International Economic Order in Sub-Saharan Africa. *Humanity*, 6(1), 24.

Residencia Presidencial “Los Pinos” (21 de febrero 1974). Memorando de conversación 6:00 p.m. DNSA.

Thornton, Christy (2018). A Mexican International Economic Order? Tracing the Hidden Roots of the Charter of Economic Rights and Duties of States. *Humanity*, 9(3), 389-421.

Thornton, Christy (2021). *Revolution in Development: Mexico and the Governance of the Global Economy*. Oakland: University of California Press.

Whelan, Daniel J. (2015). Under the Aegis of Man': The Right to Development and the Origins of the New International Economic Order. *Humanity*, 6(1), 93-108.

El NOEI como Ley: más allá de los Nuevos Acuerdos Verdes

Umut Özsu

Mucho se ha hablado del Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) desde su anuncio formal en la Asamblea General de la ONU el 1 de mayo de hace casi cincuenta años. Al ser el intento más sostenido de reconfigurar las relaciones internacionales desde el establecimiento de las Naciones Unidas y los sistemas de Bretton Woods tras la Segunda Guerra Mundial, el proyecto sirvió de piedra angular para una gama extraordinariamente amplia de debates sobre el derecho, la política y la economía política de la descolonización durante los años setenta y hasta los ochenta. En su núcleo se encontraba una serie de demandas de mayor ayuda, condonación de deuda y transferencia de tecnología, así como el deseo de facilitar una rápida industrialización, garantizar derechos sólidos para nacionalizar los activos de los inversores extranjeros, normalizar el trato preferente en el comercio internacional para los países en desarrollo, instituir mecanismos para regular las actividades de las empresas multinacionales y proporcionar restitución de los recursos esquilados por el colonialismo y la ocupación.

Algunos elementos de esta propuesta estaban en circulación desde el final de la Segunda Guerra Mundial. En concreto, varios

modelos de soberanía de los recursos –la idea de que los Estados tienen la autoridad última sobre todos los recursos naturales situados en sus territorios– había empezado a ganar adeptos en los círculos jurídicos y diplomáticos después de 1945. Esta idea incluía la controvertida afirmación de que los Estados, sobre todo los considerados “en vías de desarrollo”, tenían el derecho internacional a expropiar y nacionalizar los bienes de propiedad extranjera situados dentro de su jurisdicción, y que la compensación sería determinada únicamente o, en gran medida, por sus propios funcionarios. Lo que frecuentemente se denominó “soberanía permanente” sobre los recursos naturales ocupó un lugar destacado en una serie de resoluciones de la Asamblea General, que comenzaron a principios de la década del cincuenta y alcanzaron el primer punto álgido en la Declaración sobre la Soberanía Permanente sobre los Recursos Naturales de 1962, en la que se reconocía el derecho a llevar a cabo nacionalizaciones siempre que se proporcionara una “compensación adecuada”, fórmula que deliberadamente se dejó vaga y abierta a la interpretación. La idea también ocupó un lugar central en los debates de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), dirigida por Raúl Prebisch, a mediados y finales de la década del sesenta, y durante las reuniones del Movimiento de Países No Alineados y del Grupo de los 77 a finales de la década del sesenta y principios de la del setenta, en las que las discusiones giraban a menudo en torno a cuestiones de neocolonialismo, desarrollo desigual y deterioro a largo plazo de la relación de intercambio para los productores de materias primas.

Sin embargo, sólo en 1974 surgió el NOEI como un programa formalmente legalizado para reorganizar la economía mundial, con la soberanía de los recursos como su eje central. Para entonces, muchos países productores de petróleo ya habían conseguido una mayor influencia gracias a las nacionalizaciones, por no hablar de la brusca subida de los precios derivada del embargo petrolero de 1973-1974. Además de instar a los inversores a que emplearan a sus propios ciudadanos y que minimizaran la repatriación

de los beneficios, los Estados importadores de capital presionaron con frecuencia a favor de un sólido derecho de nacionalización, reconocido en la legislación nacional, susceptible de ser ejercido por funcionarios nacionales y sujeto a interpretación jurídica únicamente por parte de las autoridades nacionales. Argumentaban que el control de los recursos naturales constituía un elemento esencial de la condición de Estado, y que implicaba el derecho a confiscar activos extranjeros además de recurrir a estrategias más prosaicas como la adquisición de participaciones mayoritarias en filiales de empresas multinacionales. Por el contrario, los Estados exportadores de capital solían oponerse a estas medidas, alegando que socavaban los derechos de los inversores y eran perjudiciales para el crecimiento económico de los países receptores, que probablemente experimentarían una fuga de capitales como consecuencia directa. Resistiéndose a las firmes formulaciones del concepto de soberanía sobre los recursos, sostenían que ninguna norma o principio del derecho internacional podía justificar la expropiación de los activos de los inversores extranjeros sin una compensación adecuada, en una cantidad a determinar mediante arbitraje internacional o sobre la base de las normas internacionales que ellos apoyaran.

El resultado inmediato de este impulso para reconfigurar la economía mundial se registró en el plano del derecho internacional. El 1 de mayo de 1974, fecha cargada de simbolismo, la Asamblea General adoptó la Declaración sobre el Establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional acompañada del Programa de Acción sobre el Establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional. Siete meses más tarde se adoptó la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, de ambicioso título. En relación con la cuestión crucial de la soberanía sobre los recursos, la Carta seguía la línea de la resolución de 1962 al no exigir más que una “compensación adecuada” cuando los activos de un inversor extranjero fueran expropiados, nacionalizados o transferidos de cualquier otra forma. Sin embargo, a diferencia de la resolución

de 1962, que había exigido que la indemnización se determinara sobre la base de la legislación nacional del Estado expropiante y también “de conformidad con el derecho internacional”, la carta dejaba claro que la indemnización debía ser determinada por los tribunales nacionales simplemente sobre la base de “las leyes y reglamentos relevantes y todas las circunstancias que el Estado considere pertinentes”. Como casi todas las demás resoluciones de la Asamblea General, las del NOEI no eran jurídicamente vinculantes. Pese a eso, muchos Estados del Primer Mundo emitieron votos negativos u optaron por abstenerse.

Al igual que sus instrumentos fundacionales, la mayoría de los defensores y entusiastas del NOEI ofrecieron pocas respuestas a la pregunta de si el programa fomentaría, o cómo llevaría a cabo, una redistribución socialmente equitativa *dentro* de los Estados del Tercer Mundo, supuestamente sus principales beneficiarios. Impulsado por el deseo de los “nuevos” Estados de basar la independencia jurídica formal en una soberanía económica sustantiva y de salvaguardar esta soberanía ampliando las relaciones de cooperación Sur-Sur, el proyecto pretendía recalibrar un sistema interestatal interrelacionado con la economía mundial capitalista. Sin embargo, no estipulaba prácticamente nada en cuanto a cuestiones de distribución interna. Era un proyecto esencialmente redistributivo basado en un keynesianismo mundial renovado, con una retórica que prometía tanto el honor nacional como el interés común, cuya agenda reflejaba el deseo de las élites políticas y jurídicas del Sur global de renegociar su papel en un sistema capitalista mundial dominado por el Norte global.

Incluso con tales limitaciones, el NOEI se evaporó poco después de su lanzamiento. Su fracaso se debió principalmente a la oposición concertada de las clases dominantes del Atlántico Norte, que al tiempo que adoptaban gran parte de su retórica de “solidaridad global”, repudiaban lo que muchos responsables de la formulación de políticas y comentaristas, especialmente en Estados Unidos, denunciaban como una forma de socialismo forzado a través de las

instituciones de la ONU. De poco sirvió que el proyecto también se viera maniatado por contradicciones internas. Su relativa indiferencia hacia las cuestiones de redistribución interna lo hizo vulnerable a las acusaciones de captura por parte de las élites, sentando las bases para el “giro” patrocinado por el Banco Mundial hacia la prioridad de las “necesidades básicas” en la política de desarrollo y la estrategia de reducción de la pobreza de finales de la década del setenta. La tensión entre los países ricos en petróleo y otros recursos y los países sin grandes cantidades de productos básicos de exportación (caracterizados en la jerga de gobernanza de la ONU como “menos desarrollados”) resultó ser muy significativa, a pesar de los esfuerzos de la Organización de Estados Exportadores de Petróleo por proporcionar ayuda específica para compensar los altos precios del petróleo. Los representantes de los países capitalistas avanzados, como Henry Kissinger, supieron explotar esas fuentes de fricción, en parte canalizando muchos debates relacionados con el NOEI hacia una Conferencia sobre Cooperación Económica Internacional convocada en 1975 para tratar cuestiones energéticas, finanzas, desarrollo y materias primas, un proceso plurianual que facilitó un diálogo Norte-Sur en gran medida infructuoso. La cuarta conferencia de la UNCTAD, celebrada en 1976, introdujo un programa integrado para los productos básicos que fomentaba el logro de acuerdos para regular la fijación de precios de los principales productos básicos. También pedía nuevas reservas para la estabilización, cuotas de exportación, mecanismos de financiación compensatoria, medidas multilaterales de gestión de la oferta y la diversificación del comercio y la producción en los países en desarrollo. Incluso entonces, el eje central del programa, el fondo común para los productos básicos, apenas pudo sobrevivir como una pequeña reserva de recursos cuando finalmente entró en funcionamiento en 1989.

Por supuesto, muchos encontraron limitaciones aún más fundamentales en el NOEI. Como señalaron Samir Amin, André Gunder Frank y muchos otros críticos marxistas y radicales, el proyecto

pretendía reformar las relaciones de dependencia y explotación que unían al mundo, modificando la dinámica imperante en el comercio y la inversión mediante un proceso de negociación colectiva global. Con este espíritu, el argelino Houari Boumediene y juristas internacionales como Mohammed Bedjaoui unieron sus fuerzas a las del mexicano Luis Echeverría Álvarez y juristas internacionales como Jorge Castañeda y a las de muchos otros para abogar a favor de la transferencia de tecnología, la industrialización rápida, un mayor control regulador de las empresas multinacionales y la reducción de las barreras de entrada para los bienes producidos por los países en desarrollo. Estas y otras reivindicaciones fueron medidas paliativas en respuesta a la avalancha de crisis de los años setenta, una década durante la cual gran parte del mundo, tanto el Norte como el Sur, experimentó menores tasas de beneficio, mayor carga de la deuda, aumento de los costos energéticos y altos niveles de inflación y desempleo. La oposición directa a la producción y el intercambio capitalistas, y a las estructuras de mercado que salvaguardaban, simplemente no estaba sobre la mesa. Para la mayoría de los marxistas, era obvio que el NOEI, aunque valioso en muchos aspectos, tenía un carácter fundamentalmente reformista, no revolucionario, similar en cierto modo a las Actas de Fábricas del siglo XIX que Marx analizó en el primer volumen de *El Capital*.

Cuando los representantes de veintidós Estados se reunieron en Cancún en octubre de 1981 para celebrar una Cumbre Norte-Sur, las condiciones habían cambiado significativamente desde los vertiginosos días de 1974. Canalizando el descontento generalizado entre las clases dirigentes del Atlántico Norte frente al compromiso del NOEI con un derecho internacional amplio para emprender nacionalizaciones, Ronald Reagan y Margaret Thatcher estuvieron prestos a repudiar el discurso del NOEI sobre “transferencias masivas”, rechazando incluso las modestas (y confusas) recomendaciones que la Comisión Norte-Sur, apoyada por el Banco Mundial y presidida por el excanciller de Alemania Occidental, Willy

Brandt, había hecho en un intento de salvar algunos de los elementos menos controvertidos del proyecto, como ciertos mecanismos para compartir tecnologías y estabilizar los mercados de materias primas. Esta reacción a la comisión de Brandt, y a lo que quedaba del NOEI, no fue compartida por todos los países capitalistas. Austria, por ejemplo, citó su experiencia con el Plan Marshall como prueba de que la inversión a gran escala en los países en desarrollo era necesaria para acelerar el desarrollo. En nombre de Francia, François Mitterrand habló de la necesidad de organizar los mercados mundiales y de emprender una nueva ronda de “negociaciones globales”. Pero Reagan apoyó con entusiasmo la necesidad de “liberar a los individuos creando incentivos para trabajar, ahorrar, invertir y triunfar”, dejando claro que su interés residía en “abrir los mercados”, fomentar un “clima para los flujos de capital privado” y evitar “políticas equivocadas que restringen e interfieren en el mercado internacional o fomentan la inflación”. Del mismo modo, Thatcher afirmó su determinación de “proporcionar la máxima libertad al sector privado”, reiterando la importancia del “sistema comercial abierto” e instando a los demás a evitar comprometer “la eficacia o la integridad de organizaciones como el Banco Mundial y el FMI”.

Menos de un año después de que el presidente mexicano, José López Portillo, presidiera la Cumbre junto con el primer ministro canadiense, Pierre Trudeau, su ministro de Hacienda, Jesús Silva-Herzog, tuvo que declarar públicamente que México ya no podía pagar su deuda, acumulada principalmente en la última década para financiar la industrialización del país impulsada por el petróleo. La crisis de la deuda, relacionada con la decisión del presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos de subir los tipos de interés para combatir la inflación, fue grave y se extendió por toda la región y mucho más allá. Cuando las instituciones financieras como el FMI respondieron exigiendo la disciplina fiscal, la privatización, la liberalización del comercio y la reforma fiscal, la mayoría perdió la esperanza en el programa del NOEI, aunque

algunos fragmentos de su programa inicial, como la idea de un derecho internacional al desarrollo, siguieron plasmándose en leyes durante años.

El historiador e intelectual Nils Gilman sugiere que el NOEI se entiende mejor si se lo piensa como una especie de “no fracaso”: un movimiento que puede haber llegado a su fin, tanto desde el punto de vista ideológico como institucional, pero que ha seguido disfrutando de una especie de vida después de la muerte como “un lenguaje para que las generaciones futuras articulen sus propias esperanzas y sueños”. El lenguaje del “no fracaso” es algo engañoso; el proyecto del NOEI, como proyecto, no fue sino desastroso, incluso para sus propios estándares. Pero el sentimiento básico es acertado: en la medida en que los llamamientos a “descolonizar” el derecho y la política internacionales se escuchan hoy en día cada vez con mayor urgencia, seguimos escarbando, aunque en su mayor parte sin saberlo, entre los escombros del NOEI, el intento más sostenido de forjar un nuevo orden para un mundo ostensiblemente post imperial.

Dada la elevada retórica legal y moral en la que se enmarcaba el NOEI, no es de extrañar que éste haya atraído una atención renovada en los últimos años. El hecho de que el proyecto se aprovechara de la popularidad de las teorías contemporáneas sobre la dependencia, el intercambio desigual y la dinámica centro-periferia lo vuelve perfecto para romantizar en una época en la que abundan todo tipo de afirmaciones sobre el “populismo”, la “multipolaridad” y el “fin del neoliberalismo”. Por tanto, es aún más importante tener en cuenta que el principal objetivo del NOEI era recalibrar la división internacional del trabajo según los intereses de un Tercer Mundo insurgente, principalmente redistribuyendo derechos y recursos a través de instituciones internacionales democratizadas y de un derecho internacional transformado en consecuencia. Se trataba de un objetivo noble, su compromiso con la soberanía sobre los recursos era la culminación económica de la oleada de liberación nacional posterior a 1945. Pero también era un objetivo

profundamente limitado. Los debates y movimientos de la década del setenta difieren significativamente de los que dominan la coyuntura actual, con sus arbitrajes inversor-Estado y sus acuerdos comerciales “megarregionales”. Sin embargo, la tentación de resucitar las herramientas keynesianas de ayer para reconfigurar el derecho y la economía política del mundo actual sigue siendo fuerte. En última instancia, deberíamos poner nuestras miras mucho más altas que cualquier programa al estilo del NOEI, por muy “verdes” que sean los “nuevos acuerdos” que prometa introducir. Al fin y al cabo, no tenemos nada que perder, salvo las cadenas que nos atan a un mundo moribundo.

El NOEI contra el capitalismo racial

Vasuki Nesiah

El espíritu de los bárbaros, que los pueblos occidentales creían haber domesticado tras siglos de lucha, está nuevamente presente y amenaza con destruir la obra civilizadora de todos estos siglos.

Wilhelm Röpke, *Against the Tide*¹

Cuando los bárbaros lleguen, ellos harán las leyes.

C. P. Cavafy, *Esperando a los bárbaros*

1974 fue un año excepcional para la Asamblea General de las Naciones Unidas (AGNU), y la aprobación de la declaración del NOEI fue su punto culminante (Resolución ONU 3201, 1974).²

¹ Llegué a la lectura de *Against the Tide* después de toparme por primera vez con las preocupaciones de Röpke acerca del peligro que corre la civilización occidental en la brillante historia de Jessica Whyte sobre las vidas hermanadas del neoliberalismo y los derechos humanos en *The Morals of the Market: Human Rights and the Rise of Neoliberalism* (Verso 2019). En los ensayos de advertencia, admonición y lamento de *Against the Tide*, Röpke está tan preocupado por las amenazas del interior de Europa, como por las amenazas del exterior. Escribiendo en la posguerra, trata de dar la voz de alarma no solo sobre la amenaza socialista del Este o la creciente marea de disidencia del Sur Global, sino también sobre la amenaza keynesiana que se había convertido en el pensamiento hegemónico en los ministerios de finanzas de la Europa occidental de posguerra.

² La aprobación de la resolución NOEI fue seguida de una serie de resoluciones de ejecución: "Recordando sus resoluciones 3201 (S-VI) y 3202 (S-VI), de 1 de mayo de

Muchos consideraron que el NOEI sentaba las bases para una autodeterminación económica que garantizaría que la autodeterminación política no fuera un mero logro formalista, sino una realización de fondo que por fin cerraba el capítulo de una arquitectura económica eurocéntrica. En el contexto de la ONU, el NOEI constituyó una intervención radical que personificaba la paradójica posición de sujeto de la soberanía anticolonial en aquel momento: buscar la inclusión en un orden mundial que se quería transformar.

En las primeras décadas de la ONU, es posible que los Estados poscoloniales estuvieran unidos en gran medida por la euforia emancipadora de haber derrotado al colonialismo europeo, pero estos Estados no se caracterizaban por una unidad ideológica equivalente en cuanto a su futuro camino económico y respecto a si definían su horizonte económico dentro de los términos del capitalismo global o mediante la resistencia a los mismos. Dada esta diversidad, la aprobación de la declaración de NOEI en la AG fue un logro notable. Sin embargo, en realidad esta fue solo una de las notables resoluciones de la AG de 1974. Ese mismo año, la AG aprobó la Resolución 3236, que afirmaba los derechos inalienables del pueblo palestino a la autodeterminación, la independencia nacional y la soberanía, y el derecho de los palestinos a regresar a sus hogares y propiedades. Lo más significativo es que ese mismo día se aprobó la Resolución 3237, por la que se concedía a la OLP el estatus de observador. Sudáfrica también fue suspendida de la AG en 1974. De hecho, ese mismo año, Sudáfrica estuvo a punto de ser expulsada de las Naciones Unidas cuando la Asamblea General presentó una resolución en la que se pedía al Consejo que revisara la pertenencia de Sudáfrica a la organización, y solo el triple veto

1974, que contienen la Declaración y el Programa de Acción sobre el Establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional, 3281 (XXIX), de 12 de diciembre de 1974, que contiene la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, y 3362 (S-VII), de 16 de septiembre de 1975, sobre el desarrollo y la cooperación económica internacional".

de Estados Unidos, el Reino Unido y Francia evitó que el Estado del *apartheid* fuera expulsado.

Con la doble acción de incluir a la OLP y suspender a Sudáfrica, la AG se anticipó al debate actual sobre el *apartheid* no solo como un sistema de gobierno racista, sino como un sistema de gobierno colonial racista. Por último, cabe destacar que 1974 fue también el año en que la AG aprobó la Resolución 3292, en la que se solicitaba que la Corte Internacional de Justicia (CIJ según sus siglas en inglés) emitiera una opinión consultiva sobre la descolonización del Sahara Occidental. La sentencia sobre el Sáhara Occidental fue el primer fallo judicial internacional que cuestionaba la coherencia y legitimidad, legal o de otro tipo, de la noción de *terra nullius* que se había empleado para el despojo material de los pueblos indígenas en todo el mundo, desde las Américas hasta Australia. El propio NOEI dio voz a este reconocimiento (aunque en un elocuente registro estatista) cuando otorgó un lugar destacado a la “Plena soberanía permanente de cada Estado sobre sus recursos naturales y sobre todas las actividades económicas”. Desde el *apartheid* hasta el colonialismo de colonos, la AG de aquel periodo bullía de proyectos reformistas que asumían la labor inacabada de los procesos de descolonización en múltiples frentes. Este fue el entorno del que surgió la declaración del NOEI en 1974.

A menudo se habla del NOEI en términos de las concepciones económicas alternativas que estaban en juego, incluido el hecho de que provocó una reacción profesional y disciplinaria en sectores influyentes de economistas del Norte Global que les llevó a abandonar la sabiduría keynesiana para abrazar el neoliberalismo. De hecho, el nuevo auge del neoliberalismo en la década de 1970 está en parte vinculado a este debate económico y a la oposición al análisis y las prescripciones económicas alternativas propuestas por el NOEI. Pero centrarse en el ámbito económico no lo explica todo. La visión económica neoliberal estaba íntimamente entrelazada con un enfoque del orden social de la sociedad internacional, un enfoque basado en una visión racial y civilizacional

de la gobernanza y la experiencia. La oposición a la visión de política económica del NOEI está inextricablemente ligada a dicha visión social y a la dinámica post imperial de la gobernanza global que representaba la AG de 1974. La resolución del NOEI pregonaba el hecho de que los “pueblos de color” del mundo estaban tomando las riendas del poder.

En la conferencia de Bandung de 1955, el presidente Sukarno señaló en su discurso de bienvenida que esta era la mayor reunión de “pueblos de color” de todo el mundo. Partha Chatterjee (2017) ha argumentado que la verdadera importancia de Bandung radicó en que esta reunión se tradujo en la igualdad formal de las naciones, tanto coloniales como poscoloniales. Para Chatterjee, la igualdad soberana en la AG es la encarnación institucional de un ethos bandungiano para la gobernanza democrática de los asuntos internacionales. Veintinueve gobiernos estuvieron representados en Bandung en 1955. Veinte años después, cuando se aprobó la declaración del NOEI, había 139 gobiernos representados en la AG, la mayoría de los cuales eran naciones de independencia reciente. Esta trayectoria decisiva y resuelta ya se anticipó en 1955 (alentadora para los antiguos colonizados y amenazadora para los antiguos colonizadores).

El economista alemán Wilhelm Röpke, figura clave de lo que se convertiría en la escuela ginebrina del neoliberalismo, compartía la lectura de Chatterjee sobre la importancia de la igualdad soberana. Pero para él, se trataba de una amenaza, no de una promesa. Al igual que los ancianos estadistas de Bandung –Sukarno, Nehru, Nasser– Röpke no vivió para ver la AG de 1974 en acción. Sin embargo, si el NOEI fue el logro supremo de Bandung, la contraofensiva neoliberal a Bandung fue el logro supremo de Röpke y su cohorte de la Sociedad Mont Pellerin. En 1955, el mismo año de la conferencia de Bandung, Röpke señaló la amenaza de la marea provocada por las nuevas soberanías e instó a que “una de las necesidades urgentes de nuestro tiempo” fuera precisamente “disminuir la soberanía nacional” para que los países carentes de la

“infraestructura moral” adecuada para el mercado global no pudieran controlar la dirección de la sociedad mundial (Citado por Slobodian, 2021). Para Röpke, mantener a raya a los bárbaros disminuyendo la soberanía nacional no equivalía a traspasar la autoridad a un contendiente por el poder soberano mundial como la AG, sino que consistía en crear la infraestructura para un orden económico neoliberal. La AG estaba ahogando la voz de Europa; la tiranía de la mayoría, por encima de la sabiduría civilizatoria. Para Röpke, defensor de la Sudáfrica del *apartheid*, la AG de 1974 habría sido una prueba de ello: la misma AG que aprobó el NOEI creó un sitio para Palestina a la vez que enseñaba la puerta a Sudáfrica.

Los manifestantes contra las resoluciones de la OLP a las puertas de la ONU en 1974 se quejaron de esta nueva composición de la AG y de su amenaza para el orden mundial (Khiss, 1974). Röpke no era el único que temía al nuevo tercer mundo. Achille Mbembe (2021) caracteriza este periodo como uno de “eurocentrismo anti-tercer mundo” surgido en la esfera pública mundial en la década de 1950, pero que “alcanzó su apogeo en la década del setenta con la crítica a las teorías de la dependencia y del desarrollo desigual y los intentos de establecer un orden económico internacional más justo”. En la taxonomía histórica de Mbembe, se trata de un periodo que sucede al “eurocentrismo primitivo” de la era imperial, y que precede al “eurocentrismo tardío” que llegó con la consolidación del neoliberalismo. De hecho, se puede ver el final de la década del setenta, tras la derrota del NOEI, como una especie de interregno en el que el florecimiento de la descolonización estaba en decadencia y “todo se desmoronó”³.

³ En su poema *El segundo advenimiento*, la formulación original de W.B. Yeats era “todo se desmorona; el centro cede: la anarquía se abate sobre el mundo, se suelta la marea de la sangre, y por doquier se anega el ritual de la inocencia”. Chinua Achebe lo consideró un relato adecuado acerca del anegamiento de la inocencia del poscolonialismo y lo tomó prestado para el título de su relato novelístico de ese momento histórico, *Todo se desmorona*.

Para Röpke, Hayek y otros de su cohorte, la descolonización provocaba la disolución del centro, y un mundo gobernado por estos nuevos soberanos era una amenaza para la civilización y el viejo orden mundial. El mercado mundial, por su parte, podría ser una zona amortiguadora, mediadora de la fuerza colectiva de estos nuevos soberanos. En palabras de Quinn Slobodian, la noción neoliberal del mercado representaba un “globalismo militante basado en instituciones de gobierno de niveles múltiples alejadas de la toma de decisiones democráticas” (Slobodian, 2021, p. 15). La democracia tenía aquí dos significados. En primer lugar, se refería a las masas de estos nuevos Estados-nación; estas habían sido convertidas en indigentes por el colonialismo y ejercían presión sobre sus líderes políticos para que promulgaran políticas que facilitarían una mayor redistribución. También se refería a la democracia a escala mundial en instituciones de gobernanza global como la AG. Las resoluciones de 1974 fueron un testimonio de que los “pueblos de color” del mundo, habiendo entrado por la puerta grande, habían forjado solidaridades que movilizaban su mayoría en la AG para que legislara con vistas a futuros alternativos. Los temores racializados de esta fuerza colectiva desempeñaron un papel constitutivo en el análisis económico neoliberal. El neoliberalismo no era solo un conjunto de políticas económicas que los países de mayoría blanca promovían; más bien, el neoliberalismo era en sí mismo una expresión de la supremacía blanca; el mercado neoliberal era la defensa final contra el movimiento de los “pueblos de color... hacia Belén” cada vez en mayor número.

Los contrastes fundamentales entre la visión económica del NOEI influida por la teoría de la dependencia (“un nuevo pacto para el mundo”) y la neoliberal quedaron manifiestos en las diferentes agendas sobre las consecuencias distributivas –raciales y de otro tipo– de estos programas alternativos para el orden mundial. Asimismo, también existían diferencias en los conocimientos disciplinarios y en la experiencia política que enmarcaban y analizaban las opciones estratégicas y las concesiones mutuas. Así, cada

una de las divergencias en orientaciones políticas concretas (por ejemplo, la conveniencia de que los Estados promulguen controles arancelarios y establezcan subvenciones para las industrias locales) puede situarse dentro de orientaciones analíticas opuestas en el estudio de la economía política del desarrollo. Por ejemplo, la visión económica general del NOEI se inclinaba a que los Estados estuvieran facultados para promulgar tales medidas políticas al optar por un compromiso parcial y estratégico con el mercado mundial, a la vez que aspiraban a la autosuficiencia económica como objetivo enmarcador de la planificación del desarrollo. Los pueblos del Tercer Mundo querían cambiar las reglas de la gobernanza mundial, y las nuevas reglas propuestas por el NOEI surgieron de un análisis alternativo de los mercados mundiales. El enfoque del NOEI se basó en el trabajo de economistas del Tercer Mundo como el argentino Raúl Prebisch, quien fue el primer Secretario Ejecutivo de la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas (CEPAL); la CEPAL se convirtió en una incubadora central de las ideas que sirvieron de base al NOEI mediante el análisis de cómo los mercados globales engendraban dependencia y cómo la dependencia era un mecanismo de explotación neocolonial.⁴ El propio Prebisch se convertiría posteriormente en el primer Secretario General de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), que se expandió más allá de América Latina desempeñando un papel fundamental como grupo de reflexión central respecto al futuro NOEI. El Dr. Gamini Corea, economista y diplomático de Sri Lanka, creó el Grupo de los 77 en la primera reunión de la UNCTAD, en 1964, para conseguir una presencia colectiva del Tercer Mundo en la esfera pública mundial; Corea se convirtió en el tercer Secretario General de la UNCTAD en 1974, cuando se aprobó la declaración del NOEI. La CEPAL y la UNCTAD fueron vías institucionales para descolonizar

⁴ Para un relato fascinante de cómo la CEPAL llegó a desempeñar ese papel histórico fundamental, véase Margarita Fajardo (2022).

la política del conocimiento en el campo de la economía política y el desarrollo. Las redes tercermundistas de política económica a las que recurrieron y movilizaron dieron prioridad a los intereses del Sur Global en el análisis de los sistemas mundiales. Esta vibrante heterodoxia en el pensamiento económico puede situarse en un entorno más amplio de teorización poscolonial en la década del setenta, con intervenciones críticas entre las que destacan *De cómo Europa subdesarrolló África* de Walter Rodney (1982) y *Orientalismo* de Edward Said (1990), que surgieron en este mismo período.

La promesa política y las ideas intelectuales del NOEI no representaban un nacionalismo aislacionista y atávico, sino un nacionalismo arraigado en una visión de solidaridades transnacionales y en una acción colectiva de cara al futuro para transformar los acuerdos institucionales de la sociedad internacional. De hecho, todas las resoluciones de la AG de 1974 expresan este internacionalismo tricontinental fundamentalmente optimista. Los neoliberales también pueden llamarse internacionalistas, pero su globalismo se oponía al énfasis tercermundista en la planificación económica nacional y a su interpretación de la dinámica perniciosa de la dependencia neocolonial. La línea directriz central de la visión neoliberal giraba en torno a la interdependencia impulsada por el mercado o, en palabras de Slobodian (2021), “el encapsulamiento del mercado en un espíritu de globalismo militante” (p. 16). Más aún, en este globalismo el racismo se incorporaba a lo universal para emerger de nuevo mediante conceptos de pericia económica, buena gobernanza y Estados inoperantes, haciendo inaudible el internacionalismo alternativo de los “pueblos de color” del mundo.

En la actualidad, algunos analistas sobre la política derechista sostienen que existe una tensión interna entre el neoliberalismo y la supremacía blanca; plantean una dicotomía entre los fundamentos universalistas del mercado y los fundamentos particularistas del racismo. En consecuencia, un encuadre familiar de este panorama describe el neoliberalismo como neutral con respecto a

la raza y tecnocrático en su visión (aunque no en sus consecuencias); por el contrario, la supremacía blanca se describe como fundamentalmente anti tecnocrática y hostil al conocimiento científico social. La historia y las circunstancias de la resolución de la AG en apoyo del NOEI en 1974 nos permiten comprender mejor cómo este encuadre del panorama político e intelectual no capta plenamente la gramática racial-capitalista inherente tanto al neoliberalismo como a la supremacía blanca. El ordenamiento económico del mundo y el ordenamiento racial del mundo no pueden separarse tan fácilmente. Tal y como Ruthie Gilmore ha expresado con agudeza, “el capitalismo requiere desigualdad y el racismo la consagra”; el NOEI fue un esfuerzo por cuestionar esa desigualdad y la distribución de recursos y significados que la consagraban a escala mundial. Representó una redistribución material radical de los recursos económicos y del capital social integrantes de la infraestructura de la gobernanza mundial. Más significativo aún, el capital social en juego incluía tanto la composición racial de quienes integraban la AG en 1974, como las tradiciones intelectuales del conocimiento económico y las redes de políticas de desarrollo que nutrían las agendas de los participantes.

Los defensores del NOEI reconocieron que la continuidad entre el orden mundial colonial y el poscolonial incluía jerarquías y distinciones raciales que moldeaban el pensamiento económico y la planificación macroeconómica. El monopolio de estos dominios (sobre qué era lo que constituía “pericia” y qué definía el “conocimiento” económico) formaba parte del “beneficio de la blanchura” proporcionado por los siglos de esclavitud y colonialismo que habían conformado el antiguo orden económico o, en palabras de Röpke, la “labor civilizadora de todos estos siglos”.⁵

⁵ Los conocimientos alternativos que el NOEI puede representar incluyen una amplia gama de estudiosos del sur global como Andre Gunder Frank, Eric Williams, Walter Rodney, Fernando Enrique Cardoso y Enzo Faletto, Raul Prebisch.

Sin embargo, resulta significativo que la continuidad entre el orden mundial colonial y el poscolonial incluya la resistencia a las jerarquías y distinciones raciales que conforman el pensamiento económico y la planificación macroeconómica en los proyectos insurgentes actuales.⁶ Los beneficios de la resistencia incluyen la herencia de tradiciones que informan e inspiran la imaginación política radical acerca de órdenes mundiales alternativos (Geta-chew, 2019). Por ejemplo, se podrían conectar los puntos del espíritu del internacionalismo tricontinental que infundió el NOEI con el Foro Social Mundial que surgió de Porto Alegre (y de otros lugares) a principios del nuevo milenio (Hardt, 2002). En una línea similar, se pueden escuchar ecos del compromiso del NOEI con la autodeterminación económica en las redes de economía cooperativa y de ayuda mutua que están proliferando en diferentes partes del mundo, desde City Plaza y otras ocupaciones ilegales de inmigrantes en el sur de Grecia (*Refugee Hosts*, 2018), hasta Dalia y las iniciativas por la soberanía alimentaria en Cisjordania (Dalia, 2021), pasando por la “mancomunidad cooperativa” en Jackson, Mississippi (Cooperation Jackson, 2023). De forma similar, se podría hacer un seguimiento de la continuidad existente entre el NOEI y los llamamientos contemporáneos a la reparación por la trata de esclavos y el colonialismo, que rechazan y desestabilizan el régimen de comercio y ayuda que actualmente genera precariedad económica e injusticia climática (Nesiah,

2022). Estas iniciativas audaces y visionarias pueden recordar el espíritu insurgente y decolonial del NOEI, pero no son proyectos nostálgicos limitados por la visión estrechamente estatista de la década de 1970. Más bien, hablan de la coyuntura histórica del momento actual. Entre sus fortalezas figura el hecho de responder a las prioridades locales, estar dirigidos por movimientos sociales

⁶ Un proyecto de historia reparadora debe incluir la resistencia a la amnesia histórica con respecto a las lecciones aprendidas de las expresiones de disidencia entre los pueblos oprimidos del sur global y de otros lugares (Priyamvada, 2019).

locales y animados por solidaridades transnacionales. El reto que tenemos por delante es saber si también pueden ser la base de nuevas solidaridades transnacionales y de un nuevo orden económico internacional.

Bibliografía

Chatterjee, Partha (2017). The Legacy of Bandung. En Luis Eslava y Michael Fakhri y Vasuki Nesiah (eds.). *Global History and International Law: Critical Pasts and Pending Futures*. Bandung.

Cooperation Jackson (2023). <https://cooperationjackson.org/>

Dalia (2021). *Palestinian National Food Sovereignty in Light of the Colonial Context*. <https://www.dalia.ps/community-programs/food-sovereignty>

Fajardo, Margarita (2022). *The World That Latin America Created: The United Nations Economic Commission for Latin America in the Development Era*. Harvard.

Getachew, Adom (2019), *Worldmaking After Empire: The Rise and Fall of Self-Determination*. Princeton.

Hardt, Michael (2002). Today's Bandung. *New Left Review*, 14.

Khiss, Peter (5 de noviembre 1974). 100,000 Rally at the U.N. Against Palestinian Voice, *NY Times*. <https://www.nytimes.com/1974/11/05/archives/100000-rally-at-the-un-against-palestinian-voice-100000-rally-at-un.html>

Mbembe, Achille (2021). Notes on Late Eurocentrism, *Critical Inquiry* <https://critinquiry.wordpress.com/2021/07/01/notes-on-late-eurocentrism/>

Nesiiah, Vasuki (2022). A Double Take on Debt: Reparations Claims and Regimes of Visibility in a Politics of Refusal. *Osgoode Hall Law Journal*, 59(1), 153-187.

Priyamvada, Gopal (2019). *Insurgent Empire*. Verso.

Refugee Hosts (2018., A Successful Alternative to Refugee Camps: A Greek Squat Shames the EU and NGOs. <https://refugeehosts.org/2018/01/26/a-successful-alternative-to-refugee-camps-a-greek-squat-shames-the-eu-and-ngos/>

Resolución ONU 3201 (1974). *Declaración sobre el establecimiento de un nuevo orden económico internacional*. <https://www.refworld.org/docid/3b00f2324.html>

Rodney, Walter (1982). *De cómo Europa subdesarrolló a África*. Siglo XXI editores.

Said, Edward (1990). *Orientalismo*. Ediciones Libertarias-Prodhufi.

Slobodian, Quinn (2021). *Globalistas: El fin de los imperios y el nacimiento del neoliberalismo*. Capitán Swing Libros.

El NOEI como Keynesianismo Global

Herman Mark Schwartz

Los países promotores del NOEI eran sólidamente antimarxistas. A diferencia de Groucho Marx, querían ser miembros de cualquier club que los acogiera, concretamente, el club de las naciones desarrolladas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, naciones relativamente soberanas que utilizaban economías nacionales controladas y, en particular, sistemas financieros para promover una industrialización más rápida e ingresos estables para los productores primarios y los trabajadores en general.

En esencia, al promover un nuevo trato para las naciones recientemente descolonizadas y los países, en su mayoría latinoamericanos, que operaban como dependencias informales bajo el imperio británico primero y estadounidense después, el grupo NOEI pretendía generar un equivalente global del *New Deal* estadounidense. El famoso *New Deal* legitimó la negociación colectiva, estabilizó la producción agrícola y los precios al tiempo que subvencionaba los ingresos, y financió masivamente el desarrollo y mejora de la población del Estados Unidos profundo. En esencia, los defensores del NOEI pretendían ampliar esa economía regulada “fordista” de posguerra a escala mundial, del mismo modo que las minorías raciales e inmigrantes buscaban acceder a unos ingresos y un empleo estables dentro de los mercados laborales de los países desarrollados. Esas minorías querían que las democracias occidentales

cumplieran sus promesas de igualdad para todos los ciudadanos; los defensores del NOEI querían que las democracias occidentales cumplieran las promesas incumplidas de la conferencia de Bretton Woods de 1944 y la igualdad soberana poscolonial.

Esta no era una esperanza perdida por tres razones. En primer lugar, el NOEI era, en cierto modo, económicamente racional. En segundo lugar, los arquitectos de Bretton Woods ya habían considerado y aprobado propuestas como las del NOEI, aunque nunca llegaron a aplicarse. En tercer lugar, en la coyuntura específica de principios de la década del setenta, la lucha política interna de los países ricos sobre cómo hacer frente a las contradicciones de las economías reguladas de posguerra seguía sin resolverse, lo que abría espacio para una serie de compromisos globales que replicaban a aquellos previos en los países ricos.

La racionalidad del NOEI

El NOEI era económicamente racional por las mismas razones que el *New Deal*. El sistema de producción en masa basado en cadenas de montaje y de flujo continuo que surgió en Estados Unidos en los años veinte y treinta requería tanto una demanda como una producción estables para ser rentable. En principio, los sistemas de producción en masa eran extremadamente eficientes y productivos en comparación con la producción artesanal. Pero la inversión masiva en bienes de capital especializados garantizaba esa productividad. Y esa inversión masiva solo podía ser rentable si funcionaba más o menos continuamente a plena capacidad, para maximizar las economías de escala. El *New Deal* intentó crear un marco institucional que estabilizara tanto la demanda como la producción.

La producción en masa requería sobre todo estabilidad y previsibilidad en su conjunto, como subrayaba la famosa parodia de Aldous Huxley *Un Mundo Feliz*. La producción en flujo continuo solo

puede funcionar por el lado de la oferta si todos los insumos necesarios llegan en las cantidades y la calidad adecuadas, en el momento y el lugar oportunos, para ser ensamblados por trabajadores con las aptitudes adecuadas. Una de las aptitudes más importantes era la tolerancia a la monotonía extrema y al ritmo acelerado del trabajo en cadena. La producción en flujo continuo solo podía ser rentable si esa producción estable satisfacía más o menos un poder adquisitivo estable, y además un poder adquisitivo a un nivel que pudiera acomodarse el gasto de lo que en esencia eran bienes de capital para los hogares, como coches y refrigeradores.

El *New Deal* logró mucho de esto a nivel nacional. Los sindicatos de una mano de obra industrial mayoritariamente blanca y masculina del noreste y el medio oeste del norte de Estados Unidos estabilizaron los salarios, mientras que la negociación colectiva rutinaria garantizaba que los salarios crecieran en consonancia con el aumento de la productividad. Unos salarios estables y más altos y un Estado del bienestar en expansión permitieron a esos trabajadores comprar coches y casas a crédito. Los coches y las casas fueron los motores del crecimiento de posguerra. Pero prácticamente todos los sectores económicos fueron objeto de una regulación estabilizadora que incluía, sobre todo, los flujos financieros. La Ley de Ajuste Agrícola estabilizó la producción y los ingresos agrícolas, lo que contribuyó a transformar la agricultura en una empresa industrial más previsible y estrechamente vinculada a las industrias automovilística y química (Ford diseñó el Modelo T como vehículo agrícola polivalente). La legislación federal y la Comisión de Ferrocarriles de Texas estabilizaron los precios y las cantidades de petróleo a escala nacional, mientras que las siete mayores petroleras estadounidenses y británicas regularon la producción mundial. Y las regulaciones y la plétora de facilidades de crédito especiales canalizaron el capital previsible hacia los agricultores, las empresas de energía eléctrica, los municipios, los contratistas de defensa y, lo que es más importante, el mercado de la vivienda. Por último, el gobierno estadounidense llevó la electricidad a la periferia del país

con tres enormes proyectos hidroeléctricos públicos: TVA en el su-
reste, los proyectos del río Columbia en el noroeste y los proyectos
del río Colorado –principalmente la presa Hoover– en el suroeste.

La aprobación de los arquitectos de Bretton Woods

La inminente victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial abrió un espacio a Estados Unidos para exportar parte o la totalidad de este sistema al resto del mundo, dada la superioridad productiva estadounidense (los rusos ganaron la guerra con sangre; los estadounidenses con sudor; los británicos con lágrimas por su imperio). En la conferencia de Bretton Woods de 1944, 44 naciones libres y ocupadas, incluidas delegaciones de algunas colonias a las que se había prometido la independencia tras la guerra, intentaron diseñar un orden económico internacional estable bajo las nuevas Naciones Unidas. EE.UU. y Gran Bretaña dominaron las conversaciones, pero varios aspirantes a países industrializados como Canadá, Australia e India –la última todavía colonia británica, las dos primeras solo semi-soberanas, pero todas cruciales para el esfuerzo bélico británico– añadieron un fuerte elemento desarrollista a los debates.

En contra de lo que cabría esperar, la conferencia de Bretton Woods promulgó un programa bastante completo de regulación económica mundial que se parecía a muchos de los elementos del *New Deal* estadounidense y a regímenes reguladores similares de la época de la Depresión y la guerra. Se permitió a los Estados regular los flujos mundiales de capital para poder dirigir la financiación hacia el desarrollo local. Un Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (el Banco Mundial) aportaría capital financiero –pero físicamente, bienes de capital– a lugares con escasez de capital. Una institución independiente, el Fondo Monetario Internacional (FMI), ayudaría con créditos a corto plazo a estabilizar los tipos de cambio y permitir así flujos continuos de bienes

importados y exportados. Una conferencia de 1945-1947 promulgó una Organización Internacional del Comercio (OIC) para regular y estabilizar el precio de diversas materias primas, arrebatando el control a las empresas mundiales del petróleo, la minería y las agrícolas, sobre todo, para ampliar los préstamos a corto plazo propuestos por el FMI. Sin embargo, todas estas instituciones fueron paralizadas o estranguladas al nacer. El Congreso estadounidense, dominado por los republicanos, se negó a ratificar el acuerdo de la OIC, y tanto el Banco Mundial como el FMI demostraron estar lamentablemente limitados de recursos en relación a las tareas que se les había asignado. Los perdedores –la población mundial que seguía viviendo bajo gobiernos coloniales– tenían otros asuntos urgentes que resolver, como la consecución de la independencia. Mientras tanto, el comercio se regía por el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio, que excluía de su alcance los alimentos, las materias primas, los servicios y la inversión.

Un *New Deal* global

Las contradicciones internas y las luchas políticas del sistema del *New Deal* también se manifestaron a escala internacional. En el momento en que la descolonización inclinó la balanza del poder de voto en las Naciones Unidas hacia el bloque G-77 de lo que ahora son 132¹ países en desarrollo, el orden interno del *New Deal* en Estados Unidos y Europa se estaba desmoronando, por las mismas razones por las que los nuevos países independientes querían seguir en el camino de un NOEI. La planificación macroeconómica

¹ *Nota del Traductor:* El Grupo de los 77 está conformado por 134 Estados, tras la entrada de Sudán del Sur, aunque sigue manteniendo su nombre por cuestiones históricas. En el caso de China, el Grupo lo considera miembro oficial, aunque Beijing participa y colabora con el G77 de forma externa. Por ello, muchas veces se nombra a la organización como “Grupo de los 77 más China”. www.embajadaabierta.org/post/mundo-multilateral-18-el-g77-china

de posguerra dependía de tres recursos baratos: mano de obra masculina dócil y semicalificada, mujeres dóciles y conformes con las tareas domésticas y proveedores dóciles de materias primas baratas provenientes de antiguas colonias, especialmente petróleo. Los inmigrantes en Europa y la población negra de Estados Unidos componían cada vez más esa mano de obra semicalificada. Todos fueron excluidos de los beneficios teóricamente disponibles para los ciudadanos. Del mismo modo, las mujeres se resistieron contra la participación formal e informal en condiciones de igualdad en el mercado laboral. Y, lo que es más evidente, las excolonias querían arrebatar el control de sus exportaciones a las empresas multinacionales extranjeras, recurriendo a la expropiación y los cárteles. Estos tres choques –huelgas, entrada de la mujer en el mercado laboral y expropiación– hicieron insostenible la regulación nacional de las economías de producción en masa.

La cuestión, entonces, era ¿hacia dónde ir? Los grupos oprimidos intentaban reescribir el contrato social en las economías desarrolladas. El colapso del orden monetario de Bretton Woods en 1971/1973 abrió un espacio para reescribir el contrato social global, en paralelo a las demandas de democracia industrial de los sindicatos y las demandas de inclusión de los grupos feministas y minoritarios. La década del setenta fue, por tanto, un periodo de contestación sobre si abandonar la regulación a nivel nacional o trasladarla a un nivel mundial más regulado y presumiblemente estable. El NOEI ofrecía una versión global del antiguo orden nacional del New Deal, restableciendo la OIC a través de una ONU fortalecida. Al igual que la población afroamericana y los inmigrantes exigían derechos civiles, las nuevas naciones soberanas querían una Asamblea General de la ONU basada en la igualdad de representación que tuviera poder real para generar un derecho internacional vinculante y permitir así la regulación económica mundial. Y al igual que el New Deal requería un conjunto de nuevas leyes que disminuyeran el poder de los empresarios, también la economía propuesta por el NOEI requería un marco jurídico

que debilitara el poder de las empresas multinacionales y las economías desarrolladas.

En el marco del NOEI, los cárteles organizados por el Estado determinarían los precios y las cantidades de materias primas, estabilizando los ingresos de los agricultores y las empresas extractivas (en su mayoría estatales) de los países en desarrollo, del mismo modo que los sindicatos estabilizaban los salarios. A su vez, los ingresos estables permitirían a esos Estados o a las empresas de sus economías pedir dinero en préstamo a un organismo internacional de crédito para crear una industria local que sirviera a la nueva demanda local estabilizada y ampliada, de forma parecida a como Ford vendió sus modelos Ford-T y tractores a los agricultores estadounidenses. Al igual que el *GI Bill* (Ley de Reajuste de Militares) permitió en su momento mejorar el capital humano estadounidense, la transferencia obligatoria de tecnología garantizaría que estas nuevas empresas manufactureras fueran competitivas en los mercados mundiales. Todo esto se basaba fundamentalmente en los derechos –el derecho de los Estados formalmente iguales a tener el mismo tipo de control sobre sus economías que el que poseían las grandes economías industriales en virtud de su tamaño y poder– y, al mismo tiempo, era profundamente pragmático–ingresos estables permiten una inversión estable y, por tanto, un crecimiento equilibrado en el que la demanda y la oferta se mueven en sincronía. Este último fue el factor decisivo para que Europa Occidental alcanzara a Estados Unidos después de 1948.

La alternativa era la volatilidad económica que asolaba a muchos países ricos antes de 1948. En ellos, la producción agrícola o de materias primas no regulada superaba periódicamente la demanda, lo que provocaba el hundimiento de los precios, la caída de la renta rural, el impago de la deuda y, posteriormente, el colapso financiero. Como era de esperar, la volatilidad económica y la desigualdad generaron volatilidad política, ya que monopolios como los ferrocarriles se aprovecharon de las ventajas económicas de productores dispersos, generando movimientos sociales populistas.

A pesar de este historial, las élites de los países desarrollados aplastaron las fuentes de desorden tanto nacionales como mundiales mediante la violencia, nuevas leyes e inversiones selectivas. Los exportadores de materias primas de los países en desarrollo tenían ventaja debido a la escasez y podían ejercerla expropiando a las empresas extranjeras. Así pues, las nuevas inversiones en materias primas fluyeron hacia lugares “seguros” como Australia, Canadá y Estados Unidos, ninguno de los cuales expropiaría o retendría la producción, al igual que las empresas multinacionales trasladaron la producción de mano de obra intensiva a lugares asiáticos con bajos salarios y represión laboral para debilitar a los sindicatos. Estados Unidos y la Unión Europea ofrecieron a las naciones en desarrollo tratados de inversión y comercio del tipo “lo tomas o lo dejas” que abrían los mercados financieros locales. Y aunque Estados Unidos se alineó con los principales exportadores agrícolas para intentar reducir las subvenciones agrícolas y las barreras comerciales de la Unión Europea, las empresas multinacionales fueron las principales beneficiarias. Como resultado, desapareció la capacidad de los países en desarrollo para regular sus economías. En su lugar, se vieron expuestos a flujos financieros desestabilizadores que produjeron tres décadas de crisis de deuda y de tipo de cambio.

Los países en desarrollo del G77 intentaron unirse al club del desarrollo de posguerra al mismo tiempo que el club se disolvía o, más exactamente, cambiaba las reglas bajo las que funcionaba. Las propuestas del NOEI habrían creado una versión global de las exitosas, aunque lejos de ser ideales, estrategias de crecimiento de posguerra del mundo desarrollado. En principio, esto podría haber sido un resultado beneficioso para todos, con los países ricos suministrando bienes de capital y bienes de consumo sofisticados a un mercado mundial con ingresos estables y crecientes, mientras que sus propias políticas económicas nacionales evitaban la desigualdad de ingresos políticamente desestabilizadora de las últimas dos décadas. En cambio, un puñado de países del G77 se

industrializaron. En 2019, las exportaciones de materias primas comprendieron más del 60% de las exportaciones totales de dos tercios de las economías en desarrollo –102 países –, con la mayoría de los países fuertemente dependientes de tres o menos productos básicos. Dejando a un lado el petróleo, ninguna de esas materias primas se benefició de ningún plan de estabilización de precios. El club dio de golpes al NOEI.

El NOEI en estado de insurrección permanente

Max Ajl

En los años setenta, los países del Sur lanzaron un ataque colectivo contra el orden económico mundial. En su lugar, propusieron un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) para desafiar al sistema neocolonial. Tal proyecto pintaba el horizonte futuro con deslumbrantes planes de prosperidad, con una brillante variedad de proyectos socialistas y nacionalistas radicales para cambiar el mundo, y pretendía llenar el caparazón de la descolonización política y la costosa adquisición de soberanía estatal formal con una descolonización económica.

Cada vez es más frecuente preguntarse acerca de los orígenes de este proyecto. Quiero plantear la pregunta de forma ligeramente diferente: ¿qué tipo de mundo hizo posible semejante invención? Una segunda pregunta: ¿cuáles fueron sus fortalezas y debilidades? Una tercera pregunta: ¿por qué no pudo ser tolerado por las potencias imperialistas? Y una cuarta: ¿qué podemos aprovechar hoy en día?

El NOEI fue el fruto de los dos grandes procesos antisistémicos del siglo XX: la construcción del socialismo en la Unión Soviética y China, y los movimientos de liberación nacional, a menudo armados, enardecidos y teñidos ideológicamente por el socialismo

y el comunismo. En este contexto, los países liberados –que acabaron construyendo frentes comunes con los países radicalizados de América Latina– y Cuba, que se convirtió cada vez más en el faro del movimiento, empezaron a converger en una constelación de organizaciones que fueron cobrando fuerza: la Conferencia de Bandung, la Organización de Solidaridad de los Pueblos Afroasiáticos, la Conferencia de Países No Alineados y la Tricontinental.

Dichas reuniones tenían distintos tintes ideológicos, con participantes y objetivos diferentes pero coincidentes: desde el interés de la era de Bandung por el desarrollo económico y cooperación, y la autodeterminación; hasta la aspiración del MNOAL de evitar las guerras encarnizadas y golpes de Estado que asolaban a sus países miembros; pasando por la creciente unidad de la Tricontinental en torno al antiimperialismo y la liberación nacional.

Los movimientos iban acompañados de críticas radicales al sistema existente: las teorías del neocolonialismo de Amílcar Cabral y Mehdi Ben Barka, el estructuralismo latinoamericano y, más tarde, la teoría de la dependencia de Samir Amin. Además, empezaron a tomar el control de las instituciones internacionales y a crear contrapesos en su seno (la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, por ejemplo). En el contexto de la incipiente construcción del socialismo, junto con el neocolonialismo imperante –importaciones baratas de petróleo, café y cacao por parte del norte–, surgió el NOEI como una rebelión contra los términos desiguales de intercambio imperantes, considerados por los países del Sur como un saqueo de su riqueza nacional.

Este proyecto poseía numerosos puntos fuertes. Uno, un desafío explícito a los términos del orden económico, desnaturalizando el sistema de precios como base legítima para asignar la riqueza y la pobreza. Dos, la unidad de un gran número de países del Sur, absolutamente necesaria para la ruptura con el orden establecido. Tres, un discurso creciente de autonomía, cuestionando la naturaleza automática de la integración en el sistema económico mundial tal

como estaba planteado. Cuatro, el impulso de la descolonización política para lograr la descolonización económica.

Los puntos débiles eran dobles. Por un lado, pretendían cuestionar los términos, pero no la naturaleza del sistema económico mundial. Estaban en contra de la arquitectura política imperialista del capitalismo. No obstante, algunos pretendían construir capitalismo nacional autosuficientes, mientras que otros tenían una orientación socialista. Querían la autonomía –a menudo colectiva– sin una noción compartida del sistema que pretendían erigir en lugar del que deseaban dismantelar.

La segunda debilidad era que el frente, en el que los productores de petróleo del Tercer Mundo ocupaban un lugar central, era necesariamente una fusión de partes que no podía sino romperse: fuera de la tremenda riqueza petrolera, los países de liberación posnacional como Argelia tenían poco en común con alguaciles imperiales como Arabia Saudita.

Un frente así era frágil y sus articulaciones podían romperse con facilidad.

Los Estados occidentales ansiaban atraer a los países del Sur a reuniones infructuosas, desprovistas de compromisos serios, y lanzar interminables cortinas de humo para desviar el debate sobre el desarrollo y el subdesarrollo hacia fórmulas tecnocráticas en torno a las necesidades básicas.

Si bien el frente no era lo suficientemente radical como para imponerse, resultaba demasiado radical para las potencias imperialistas. Si los capitalismo nacional de la periferia no eran posibles debido a la naturaleza de la acumulación a escala global, que exigía subordinación, reservas de mano de obra y transferencia de valor, y dependía de la desarticulación periférica para obtener mercados y mercancías, eran demasiado radicales desde la perspectiva del capital monopolista del norte. Después de todo, ¿por qué iba a aceptar el capital monopolista del Norte modificar los términos de intercambio que lo beneficiaban? ¿Por qué iba a permitir que se drenaran las reservas de mano de obra que hacían

bajar los salarios de los países periféricos y que eran fundamentales para la estabilidad sistémica del capitalismo? ¿Por qué iba a permitir la industrialización soberana de la periferia cuando tantas ganancias se obtenían de la industrialización desarticulada, la subcontratación y otros modos de convertir la industrialización del sur en arbitraje de mano de obra?

Entonces, ¿qué lecciones se pueden extraer?

Resulta útil contrastar las lecciones que podrían extraerse con las que se están elaborando. Por un lado, abundan las propuestas de diversas formas de políticas keynesianas verdes globales, entre ellas el énfasis en la justicia en la cadena de suministro mediante cambios en los términos de intercambio global; la ruptura de las restricciones fiscales en los países de la periferia para permitir un gasto anticíclico; incluso cierta atención retrasada e inadecuada a las transferencias fiscales del Norte al Sur, revirtiendo siglos de saqueo colonial y neocolonial.

En principio, las distintas medidas mejorarían (algunas) vidas humanas. Sin embargo, se recurre a ellas sin analizar el contexto social que las hizo posibles: la existencia de intentos reales de construcción del socialismo que, como ocurre con cualquier intento humano de cambiar el mundo, adolecían de defectos, como no podía ser de otra manera. Estas medidas, esencialmente los intentos de convertir el capitalismo periférico en algo tolerable y desarrollista, no solo se enfrentaron a la salvaje oposición del núcleo imperial, sino que se hundieron en contradicciones internas: la sobreexplotación nacional estaba íntimamente relacionada con el neocolonialismo: las estructuras agrarias desiguales y las enormes reservas de mano de obra beneficiaban tanto a capitalistas nacionales como extranjeros.

Además, estas ideas se desarrollaron en un contexto internacional fecundo, en el que los movimientos que acababan de tomar el poder estatal hacían avanzar continuamente la lucha de clases global. La reaparición contemporánea de esas propuestas, sin ningún análisis del contexto social que las hizo posibles, es

profundamente errónea, por no decir activamente desconcertante y confusa. No se trata de modelos que haya que copiar, sino historia de la que podemos aprender.

¿Qué podemos aprender?

Uno: la liberación nacional sigue siendo el marco necesario para interpretar el (eco)-desarrollo de la periferia. En un mundo estructurado por Estados-nación, estos siguen siendo necesarios para proteger el desarrollo popular, para defender a los movimientos sociales de una contrarrevolución externa y para orquestar o proporcionar una arquitectura política fiscal y, si es necesario, militar para el desarrollo popular.

Dos: el desarrollo popular no podrá ser construido por los Estados por sí solos, sino por los Estados en interacción dialógica con movimientos sociales semiautónomos o autónomos. El pueblo es el guardián de las llaves.

Tres: las propuestas contemporáneas de capitalismo nacional con aspectos de acumulación desde abajo, reformas agrarias capitalistas basadas en la “tierra para quien la trabaja” o movimientos de liberación no socialistas en Estados colonizados o agredidos por el núcleo imperialista, necesitan un apoyo principista. La construcción de un nuevo mundo es un campo de batalla, y los que pretenden ganar deben respaldar los avances a medida que se van produciendo, en lugar de exigirles el estándar de una revolución perfecta que ninguna lucha alcanzará jamás.

Pero cuatro: la orientación fundamental de la lucha por forjar un nuevo NOEI, un nuevo Bandung o una nueva Tricontinental no puede quedar en la incertidumbre ideológica. El desarrollismo capitalista en la periferia es y ha demostrado ser una quimera y en el núcleo, ha sido una pesadilla.

La producción de mercancías bajo la ley de la producción generalizada de materias primas, la acumulación de valor y por el valor de cambio, no puede crear un mundo decente. El capitalismo no puede reformarse. Es necesario un horizonte compartido de producción de bienes y servicios de uso, con precios diseñados

para lograr una distribución global justa de estos bienes, derechos sociales garantizados e instituciones políticas creadas para permitir la reproducción humana de la ecología. Es necesaria una industrialización soberana, adecuada y ecológicamente modulada, paralela a la autonomía colectiva regional.

Hay que apoyar a las comunas de Venezuela. La guerra de Estados Unidos contra Yemen debe terminar. Las campañas contra las sanciones que afectan a Venezuela, Irán y Zimbabue deben tener éxito. Las listas de terroristas de Estados Unidos, destinadas a aislar, criminalizar y acabar con las restantes fuerzas armadas de liberación nacional, deben ser abolidas. Las demandas caribeñas de reparaciones deben situarse en el centro del escenario.

¿Son posibles estas transformaciones en el contexto actual? Sí y no. Estamos en un estado de insurrección permanente. En tiempos como los actuales, la tarea consiste en estar a la altura del desafío planteado por la incapacidad estructural del capitalismo para garantizar la reproducción social de la mayor parte de la humanidad, y ser tan radicales como la realidad lo exija, en lugar de diluir cualquier radicalismo de este tipo en llamamientos al pragmatismo con el fin de alcanzar un futuro que el pragmatismo nunca ha logrado ni podría lograr.

El NOEI contra la financiarización

Ann Pettifor

En la década del setenta, los dirigentes de las naciones más pobres del mundo desafiaron las ambiciones imperialistas de Estados Unidos de América. Los gobiernos del Sur se habían envalentado con la decisión adoptada en 1973 por los países de la OPEP de cuadruplicar el precio del petróleo. Los países pobres exportadores de materias primas estaban haciendo valer su poder sobre el Norte, consumidor de petróleo. En respuesta, los diplomáticos estadounidenses entraron en pánico. Razonaron, correctamente, que la posterior demanda del G77 de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) –respaldada por algunos gobiernos europeos– implicaba el fin de la Alianza Atlántica. Y no les faltaba razón. En una entrevista concedida a un periódico argelino, el presidente Houari Boumédiène atacó al imperialismo estadounidense e intentó dividir a la oposición atrayendo a los europeos a la alianza del G77:

nos complementamos y podemos trabajar juntos en beneficio mutuo. Europa se encuentra en una encrucijada. Poco a poco empieza a asumir un papel global. Si acepta ser un fiel aliado del imperialismo estadounidense, se convertirá en nuestro adversario; si, por el contrario, opta por un papel independiente, puede, con nuestra cooperación, hacer grandes cosas.

Europa eligió un camino diferente y se convirtió en fiel aliada del imperialismo estadounidense.

El G77 y el NOEI

El desafío lanzado por el G77 en 1974 se puso de manifiesto en las Naciones Unidas el 1 de mayo, Día Internacional del Trabajo. Ese día, la Asamblea General de la ONU adoptó una resolución que reclamaba la “descolonización económica” y el “derecho al desarrollo”. El Grupo de los 77 denunció la colonización económica que había sustituido a la colonización política. Exigían el establecimiento de un Nuevo Orden Mundial que promoviera el desarrollo y redistribuyera la riqueza y el poder desde el Norte rico al Sur pobre.

La elección del Día Internacional del Trabajo no fue casual. Su objetivo era movilizar a los trabajadores del Sur para que desafiaran el dominio del capital imperialista. La decisión tomada ya en 1971 por el presidente estadounidense Nixon de derribar el orden internacional existente –el sistema de Bretton Woods– tenía un único objetivo: restaurar el dominio del capital occidental, principalmente estadounidense, por sobre los trabajadores del mundo, pero especialmente del Sur. Esto debía lograrse mediante un sistema de finanzas globalizado y desregulado; mediante la aplicación de políticas deflacionistas; mediante la privatización de los activos públicos; y mediante la extracción violenta de la riqueza mineral del Sur. En respuesta a estas graves amenazas, el G77 exigió un Nuevo Orden Económico Internacional, para defender a los millones de ciudadanos del Sur –el 99 por ciento– que en términos generales pueden considerarse como trabajadores.

El “*shock* de Nixon”, como llegó a llamarse la decisión unilateral de 1971, fue en su momento el mayor impago soberano de la historia. Estados Unidos simplemente se negó a pagar sus obligaciones exteriores en oro, como había prometido. En su lugar, el Tesoro

estadounidense ofreció sustituir el régimen multilateral e internacional de tipos de cambio fijos de Bretton Woods por un sistema basado en una moneda única: el dólar estadounidense. Este debía estar respaldado por el activo que es la deuda soberana estadounidense: el Bono del Tesoro. Esa decisión, unida a la de 1973 de fijar el precio de todas las ventas de petróleo en dólares (el petrodólar) reforzó la fuerza y el dominio global del imperio estadounidense en el sistema financiarizado en evolución.

El sistema internacional que sucedió a Bretton Woods había sido diseñado por Wall Street y la City de Londres, es decir, por los ricos del mundo y sus acreedores más poderosos. Estos estarían representados por el FMI, que a partir de entonces actuó como leal, y a menudo brutal, guardián de los mercados mundiales de capitales. El objetivo central del nuevo sistema internacional era mantener el valor de los activos acreedores: los préstamos o deudas contraídos por las IFI con sede en Washington, los soberanos del Norte y las instituciones financieras privadas de Wall Street y la City de Londres, incluidos bancos, bancos en la sombra, fondos de gestión de activos y otros prestamistas.

Para lograr ese objetivo, los banqueros centrales como Paul Volcker de la Reserva Federal, impulsados por sus aliados en Wall Street y otros lugares, adoptaron políticas deflacionistas, cuyo propósito central era, y es, proteger el valor de vastas montañas de deuda privada contra la erosión de la inflación.

El objetivo manifiesto de Nixon se hizo realidad. Cincuenta años después, los mercados mundiales de capitales no regulados han transformado el equilibrio de poder entre el trabajo y el capital en todo el mundo, entre los países del Sur y los del Norte, entre acreedores y deudores, entre los exportadores y los importadores del mundo y, sobre todo, entre el uno por ciento y el 99%. El sistema financiero globalizado funciona ahora en los términos establecidos por el capital o la riqueza. Se ha producido un reequilibrio entre las ganancias y plusvalías del uno por ciento y los salarios de

los trabajadores, el 99%, donde las primeras se han disparado y los segundos se han estancado.

La desregulación financiera, en particular, la eliminación de controles sobre los flujos de transfronterizos, permitió a la acaudalada clase multimillonaria mundial (con sede en Wall Street, Londres, Fráncfort y Silicon Valley) monopolizar, explotar y extraer recursos humanos y naturales en todo el mundo. Desde aquel fatídico 1 de mayo de 1974, el capitalismo del siglo XXI se ha transformado en imperialismo global y ha cambiado en aspectos importantes. Entre las características clave, como argumenta Susan K. Sell, se incluyen

el papel preponderante de los intangibles en la economía global (por ejemplo, la propiedad intelectual, los servicios, instrumentos financieros como los derivados y los valores); el auge de la financiarización, la búsqueda de beneficios por encima del crecimiento económico, y la búsqueda de la competitividad, no de la competencia, en los mercados globales.

Con el colapso de Bretton Woods, el sistema reactivó el poder y el dominio de los acreedores internacionales (rentistas, tanto públicos como privados). Al mismo tiempo, negó a los deudores soberanos el recurso a los procedimientos de insolvencia que protegen a los deudores comerciales privados de caer en la miseria a causa de los acreedores. Como consecuencia, se ha permitido que los rendimientos del trabajo a escala mundial –los salarios– disminuyan y se estancuen.

Se animó a los Estados a remodelar sus economías, alejándose del pleno empleo y la prosperidad interna, y a optar en su lugar por centrarse en la competitividad internacional, en contraposición a una mayor competencia interna, y en la expansión de las exportaciones. Hoy en día, la lucha entre los acreedores y los deudores globales se refleja en las guerras comerciales entre los exportadores y los importadores del mundo.

Como sostienen Klein y Pettis en su libro *Trade Wars are Class Wars* (Las guerras comerciales son guerras de clases), el propósito del nuevo sistema era doble: en primer lugar, beneficiar a las grandes corporaciones y al 1% (exportadores de materias primas, bienes y servicios, y a las industrias extractivas del mundo). En segundo lugar, obligar a los países de ingresos bajos a dar prioridad al sector de la exportación con el fin de generar los ingresos en divisas fuertes necesarios para pagar las deudas a los acreedores internacionales públicos y privados.

Esta reorientación de las economías ricas y pobres, afirman Klein y Pettis, ha provocado que “los problemas de las últimas décadas (...) tienen sus raíces en (...) transferencias masivas de ingresos a los ricos y a las empresas que controlan (...) mientras que los ingresos del 99 por ciento se recortan o permanecen estancados”.

En otras palabras, las guerras comerciales tienen su origen en la desigualdad interna. Y los niveles de desigualdad que ahora predominan tienen consecuencias nefastas. Porque cuando los ingresos disminuyen, colectivamente y en términos relativos, el conjunto de la población compra y utiliza menos los productos fabricados por su economía. Esto conduce al subconsumo, al subempleo y, simultáneamente, a la sobreproducción de capital, bienes y servicios. El resultado es la acumulación de excedentes de, por ejemplo, oro, azúcar, café, ropa, acero o gas. ¿Qué hacer con estos excedentes? En la economía global abierta y en gran medida no regulada, solo hay una salida para una nación: verter sus excedentes en el extranjero. Esto permite a la economía interna seguir trabajando a pleno rendimiento incluso mientras victimiza a los países en los que se vierten sus productos, proceso conocido como “empobrecer al vecino”. Además, este sistema enriquece a los exportadores, si bien los salarios de los trabajadores se reducen y su poder adquisitivo disminuye o se estanca.

Este sistema fue comprendido por primera vez por el economista J. A. Hobson, y esbozado en su libro *Imperialism: A study*, publicado en 1902 (título en español: *Imperialismo: un estudio*). Surgió

de su experiencia directa con el papel colonial de Gran Bretaña en la Guerra de los Bóers sudafricanos de 1899-1902. Hobson, que cubrió el conflicto para el Manchester Guardian, argumentó que la Guerra de los Bóers había sido instigada por ricos propietarios de minas y exportadores como Cecil Rhodes. Él y sus aliados de la City londinense se negaron a invertir para elevar el nivel de vida en su mercado interno: Gran Bretaña. Prefirieron “la lucha por mercados rentables para la inversión” en el extranjero. La expansión del imperio británico garantizó que los productos “excedentarios” de Gran Bretaña, principalmente productos manufacturados, se vendieran en colonias como India y Sudáfrica, en detrimento de esas economías. Gran Bretaña, argumentó Hobson en 1902, es

una nación que vive del tributo del extranjero, y las clases que disfrutan de este tributo tienen un incentivo cada vez mayor para emplear la política pública, el erario público y la fuerza pública para ampliar el campo de sus inversiones privadas, y para salvaguardar y mejorar sus inversiones existentes.

La raíz del imperialismo actual es el subconsumo, tanto en los países del Sur como en los del Norte. La inversión, el pleno empleo y unos ingresos decentes para los trabajadores en la economía interna se sacrifican en favor de los ingresos de exportación –los tributos– generados en el extranjero. Este sacrificio va unido a la distorsión que suponen las subvenciones a los exportadores ricos, respaldadas por los contribuyentes, que hoy en día se materializan en organizaciones como *UK Export Finance* y el *Export Credit Guarantee Program* de EE.UU., ambas instituciones respaldadas por el Estado que subvencionan a los exportadores y a los inversores en mercados extranjeros, protegiéndolos de las pérdidas asociadas a las deficiencias del mercado. Estas subvenciones públicas no suelen estar al alcance de los agricultores, productores e inversores nacionales.

El sistema de Bretton Woods de posguerra, ideado en 1944 por economistas tanto del Norte como del Sur, como ha explicado Eric

Helleiner en *The Forgotten Foundations of Bretton Woods*, se propuso deliberadamente evitar la acumulación de superávits y déficits comerciales y de desequilibrios financieros que, según ellos, habían conducido a las guerras imperialistas de principios del siglo XX.

Las consecuencias de estas ganancias del Capital han sido calamitosas para los trabajadores del mundo, para las economías de los países de renta baja y para la seguridad política y ecológica de las naciones. En 2022, el FMI se vio obligado a advertir a sus miembros de una “peligrosa carga de la deuda global” y pidió un “enfoque cooperativo global” para la resolución de las crisis de deuda soberana. Como señalaron los economistas de la UNCTAD, la tendencia actual simplemente hace transparentes las asimetrías de larga data y los defectos sistémicos del sistema financiero internacional imperante.

La supervivencia está en juego

En los años setenta, cuando el G77 pedía un NOEI, los científicos calcularon que duplicar las emisiones de carbono atmosférico aumentaría la temperatura global en 3 grados centígrados. En aquella época, el mundo vertía a la atmósfera 5 mil millones de toneladas métricas al año. Cincuenta años más tarde, el mundo está vertiendo 10 mil millones de toneladas de carbono al año y, al hacerlo, está llevándonos a lo que algunos científicos denominan “el palo de hockey del apocalipsis” (haciendo énfasis en la idea de un cambio climático catastrófico). Para proteger los sistemas que sustentan la vida y lograr una transformación radical y urgente, las sociedades deben escapar del sistema financiero globalizado del capitalismo, que vomita carbono -diseñado para emitir miles de millones de dólares en créditos no regulados para financiar tanto la especulación en los mercados de materias primas, que dispara la inflación, como la sobreproducción que alimenta las emisiones tóxicas. Para que la humanidad sobreviva, ya no podemos permitirnos doblegarnos a

la voluntad de los dioses de las finanzas. Podemos –y para sobrevivir, debemos– transformar y acabar con el sistema global financiarizado del capitalismo que ahora amenaza los sistemas de soporte vital de la Tierra y la civilización humana.

El NOEI desde el Norte Global

Martina Marchesi

“Camarada Berlinguer, no olvide que hasta las aspirinas nos las da la URSS”. Con estas palabras concluyó, en octubre de 1981, una larga discusión entre Fidel Castro y el secretario del Partido Comunista Italiano (PCI).

Enrico Berlinguer había viajado a Cuba en un viaje que lo llevaría a varios lugares de América Latina, desde el México de López Portillo hasta la Nicaragua sandinista. En Cuba, Berlinguer mantuvo un debate con Castro sobre diversos temas de naturaleza teórica y práctica, desde la relación entre socialismo y democracia hasta el papel de la URSS en el movimiento comunista internacional. Pero el Nuevo Orden Económico Internacional representó un punto de encuentro privilegiado: como presidente del Movimiento de Países No Alineados, Castro tenía curiosidad por escuchar la perspectiva del secretario del PCI, un partido que consideraba las relaciones Norte-Sur un elemento central de su estrategia internacional. Su conversación, y el compromiso más amplio del PCI con el proyecto del NOEI, viene a llenar un vacío en el relato histórico dominante de este período al señalar el papel de los países del Norte –los partidos de izquierda de Europa occidental en particular– como aliados y actores estratégicos en el ascenso y la desaparición del NOEI.

El propósito original del viaje de Berlinguer era difundir la Carta para la Paz y el Desarrollo (l'Unità, 1981), un documento

redactado por comunistas italianos con el objetivo de definir un programa para el desarrollo mundial. Siguiendo las huellas del Informe Brandt de 1980 (Banco mundial, 1980), la Carta se inspiraba en una nueva idea de cooperación igualitaria entre el Norte y el Sur globales. El “nuevo internacionalismo” del mayor partido comunista occidental parecía ser un socio importante para la política de los No Alineados, sobre todo teniendo en cuenta la proximidad de la Cumbre Norte-Sur, que se celebraría unos días después en Cancún. Fidel Castro, que había sido excluido de la reunión por la administración Reagan, se interesó en los planteamientos italianos sobre el NOEI.

“Aquella discusión que tuvimos con Castro”, así describió el encuentro Antonio Rubbi, entonces responsable de Relaciones Exteriores del PCI y miembro de la delegación que acompañó a Berlinguer en su viaje a América Latina, en una entrevista reciente, antes de retractarse rápidamente de la frase y apresurarse a recordar la excepcional afinidad que sentían los comunistas italianos por el líder cubano (Rubbi, 2022). Encargado, entre otras cosas, de redactar el comunicado final conjunto del encuentro, Rubbi describió los temas de la discusión que tuvo lugar entre Castro y el PCI: la vía democrática al socialismo, el pluralismo democrático y la URSS. El comentario de Castro al respecto fue incisivo al desenrañar las diferentes perspectivas entre una isla pequeña, sometida a un embargo y amenazada por el vecino EE.UU., por un lado, y la Italia de los años setenta, por otro: “somos un país pequeño, asediado por EEUU; aquí el multipartidismo fue una experiencia muy mala, antes de la revolución”.

A menudo desdibujada y envuelta en el mito de una armonía extraordinaria entre dos personalidades carismáticas diferentes, “una imponente y fogosa con el uniforme verde oliva, la otra esbelta y tímida”, la estetización anecdótica de los recuerdos de los protagonistas no logra ocultar completamente el meollo no resuelto de las discusiones realizadas entre chapuzones y salidas a pescar (Borroni, 1994; Pons, 2021). El malentendido subyacente entre

ambos nunca se resolvería, pero el episodio sigue siendo de interés para nosotros hoy en día, por su visión de los debates sobre el NOEI, y cómo diferentes ambiciones y perspectivas fueron depositadas en él.

Aunque un solo episodio no puede representar por sí solo las causas del destino del NOEI, la evaluación de estos momentos de oportunidades y alianzas perdidas en las redes construidas en torno al NOEI en los años setenta quizá pueda ayudarnos a reflexionar sobre importantes cuestiones acerca del futuro que tenemos ante nosotros, y ayudarnos a contemplar los nuevos equilibrios de un conflicto que, aunque de maneras y formas diferentes, sin duda sigue presente en el mundo de hoy. ¿Qué significó el NOEI para un país “del Norte” como Italia? ¿Cuántas y qué estrategias diferentes se ocultaron bajo la imagen de una bandera igualitaria universal para el Sur Global y la izquierda occidental?

El reciente interés historiográfico por el NOEI ha aportado diversas claves a la pregunta: “¿Qué fue, exactamente, el Nuevo Orden Económico Internacional?”. Al abrir el número especial de *Humanity* de la primavera de 2015 con esta pregunta, Nils Gilman (2015) describe el Nuevo Orden Económico Internacional como “una aparición, una criatura política improbable”, que aparece “como el producto de un imaginario político ya casi perdido, surgido durante una estrecha y específica ventana de oportunidad geopolítica”. Un “momento de disyunción y apertura, en el que posibilidades políticas salvajemente divergentes aparecieron de repente plausibles”, algo “dramáticamente alternativo”, radicalmente distinto de lo que pronto emergería como “el nuevo orden económico internacional real” (Garavini, 2019), es decir, el orden neoliberal. Pero, como se ha sugerido en muchas interpretaciones, el NOEI fue muchas cosas a la vez: un proyecto de “construcción del mundo”, una iniciativa para reformar la gobernanza transnacional o para cambiar radicalmente el derecho internacional, la culminación/el punto álgido del proceso de descolonización y de sus culturas económicas (Dietrich, 2017), un keynesianismo global

o incluso un socialismo global, “el desafío más serio al liderazgo global de Estados Unidos desde el final de la Segunda Guerra Mundial” y, en definitiva, una posible globalización alternativa (Mazower, 2019).

Este ambicioso proyecto de redefinición de las relaciones mundiales constituyó un ámbito en el que, tanto por parte del Sur como del Norte, se proyectaban visiones y esperanzas diferentes, no siempre coincidentes, a veces incluso opuestas. En la segunda mitad de los años setenta, el NOEI representaba un proyecto alternativo de relaciones económicas, pero también de las relaciones estado-mercado, que constituía un elemento importante del debate entre los distintos modelos de integración mundial. A través de este prisma, es posible observar los debates nacionales particulares en función de cómo se movían dentro de esta competencia. Esclarecer este doble nivel –entre el nivel “institucional” y la confrontación política interna más amplia– nos permite comprender mejor el entrelazamiento de las diferentes ambiciones y expectativas que se escondían detrás de esta problemática global.

El debate italiano sobre el NOEI estuvo marcado por las necesidades y los problemas internos, y ejemplificó cómo los retos planteados por las nuevas interdependencias económicas mundiales constituían un motivo de rivalidad entre diferentes culturas políticas. El debate político sobre el NOEI surgió a raíz del profundo impacto cultural provocado por el vasto ciclo de conflictos que comenzó en 1968-1969. En Italia, se desarrolló durante un periodo de gran cambio social que sirvió como un nuevo impulso para que las élites italianas repensaran sus respuestas ante las consecuencias de los procesos de modernización y abordaran las demandas sociales internas en favor de la democratización. Surge así un primer elemento al considerar este periodo como una transición crucial que generó un replanteamiento crítico dentro de las principales culturas políticas en respuesta a la crisis general de legitimidad del sistema institucional y partidario italiano.

Aunque de diferentes maneras –y con diferentes tendencias y objetivos– los principales partidos italianos identificaron las nuevas estrategias internacionales como el terreno preferido para este esfuerzo. Encuadraron las nuevas cuestiones globales como parte de una interpretación más amplia de la crisis, vinculando las reivindicaciones igualitarias globales con las internas. Esta tendencia estaba respaldada por dos influencias o tradiciones principales: la reflexión sobre las experiencias poscoloniales fomentada por los dirigentes comunistas –intrínsecamente relacionada con su identidad “internacionalista”– y el surgimiento de un interés ético y humanitario por el Sur Global entre los católicos tras el Segundo Concilio Vaticano. Ya en noviembre de 1967, el miembro del partido comunista Renato Sandri señaló la “presencia de grandes fuerzas que aludían al internacionalismo y al ecumenismo” con el fin de fomentar un nuevo enfoque italiano sobre el mundo poscolonial, que debería basarse en los valores del universalismo y la solidaridad global compartidos por todas las grandes culturas políticas italianas (Camera dei deputati, 1967). Detrás de esto se hallaba el entramado y la rivalidad entre dos visiones universalistas, cada una de las cuales había dado lugar a sus propias redes internacionalistas, especialmente la comunista, que siempre había apoyado los procesos de descolonización. Al comienzo de la siguiente década, la Democracia Cristiana y la dirección comunista empezaron a elaborar nuevas agendas para hacer frente –como decían– a “la imperiosa exigencia de los tiempos nuevos”. Según los demócrata-cristianos Aldo Moro y Luigi Granelli, que dirigieron el Ministerio de Asuntos Exteriores italiano casi ininterrumpidamente de 1969 a 1974, el “despertar moral de las nuevas generaciones” propiciaba la superación de divisiones anacrónicas, avanzando hacia un “orden internacional nuevo y diferente”.

Este esfuerzo se tradujo ante todo en el creciente compromiso de Italia con el proyecto europeo. El autor Giuliano Garavini mostró cómo la nueva relación de la CE con los países en desarrollo y el apoyo al Nuevo Orden Económico Internacional formaban parte

de un debate más amplio en el seno de las élites europeas sobre las consecuencias de la crisis del petróleo y la reconsideración del nuevo papel de la Comunidad en un contexto global (Garavini, 2012). La visión del Ministerio de Asuntos Exteriores italiano (expresada en estos años por el ala izquierda de la Democracia Cristiana) reflejaba los enfoques europeos encaminados a maximizar el potencial de expansión de la CE para lograr un “salto cualitativo” que pudiera satisfacer las expectativas tanto de la opinión pública europea como del mundo en desarrollo. En este contexto, la cuestión de las relaciones políticas y económicas con el Sur Global –así como varios debates específicos sobre el NOEI– representaron una primera experiencia crucial de diálogo político, como lo demuestra el nacimiento del Instituto para las relaciones entre Italia y los países de África, América Latina y Oriente Medio en 1972, por iniciativa del ala izquierda de los demócrata-cristianos, los socialistas y los comunistas.

Los retos económicos a los que se enfrentaba Italia, provocados en parte por la crisis del petróleo, tuvieron el efecto de agudizar el debate sobre la relación entre el desarrollo del Sur y los niveles de vida occidentales. Así, por ejemplo, en febrero de 1974, Ugo La Malfa, ministro de Hacienda del Partido Republicano, se comprometió a hacer aprobar su política de austeridad subrayando cómo “la transferencia de recursos de los países desarrollados a los países productores de petróleo, como consecuencia del cambio en los términos del intercambio” conduciría necesariamente a “una restricción del consumo interno en los países industrializados”. A tales afirmaciones, el senador comunista Napoleone Colajanni respondió que su partido rechazaba “precisamente esta concepción del desarrollo del Tercer Mundo como necesariamente ligado a un freno y a una compresión del nivel de vida de las masas trabajadoras de los países industrializados”, considerándolo no solo “no necesario en términos absolutos” sino más bien “intrínsecamente ligado al funcionamiento del sistema capitalista” (Comunicación

del ministro del Tesoro en La Malfa a la Comisión Bilancio del Senado, 1974, p. 45).

Para Aldo Moro, la transición “de la fase retórica a la fase política” de las relaciones con el mundo en desarrollo requería una “desaceleración del crecimiento” necesaria para “permitir el progreso de los demás”. Simultáneamente, la política internacional del PCI estimuló un análisis exhaustivo que vinculara las relaciones Norte-Sur con el cuestionamiento de las estructuras económicas de las sociedades occidentales. Estas teorías, elaboradas en sintonía con las líneas políticas de las socialdemocracias europeas en el marco del “eurocomunismo”, exigían una nueva concepción del desarrollo, basada en la redistribución global en términos de un crecimiento cualitativo y no exclusivamente cuantitativo (Berlinguer, 1976). De hecho, la premisa fundamental de la conocida “política de austeridad” de Berlinguer era la reelaboración del modelo occidental de producción y consumo, en estrecha conexión con el desarrollo del Sur Global (La propuesta comunista, 1975). Esta propuesta resultaba muy compatible con la de los promotores del NOEI y con las categorías de su marco teórico fundamental: la ambiciosa visión de la redistribución mundial y la centralidad de la noción de soberanía. Entre 1973 y 1976, los comunistas desarrollarían paralelamente la idea de “introducir elementos del socialismo” (Tatò y Berlinguer, 2003, p. 50) en la sociedad italiana y de la necesidad de avanzar hacia una “nueva división internacional del trabajo” dentro de un análisis global que consideraba la crisis económica del momento como una crisis sistémica del capitalismo, que afectaba a toda la estructura de las cadenas de valor mundiales. Esto habría requerido la “iniciativa teórica y práctica de la vanguardia de la clase obrera y de las fuerzas democráticas de Europa Occidental”, que habrían tenido que unirse a los esfuerzos de los países en desarrollo en una lucha común. Como señaló Renato Sandri en junio de 1974, la necesidad de tal iniciativa exigiría una nueva visión de la interdependencia, “para que la encrucijada que se avecina no se traduzca en una nueva polarización de la

dominación imperialista, sino en una división internacional en la que la interdependencia deje de ser esa fábula del lobo y el corde-ro” (Sandri, 1974, p. 14).

A medida que se ampliaba la confrontación política, irónicamente se reducía aún más el papel potencial de Italia en la escena internacional. La crisis económica y el conflicto social italianos se convirtieron en fuente de especial atención en el marco multilateral euroatlántico, restringiendo la política italiana, especialmente en el ámbito monetario, que más tarde adoptaría la forma de paquetes de ayuda financiera supeditados a condiciones políticas. Italia se convertiría en el objeto de un seguimiento minucioso en el contexto de un cambio de ritmo en los instrumentos de la política exterior estadounidense, definido por algunos autores como un giro que iba de la “contención rígida” a una fase de “estabilización concertada” (Cominelli,

2014). Esta tendencia fue suscitada también por ciertas preocupaciones internas: “Lo que está en juego”, se quejaba La Malfa en febrero, “es la cuestión de quién dirige el país, los sindicatos o el gobierno” (Telegrama de la Embajada de los Estados Unidos, 1974a). La postura adoptada por el gobierno italiano en la Sexta Sesión Especial de la ONU se inscribía en este marco, al igual que la adoptada en la votación sobre la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados (Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados,

1974) a finales de 1974, en la que Italia acabó absteniéndose junto con algunos de los principales países europeos, tras largas y arduas negociaciones con Estados Unidos. Como concluyó el embajador estadounidense John Anthony Volpe a propósito de la votación sobre la Carta, Italia estaba “perfectamente dispuesta a soportar la presión de los PMA [Países Menos Adelantados] sobre esta cuestión, pero no a costa de quedar aislada dentro de la Comunidad Europea” (Telegrama de la Embajada de los Estados Unidos, 1974b).

Mientras la Comunidad Europea se disponía a negociar el Convenio de Lomé (Garavini, 2012), se estaban organizando distintos foros internacionales fuera del marco igualitario y global de las Naciones Unidas. Las reuniones exclusivas de las élites tecnocráticas occidentales adquirirían una influencia cada vez mayor en los años siguientes, afectando tanto al destino del proyecto NOEI como al difícil equilibrio político italiano (Ivi, 2014). Algunos autores han demostrado la estrecha relación y el paralelismo existentes entre los proyectos de estabilización, de contención tanto de las izquierdas occidentales como de las demandas del Sur Global, señalando también la forma en que partidos como el PCI acabaron atados por sus propias estrategias de legitimación interna y secundando –voluntaria o involuntariamente– estos desenlaces (Basosi y Bernardini, 2009).

El debate entre las distintas visiones políticas coexistía con una profunda división en el seno del sistema institucional, dando lugar a una época en la que las políticas internacionales oscilaban entre impulsos innovadores y una cruda re-estabilización. El debate sobre el NOEI formó parte de esa rivalidad y enfrentamiento entre las distintas visiones y fórmulas para salir de la crisis, demostrando cómo los diseños internos también se basaban y legitimaban en referencia a modelos externos de integración global. Esta doble tendencia caracterizó el modo en que las élites políticas italianas se enfrentaron a las grandes transformaciones globales producidas a principios de la década de 1970, mostrando la relación multinivel que Italia estableció con dichos procesos. Por un lado, Italia se vio especialmente expuesta a las nuevas interdependencias económicas mundiales, sufriendo primero sus repercusiones económicas inmediatas y después las consiguientes restricciones políticas; por otro lado, los asuntos internacionales, incluido el NOEI, se convirtieron en un terreno en el que se ejercieron diferentes intentos para modificar el equilibrio político interno.

Aunque hoy en día el NOEI pueda aparecer retrospectivamente como un fracaso anunciado, estas historias sirven para recordar

que el NOEI pareció ser sorprendentemente creíble en su momento de mayor éxito (McFarland, 2015), una esperanza o una amenaza para el orden mundial, suscitando incluso una irritación desproporcionada en sus críticos contemporáneos, e incluso la redefinición de sus propias estrategias internacionales (Franczak, 2022). Como señaló Quinn Slobodian, “para entender la irritación hay que reconocer que el NOEI no actuaba solo”, sino que encontró influyentes aliados en el Norte, desde “reformistas globales”, economistas y socialdemócratas hasta izquierdistas europeos (Slobodian, 2018). En este sentido, parece útil preguntarse hoy si, además de una nueva cooperación Sur-Sur, es posible repensar también una cooperación Norte-Sur, partiendo precisamente de las oportunidades perdidas o de las alianzas que el pasado dejó sin resolver.

Los historiadores suelen apresurarse a advertir contra comparaciones apresuradas, analogías o paralelismos entre épocas y tiempos. Sin embargo, no debe escapársenos la importancia, no solo nominal sino también política, del reciente resurgimiento de una idea de cooperación Sur-Sur explícita en su reivindicación de modelos alternativos de integración mundial solidaria y no jerárquica. Reconocer la relevancia política de tal referencia no supone dejar de ver las diferencias entre un período y otro, o las contradicciones que se esconden bajo la bandera homogeneizadora del Sur Global. El Sur Global, en efecto, nunca ha sido homogéneo, no lo era en los años setenta y no lo es en la actualidad. Pero el punto de vista del investigador y del historiador, atento a las especificidades y a las diferencias, puede (y debe) ceder a veces el paso a la no menos necesaria perspectiva política.

Por consiguiente, es precisamente con una perspectiva política como debemos volver a empezar, desde donde habían fracasado los encuentros, las conexiones y las redes construidas en torno al NOEI en los años setenta. Silvio Pons explicó eficazmente cómo el viaje de Berlinguer a América Latina había sido una decepción para el PCI, en particular con respecto a las ambiciones del partido de relanzar su tradicional vocación de mediador transnacional

y su papel de “puente entre mundos diferentes”, dentro de un proyecto de “interacción e interpenetración entre el comunismo reformista europeo y las tradiciones antiimperialistas extra europeas”. Según Pons, tras la muerte de Tito, el Movimiento de Países No Alineados bajo la presidencia cubana representó una “radicalización que negaba los supuestos reformistas de un reequilibrio entre el Norte y el Sur y reflejaba la creciente fragmentación de los sujetos políticos en el Sur global”. Por ello, el PCI pretendía actuar como interlocutor clave para restablecer la convergencia de redes y relaciones en torno al proyecto NOEI (Pons, 2021).

Desde este punto de vista, en el encuentro entre Castro y Berlinguer se enfrentaron dos estrategias políticas diferentes, ambas muy condicionadas por la posición respectiva que Cuba y el PCI pensaban que debían ocupar dentro del movimiento comunista internacional en aquel momento, y por las nuevas tácticas resultantes como fuentes de identidad y legitimidad. A su vez, estas opiniones estaban profundamente vinculadas al contexto en el que se desarrollaron y en el que actuaron como actores políticos y, por ende, al posicionamiento específico de los dos países en los equilibrios de la economía mundial. A estas dos estrategias correspondían dos visiones e interpretaciones diferentes del NOEI como proyecto político, bajo las que subyacían ideas distintas de la relación entre lucha antiimperialista, democracia y desarrollo.

Como vimos anteriormente, el proyecto político de “austeridad” de Berlinguer también partía del supuesto de una convergencia y de intereses compartidos entre las clases populares de Occidente y la lucha colectiva de los países en desarrollo. Pero esa visión fracasó, del mismo modo que el encuentro entre Castro y Berlinguer reveló las limitaciones de un auténtico entendimiento político.

La derrota del NOEI y el surgimiento del modelo neoliberal representaron tanto el resurgimiento de la lucha de clases desde las instancias superiores como el retorno de las concepciones jerárquicas de la integración mundial. Todos salimos perdiendo. Al mismo tiempo, sin embargo, los ganadores de esta historia no se

encontraban solo en el Norte. Hoy en día, los procesos de globalización han redefinido en muchos sentidos los equilibrios y las estructuras entre centro y periferia del mundo (Milanovic, 2016). El terreno de lucha sigue siendo no solo entre “Occidente y el resto”, sino también entre ricos y pobres de todo el mundo. Se trata de comprender sobre qué basar esta convergencia y trabajar en la deconstrucción y desmitificación de las falsas diferencias e identidades. Sobre todo, se trata de ser capaces de encontrar la manera de imaginar –y eventualmente lograr– un mundo en el que las diferencias e identidades reales se integren en una visión colectiva y cooperativa, en lugar de que decaigan en jerarquías de dominación o estrategias conflictivas. Pero para ello primero hay que preguntarse si existen hoy las condiciones estructurales y sistémicas para esta convergencia. ¿Son mejores que en los años setenta? ¿Cuáles son los intereses que representan las izquierdas occidentales? ¿Son compatibles y coincidentes con la nueva lucha colectiva del Sur Global? Estos son los verdaderos retos de esta lucha fundamentalmente emancipadora, progresista y actualizada, y que puede quizás aportar algunos elementos para reconstruir un diálogo entre los diferentes puntos de vista que quedaron sin resolver en el encuentro entre Castro y Berlinguer.

Bibliografía

Banco Mundial (1980). *North-South: A Program for Survival, The Independent Commission on International Development Issues*. Cambridge: MIT Press.

Basosi, D., Bernardini, G. (2009). The Puerto Rico Summit of 1976 and the End of Eurocommunism. En L. Nuti (ed.), *The Crisis of Détente in Europe: From Helsinki to Gorbachev 1975-1985* (pp. 257-267). Routledge.

Berlinguer, E. (1976). La politica internazionale dei comunisti italiani, Informe al XIV Congreso del PCI, 18 de marzo de 1975. Roma: Editorial Riuniti.

Borroni, Renato Sandri (2010). Un italiano comunista: un lungo viaggio tra rivoluzione e democrazia. Tre lune, 2010.

Camera dei deputati (1967). Discusión, 15 de noviembre de 1967, p. 40576. https://documenti.camera.it/_dati/leg04/lavori/stenografici/sed0759/sed0759.pdf

Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados (1974). UNGA, Res. 3281 (XXIX), UN doc., A/RES/29/3281. <https://digital-library.un.org/record/190150>

Cominelli, L. (2014). L'Italia sotto tutela. Stati Uniti, Europa e crisi italiana degli anni Settanta, *Le Monnier*.

Comunicación del ministro del Tesoro en La Malfa a la Comisión Bilancio del Senado, (1974), Ministero Affari Esteri, Servizio Histórico y Documentación (MAE-SSD), Textos y documentos de la política exterior italiana, Roma.

Dietrich, C. R. W. (2017). *Oil Revolution. Anticolonial Elites, Sovereign Rights, and the Economic Culture of Decolonization*. Cambridge University Press.

Franczak, M. (2022). *Global Inequality and American Foreign Policy in the 1970s*. Cornell University Press.

Garavini, G. (2012). *After Empires: European Integration, Decolonization, and the Challenge from the Global South, 1957-1986*, Oxford University Press.

Garavini, G. (2019). *The Rise and Fall of OPEC in the Twentieth Century*. Oxford University Press.

Gilman, N. (2015). The new international economic order: A reintroduction. *Humanity: An International Journal of Human Rights, Humanitarianism, and Development* 6(1), 1-16.

Ivi, E. (2014). E. Mourlon-Druol, F. Romero (eds.), *International Summitry and Global Governance. The Rise of the G7 and the European Council, 1974-1991* (pp. 203-215). Routledge.

La proposta comunista (1975). *Informe al Comité Central y a la Comisión Central de Control del Partido Comunista Italiano en preparación del XIV Congreso*, Einaudi, Torino.

l'Unità (1981). *Il contributo del PCI per una Carta della pace e dello sviluppo*, l'Unità, 8 novembre. https://archivio.unita.news/assets/main/1981/11/08/page_005.pdf

Mazower, M. (2019). *Governing the World, cit.; A. Getachew, World-making after Empire. The Rise and Fall of Self-determination*. Princeton University Press.

McFarland, V. (2015). The New International Economic Order, Interdependence, and Globalization, *Humanity: An International Journal of Human Rights, Humanitarianism, and Development*, 6(1), 217-233.

Milanovic, B. (2016). *Global inequality. A New Approach for the Age of Globalization*, Harvard University Press.

Pons, S. (2021). *I comunisti italiani e gli altri. Visioni e legami internazionali nel mondo del Novecento*. Torino: Einaudi.

Rubbi, Antonio (8 de octubre de 2022). Comunicación personal.

Sandri, R. (1974). *Tutte le materie prime e non solo il petrolio. Rinascita*, 25(31).

Slobodian, Q. (2018). *Globalists. The End of Empire and the Birth of Neoliberalism*. Harvard University Press.

Telegrama de la Embajada de los Estados Unidos (11 de febrero de 1974). Telegrama de la Embajada de los Estados Unidos en Roma al Secretario de Estado: El ministro del Tesoro La Malfa solicita la ayuda de Estados Unidos para la situación laboral italiana, NARA, RG 59, CFPE, El. Tel. 1974. <https://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=33665&dt=2474&dl=1345>

Telegrama de la Embajada de los Estados Unidos en Roma (31 de octubre de 1974). Telegrama de la Embajada de los Estados Unidos en Roma al Secretario de Estado: Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, NARA, RG 59, CFPE, El. Tel. 1974. <https://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=232370&dt=2474&dl=1345>

El NOEI como solidaridad institucionalizada

Nicolás M. Perrone

Si hay una palabra que pueda resumir el espíritu del Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) y de la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados (CERDS, en sus siglas en idioma inglés), yo diría que esa palabra es solidaridad. En el proyecto

CERDS, la solidaridad no era solo retórica para convencer al Norte Global, o narrativa para garantizar la cohesión del Sur Global –era la piedra angular de un orden económico internacional diferente. Esta idea estaba en el centro del concepto jurídico alternativo, y de las concomitantes obligaciones de los países del Norte Global, y también los países ricos del Sur Global y las empresas multinacionales (MNCs en sus siglas en idioma inglés) habrían sido los cimientos de una nueva gramática para la economía internacional. La solidaridad es la fuente de los deberes; la base de los sacrificios que todos debemos hacer para vivir en una comunidad mejor (Allen, 2004).

El considerar que la inversión y el comercio internacionales benefician a todas las personas y países es una propuesta discutible; los flujos de capital y bienes han estado estrechamente entrelazados con el colonialismo, el proyecto de desarrollo y la globalización. El NOEI y la CERDS pueden entenderse como intervenciones en esta larga historia. Estos proyectos postulaban que el actual

sistema de comercio e inversión beneficiaba a los países ricos a expensas del resto, y pretendían crear las condiciones para una alternativa: un sistema en el que el comercio y la inversión internacionales valieran la pena para todos. Según estas visiones, los acuerdos comerciales ya no serían compromisos recíprocos de cooperación entre países supuestamente iguales. Más bien, en el proyecto de la CERDS, la cooperación exigía que los que estuvieran en mejor posición mantuvieran deberes hacia los que estuvieran en una situación más precaria.

Los deberes y la cooperación, sin duda, no se relacionan con la caridad, sino con obligaciones vinculantes y exigibles hacia los necesitados. Estas obligaciones se consideran a veces como costos, vistos únicamente desde una perspectiva a corto plazo. Sin embargo, a largo plazo, los deberes para con los desfavorecidos crearán nuevas oportunidades para todos, incluso en los países ricos.

Este modo de pensamiento se remonta a uno de los intelectuales de la CERDS: el diplomático mexicano Jorge Castañeda. En escritos del año 1956, Castañeda observó que una limitación significativa de la Carta de la ONU era la falta de principios y deberes políticos que determinaran las relaciones entre sus miembros. Añadió: “Especialmente para las pequeñas potencias, es esencial que la Carta especifique las obligaciones y, sobre todo, las prohibiciones a las que están sujetos los Estados” (Castañeda, 1956, p. 35). México propuso sin éxito un anexo a la Carta de la ONU consistente en los derechos y deberes de los Estados. Sin embargo, en los años siguientes, Castañeda y otros juristas del Sur Global no se rindieron y siguieron haciendo campaña para reconsiderar la gramática del derecho internacional. Criticaron el principio de igualdad formal que domina el derecho internacional, centrándose en sus manifestaciones comerciales internacionales: los principios de reciprocidad y de nación más favorecida (MFN, por sus siglas en inglés) (Anghie, 2005; Espiell, 1967).

El derecho internacional es un régimen liberal en el que todos los Estados son presentados como iguales y se considera que gozan

del mismo nivel de independencia o libertad. Este punto de partida preconfigura el escenario del comercio internacional; supone que todos los países y pueblos parten del mismo lugar, participando en un juego limpio de ventajas comparativas y competitivas. Por tanto, las negociaciones comerciales y de inversión se rigen por la reciprocidad; toda concesión exige algo a cambio. A los países también les preocupa que sus socios en el tratado puedan conceder más adelante más privilegios a un competidor. Por esta razón, exigen ser tratados de la misma manera que “la nación más favorecida”. Este trato –plasmado en la Organización Mundial del Comercio– supuestamente garantizaría la igualdad de condiciones.

Históricamente, este punto de partida es inexacto y sesgado contra el Sur Global. La falsa noción de igualdad formal oculta el legado de la explotación colonial y sus manifestaciones imperiales y neocoloniales contemporáneas. Para los europeos, el llamado “Nuevo Mundo”, las Américas, fue “el extraordinario tesoro ecológico” que hizo posible la revolución industrial: proporcionó recursos naturales para sus fábricas y mercados para sus manufacturas (Pomeranz, 2000). Del mismo modo que la mano de obra esclava africana fue usada para desarrollar los recursos naturales de las Américas. Tras la descolonización, los países del Sur Global se encontraron atrapados en ciclos de repetición y experimentaron la imposibilidad del cambio: procesos de continuidad en los que el capital transnacional, los países exportadores de capital y las élites locales reproducían la economía política del extractivismo y la dependencia. El Sur Global siguió dependiendo de las exportaciones de materias primas, las importaciones de tecnología y manufacturas y los flujos de capital internacional según las reglas de un juego que no crearon ni aprobaron.

Es comprensible que el Sur Global y sus pueblos, al igual que Castañeda, quisieran definir “nuevas reglas que respondan a las necesidades actuales y futuras de la sociedad internacional” (Registros oficiales de la Asamblea General de la ONU, 1974). Comentando el estado de las cosas, en 1969, Castañeda afirmaba que

existía “una incompatibilidad radical entre la cláusula para las MFN y una política internacional de desarrollo y asistencia a los países subdesarrollados” (Pescatore, 1969, p. 251). La Comisión Económica para América Latina y el Caribe pidió igualmente que se reconsiderara el principio de reciprocidad, de modo que las concesiones solo se aplicaran cuando el país menos desarrollado se beneficiara efectivamente de los acuerdos comerciales (CEPAL, 1967).

Durante las negociaciones del NOEI y las de la CERDS, el debate versó tanto sobre la distribución como sobre la reescritura de las reglas del juego. Estos programas se ocupaban de los detalles del derecho internacional de inversiones, como la legislación aplicable y la resolución de disputas, y de la dinámica del comercio internacional (Muthucumaraswamy, 2021). La inversión extranjera se percibía como un medio para controlar los recursos naturales del Sur, mientras que la estructura del comercio internacional implicaba que estos países seguirían especializándose en esos mismos recursos. El NOEI y la CERDS pretendían cambiar esta situación mediante la propiedad nacional de los recursos naturales, la regulación de las Corporaciones Multinacionales (MNCs por sus siglas en inglés) y los mecanismos para reconfigurar las relaciones comerciales, en particular la integración regional, los acuerdos internacionales sobre productos básicos y el trato especial y diferenciado¹.

Sin embargo, Castañeda y otros, contemplaban también otra dimensión del NOEI y la CERDS, una dimensión crucial que a menudo se pasa por alto. El NOEI y la CERDS eran solo plataformas iniciales desde donde reimaginar la gobernanza económica internacional, más que programas definitivos en sí mismos ya que, con pocas excepciones, sus disposiciones seguían siendo bastante vagas. La clave era crear y consolidar condiciones de posibilidad

¹ El trato especial y diferenciado permite a los Estados del Norte Global tratar de forma diferente a los Estados del Sur Global; por ejemplo, permite a los países ricos conceder preferencias comerciales a los países más pobres sin tener que hacer lo mismo con el resto de los países miembros del mismo acuerdo comercial.

para futuras reformas, especialmente lazos de solidaridad en todo el Sur Global y entre el Norte y el Sur. Castañeda y otros pensaban que la integración regional, o el trato especial y diferenciado, solo funcionarían si los países y las personas aceptaban debatir sobre el comercio y la inversión internacionales utilizando el lenguaje de la solidaridad –un lenguaje diferente al de la igualdad formal y la reciprocidad (Castañeda, 1976). La solidaridad sería la base para pensar en términos de igualdad sustantiva –en lugar de igualdad formal– y el fundamento emocional y sentimental de los deberes; –deberes de atención a los que viven en otro lugar, lejos de tu ciudad o país– deberes que harían necesario el volver a definir el mundo en que vivimos.

Como ya había hecho notar Marcos Kaplan, en 1976, el NOEI, la CERDS y la UNCTAD fracasaron en este sentido (Kaplan, 1976). Falta solidaridad entre el Norte y el Sur, así como entre los países del Sur. Las multinacionales se opusieron ferozmente al establecimiento de obligaciones internacionales para las empresas; criticaron duramente la Carta de la Organización Internacional del Comercio a finales de los años cuarenta y cerraron filas en los años sesenta y setenta, promoviendo en su lugar directrices voluntarias y la responsabilidad social de las empresas. Los países exportadores de capital apoyaron estas iniciativas, que se materializaron en las Directrices de la OCDE para las MNCs de 1976. Entre los países del Sur Global también hubo recelos. Los Estados de África, el Caribe y el Pacífico aceptaron un trato preferencial por parte de Europa en el Convenio de Lomé de 1975, mientras que América Latina insistía en que estas preferencias debían ser únicamente multilaterales. También hubo tensiones entre los países exportadores e importadores de petróleo del Sur Global, que fueron aprovechadas por Estados Unidos y Europa para dividir al Tercer Mundo. Por último, la situación no era diferente dentro de las regiones. Los países menos prósperos, como Paraguay y Ecuador, se quejaban de que la integración regional era un medio para que los ya ricos, como Argentina, Brasil y México, se enriquecieran más.

Cincuenta años más tarde, creo que la lección más importante que pueden ofrecernos el NOEI y la CERDS es que para reimaginar la economía mundial es preciso evaluar primero las condiciones de posibilidad de cualquier forma de cambio significativo. El reto no consiste únicamente en aportar ideas para reformar la OMC o reimaginar la solución de diferencias entre inversores y Estados (conocida como ISDS, por sus siglas en inglés). Castañeda, Kaplan y muchos otros eran conscientes de que la gente no está dispuesta a hacer sacrificios sin los lazos desinteresados de la solidaridad. Tal vez las reformas neoliberales fueron posibles, allí donde el NOEI y la CERDS fracasaron, porque el neoliberalismo llama a ser ciego ante lo que les ocurre a los demás. Es una excusa para no tener obligaciones con el prójimo ni con la naturaleza. El mantra es creer que todo irá bien mientras persigamos nuestros proyectos individuales. Sin embargo, cincuenta años después, estamos lejos de estar bien.

La pregunta es ¿cómo continuamos ahora? La solidaridad no es esotérica ni implica ceder a lo desconocido. Es una práctica que podemos alimentar cada día a través de conversaciones, acciones, y privilegiando el largo plazo sobre el corto plazo. Es algo que tiene que ocurrirnos a nosotros. La solidaridad exige hacer más visibles las historias de las personas vulnerables y desfavorecidas. El hecho de que a menudo volvamos al NOEI como fuente de inspiración para un orden alternativo quizá hable menos de herramientas o mecanismos específicos, como los acuerdos sobre materias primas, que de una creencia compartida de que, pese a que lo viejo está muriendo, aún no es factible el nacimiento de una nueva visión global basada en la solidaridad.

Bibliografía

Allen, Danielle (2004). *Talking to Strangers: Anxieties of Citizenship since Brown*. University of Chicago Press.

Anghie, Anthony (2005). *Imperialism, Sovereignty and the Making of International Law*. CUP.

Castañeda, Jorge (1956). *México y el orden internacional*. El Colegio de México.

Castañeda, Jorge (1976). Introducción. En Jorge Castañeda (ed), *Derecho económico internacional: análisis jurídico de la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados*. Fondo de Cultura Económica.

CEPAL (1967). *Los países de menor desarrollo relativo y la integración latinoamericana*. E/CN.12/774.

Espiell, Héctor Gros (1967). La Cláusula de la Nación Más Favorecida. Su Sentido Actual en el Acuerdo General de Aranceles y Comercio. *Revista Española de Derecho Internacional*.

Kaplan, Marcos (1976). Lo viejo y lo nuevo en el orden político mundial. En Jorge Castañeda (ed), *Derecho económico internacional: análisis jurídico de la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados*. Fondo de Cultura Económica.

Muthucumaraswamy, Sornarajah (2021). *The international law on foreign investment*. Cambridge University Press.

Pescatore, Pierre (1969). 'La clause de la nation la plus favorisée dans les conventions multilatérales. Quatrième Commission. Rapport provisoire' en *l'Annuaire de l'Institut de Droit International*, Tome 1. Bale.

Pomeranz, Kenneth (2000). *The great divergence: China, Europe, and the making of the modern world economy*. Princeton University Press.

Registros oficiales de la Asamblea General de la ONU (1974). *Official Records, 29th Sess, A/ C.2/ SR.1638*.

Selecciones

¡Basta! ¡No más dependencia!*

Salvador Allende

Señor presidente:

Señoras y señores delegados:

Agradezco el alto honor que se me hace al invitarme a ocupar esta tribuna, la más representativa del mundo y el foro más importante y de mayor trascendencia en todo lo que atañe a la humanidad. Saludo al señor secretario general de las Naciones Unidas, a quien tuvimos el agrado de recibir en nuestra Patria en las primeras semanas de su mandato, y a los representantes de más de 130 países que integran la asamblea.

A usted, señor presidente, proveniente de un país con el cual nos unen lazos fraternales y a quien personalmente apreciamos cuando encabezó la delegación de la República Popular de Polonia a la III UNCTAD, junto con rendir homenaje a su alta investidura, deseo agradecerle sus palabras tan significativas y calurosas.

Vengo de Chile, un país pequeño pero donde hoy cualquier ciudadano es libre de expresarse como mejor prefiera, de irrestricta tolerancia cultural, religiosa e ideológica, donde la discriminación racial no tiene cabida. Un país con una clase obrera

* Discurso de Salvador Allende ante la Asamblea General de las Naciones Unidas el 4 de diciembre de 1972.

unida en una sola organización sindical, donde el sufragio universal y secreto es el vehículo de definición de un régimen multipartidista, con un Parlamento de actividad ininterrumpida desde su creación hace 160 años, donde los Tribunales de Justicia son independientes, en los que desde 1833 solo una vez se ha cambiado la Carta Constitucional, sin que esta prácticamente jamás haya dejado de ser aplicada. Un país de cerca de diez millones de habitantes que en una generación ha dado dos Premios Nobel de Literatura: Gabriela Mistral y Pablo Neruda, ambos hijos de modestos trabajadores. Historia, tierra y hombre se funden en un gran sentido nacional.

Pero Chile es también un país cuya economía retrasada ha estado sometida, e inclusive enajenada, a empresas capitalistas extranjeras; que ha sido conducido a un endeudamiento externo superior a los cuatro mil millones de dólares, cuyo servicio anual significa más del 30% del valor de sus exportaciones, con una economía extremadamente sensible ante la coyuntura externa, crónicamente estancada e inflacionaria; donde millones de personas han sido forzadas a vivir en condiciones de explotación y miseria, de cesantía abierta o disfrazada.

Hoy vengo aquí, porque mi país está enfrentado a problemas que, en su trascendencia universal, son objeto de la permanente atención de esta Asamblea de las naciones: la lucha por la liberación social, el esfuerzo por el bienestar y el progreso intelectual, la defensa de la personalidad y dignidad nacionales.

La perspectiva que tenía ante sí mi patria, como tantos otros países del Tercer Mundo, era un modelo de modernización reflejo, que los estudios técnicos y la realidad más trágica coinciden en demostrar que está condenado a excluir de las posibilidades de progreso, bienestar y liberación social a más y más millones de personas, relegándolas a una vida subhumana. Modelo que va a producir mayor escasez de viviendas, que condenará a un número cada vez más grande de ciudadanos a la cesantía, al analfabetismo, a la ignorancia y a la miseria fisiológica.

La misma perspectiva, en síntesis, que nos ha mantenido en una relación de colonización o de dependencia. Que nos ha explotado en tiempos de guerra fría, pero también, en tiempos de paz. A nosotros, los países subdesarrollados, se nos quiere condenar a ser realidades de segunda clase, siempre subordinadas.

Este es el modelo que la clase trabajadora chilena, al imponerse como protagonista de su propio porvenir, ha resuelto rechazar, buscando en cambio un desarrollo acelerado, autónomo y propio, transformando revolucionariamente las estructuras tradicionales.

El pueblo de Chile ha conquistado el gobierno tras una larga trayectoria de generosos sacrificios, y se encuentra plenamente entregado a la tarea de instaurar la democracia económica, para que la actividad productiva responda a necesidades y expectativas sociales y no a intereses de lucro personal. De modo programado y coherente, la vieja estructura apoyada en la explotación de los trabajadores y en el dominio por una minoría de los principales medios de producción, está siendo superada. En su reemplazo surge una nueva estructura, dirigida por los trabajadores, que puesta al servicio de los intereses de la mayoría, está sentando las bases de un crecimiento que implica desarrollo auténtico, que involucra a todos los habitantes y no margina a vastos sectores de conciudadanos a la miseria y la relegación social.

Los trabajadores están desplazando a los sectores privilegiados del poder político y económico, tanto en los centros de labor como en las comunas y en el Estado. Este es el contenido revolucionario del proceso que está viviendo mi país, de superación del sistema capitalista, para dar apertura al socialismo.

La necesidad de poner al servicio de las enormes carencias del pueblo la totalidad de nuestros recursos económicos, iba a la par con la recuperación para Chile de su dignidad. Debíamos acabar con la situación de que nosotros, los chilenos, debatiéndonos contra la pobreza y el estancamiento, tuviéramos que exportar enormes sumas de capital, en beneficio de la más poderosa economía de mercado del mundo. La nacionalización de los recursos básicos

constituía una reivindicación histórica. Nuestra economía no podía tolerar por más tiempo la subordinación que implicaba tener más del 80% de sus exportaciones en manos de un reducido grupo de grandes compañías extranjeras, que siempre han antepuesto sus intereses a las necesidades de los países en los cuales lucran. Tampoco podíamos aceptar la lacra del latifundio, los monopolios industriales y comerciales, el crédito en beneficio de unos pocos, las brutales desigualdades en la distribución del ingreso.

El camino revolucionario que Chile está siguiendo

El cambio de la estructura del poder que estamos llevando a cabo, el progresivo papel de dirección que en ella asumen los trabajadores, la recuperación nacional de las riquezas básicas, la liberación de nuestra patria de la subordinación a las potencias extranjeras, son la culminación de un largo proceso histórico. De esfuerzo por imponer las libertades políticas y sociales, de heroica lucha de varias generaciones de obreros y campesinos por organizarse como fuerza social para conquistar el poder político y desplazar a los capitalistas del poder económico.

Su tradición, su personalidad, su conciencia revolucionaria, permiten al pueblo chileno impulsar el proceso hacia el socialismo, fortaleciendo las libertades cívicas, colectivas a individuales, respetando el pluralismo cultural e ideológico. El nuestro es un combate permanente por la instauración de las libertades sociales, de la democracia económica, mediante el pleno ejercicio de las libertades políticas.

La voluntad democrática de nuestro pueblo ha asumido el desafío de impulsar el proceso revolucionario dentro de los marcos de un Estado de Derecho altamente institucionalizado, que ha sido flexible a los cambios y que hoy está frente a la necesidad de ajustarse a la nueva realidad socio-económica.

Hemos nacionalizado las riquezas básicas.

Hemos nacionalizado el cobre.

Lo hemos hecho por decisión unánime del gobierno, donde los partidos del gobierno están en minoría.

Queremos que todo el mundo lo entienda claramente: no hemos confiscado las empresas extranjeras de la gran minería del cobre. Eso sí, de acuerdo con disposiciones constitucionales, reparamos una injusticia histórica, al deducir de la indemnización las utilidades por ellas percibidas más allá de un 12% anual, a partir de 1995.

Las utilidades que habían obtenido en el transcurso de los últimos quince años algunas de las empresas nacionalizadas eran tan exorbitantes que, al aplicárseles como límite de utilidad razonable el 12% anual, esas empresas fueron afectadas por deducciones de significación. Tal es el caso, por ejemplo, de *Anaconda Company* que, entre 1955 y 1970, obtuvo en Chile una utilidad promedio del 21,5% anual sobre su valor de libro, mientras las utilidades de *Anaconda* en otros países alcanzaban solo un 3,6% al año.

Esta es la situación de una filial de *Kennecott Copper Corporation* que, en el mismo periodo, obtuvo en Chile una utilidad promedio del 52% anual, llegando en algunos años a utilidades tan increíbles como el 106% en 1967, el 113% en 1968, y más del 205% en 1969. El promedio de las utilidades de *Kennecott* en otros países alcanzaba, en la misma época, a menos del 10% anual. Sin embargo, la aplicación de la norma constitucional ha determinado que otras empresas cupríferas no fueran objeto de descuentos por concepto de utilidades excesivas, ya que sus beneficios no excedieron el límite razonable del 12% anual.

Cabe destacar que, en los años inmediatamente anteriores a la nacionalización, las grandes empresas del cobre habían iniciado planes de expansión, los que en gran medida han fracasado, y para los cuales no aportaron recursos propios, no obstante las grandes utilidades que percibían, y que financiaron a través de créditos externos.

De acuerdo con las disposiciones legales el Estado chileno ha debido hacerse cargo de esas deudas, las que ascienden a la enorme cifra de 727 millones de dólares. Hemos empezado a pagar incluso deudas que una de estas empresas había contratado con *Kennecott*, su compañía matriz en Estados Unidos.

Estas mismas empresas, que explotaron el cobre chileno durante muchos años, solo en los últimos cuarenta y dos años, se llevaron en ese lapso más de cuatro millones de dólares de utilidades, en circunstancias que su inversión inicial no subió de treinta millones. Un simple y doloroso ejemplo: en agudo contraste, en mi país hay setecientos mil niños que jamás podrán gozar de la vida en términos normalmente humanos, porque en sus primeros ocho meses de existencia no recibieron la cantidad elemental de proteínas. Cuatro mil millones de dólares transformarían totalmente a mi patria. Solo parte de esa suma aseguraría proteínas para siempre a todos los niños de mi patria.

La nacionalización del cobre se ha hecho observando escrupulosamente el ordenamiento jurídico interno, y con respeto a las normas del derecho internacional, el cual no tiene por qué ser identificado con los intereses de las grandes empresas capitalistas.

Este es, en síntesis, el proceso que mi patria vive, que he creído conveniente presentar ante esta Asamblea, con la autoridad que nos da el que estemos cumpliendo con rigor las recomendaciones de las Naciones Unidas, y apoyándonos en el esfuerzo interno como base del desarrollo económico y social. Aquí, en este foro, se ha aconsejado el cambio de las instituciones y de las estructuras atrasadas; la movilización de los recursos nacionales –naturales y humanos–; la redistribución del ingreso; dar prioridad a la educación y a la salud, así como a la atención de los sectores más pobres de la población. Todo esto es parte esencial de nuestra política y se halla en pleno proceso de ejecución.

El bloqueo financiero

Por eso resulta tanto más doloroso tener que venir a esta tribuna a denunciar que mi país es víctima de una grave agresión.

Habíamos previsto dificultades y resistencia externas para llevar a cabo nuestro proceso de cambios, sobre todo frente a la nacionalización de nuestros recursos naturales. El imperialismo y su crueldad tienen un largo y ominoso historial en América Latina, y está muy cerca la dramática y heroica experiencia de Cuba. También lo está la del Perú, que ha debido sufrir las consecuencias de su decisión de disponer soberanamente de su petróleo.

En plena década del setenta, después de tantos acuerdos y resoluciones de la comunidad internacional, en los que se reconoce el derecho soberano de cada país de disponer de sus recursos naturales en beneficio de su pueblo; después de la adopción de los Pactos Internacionales sobre Derechos Económicos, Sociales y Culturales y de la Estrategia para el Segundo Decenio del Desarrollo, que solemnizaron tales acuerdos, somos víctimas de una nueva manifestación del imperialismo. Más sutil, más artera, y terriblemente eficaz, para impedir el ejercicio de nuestros derechos de Estado soberano.

Desde el momento mismo en que triunfamos electoralmente el 4 de septiembre de 1970, estamos afectados por el desarrollo de presiones externas de gran envergadura, que pretendieron impedir la instalación de un gobierno libremente elegido por el pueblo, y derrocarlo desde entonces. Que ha querido aislarnos del mundo, estrangular la economía y paralizar el comercio del principal producto de exportación: el cobre. Y privarnos del acceso a las fuentes de financiamiento internacional.

Estamos conscientes de que cuando denunciamos el bloqueo financiero-económico con que se nos agrede, tal situación aparece difícil de ser comprendida con facilidad por la opinión pública internacional, y aun por algunos de nuestros compatriotas. Porque

no se trata de una agresión abierta, que haya sido declarada sin embozo ante la faz del mundo. Por el contrario, es un ataque siempre oblicuo, subterráneo, sinuoso, pero no por eso menos lesivo para Chile.

Nos encontramos frente a fuerzas que operan en la penumbra, sin bandera, con armas poderosas, apostadas en los más variados lugares de influencia.

Sobre nosotros no pesa ninguna prohibición de comerciar. Nadie ha declarado que se propone un enfrentamiento con nuestra nación. Parecería que no tenemos más enemigos que los propios y naturales adversarios políticos internos. No es así. Somos víctimas de acciones casi imperceptibles, disfrazadas generalmente con frases y declaraciones que ensalzan el respeto a la soberanía y a la dignidad de nuestro país. Pero nosotros conocemos en carne propia la enorme distancia que hay entre dichas declaraciones y las acciones específicas que debemos soportar.

No estoy aludiendo a cuestiones vagas. Me refiero a problemas más concretos que hoy aquejan a mi pueblo, y que van a tener repercusiones económicas aún más graves en los meses próximos.

Chile, como la mayor parte de los países del Tercer Mundo, es muy vulnerable frente a la situación del sector externo de su economía. En el transcurso de los últimos doce meses el descenso de los precios internacionales del cobre ha significado al país, cuyas exportaciones alcanzan a poco más de mil millones de dólares. Mientras los productos, tanto industriales como agropecuarios, que debemos importar, han experimentado fuertes alzas; algunos de ellos hasta de un 60%.

Como casi siempre, Chile compra a precios altos y vende a precios bajos.

Ha sido justamente en estos momentos, de por sí difíciles para nuestra balanza de pagos, cuando hemos debido hacer frente, entre otras, a las siguientes acciones simultáneas, destinadas al parecer a tomar revancha del pueblo chileno por su decisión de nacionalizar el cobre.

Hasta el momento de la iniciación de mi gobierno, Chile percibía por concepto de préstamos otorgados por organismos financieros internacionales, tales como el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo, un monto de recursos cercano a ochenta millones de dólares al año. Violentamente, estos financiamientos han sido interrumpidos.

En el decenio pasado, Chile recibía préstamos de la Agencia para el Desarrollo Internacional del gobierno de Estados Unidos (A.I.D.) por un valor de 50 millones de dólares.

No pretendemos que esos préstamos sean restablecidos. Estados Unidos es soberano para otorgar ayuda externa, o no, a cualquier país. Solo queremos señalar que la drástica supresión de esos créditos ha significado contracciones importantes en nuestra balanza de pagos.

Al asumir la presidencia, mi país contaba con líneas de crédito a corto plazo de la banca privada norteamericana, destinadas al financiamiento de nuestro comercio exterior, por cerca de doscientos veinte millones de dólares. En breve plazo, se ha suspendido de estos créditos un monto de alrededor de ciento noventa millones de dólares, suma que hemos debido pagar al no renovarse las respectivas operaciones.

Como la mayor parte de los países de América Latina, Chile, por razones tecnológicas y de otro orden, debe efectuar importantes adquisiciones de bienes de capital en Estados Unidos. En la actualidad, tanto los financiamientos de proveedores como los que ordinariamente otorga el *Eximbank* para este tipo de operaciones, nos han sido también suspendidos, encontrándonos en la anómala situación de tener que adquirir esta clase de bienes con pago anticipado, lo cual presiona extraordinariamente sobre nuestra balanza de pagos.

Los desembolsos de préstamos contratados por Chile con anterioridad a la iniciación de mi gobierno, con agencias del sector público de Estados Unidos, y que se encontraban entonces en ejecución, también se han suspendido. En consecuencia, tenemos que

continuar la realización de los proyectos correspondientes, efectuando compras al contado en el mercado norteamericano, ya que, en plena marcha de las obras, es imposible reemplazar la fuente de las importaciones respectivas.

Para ello, se había previsto que el financiamiento proviniera de organismos del gobierno norteamericano.

Como resultado de acciones dirigidas en contra del comercio del cobre en los países de Europa occidental, nuestras operaciones de corto plazo con bancos privados de ese continente—basadas fundamentalmente en cobranzas de ventas de ese metal— se han entorpecido enormemente. Esto ha significado la no renovación de líneas de crédito por más de veinte millones de dólares; la suspensión de gestiones financieras que estaban a punto de concretarse por más de doscientos millones de dólares, y la creación de un clima que impide el manejo normal de nuestras compras en tales países, así como distorsiona agudamente todas nuestras actividades en el campo de las finanzas externas.

Esta asfixia financiera de proyecciones brutales, dadas las características de la economía chilena, se ha traducido en una severa limitación de nuestras posibilidades de abastecimiento de equipos, de repuestos, de insumos, de productos alimenticios, de medicamentos. Todos los chilenos estamos sufriendo las consecuencias de estas medidas, las que se proyectan en la vida diaria de cada ciudadano, y naturalmente, también, en la vida política interna.

Lo que he descrito significa que se ha desvirtuado la naturaleza de los organismos internacionales, cuya utilización como instrumentos de la política bilateral de cualquiera de sus países miembros, por poderoso que sea, es jurídica y moralmente inaceptable. ¡Significa presionar económicamente a un país débil! ¡Significa castigar a un pueblo por su decisión de recuperar sus recursos básicos! ¡Significa una forma premeditada de intervención en los asuntos internos de un país! ¡Esto es lo que denominamos insolencia imperialista!

Señores delegados, ustedes lo saben y no pueden dejar de recordarlo: todo esto ha sido repentinamente condenado por resoluciones de Naciones Unidas.

Chile agredido por compañías transnacionales

No solo sufrimos el bloqueo financiero, también somos víctimas de una clara agresión. Dos empresas que integran el núcleo central de las grandes compañías transnacionales, que clavaron sus garras en mi país, la *International Telegraph & Telephone Company* y la *Kennecott Copper Company*, se propusieron manejar nuestra vida política.

La ITT, gigantesca corporación cuyo capital es superior al presupuesto nacional de varios países latinoamericanos juntos, y superior incluso al de algunos países industrializados, inicio, desde el momento mismo en que se conoció el triunfo de la Unidad Popular en la elección de septiembre de 1970, una siniestra acción para impedir que yo ocupara la primera magistratura.

Entre septiembre y noviembre del año mencionado, se desarrollaron en Chile acciones terroristas planeadas fuera de nuestras fronteras, en colusión con grupos fascistas internos, las que culminaron con el asesinato del comandante en jefe del Ejército, general Rene Schneider Chereau, hombre justo y gran soldado, símbolo del constitucionalismo de las Fuerzas Armadas de Chile.

En marzo del año en curso se revelaron los documentos que denuncian la relación entre esos tenebrosos propósitos y la ITT. Esta última ha reconocido que incluso hizo en 1970 sugerencias al gobierno de Estados Unidos para que interviniera en los acontecimientos políticos de Chile. Los documentos son auténticos. Nadie ha osado desmentirlos.

Posteriormente, el mundo se enteró con estupor, en julio último, de distintos aspectos de un nuevo plan de acción que la misma ITT presentara al gobierno norteamericano, con el propósito

de derrocar a mi gobierno en el plazo de seis meses. Tengo en mi portafolio el documento, fechado en octubre de 1971, que contiene los dieciocho puntos que constituían ese plan. Proponía el estrangulamiento económico, el sabotaje diplomático, el desorden social, crear el pánico en la población, para que al ser sobrepasado el gobierno las Fuerzas Armadas fueran impulsadas a quebrar el régimen democrático e imponer una dictadura.

En los mismos momentos que la ITT proponía ese plan, sus representantes simulaban negociar con mi gobierno una fórmula para la adquisición, por el Estado chileno de la participación de ITT en la Compañía de Teléfonos de Chile. Desde los primeros días de mi administración habíamos iniciado conversaciones para adquirir la empresa telefónica que controlaba la ITT, por razones de seguridad nacional.

Personalmente, recibí en dos oportunidades a altos ejecutivos de esta empresa. En las discusiones mi gobierno actuaba de buena fe. La ITT, en cambio, se negaba a aceptar el pago de un precio fijado de acuerdo con una tasación de expertos internacionales. Ponía dificultades para una solución rápida y equitativa, mientras subterráneamente intentaba desencadenar una situación caótica en mi país.

La negativa de la ITT a aceptar un acuerdo directo, y el conocimiento de sus arteras maniobras, nos han obligado a enviar al Congreso un proyecto de ley de nacionalización.

La decisión del pueblo chileno de defender el régimen democrático y el progreso de la revolución; la lealtad de las Fuerzas Armadas hacia su patria y sus leyes han hecho fracasar estos siniestros intentos.

Señores delegados: yo acuso ante la conciencia del mundo a la ITT, de pretender provocar en mi patria una guerra civil. Esto es lo que nosotros calificamos de acción imperialista.

Chile está ahora ante un peligro cuya solución no depende solamente de la voluntad nacional, sino que de una vasta gama de elementos externos. Me estoy refiriendo a la acción emprendida por

la *Kannecott Copper*. Acción que, como expreso la semana pasada el ministro de Minas e Hidrocarburos del Perú en la reunión ministerial del Consejo Internacional de Países Exportadores de Cobre (CIPEC) trae a la memoria del pueblo revolucionario del Perú un pasado de oprobio del que fuera protagonista la *International Petroleum Co.*, expulsada definitivamente del país por la revolución.

Nuestra Constitución establece que las disputas originadas por las nacionalizaciones deben ser resueltas por un tribunal que, como todos los de mi país, es independiente y soberano en sus decisiones. La *Kennecott Copper* acepto esta jurisdicción y durante un año litigo ante este Tribunal. Su apelación fue denegada y entonces, decidió utilizar su gran poder para despojarnos de los beneficios de nuestras exportaciones de cobre y presionar contra el gobierno de Chile. Llego en su osadía hasta demandar, en septiembre último, el embargo del precio de dichas exportaciones ante los tribunales de Francia, de Holanda y de Suecia. Seguramente lo intentara también en otros países. El fundamento de estas acciones no puede ser más inaceptable, desde cualquier punto de vista jurídico y moral.

La *Kennecott* pretende que tribunales de otras naciones, que nada tienen que ver con los problemas o negocios que existan entre el Estado chileno y la Compañía *Kennecott Copper*, decidan que es nulo un acto soberano de nuestro Estado, realizado en virtud de un mandato de la más alta jerarquía, como es el dado por la Constitución política y refrendado por la unanimidad del pueblo chileno.

Esa pretensión choca contra los principios esenciales del derecho internacional, en virtud de los cuales los recursos naturales de un país, sobre todo cuando se trata de aquellos que constituyen su vida, le pertenecen y puede disponer libremente de ellos. Una ley internacional aceptada por todos, o en este caso, un tratado específico que así lo acuerde. La comunidad internacional, organizada bajo los principios de las Naciones Unidas, no acepta una interpretación del derecho internacional subordinada a los intereses del capitalismo, que lleve a los tribunales de cualquier país extranjero

a amparar una estructura de relaciones económicas al servicio de aquel. Si así fuera, se estaría vulnerando un principio fundamental de la vida internacional: el de no intervención en los asuntos internos de un Estado, como expresamente lo reconoció la tercera UNCTAD.

Estamos regidos por el derecho internacional; aceptado reiteradamente por las Naciones Unidas, en particular en la Resolución 1803 de la Asamblea General; normas que acaba de reforzar la Junta de Comercio y Desarrollo, precisamente teniendo como antecedente la denuncia que mi país formuló contra la *Kennecott*.

La resolución respectiva, junto con reafirmar el derecho soberano de todos los países a disponer libremente de sus recursos, naturales, declaro que: “en aplicación de este principio, las nacionalizaciones que los Estados lleven a cabo para rescatar estos recursos son expresión de una facultad soberana, por lo que corresponde a cada Estado fijar las modalidades de tales medidas, y las disputas que puedan suscitarse con motivo de ellas son de recurso exclusivo de sus tribunales, sin perjuicio de lo dispuesto en la Resolución 1803 de la Asamblea General”.

Esta resolución, excepcionalmente permite la intervención de jurisdicciones extranacionales siempre que “exista acuerdo entre Estados soberanos y otras partes interesadas”.

Esta es la única tesis aceptable en las Naciones Unidas. Es la única que está conforme con su filosofía y principios. Es la única que puede proteger el derecho de los débiles contra el abuso de los fuertes.

Como no podía ser de otra manera, hemos obtenido en los Tribunales de París, el levantamiento del embargo que pesaba sobre el valor de una exportación de nuestro cobre. Seguiremos defendiendo sin desmayo la exclusiva competencia de los tribunales chilenos para conocer de cualquier diferendo relativo a la nacionalización de nuestro recurso básico.

Para Chile esta no es solo una importante materia de interpretación jurídica. Es un problema de soberanía. Señores delegados: es mucho más, es un problema de supervivencia.

La agresión de la *Kenecott* causa perjuicios graves a nuestra economía. Solamente las dificultades directas impuestas a la comercialización del cobre han significado a Chile, en dos meses, pérdidas de muchos millones de dólares. Pero eso no es todo. Ya me he referido a los efectos vinculados al entorpecimiento de las operaciones financieras de mi país con la banca de Europa occidental. Evidente es, también, el propósito de crear un clima de inseguridad ante los compradores de nuestro principal producto de exportación, lo que no se logrará.

Hacia allá se dirigen, en este momento, los designios de esta empresa imperialista, porque no puede esperar que, en definitiva, ningún poder político o judicial prive a Chile de lo que legítimamente le pertenece. Busca doblegarnos. ¡Jamás lo conseguirá!

La agresión de las grandes empresas capitalistas pretende impedir la emancipación de las clases populares. Representa un ataque directo contra los intereses económicos de los trabajadores.

Señores delegados: el chileno no es un pueblo que ha alcanzado la madurez política para decidir, mayoritariamente, el reemplazo del sistema económico capitalista por el socialista. Nuestro régimen político ha contado con instituciones suficientemente abiertas para encauzar esta voluntad revolucionaria sin quiebres violentos. Me hago un deber en advertir a esta Asamblea que las represalias y el bloqueo dirigidos a producir contradicciones y deformaciones económicas encadenadas, amenazan con repercutir sobre la paz y convivencia internas. No lo lograrán. La inmensa mayoría de los chilenos sabrá resistirlas en actitud patriótica y digna. Lo dije al comienzo: la historia, la tierra y el hombre nuestro se funden en un gran sentido nacional.

El fenómeno de las corporaciones transnacionales

Ante la tercera UNCTAD tuve la oportunidad de referirme al fenómeno de las corporaciones transnacionales y destaque el vertiginoso crecimiento de su poder económico, influencia política y acción corruptora. De ahí la alarma con que la opinión mundial debe reaccionar ante semejante realidad. El poderío de estas corporaciones es tan grande, que traspasa todas las fronteras. Solo las inversiones en el extranjero de las compañías estadounidenses, que alcanzan hoy a 32 mil millones de dólares, crecieron entre 1950 y 1970 a un ritmo de 10% al año, mientras las exportaciones de ese país aumentaron a solo un 5%. Sus utilidades son fabulosas y representan un enorme drenaje de recursos para los países en desarrollo.

Solo en un año, estas empresas retiraron utilidades del Tercer Mundo que significaron transferencias netas a favor de ellas de 1.720 millones de dólares: 1.013 millones de América Latina, 280 de África, 366 del Lejano Oriente y 64 del Medio Oriente. Su influencia y su ámbito de acción están trastocando las prácticas tradicionales del comercio entre los Estados, de transferencia tecnológica, de transmisión de recursos entre las naciones y las relaciones laborales.

Estamos ante un verdadero conflicto frontal entre las grandes corporaciones transnacionales y los Estados. Estos aparecen interferidos en sus decisiones fundamentales –políticas, económicas y militares– por organizaciones globales que no dependen de ningún Estado y que en la suma de sus actividades no responden ni están fiscalizadas por ningún Parlamento, por ninguna institución representativa del interés colectivo. En una palabra, es toda la estructura política del mundo la que está siendo socavada. “Los mercaderes no tienen patria. El lugar donde actúan no constituya un vínculo. Solo les interesa la ganancia”. Esa frase no es mía; es de Jefferson.

Pero las grandes empresas transnacionales solo atentan contra los intereses genuinos de los países en desarrollo, sino que su acción avasalladora e incontrolada se da también en los países industrializados, donde se asientan. Ello ha sido denunciado en los últimos tiempos en Europa y Estados Unidos, lo que ha originado una investigación en el propio Senado norteamericano. Ante este peligro, los pueblos desarrollados no están más seguros que los subdesarrollados. Es un fenómeno que ya ha provocado la creciente movilización de los trabajadores organizados, incluyendo a las grandes entidades sindicales que existen en el mundo. Una vez más, la actuación solidaria internacional de los trabajadores, deberá enfrentar a un adversario común: el imperialismo.

Fueron estos actos los que, principalmente, decidieron al Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, a raíz de la denuncia presentada por Chile, a aprobar, en julio pasado, por unanimidad, una resolución disponiendo la convocatoria de un grupo de personalidades mundiales, para que estudien la “Función y los Efectos de las Corporaciones Transnacionales en el Proceso de Desarrollo, especialmente de los Países en Desarrollo, y sus Repercusiones en las Relaciones Internacionales, y que presente recomendaciones para una Acción Internacional Apropiaada”.

El nuestro no es un problema aislado ni único. Es la manifestación local de una realidad que nos desborda. Que abarca al continente latinoamericano y al Tercer Mundo. Con intensidad variable y con peculiaridades singulares, todos los países periféricos están expuestos a algo semejante.

El sentido de solidaridad humana que impera en los países desarrollados, debe sentir repugnancia porque el grupo de empresas llegue a poder interferir en el engranaje más vital de la vida de una nación, hasta perturbarlo totalmente.

El portavoz del Grupo Africano al anunciar en la Junta de Comercio y Desarrollo, hace algunas semanas, la posición de estos países frente a la denuncia que hizo Chile por la agresión de la *Kennecott Copper*, declaró que su Grupo solidarizaba plenamente con

Chile porque no se trataba de una cuestión que afectara solo a una nación, sino que potencialmente a todo el mundo en desarrollo. Esas palabras tienen un gran valor, porque significan el reconocimiento de todo un continente, de que a través del caso chileno está planteada una nueva etapa de la batalla entre el imperialismo y los países débiles del Tercer Mundo.

Los países del Tercer Mundo

La batalla por la defensa de los recursos naturales es parte de la que libran los países del Tercer Mundo para vencer el subdesarrollo. La agresión que nosotros padecemos hace aparecer como ilusorio el cumplimiento de las promesas hechas en los últimos años en cuanto a una acción de envergadura para superar el estado de atraso y de necesidad de las naciones de África, Asia u América Latina. Hace dos años esta Asamblea General, con ocasión del vigesimoquinto aniversario de la creación de las Naciones Unidas, proclamó en forma solemne la estrategia para el Segundo Decenio del Desarrollo. Por ella, todos los estados miembros de la organización se comprometieron a no omitir esfuerzos para transformar, a través de medidas concretas, la actual injusta división internacional del trabajo y para colmar la enorme brecha económica y tecnológica que separa a los países opulentos de los países en vías de desarrollo.

Estamos comprobando que ninguno de estos propósitos se convierte en realidad. Al contrario, se ha retrocedido.

Así, los mercados de los países industrializados han continuado tan cerrados como antes para los productos básicos de los países en desarrollo, especialmente los agrícolas, y aún aumentan los indicios de proteccionismo; los términos del intercambio se siguen deteriorando; el sistema de preferencias generalizadas para las exportaciones de nuestras manufacturas y semimanufacturas no ha sido puesto en vigencia por la nación cuyo mercado ofrecía

mejores perspectivas, dado su volumen, y no hay indicios de que lo sea en un futuro inmediato.

La transferencia de recursos financieros públicos, lejos de llegar al 0,7% del Producto Nacional Bruto de las naciones desarrolladas, ha bajado del 0,34 al 0,24%. El endeudamiento de los países en desarrollo, que ya era enorme a principios del presente año, ha subido en pocos meses de 70 a 75 mil millones de dólares. Los cuantiosos pagos por servicios de deudas que representan un drenaje intolerable para estos países, han sido provocados en gran medida por las condiciones y modalidades de los préstamos. Dichos servicios aumentaron en un 18% en 1970 y en un 20% en 1971, lo que es más del doble de tasa media del decenio de 1960.

Este es el drama del subdesarrollo y de los países que todavía no hemos sabido hacer valer nuestros derechos y defender, mediante una vigorosa acción colectiva, el precio de las materias primas y productos básicos, así como hacer frente a las amenazas y agresiones del neoimperialismo.

Somos países potencialmente ricos, vivimos en la pobreza. Deambulamos de un lugar a otro pidiendo créditos, ayuda, y sin embargo somos –paradoja propia del sistema económico capitalista– grandes exportadores de capitales.

América Latina y el subdesarrollo

América Latina, como componente del mundo en desarrollo, se integra en el cuadro que acabo de exponer. Junto con Asia, África y los Países Socialistas ha librado, en los últimos años, muchas batallas para cambiar la estructura de las relaciones económicas y comerciales con el mundo capitalista; para substituir el injusto discriminatorio orden económico y monetario creado en *Bretton Woods*, al término de la Segunda Guerra Mundial.

Cierto es que entre muchos países de nuestra región y los de los otros continentes en desarrollo se comprueban diferencias en el

ingreso nacional y aún las hay dentro de aquellas donde existen varios países que podrían ser considerados como de menor desarrollo relativo entre los subdesarrollados.

Pero tales diferencias –que mucho se mitigan al compararlas con el producto nacional del mundo industrializado– no marginan a Latinoamérica del vasto sector postergado y explotado de la humanidad.

Ya el Consenso de Viña del Mar, en 1969, afirmó esas coincidencias y tipificó, precisó y cuantificó el atraso económico y social de la región y los factores externos que lo determinan, destacando las enormes injusticias cometidas en su contra, bajo el disfraz de cooperación y ayuda, porque en América Latina, grandes ciudades que muchos admiran, ocultan el drama de cientos de miles de seres que viven en poblaciones marginales, producto de un pavoroso desempleo y subempleo: esconden las desigualdades profundas entre pequeños grupos privilegiados y las grandes masas, cuyos índices de nutrición y de salud no superan a los de Asia y África, que casi no tienen acceso a la cultura.

Es fácil comprender por qué nuestro continente latinoamericano registra una alta mortalidad infantil y un bajo promedio de vida, si se tiene presente que en él faltan veintiocho millones de viviendas, el cincuenta y seis por ciento de su población está subalimentada, hay más de cien millones de analfabetos y semianalfabetos, trece millones de cesantes y más de cincuenta millones con trabajos ocasionales. Más de veinte millones de latinoamericanos no conocen la moneda, ni siquiera como medio de intercambio.

Ningún régimen, ningún gobierno, ha sido capaz de resolver los grandes déficit de vivienda, trabajo, alimentación y salud. Por el contrario, estos se acrecientan año a año con el aumento vegetativo de la población. De continuar esta situación, ¿qué ocurrirá cuando seamos más de seiscientos millones de habitantes a fines de siglo?

No siempre se percibe que el subcontinente latinoamericano, cuyas riquezas potenciales son enormes, ha llegado a ser el

principal campo de acción del imperialismo económico en los últimos treinta años. Datos recientes del Fondo Monetario Internacional nos informan que la cuenta de inversiones privadas de los países desarrollados en América Latina arrojó un déficit en contra de esta de diez mil millones de dólares entre 1960 y 1970. En una palabra, esta suma constituye un aporte neto de capitales de esta región al mundo opulento, en diez años.

Chile se siente profundamente solidario con América Latina, sin excepción alguna. Por tal razón, propicia y respeta estrictamente la política de No Intervención y de Autodeterminación que aplicamos en el plano mundial. Estimulamos fervorosamente el incremento de nuestras relaciones económicas y culturales. Somos partidarios de la complementación y de la integración de nuestras economías. De ahí que trabajamos con entusiasmo dentro del cuadro de la ALALC y, como primer paso, por la formación del Mercado Común de los países andinos, que nos une con Bolivia, Colombia, Perú, Ecuador.

América Latina deja atrás la época de las protestas que contribuyeron a robustecer su toma de conciencia. Han sido destruidas, por la realidad, las fronteras ideológicas; han sido quebrados los propósitos divisionistas y agresionistas, y surge el afán de coordinar la ofensiva de la defensa de los intereses de los pueblos en el continente, y en los demás países en desarrollo.

“Aquellos que imposibilitan la revolución pacífica, hacen que la revolución violenta sea inevitable”.

La frase no es mía. ¡La comparto! Pertenece a John Kennedy.

Chile no está solo

Chile no está solo, no ha podido ser aislado ni de América Latina ni del resto del mundo. Por el contrario, ha recibido infinitas muestras de solidaridad y de apoyo. Para derrotar los intentos de crear en torno nuestro un cerco hostil, se conjugaron el creciente

repudio al imperialismo, el respeto que merecen los esfuerzos del pueblo chileno y la respuesta a nuestra política de amistad con todas las naciones del mundo.

En América Latina todos los esquemas de cooperación o integración económica y cultural de que formamos parte, en el plano regional y subregional, han continuado vigorizándose a ritmo acelerado, y dentro de ellos nuestro comercio ha crecido considerablemente, en particular con Argentina, México y los países del Pacto Andino.

No ha sufrido trizaduras la coincidencia de los países latinoamericanos, en foros mundiales y regionales, para sostener los principios de libre determinación sobre los recursos naturales. Y frente a los recientes atentados contra nuestra soberanía, hemos recibido fraternales demostraciones de total solidaridad. A todos, nuestro reconocimiento.

Es justo mencionar las reiteraciones de solidaridad del presidente del Perú, hechas durante la conversación que sostuve con él hace horas, y señalar la fraternal recepción que me brindaran el presidente y el pueblo mexicanos en la grata visita que acabo de realizar a su nación.

Cuba socialista, que sufre los rigores del bloqueo, nos ha entregado sin reservas, permanentemente, su adhesión revolucionaria.

En el plano mundial, debo destacar muy especialmente que desde el primer momento hemos tenido a nuestro lado, en actitud ampliamente solidaria, a los países socialistas de Europa y Asia. La gran mayoría de la comunidad mundial nos honró con la elección de Santiago como sede de la tercera UNCTAD, y ha acogido con interés nuestra invitación para albergar la Primera Conferencia Mundial sobre Derecho del Mar, que reitero en esta oportunidad.

La reunión a nivel ministerial de los Países No Alineados, celebrada en Georgetown, Guayana, en septiembre último, nos expresó públicamente su decidido respaldo frente a la agresión de que somos objeto por parte de la *Kennecott Copper*.

El CIPEC, organismo de coordinación establecido por los países principales exportadores de cobre –Perú, Zaire, Zambia y Chile–, reunido a solicitud de mi gobierno, a nivel ministerial, recientemente en Santiago, para analizar la situación de agresión en contra de mi patria creada por la *Kennecott*, adoptó varias resoluciones y recomendaciones a los Estados, que constituyen un claro apoyo a nuestra posición y un importante paso dado por países del Tercer Mundo para defender el comercio de sus productos básicos.

Estas resoluciones serán, seguramente, materia de importante debate en la Segunda Comisión.

Solo quiero citar aquí la categórica declaración de “que todo acto que impida o entrase el ejercicio del derecho soberano de los países a disponer libremente de sus recursos naturales, constituye una agresión económica”.

Y desde luego, los actos de la empresa *Kennecott* contra Chile, son agresión económica; por lo tanto, acuerdan solicitar de sus gobiernos, se suspenda con ella toda relación económica y comercial; que las disputas sobre indemnizaciones, en caso de nacionalización, son de exclusiva competencia de los Estados que las decretan.

Pero lo más significativo, es que acordó crear un mecanismo permanente de protección y solidaridad en relación al cobre. Ese mecanismo, junto al OPEC, que opera en el campo petrolero, es el germen de lo que debiera ser una organización de todos los países del Tercer Mundo, para proteger y defender la totalidad de sus productos básicos, tanto los mineros e hidrocarburos, como los agrícolas.

La gran mayoría de los países de Europa occidental, desde el extremo norte con los países escandinavos, hasta el extremo sur con España, han seguido cooperando con Chile y nos ha significado su comprensión.

Por último, hemos visto con emoción la solidaridad de la clase trabajadora del mundo, expresada por sus grandes centrales sindicales; y manifestada en actos de hondo significado, como fue la negativa de los obreros portuarios de Le Havre y Rotterdam a

descargar el cobre de Chile, cuyo pago ha sido, arbitraria e injustamente, embargado.

El nuevo panorama de la política mundial

Señor presidente, señores delegados:

He centrado mi exposición en la agresión a Chile y en los problemas latinoamericanos y mundiales que a ella se conectan, ya sea en su origen o en sus efectos. Quisiera ahora referirme brevemente a otras cuestiones que interesan a la comunidad internacional.

No voy a mencionar todos los problemas mundiales que están en el temario de esta Asamblea. No tengo la pretensión de avanzar soluciones sobre ellos. Esta Asamblea está trabajando afanosamente desde hace más de dos meses en definir y acordar medidas adecuadas.

Confiamos en que el resultado de esta labor será fructífero. Mis observaciones serán de carácter general y reflejan preocupaciones del pueblo chileno.

Con ritmo acelerado se transforma el cuadro de la política internacional que hemos vivido desde la postguerra, y ello ha producido una nueva correlación de fuerzas. Han aumentado y se han fortalecido centros de poder político y económico. En el caso del mundo socialista, cuya influencia ha crecido notablemente, su participación en las más importantes decisiones de política en el campo internacional es cada vez mayor. Es mi convicción que no podrán transformarse las relaciones comerciales y el sistema monetario internacionales —aspiración compartida por los pueblos— si no participan plenamente en ese proceso todos los países del mundo y entre ellos, los del Área Socialista. La República Popular China, que alberga en sus fronteras a casi un tercio de la humanidad, ha recuperado, después de un largo e injusto ostracismo, el lugar que es el suyo en el foro de las negociaciones multilaterales y

ha entablado nexos diplomáticos y de intercambio con la mayoría de los países del mundo.

Se ha ampliado la Comunidad Económica Europea con el ingreso del Reino Unido de Gran Bretaña y otros países, lo que le da un peso mayor en las decisiones, sobre todo en el campo económico. El crecimiento económico del Japón ha alcanzado una velocidad portentosa.

El mundo en desarrollo está adquiriendo cada día mayor conciencia de sus realidades y de sus derechos. Exige justicia y equidad en el trato y que se reconozca el lugar que le corresponde en el escenario mundial.

Motores de esta transformación han sido, como siempre, los pueblos, en su progresiva liberación para convertirse en sujetos de la historia. La inteligencia del hombre, ha impulsado vertiginosos progresos de la ciencia y de la técnica. La persistencia y el vigor de la política de coexistencia pacífica, de independencia económica y de progreso social que han promovido las naciones socialistas, ha contribuido decisivamente al alivio de las tensiones que dividieron al mundo durante más de veinte años y ha determinado la aceptación de nuevos valores en la sociedad y en las relaciones internacionales.

Saludamos los cambios que traen promesas de paz y de prosperidad para muchos pueblos, pero exigimos que participen de ellos la humanidad entera. Desgraciadamente, estos cambios han beneficiado solo en grado mezquino al mundo en desarrollo. Este sigue explotado como antes. Distante cada vez más de la civilización del mundo industrializado. Dentro de él bullen nobles aspiraciones y justas rebeldías que continuarán estallando con fuerza creciente.

Manifestamos complacencia por la superación casi completa de la guerra fría y por el desarrollo de acontecimientos alentadores; las negociaciones entre la Unión Soviética y Estados Unidos, tanto respecto al comercio como al desarme; la concertación de tratados entre la República Federal alemana, la Unión Soviética y Polonia; la inminencia de la Conferencia de Seguridad Europea;

las negociaciones entre los dos Estados alemanes y su ingreso prácticamente asegurado a las Naciones Unidas; las negociaciones entre los gobiernos de la República Popular Democrática de Corea y de la República de Corea, para nombrar los más promisorios. Es innegable que en la arena internacional hay treguas, acuerdos, disminución de la situación explosiva.

Pero hay demasiados conflictos no resueltos, que exigen la voluntad de concordia de las partes, o la colaboración de la comunidad internacional y de las grandes potencias. Continúan activas las agresiones y disputas en diversas partes del mundo: el conflicto en el Medio Oriente, el más explosivo de todos, donde todavía no ha podido obtenerse la paz, según lo han recomendado resoluciones de los principales órganos de las Naciones Unidas; el asedio y la persecución contra Cuba; la explotación colonial; la ignominia del racismo y del *apartheid*, el ensanchamiento de la brecha económica y tecnológica entre países ricos y países pobres.

Habrá paz en Vietnam

No hay paz para Indochina, pero tendrá que haberla. Llegará la paz para Vietnam. Tiene que llegar porque ya nadie duda de la inutilidad de esta guerra monstruosamente injusta, que persigue un objetivo tan irrealizable en estos días como es imponer, a pueblos con conciencia revolucionaria, políticas que no pueden compartir porque contrarían su interés nacional, su genio y su personalidad.

Habrá paz. Pero, ¿qué deja esta guerra tan cruel, tan prolongada y tan desigual? El saldo, tras tantos años de lucha cruenta, es solo la tortura de un pueblo admirable en su dignidad; millones de muertos y de huérfanos; ciudades enteras desaparecidas; cientos de miles de hectáreas de tierras assoladas, sin vida vegetal posible; la destrucción ecológica. La sociedad norteamericana conmovida; miles de hogares sumidos en el pesar por la ausencia de los suyos. No se siguió la ruta de Lincoln.

Esta guerra deja también muchas lecciones. Que el abuso de la fuerza desmoraliza al que la emplea y produce profundas dudas en su propia conciencia social. Que la convicción de un pueblo que defiende su independencia lo lleva al heroísmo y lo hace capaz de resistir la violencia material del más gigantesco aparato militar y económico.

Hacia una nueva etapa en el orden internacional

El nuevo cuadro político crea condiciones favorables para que la comunidad de naciones haga en los años venideros un gran esfuerzo destinado a dar renovada vida y dimensión al orden internacional.

Dicho esfuerzo deberá inspirarse en los principios de la Carta y en otros que la comunidad ha ido agregando, por ejemplo, los de la UNCTAD. Como lo hemos dicho, tres conceptos fundamentales que presiden las responsabilidades entregadas a las Naciones Unidas debieran servirle de guía: el de la seguridad colectiva política, el de la seguridad colectiva económica-social y el del respeto universal a los derechos fundamentales del hombre, incluyendo los del orden económico, social y cultural, sin discriminación alguna.

Damos particular importancia a la tarea de afirmar la seguridad económica colectiva, en la cual tanto han insistido recientemente Brasil y el secretario general de las Naciones Unidas.

Como paso importante en esta dirección, la organización mundial cuánto antes debiera hacer realidad la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, fecunda idea que llevó el presidente de México, Luis Echeverría, a la tercera UNCTAD. Como el ilustre mandatario del país hermano creemos que “no es posible un orden justo y un mundo estable en tanto no se creen obligaciones y derechos que protejan a los Estados débiles”.

La acción futura de la colectividad de naciones debe acentuar una política que tenga como protagonistas a todos los pueblos. La

Carta de las Naciones Unidas fue concebida y presentada en nombre de “Nosotros los Pueblos de las Naciones Unidas”.

La acción internacional tiene que estar dirigida a servir al hombre que no goza de privilegios sino que sufre y labora: al minero de Cardiff, como al *Fellah* de Egipto; al trabajador que cultiva el cacao en Ghana o en Costa de Marfil, como al campesino del altiplano en Sudamérica; al pescador de Java, como al cafetalero de Kenya o de Colombia. Aquella debiera alcanzar a los dos mil millones de seres postergados a los que la colectividad tiene la obligación de incorporar al actual nivel de la evolución histórica y reconocerle “el valor y la dignidad de persona humana”, como lo contempla el preámbulo de la Carta.

Es la tarea impostergable para la comunidad internacional, asegurar el cumplimiento de la estrategia para el Segundo Decenio del Desarrollo y poner este instrumento a tono con las nuevas realidades del Tercer Mundo y con la renovada conciencia de los pueblos.

La disminución de las tensiones en las relaciones entre países, el progreso de la cooperación y el entendimiento, exigen y permiten simultáneamente reconvertir las gigantescas actividades destinadas a la guerra en otras que impongan, como nueva frontera, atender las inconmensurables carencias de todo orden de más de dos tercios de la humanidad. De modo tal que los países más desarrollados aumenten su producción y empleo en asociación con los reales intereses de los países menos desarrollados. Solo entonces podríamos hablar de una auténtica comunidad internacional.

La presente Asamblea deberá concretar la realización de la Conferencia Mundial para establecer el llamado derecho del mar; es decir, un conjunto de normas que reglen, de modo global, todo lo referente al uso y explotación del vasto espacio marino, comprendiendo su subsuelo. Es esta una tarea grandiosa y promisoría para las Naciones Unidas, porque estamos frente a un problema del cual recién la humanidad, como un todo, adquiere conciencia, y aún muchas situaciones establecidas pueden conciliarse perfectamente con el interés general. Quiero recordar que cupo a los países del extremo sur de América Latina –Ecuador, Perú y

Chile— iniciar hace justo veinte años esta toma de conciencia, que culminará con la adopción de un tratado sobre el derecho del mar. Es imperativo que ese tratado incluya el principio aprobado por la tercera UNCTAD sobre los derechos de los Estados ribereños a los recursos dentro de su mar jurisdiccional y, al mismo tiempo, cree los instrumentos y los mecanismos para que el espacio marino extra-jurisdiccional sea patrimonio común de la humanidad y sea explotado en beneficio de todos por una autoridad internacional.

Reafirmo nuestra esperanza en la misión de las Naciones Unidas. Sabemos que sus éxitos o sus fracasos dependen de la voluntad política de los Estados y de su capacidad para interpretar los anhelos de la inmensa mayoría de la raza humana. De ellos depende que Naciones Unidas pueda ser un foro meramente convencional o un instrumento eficaz.

He traído hasta aquí la voz de mi patria, unida frente a las presiones externas. Un país que pide comprensión. Que reclama justicia. La merece, porque siempre ha respetado el principio de autodeterminación y ha observado estrictamente el de No Intervención en los asuntos internos de otros Estados. Nunca se ha apartado del cumplimiento de sus obligaciones internacionales y ahora cultiva relaciones amistosas con todos los países del orbe. Ciertamente es que con algunos tenemos diferencias, pero no hay ninguna que no estemos dispuestos a discutir, utilizando para ello los instrumentos multilaterales o bilaterales que hemos suscrito.

Nuestro respeto a los tratados es invariable.

Señores delegados: he querido reafirmar, así, enfáticamente, que la voluntad de paz y cooperación universal es una de las características dominantes del pueblo chileno. De ahí la resuelta firmeza con que defenderá su independencia política y económica y el cumplimiento de sus obligaciones colectivas, democráticamente adoptadas en el ejercicio de su soberanía.

En menos de una semana, acaba de ocurrir hechos que convierten en certeza nuestra confianza de que venceremos pronto en la lucha entablada para alcanzar dichos objetivos. La franca, directa

y cálida conversación sostenida con el distinguido presidente del Perú, general Juan Velasco Alvarado, quien reiteró públicamente la solidaridad plena de su país con Chile ante los atentados que acabamos de denunciar ante ustedes; los acuerdos de CIPEC, que ya cité; y mi visita a México.

Es difícil, casi imposible, describir la profundidad la firmeza, el afecto del apoyo que nos fue brindado por el gobierno y el pueblo mexicanos. Recibí tales demostraciones de adhesión, del presidente Echeverría, del Parlamento, de las universidades y sobre todo del pueblo, expresándose en forma multitudinaria, que la emoción todavía me embarga y me abruma por su infinita generosidad.

Vengo reconfortado, porque después de esa experiencia sé ahora, con certidumbre absoluta, que la conciencia de los pueblos latinoamericanos acerca de los peligros que nos amenazan a todos, adquiere una nueva dimensión, y que ellos están convencidos de que la unidad es la única manera de defenderse de este grave peligro.

Cuando se siente el fervor de cientos de miles de hombres y mujeres, apretándose en las calles y plazas para decir con decisión y esperanza: “Estamos con ustedes, no cejen, vencerán”, toda duda se disipa, toda angustia se desvanece. Son los pueblos, todos los pueblos al sur del Río Bravo, que se yerguen para decir: “¡Basta! ¡Basta a la dependencia! ¡Basta a las presiones! ¡Basta a la intervención!”. Para afirmar el derecho soberano de todos los países en desarrollo, a disponer libremente de sus recursos naturales.

Existe una realidad, hecha voluntad y conciencia. Son más de doscientos cincuenta millones de seres que exigen ser oídos y respetados.

Cientos de miles de chilenos me despidieron con fervor al salir de mi patria, y me entregaron el mensaje que he traído a esta Asamblea Mundial. Estoy seguro que ustedes, representantes de las naciones de la tierra, sabrán comprender mis palabras. Es nuestra confianza en nosotros lo que incrementa nuestra fe en los grandes valores de la humanidad, en la certeza de que esos valores tendrán que prevalecer. ¡No podrán ser destruidos!

Unidad para un Nuevo Orden*

Julius Nyerere

Excelencias, señoras y señores:

Es para mí un deber y un placer dar la bienvenida a esta reunión, y a cada uno de ustedes, a Tanzania y a Arusha. Sospecho que a algunos de ustedes su alojamiento les recuerda con demasiada frecuencia que esta reunión se celebra en un país subdesarrollado. Quiero asegurarles que nos hemos esforzado mucho. Espero, sin embargo, que no encuentren sus habitaciones o las instalaciones tan insatisfactorias que no puedan realizar su trabajo adecuadamente. También espero que tengan la oportunidad de ver algo de Tanzania. Tenemos un país precioso, y nos gustaría que disfrutaran de su estancia aquí, además de servir a sus países y a todo el Tercer Mundo.

La Agenda contemplada en la Conferencia es muy extensa; en ella se tratan asuntos muy importantes. Involucra muchas cuestiones técnicas, en las que los detalles y los porcentajes pueden significar la diferencia entre la utilidad o no de una propuesta o de una posición negociadora sugerida. Y estos detalles son la realidad del trabajo requerido para lograr un Nuevo Orden Económico Internacional; a menos que se les preste cuidadosa atención

* Discurso pronunciado por Julius Nyerere, entonces Presidente de Tanzania, ante la Conferencia Ministerial del Grupo de los 77 —una organización de países del Tercer Mundo— en Arusha, Tanzania, el 12 de febrero de 1979.

(especialmente por parte de aquellos a quienes se les ha confiado el poder de negociación) las demandas del Tercer Mundo son mera retórica.

Pero también hay peligro con los detalles. Cuando un negociador del Tercer Mundo, tras agotadoras horas de discusión, ha conseguido que el otro lado de la mesa pase de un 30% a un 45%, se sentirá exitoso e instará a sus colegas a que lo acepten. Todos deberíamos empatizar con él. No soy militar. Pero me han dicho que un comandante de ejército considera el avance de un pelotón a la luz de su efecto en la totalidad del frente de batalla. Si ese avance se puede mantener sin coste, o se puede utilizar para hostigar a las fuerzas contrarias, bien. Pero si expone a sus tropas inútilmente, o debilita la estrategia general, entonces felicita al comandante de pelotón y a sus hombres, y les dice que se retiren nuevamente.

En esta Conferencia, ustedes examinarán los detalles de las negociaciones pasadas y presentes en relación con el objetivo de garantizar cambios fundamentales en el actual Orden Económico Internacional. No me propongo hacer comentarios. Los delegados aquí presentes están mucho mejor preparados que yo para evaluar las negociaciones sobre un Fondo Común, los cambios en la estructura de poder de las instituciones financieras mundiales, las restricciones arancelarias y de otro tipo al comercio con el Tercer Mundo, etc. Lo único que pretendo es compartir con ustedes algunas reflexiones sobre el futuro.

La necesidad de una sola voz

El Grupo de los 77 surgió de la necesidad de que el Tercer Mundo hablara con una sola voz en las conferencias de la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo) y en otras reuniones relacionadas con asuntos económicos mundiales. Fue nuestra debilidad por separado lo que nos impulsó hacia las consultas multilaterales, y lo que ha hecho que cuarenta

naciones más se hayan unido a las reuniones del Grupo de los 77 desde Argel en 1967.

Cualquiera que fuera la filosofía económica de nuestras naciones, todos nos habíamos dado cuenta de que los esfuerzos individuales por desarrollar nuestra propia economía nacional chocaban con un sólido muro de poder, el poder de las naciones ricas y el de las grandes empresas transnacionales.

Todas las naciones recién descolonizadas y los países más antiguos de América Latina habían heredado la misma idea de la cultura euroamericana dominante: trabaja duro y serás próspero. Poco a poco, todos descubrimos que el trabajo duro y la prosperidad no eran causa y efecto; algo externo a nosotros siempre parecía romper la supuesta conexión.

La supuesta neutralidad del mercado mundial resultó ser una neutralidad entre el explotador y el explotado, entre un ave de rapiña y su víctima. Si, en nuestro esfuerzo por encontrar recursos para la supervivencia –ni hablar de desarrollo– llevábamos a cabo los procedimientos de libro de texto para conseguir capital, siempre parecíamos acabar bajo el control virtual de las empresas transnacionales o sujetos a las políticas deflacionistas del FMI, o ambas cosas. No hemos progresado, simplemente hemos pasado de la sartén al congelador. Aunque intentáramos no hacer nada más que vender nuestras exportaciones tradicionales y comprar nuestras importaciones tradicionales, descubrimos que podíamos comprar cada vez menos con cada vez más esfuerzo.

Así que nos juntamos para negociar con los Estados industrializados cambios en las leyes y prácticas del intercambio y las finanzas mundiales. El sistema actual ha sido desarrollado por los Estados industrializados para servir a sus propósitos. Se trata de un hecho histórico, no de un juicio moral.

El resultado es que el grupo de naciones industrializadas –que efectivamente actúan como grupo cuando tratan con foráneos– controla las palancas del intercambio y las finanzas internacionales, y también controla la riqueza acumulada durante siglos de

colonialismo, la diplomacia de un poder militar superior y una ventaja inicial de las técnicas de producción en masa. Una vez más, estoy exponiendo hechos, no emitiendo juicios morales. Si la moral tiene algo que ver –y yo creo que sí– es con el futuro.

Porque nosotros, el Tercer Mundo, ahora estamos exigiendo que los sistemas que hacen a los ricos más ricos y a los pobres más pobres cambien para seguir el ritmo de otros cambios en el mundo: el fin del colonialismo, el avance de la tecnología y la nueva conciencia de la humanidad sobre la igualdad y la dignidad humanas.

Hacemos esta demanda, como Tercer Mundo, con plena conciencia de ciertos hechos básicos, y debido a ellos. El 70% de la población mundial –el Tercer Mundo– no posee en su conjunto más del 12% del Producto Bruto Mundial. El 80% del comercio y la inversión mundial, el 93% de la industria y casi el 100% de la investigación están controlados –en palabras de Barbara Ward– por los ricos e industrializados. La brecha entre los ingresos es cada vez mayor, incluso entre los países industrializados y los llamados países del Tercer Mundo de “mayores ingresos”. El Tercer Mundo sigue llevando a cabo la mayor parte de su comercio con las naciones desarrolladas; sus redes de transporte son predominantemente con el mundo desarrollado; la tecnología que utiliza es tecnología desarrollada por y para el mundo desarrollado, que también controla su uso.

Una unidad de nacionalismos

Las naciones del Tercer Mundo no crearon las instituciones mundiales de producción e intercambio y prácticamente no tienen voz en ellas. Pero estamos dominados por ellas. Es esta dominación por fuerzas sobre las que no tenemos ningún control lo que cada uno de nosotros ha rechazado. Y nuestra unión en el Grupo de los 77 tiene el propósito de permitirnos tratar en términos de mayor

igualdad con un Centro de Poder existente. La nuestra es básicamente una unidad de oposición. Y es una unidad de nacionalismos.

Porque fueron nuestros diversos nacionalismos los que hicieron que nos uniéramos, no los ideales de la fraternidad humana, ni la igualdad humana, ni el amor mutuo. La razón inmediata para que cada nación se uniera al Grupo de los 77 dependía del punto en el que esta había experimentado las frustraciones económicas inducidas por un poder externo a ella. Si quería desarrollarse o industrializarse, o superar la pobreza, o incluso simplemente ser capaz de funcionar como una nación independiente, quería hacerlo sin dejar de ser una nación africana, latinoamericana o asiática (y dentro de esos grupos, ser tanzanos, argentinos o malayos). Fue experimentar en la práctica que la independencia jurídica no implicaba la libertad económica, lo que hizo que la mayoría de nosotros pensáramos en términos de cooperación con otras naciones en situación similar.

Insisto en el hecho de que ha sido nuestro nacionalismo el que nos ha obligado a unirnos, porque tenemos que entendernos a nosotros mismos para lograr nuestros propósitos. El Grupo de los 77 no comparte una ideología. Algunos de nosotros somos socialistas científicos declarados, otros simplemente socialistas, otros capitalistas, otros teocráticos y otros fascistas. No somos necesariamente amigos entre nosotros: algunos países aquí representados están actualmente en guerra entre sí. Nuestra renta nacional per cápita varía entre 100 y 2.000 dólares anuales. Algunos de nosotros tenemos minerales, otros no; algunos no tenemos salida al mar y otros estamos aislados en enormes océanos. El Grupo de los 77 no puede definirse por ninguna de estas u otras categorías económicas, sociales o ideológicas: la pertenencia a él las trasciende a todas.

Los intereses inmediatos y las prioridades de negociación de los distintos miembros del Grupo de los 77 son, por tanto, muy diferentes. En consecuencia, dentro del Grupo de los 77 se tiende a crear subgrupos. Tenemos la OPEP, los más gravemente afectados, los menos desarrollados, los países recientemente industrializados,

los países sin salida al mar, etc.; a veces estas clasificaciones las hacemos nosotros y otras veces otros, pero las aceptamos por razones prácticas. Este tipo de subdivisión del Grupo de los 77 puede ser útil, ya que nos permite llevar a cabo negociaciones especialmente detalladas con los países industrializados, y también nos ayuda a garantizar que todos los intereses del Grupo de los 77 queden cubiertos en la elaboración de nuestra estrategia general.

Pero este tipo de subdivisión también es muy peligrosa. Los subgrupos desarrollan inevitablemente sus propios acomodos internos y su propio sentido de la unidad –que puede convertirse en una unidad contra los otros subgrupos en lugar de con ellos contra el orden mundial existente–. Cuando esto ocurre, resulta difícil utilizar una ventaja negociadora en un área para abrir una brecha en un área en la que la ventaja la tiene el otro lado de la mesa. “Divide y reinarás” es una vieja técnica de dominación; las naciones desarrolladas no ignoran su utilidad.

La unidad en nuestra diversidad

Pero nuestra diversidad existe en el contexto de una experiencia común y primordial. Lo que tenemos en común es que todos somos, en relación con el mundo desarrollado, naciones dependientes (no interdependientes). Cada una de nuestras economías se ha desarrollado como subproducto y subsidiaria del desarrollo del Norte industrializado, y está orientada hacia el exterior. No somos los principales artífices de nuestro propio destino. Nos avergüenza admitirlo, pero económicamente somos dependencias –semicolonias en el mejor de los casos–, no Estados soberanos.

Esto es cierto para cada uno de los que estamos aquí representados. Los miembros de la OPEP se unieron y fijaron el precio del petróleo en 1973. Esta acción histórica conmocionó al mundo, mejoró enormemente el poder de negociación de los países exportadores de petróleo y animó a otros productores de materias primas.

Pero desde entonces, la OPEP ha aprendido, y todos hemos aprendido una vez más, que por muy poderoso que sea, un sindicato que solo cubra una sección de una empresa total no puede cambiar la relación fundamental entre empresarios y trabajadores.

Luego están los gigantes del Tercer Mundo: India, Indonesia y Brasil. Si estos tres países, que representan a unos 900 millones de personas, se separaran de los demás países del Tercer Mundo y hablaran como uno solo, seguirían sin poder escapar a la realidad de la dominación del grupo de países desarrollados (en el mejor de los casos, podrían obtener concesiones marginales y temporales). Porque la realidad es que ni siquiera la unidad del más poderoso de los subgrupos del Tercer Mundo es suficiente para que sus miembros puedan actuar con pleno derecho, en lugar de reaccionar, en el sistema económico mundial. La unidad de todo el Tercer Mundo es necesaria para lograr un cambio fundamental en los actuales ordenamientos económicos mundiales.

Sin embargo, las presiones hacia la desunión son fuertes. A los más favorecidos del Grupo de los 77 se les halaga, se les corteja y se les ofrecen concesiones en este o aquel asunto de interés inmediato para ellos. Y hay fuerzas dentro de cada subgrupo –desde la OPEP hasta los menos privilegiados– que se inclinan a aceptar ofertas de trato especial, o de representación especial, para luego –en lugar de utilizarlas como base para un mayor avance del Tercer Mundo– perder interés en la lucha más amplia. Esas fuerzas aún no han triunfado en ningún país, pero sería estúpido fingir que no existen. Porque no desaparecerán sin más. Todos estamos sintiendo los fríos vientos de una recesión europea, y en nuestra desesperación existe una fuerte tentación de mirar hacia dentro, hacia nosotros mismos como naciones individuales, en lugar de mirar hacia dentro de nuestro grupo como un todo.

Excelencias, he estado diciendo en voz alta algunas de las cosas que se dicen en privado. Lo he hecho porque solo se puede hacer frente a un peligro cuando este se reconoce. Y la desunión sería un terrible revés para las perspectivas de todos nosotros, y significaría

descartar una gran fuente de poder potencial. Porque la diversidad dentro del Tercer Mundo podría ser nuestra fuerza y no nuestra debilidad si somos capaces de mantener nuestra decisión política de unidad en la negociación y en la acción.

La elección no es entre una cosa u otra

A veces los políticos hablamos como si el cambio en el actual orden económico mundial tuviera que venir a través del diálogo o de la confrontación con las naciones ricas. Yo mismo lo he hecho al hablar en países desarrollados. Es una forma rápida de señalar que lo que es cierto dentro de los países también lo es entre ellos. Si no hay un cambio planificado en el viejo orden, la confrontación es inevitable, nacional e internacionalmente. Pero hemos continuado desde ahí y hemos hablado como si el Tercer Mundo tuviera que elegir estratégicamente entre negociar o declarar una guerra económica total a los Estados ricos. Sobre esa base hemos pedido disculpas, a nuestra propia gente y a los demás. Cuando participamos en el diálogo, pedimos disculpas, como si negociar fuera equivalente a rendirse o ceder en cuanto al objetivo. Y si el diálogo no nos lleva a ninguna parte, nos disculpamos por la confrontación, como si estuviéramos siendo poco razonables –incluso irracionales– y provocando una guerra económica total que no podemos ganar.

No creo que sea ése el tipo de elección al que nos enfrentamos. No tenemos que elegir entre el diálogo y la confrontación con los ricos: no hay ninguna razón por la que debamos disculparnos por negociar, o por negarnos a seguir adelante con un determinado debate y recurramos a la acción directa. El nuestro es una especie de sindicato de los pobres. A veces –quizá la mayoría de las veces– negociaremos sobre distintos aspectos de la demanda de un Nuevo Orden Económico Internacional y nos conformaremos con el mejor arreglo que podamos alcanzar en ese momento. A veces,

sin embargo, ¡nos veremos obligados a convocar una huelga para demostrar que ciertas cosas ya no son aceptables!

Pero un sindicato es fuerte en proporción a su unidad. Y a la hora de decidir sobre cuán aceptable o no es cualquier acuerdo potencial, tenemos que reconocer las realidades políticas (en nuestro caso, las 117 realidades). Porque el Tercer Mundo no tiene un fondo para las huelgas, y las huelgas de hambre no son el arma de los hambrientos. Pedir a países como Zambia y Chile que dejen de exportar cobre a las naciones industrializadas, por ejemplo, es pedirles que se suiciden. Naturalmente, sus gobiernos no aceptarán hacerlo, y pedirles que lo hagan equivaldría, por tanto, a romper la unidad del Tercer Mundo. Esta debilidad nuestra puede exagerarse. Pero nuestras condiciones son bien conocidas por las naciones desarrolladas; hablar amenazadoramente de confrontación como alternativa al diálogo no les asusta.

Pero también es cierto que el tipo de diálogo que hemos mantenido —en la UNCTAD, París, Ginebra, Nueva York y en todas partes— no ha producido cambios fundamentales en el orden económico mundial. Esto no quiere decir que haya sido inútil. Ahora hay grupos de personas, e incluso pequeñas naciones, en el mundo industrializado que se han dado cuenta de que no se puede permitir que continúen las desigualdades actuales y que es necesario un cambio planificado en su propio interés y en el nuestro. Se trata de un movimiento útil. Pero el problema persiste: no hemos conseguido cambiar la estructura del poder. El orden mundial sigue funcionando en contra de los intereses de los pobres.

Creo que este resultado insatisfactorio de nuestros esfuerzos se debe a que hemos estado cometiendo el error de actuar como si la negociación fuera exclusivamente una cuestión de razón y moral que nada tiene que ver con la fuerza de los participantes. La verdad es que necesitamos poder para negociar, igual que necesitamos poder para ir a la huelga. Hasta ahora hemos negociado como suplicantes ruidosos e inoportunos. Necesitamos negociar desde una posición de poder cada vez mayor.

¿Qué podemos hacer nosotros?

La pregunta básica que deberíamos hacernos ahora, tras años de duras conversaciones y escasos avances, es la siguiente: ¿Qué podemos hacer, entre nosotros, para fortalecer nuestra posición en futuras negociaciones?

Mi primera respuesta es justo lo que he venido diciendo hasta ahora. Debemos mantener y reforzar nuestra unidad. Debemos asegurarnos de que seguimos hablando con una sola voz, la posición negociadora global del Tercer Mundo. Esto no se hará más fácil a medida que pasa el tiempo.

En todos nuestros países hay grupos que se identifican con los poderosos y privilegiados del mundo y que sólo aspiran a unirse a ellos, sin tener en cuenta a los pobres de su propia nación y de otras. En todos nuestros países hay quienes no tienen paciencia con las negociaciones o los acuerdos internacionales. En los gobiernos, y como oposición, el Tercer Mundo tiene a reaccionarios y radicales de diferentes grados. Si queremos mantener la unidad del Tercer Mundo, todos tenemos que trabajar juntos cuando operamos en organizaciones que no son del Tercer Mundo para objetivos del Tercer Mundo.

Yo no creo que esto signifique que nunca debemos protestar por la brutalidad, la tiranía y el racismo en el Tercer Mundo; eso sería intolerable, y no serviría a los intereses de nuestros pueblos. Significa, sin embargo, que tal vez tengamos que cooperar funcionalmente con gobiernos que nos desagradan y desaprobamos intensamente. Porque el objetivo es completar la liberación de los países del Tercer Mundo de la dominación exterior. Este es el sentido fundamental del Nuevo Orden Económico Internacional. Y la unidad es nuestro instrumento –nuestro único instrumento– de liberación. Pero tenemos que hacer algo más que permanecer unidos cuando negociamos como Grupo de los 77. Tenemos que trabajar juntos; nuestras naciones tienen que cooperar económicamente.

Aquí es donde la diversidad del Tercer Mundo puede ser también nuestra fuerza.

Tenemos que desarrollar el comercio entre nosotros, y tenemos que hacerlo deliberadamente. Porque no se hará mediante el *laissez faire*. Cada uno de nosotros tiene que buscar las posibilidades de compra a otras naciones del Tercer Mundo, o de venta a otras naciones del Tercer Mundo.

Tenemos que cooperar en la creación de empresas multinacionales del Tercer Mundo, de nuestra propiedad y controladas por nosotros, que sirvan a nuestros fines y se mantengan independientes de las grandes empresas transnacionales que ahora dominan la escena económica mundial. Necesitamos líneas navieras del Tercer Mundo para transportar nuestras mercancías, para abrir nuevos vínculos entre nosotros, y para romper el monopolio estrangulador de la conferencia marítima. Necesitamos seguros internacionales tercermundistas; es absurdo que nuestras primas de reaseguro proporcionen capital al mundo industrializado. Necesitamos instituciones de investigación y desarrollo dirigidas a atender nuestras necesidades y desarrollar nuestros recursos. Necesitamos planificar industrias de propiedad conjunta cuando nuestros mercados separados sean demasiado pequeños para que ciertos procesos de producción sean económicamente viables. Y puede que debamos considerar la idea de tener nuestras propias instituciones financieras de compensación en el Tercer Mundo, en lugar de pagarnos unos a otros a través de Londres, Nueva York o París.

Todo esto es posible con tres condiciones: Que, en conjunto, todos los países participantes del Tercer Mundo se beneficien por igual de cada paquete de cooperación. Que asumamos las obligaciones –financieras o comerciales– entre nosotros con la misma seriedad con la que asumimos las contraídas con las naciones ricas y poderosas, o incluso con una seriedad mayor. Y que todos demos preferencia a las instituciones del Tercer Mundo cuando estas compitan con las del mundo industrializado.

Construir la autosuficiencia del Tercer Mundo, nacional y colectivamente, no es una respuesta milagrosa a nuestros problemas. Llevará tiempo, mucho tiempo. Y será muy difícil. Ciertamente, Tanzania no es quien para subestimar las dificultades de esta receta: África Oriental es un ejemplo de un trágico fracaso de cooperación en el Tercer Mundo. Ha habido otros fracasos, y puede que haya más en el futuro. Sin embargo, cada esfuerzo exitoso de cooperación fortalece a todo el Tercer Mundo en sus relaciones con el mundo desarrollado. Todos debemos seguir intentándolo. Y todos debemos alentar y prestar la ayuda que podamos a cada intento que se haga, ya sea funcional o general, vecinal, regional o intercontinental. Lo único que debemos pedir antes de dar nuestro apoyo es que se trate de un esfuerzo de cooperación verdaderamente tercermundista y que esté destinado a reforzar la independencia y la economía de los países del Tercer Mundo.

Este punto figura en su Agenda. “Cooperación económica entre países en desarrollo” es el punto 181. Sin embargo, esta posición en el orden del día no tiene por qué importar demasiado; la cooperación entre nosotros puede ser una característica del debate sobre casi cualquier tema si el planteamiento es siempre “¿qué podemos hacer entre nosotros, por nosotros?”. ¡Y hay pasillos en este edificio!

Preparación para las negociaciones

El último punto que deseo mencionar no figura en absoluto en su orden del día. Pero a veces me horroriza la desventaja con la que los negociadores del Tercer Mundo participan en reuniones importantes, ya sea entre nosotros o con otros. En Tanzania nos tomamos estas cuestiones bastante en serio, pero nuestras delegaciones tienen muy poca ayuda. Reciben, de economistas tanzanos que tienen responsabilidades domésticas muy pesadas, un breve documento comentando las principales cuestiones; leen artículos

en revistas internacionales; y tienen los documentos que el personal de la UNCTAD nos presenta a todos. Creo que una situación similar existe para la mayoría, si no todos, los delegados del Tercer Mundo en las reuniones de las Naciones Unidas o Norte/Sur. Y con este tipo de apoyo van a reunirse con gente muy experimentada, ¡armados con todo el material de estudio y preparación confeccionado por un sofisticado equipo de personal nacional y de la OCDE y sus computadoras!

Muchos expertos del Tercer Mundo trabajan para la UNCTAD, y otros miembros del personal ven la necesidad de introducir cambios en el sistema internacional de intercambios y finanzas. Pero la UNCTAD es, por definición, una organización mundial. Una de las tareas de su personal es ayudar a que las reuniones lleguen a un acuerdo. Corresponde al Tercer Mundo desarrollar y exponer su propia postura.

La misma falta de preparación técnica puede estar obstaculizando nuestros esfuerzos por ampliar la cooperación económica entre nosotros. En la actualidad, no es tarea de nadie el buscar posibles áreas de cooperación y presentarlas a nuestros sobrecargados ministros, para luego hacer un seguimiento de su interés. Una vez más, la UNCTAD y otros funcionarios de las Naciones Unidas son de gran ayuda; les debemos mucho. ¡Pero algunos miembros de las Naciones Unidas parecen tener sus propios sentimientos acerca de que las secretarías de las Naciones Unidas sirvan a los intereses de una de las partes—incluso la de la parte más débil—en una negociación mundial!

Las burocracias internacionales y las nuevas instituciones despiertan muchas sospechas, ¡y yo no soy inmune a ellas! Suelen ser muy caras, sobre todo si el personal está remunerado según lo que se denomina “normas internacionales”, ¡lo que suele equivaler a los salarios más altos del mundo! Pero puede que el Grupo de los 77 deba volver a plantearse la cuestión de si necesita sus propios economistas y otros profesionales a tiempo completo como ayuda técnica para los responsables de formular políticas y para los

negociadores. Sólo añadiría que, si decidimos que es así, debemos pagar nosotros mismos esa oficina técnica. ¡Quien paga al flautista, es quien decide qué tonada toca!

El cambio es un proceso

Excelencias, según tengo entendido, nuestro propósito en el Grupo de los 77 es intentar conseguir cambios en los ordenamientos económicos mundiales porque los consideramos injustos, perjudiciales para nuestros intereses y, de hecho, contrarios a los intereses de la estabilidad y el progreso mundiales. Nuestro objetivo es la liberación económica, y en ese objetivo no puede haber concesiones. Pero durante el proceso de liberación a veces puede ser necesario transigir; no tenemos ningún deseo de hacer contratos por fuera del mundo en que vivimos.

He venido sosteniendo que, para lograr nuestros propósitos, necesitamos mantener e incluso reforzar nuestra unidad en el Grupo de los 77 y ampliar la cooperación funcional entre nosotros. Nada de lo que he dicho es nuevo. Solo puede ser un recordatorio de verdades bien conocidas cuando se embarquen en sus labores.

No se trata de respuestas milagrosas a nuestros problemas. Cambiar el orden mundial es un proceso. Puede acelerarse, puede dirigirse y puede hacerse menos turbulento. Pero seguirá siendo un proceso. La próxima Conferencia de la UNCTAD, para la que se están preparando, es un acontecimiento en el camino. Sus preparativos para ella deberían ser también los preparativos para etapas posteriores del proceso en el que estamos intentando influir.

Muchas gracias. Mis mejores deseos para su reunión.

1ª Sesión del Foro Permanente de Afrodescendientes*

Francia Márquez Mina

Es importante reconocer la importancia de que por primera vez se esté impulsando este Foro Permanente de Poblaciones Afrodescendientes en Naciones Unidas. Sé que ha sido un trabajo arduo, permanente, de muchos hombres y mujeres activistas afrodescendientes, instando a Naciones Unidas para que asuma colocar sobre la mesa los debates, las acciones y las propuestas para que los Estados miembros asuman acciones reales y concretas que contribuyan a recuperar la dignidad que le ha sido expropiada a la población afrodescendiente.

Hace algunos años estuve aquí como activista defensora de Derechos Humanos, hoy estoy aquí como vicepresidenta de la República de Colombia. Nuestro gobierno está comprometido con avanzar en acciones de justicia racial, e instamos a todos los Estados miembros de las Naciones Unidas a asumir el mismo compromiso. No es suficiente con foros, no es suficiente con recomendaciones, se necesitan cambios estructurales –y ahora– que eviten que las poblaciones afrodescendientes, los pueblos afrodescendientes y africanos, sigan viviendo situaciones de colonización, situaciones

* Discurso de la Vicepresidenta colombiana Francia Márquez Mina en la 1ª Sesión del Foro Permanente de Afrodescendientes - 5 de diciembre de 2023

similares a esclavitud, situaciones de violencias estructurales que no les permite vivir en dignidad.

El primer punto de compromiso que quiero plantear aquí –que es necesario– es establecer acciones de reparación histórica. Por muchos años este ha sido un tema eludido, evadido por las Naciones Unidas y los países miembros. Es necesario que, si queremos avanzar de manera concreta, se asuma abordar acciones concretas de reparación histórica que contribuyan, por un lado, a transformar los sistemas coloniales en términos de acceso a la justicia; que contribuyan a transformar los sistemas coloniales en términos de desarrollo económico y social para las poblaciones afrodescendientes; que contribuyan a garantizar participación política real frente a la toma de decisiones que comprometen la vida nuestra y la vida de nuestros renacientes; acciones reales que contribuyan a frenar la crisis climática que afecta hoy de manera desproporcional a las poblaciones africanas y afrodescendientes en el mundo, entendiendo que este sistema económico empezó con la colonización, con la esclavitud, con el sometimiento de hombres y mujeres, y es el mismo sistema que hoy está colapsando la vida en la casa grande –el útero mayor la madre tierra–. No es posible hablar de justicia climática sin asumir la justicia racial y de género.

Colombia es de los pocos países que ha avanzado en el reconocimiento del territorio de manera colectiva para la población afrodescendiente. Como decían nuestros mayores, la tenencia de la tierra nos ha permitido la libertad; ahora necesitamos que el resto de países asuma también el reconocimiento y la protección de los territorios ancestrales y colectivos de la población afrodescendiente, como apuestas que contribuirán a la autonomía y a la autodeterminación de los pueblos afrodescendientes en el mundo.

Por último quiero, decir que no podemos seguir en la retórica de denunciar y denunciar, sin que los países –o sin que la ONU– asuma de manera real hacer énfasis de manera concreta, más allá de las recomendaciones a los países que tienen comprometidos o que han sido comprometidos, en términos de la colonización y

la esclavitud. Venimos aquí a proponer acciones de condonación de deuda externa como caminos de reparación histórica para la población afrodescendiente. Nuestros países, que siguen pagando deuda externa a países colonizadores y a países que han estado comprometidos con la esclavitud, no nos han permitido vivir en dignidad. Gran parte de los recursos de nuestras naciones van a pago de deuda externa y por eso las poblaciones afrodescendientes siguen siendo las más excluidas y marginadas.

Avanzar en acciones de igualdad y equidad requiere compromisos reales, de compromisos que van más allá de encuentros de foros. Tenemos que decir que, aunque reconocemos y validamos que se haya establecido la década de los afrodescendientes, de manera concreta no vemos los cambios que impactan de manera positiva la vida de las poblaciones. Esperamos que este foro permita establecer agendas de transformación estructural que lleven a dignificar la vida de los pueblos afrodescendientes en el mundo, que lleven a reconectar a África con su diáspora y que nos lleven a reconciliarnos como humanidad.

Muchas gracias.

La libertad se conquista*

Thomas Sankara

Señor secretario general, honorables representantes de la Comunidad internacional:

Vengo a estos lugares a aportarles la salvación fraternal de un país de 274.000 km², donde siete millones de niños, de mujeres y de hombres se niegan en lo sucesivo a morir de ignorancia, de hambre, de sed, no logrando vivir verdaderamente desde un cuarto de siglo de existencia como Estado soberano, ocupando un escaño en la ONU.

Vengo a esta trigésimo novena sesión a hablarles a ustedes en nombre de pueblo que, sobre la tierra de sus antepasados, escogió, desde ahora en adelante, confirmarse y asumir su historia en sus aspectos positivos como en sus aspectos negativos, sin complejo alguno.

Vengo por fin, autorizado por el Consejo Nacional de la Revolución (CNR) de Burkina Faso, para expresar el punto de vista de mi pueblo sobre lo que concierne a los problemas inscritos en el orden del día, y que constituyen la trama trágica de los acontecimientos que agrietan dolorosamente los fundamentos del mundo en estos finales del vigésimo siglo. Un mundo donde la humanidad se transformó en circo, desgarrada por las luchas entre los grandes

* Discurso de Thomas Sankara el 4 de octubre de 1984 ante la ONU

y los semigrandes, batida por bandas armadas, sometida a la violencia y el pillaje. Un mundo donde naciones, sustrayéndose a la jurisdicción internacional, acosan a grupos de personas fuera de la ley, donde se vive de rapiñas, y se organizan tráficos innobles, fusil en la mano.

Señor presidente:

No tengo aquí la pretensión de enunciar dogmas. No soy un mesías ni un profeta. No detento ninguna verdad. Mi sola ambición es una aspiración doble: primero, poder (en lenguaje simple, el de la evidencia y de la claridad) hablar en nombre de mi pueblo, el pueblo de Burkina Faso; en segundo lugar, llegar a expresar también, a mi manera, la voz del “Gran pueblo de los desheredados”, los que pertenecen a este mundo que maliciosamente se bautizó como Tercer Mundo. Y decir, si no logro darme a entender, las razones que tenemos para rebelarnos.

De todo esto se denota el interés en la ONU, las exigencias de nuestros derechos que toman allí un vigor y el rigor de la conciencia clara de nuestros deberes.

Ninguno se asombrará de vernos asociar el ex Alto-Volta, hoy Burkina Faso, con este trastero despreciado, el Tercer Mundo, al que otro mundo inventó en el momento de las independencias formales, para asegurar mejor nuestra alienación cultural, económica y política. Queremos insertarnos en él sin justificar esta estafa gigantesca de la Historia. Todavía menos aceptar ser “el trasero del mundo de Occidente”. Pero sí para afirmar la conciencia de pertenecer a un conjunto tricontinental y admitir, como no alineados, y con la densidad de nuestras convicciones, que una solidaridad especial une estos tres continentes de Asia, de América Latina y de África en el mismo combate contra los mismos traficantes políticos, los mismos explotadores económicos.

Reconocer pues nuestra presencia en el seno del Tercer Mundo es, parafraseando a José Martí, “afirmar que sentimos sobre nuestra mejilla todo golpe dado a cualquier hombre del mundo”. Tenemos hasta aquí la otra mejilla. Las bofetadas redoblaron. Pero el

corazón del malo no se ablandó. Pisotearon la verdad del justo. Del Cristo traicionaron la palabra. Transformaron su cruz en porra. Y después de que se hubieran vestido con su túnica, laceraron nuestros cuerpos y nuestras almas. Oscurecieron su mensaje. Lo que los occidentales tienen lo recibíamos como liberación universal. Entonces, nuestros ojos se abrieron a la lucha de las clases. No habrá más bofetadas.

Hay que proclamar que no puede haber salvación para nuestros pueblos si radicalmente no damos la espalda a todos los modelos que los charlatanes de tratan de vendernos desde hace veinte años. Ningún desarrollo parte de ellos.

De repente, ese mundo es despertado por la subida vertiginosa de mil millones de hombres andrajosos, es asustado por la amenaza que supone para su digestión esta multitud acosada por el hambre, comienza a remodelar sus discursos y, en una búsqueda ansiosa, busca una vez más nuestro lugar, conceptos-milagros, nuevas formas de desarrollo para nuestros países. Basta para convencérselo de leer los numerosos actos de los coloquios innumerables y los seminarios.

Lejos de mí la idea de ridiculizar los esfuerzos pacientes de estos intelectuales honrados que, porque tienen ojos para ver, descubren las consecuencias terribles de los estragos impuestos por los susodichos “especialistas en desarrollo en el Tercer Mundo. El temor que me habita es ver los resultados de tantas energías confiscadas por Próspero de todo género, para hacerlo la varilla mágica destinada a reenviarnos un mundo de esclavitud maquillado según el gusto de nuestro tiempo.

La pequeña burguesía africana diplomada, la del Tercer Mundo, por pereza intelectual, habiendo merendado al modo occidental de vida, no está dispuesta a renunciar a sus privilegios. Olvida que toda verdadera lucha política postula un debate teórico riguroso y niega el esfuerzo de reflexión que nos espera.

Consumidora pasiva y lamentable, ella se rebose de vocablos-fetiches de Occidente como lo hace con su whisky y su champán en sus salones.

Rescatamos en vano los conceptos de negritud o de *African Personality*, ideas verdaderamente nuevas nacidas de los cerebros de nuestros “grandes intelectuales. El vocabulario y las ideas nos vienen por otra parte. Nuestros profesores, nuestros ingenieros y nuestros economistas se contentan con añadir a eso colorantes porque, universidades europeas devolvieron solo sus diplomas y el terciopelo de los adjetivos superlativos.

Es necesario que nuestro personal y nuestros trabajadores de la pluma se enteren que no hay escritura inocente. En estos tiempos de tempestades, no podemos dejar a nuestros enemigos de ayer y de hoy el monopolio del pensamiento, de la imaginación y de la creatividad. Hace falta, antes de que sea demasiado tarde (porque ya es demasiado tarde) que estas élites, estos hombres de África, del Tercer Mundo, vuelvan la cara a su sociedad, a la miseria que heredamos, para comprender no solo que la batalla para un pensamiento al servicio de las masas desheredadas no es vana, sino que puede volverse viable en el plano internacional. Realmente inventando, es decir, dando una imagen fiel de su pueblo. Una imagen que permita realizar cambios profundos en la posición social y política, susceptibles de sacarnos de la dominación y de la explotación extranjeras que entregan nuestros Estados a la sola perspectiva de la quiebra.

Es lo que percibimos, nosotros, el pueblo burkinabè, en el curso de esta noche del 4 agosto de 1983, a los primeros centelleos de las estrellas en el cielo de nuestra patria. Debíamos ponernos a la cabeza de los levantamientos de campesinos que se miraban en los campos enloquecidos por el desierto, agotados por el hambre y la sed, abandonados. Debíamos dar un sentido a las rebeliones de las masas urbanas ociosas, frustradas y cansadas de ver circular las limusinas de las élites enajenadas que se sucedían en la cabeza del Estado y que no les ofrecían nada más que las soluciones falsas

pensadas y concebidas por otros cerebros. Debíamos dar peso ideológico a las luchas justas de nuestras masas populares, movilizadas contra el imperialismo monstruoso. A la rebelión pasajera, simple fuego de paja, debía sustituirse para siempre la revolución, la lucha eterna contra la dominación.

Otros han hablado antes que yo. Otros más, después de mí, dirán hasta qué punto se ensanchó el foso entre los pueblos pudientes y los que aspiran solo a aplacar su hambre, su sed, sobrevivir y conservar su dignidad. Pero ninguno imaginará hasta qué punto “el grano del pobre alimentó la vaca del rico”.

En el caso del ex Alto Volta, el proceso era todavía más ejemplar. Éramos la condensación de todas las calamidades, que se derritieron sobre los países denominados “en vías de desarrollo “. El testimonio de la ayuda presentada como la panacea y a menudo anunciada con bombo y platillo es aquí más elocuente. Son muy pocos los países que fueron, como el mío, tan inundados de ayudas internacionales de toda clase. Esta ayuda es en principio considerada para contribuir al desarrollo. Busquemos en vano, en lo que fue en otro tiempo Alto Volta, un desarrollo. Los hombres, sea por ingenuidad o por egoísmo de clase, no pudieron o no quisieron resistir este flujo del exterior. Cogieron todo lo que pudieron y expresaron a nuestro pueblo.

Analizando un cuadro publicado en 1983 por el Club de Sahel, Santiago Giri, en su obra “Sahel Mañana”, concluye con mucho sentido común que la ayuda a Sahel, a causa de su contenido y mecanismos, es solo una ayuda para la supervivencia.

Solo, subraya, el 30% de esa ayuda bastaría para que el Sahel sobreviviera. Según Santiago Giri, la ayuda exterior tenía otros fines: continuar desarrollando los sectores improductivos, imponer cargas intolerables a nuestros pequeños presupuestos, desorganizar nuestros campos, cavar los déficit de nuestra balanza comercial, acelerar nuestra deuda...

Solo algunos datos para presentarles del ex Alto Volta:

- 7 millones de habitantes, más de 6 millones campesinas y de campesinos.
- Un índice de mortalidad infantil de 180 por cada mil.
- Una esperanza de vida que se limita a 40 años.
- Un índice de analfabetismo del 98%, si concebimos el alfabetizado como el que sabe leer, escribir y hablar una lengua.
- Un médico para cada 50.000 habitantes.
- Un índice de escolarización de 16%.
- Y, por fin, un producto interior bruto por habitante de 53.356 francos CFA, es decir, de apenas 100 dólares per cápita.

El diagnóstico, evidentemente, era sombrío. La fuente del mal era la política. Por eso, el tratamiento solo podía ser político.

Por cierto, animamos a que nos ayuden a evolucionar sin ayuda externa. Porque, en general, la política de asistencia solo nos llega para desorganizarnos, esclavizarnos, desestabilizar nuestro espacio económico, político y cultural.

Escogemos arriesgarnos para ser más felices. Elegimos practicar nuevas técnicas.

Preferimos buscar formas de organización mejor adaptadas a nuestra civilización, rechazando de manera abrupta y definitiva toda suerte de imposiciones externas, para crear condiciones dignas, a la altura de nuestras ambiciones. Acabar con la supervivencia, aflojar las presiones, liberar nuestros campos de un inmovilismo medieval, democratizar nuestra sociedad, despertar los espíritus sobre un universo de responsabilidad colectiva, para atreverse a inventar el futuro.

Reconstruir la administración cambiando la imagen del funcionario, sumergir nuestro ejército en el pueblo y recordarle sin cesar que sin formación patriótica, un militar es sólo un criminal en potencia. Ese es nuestro programa político.

En el plano de la gestión económica, simplemente hemos dado una lección. Aceptamos e imponemos la austeridad, con el fin de poder estar en condiciones de realizar grandes objetivos.

Ya, gracias al ejemplo de la Caja de Solidaridad Nacional (alimentada por contribuciones voluntarias), comenzamos a responder a la sequía. Sostuvimos y aplicamos los principios de Alma-Ata extendiendo los cuidados primarios de la salud. Hicimos nuestra, como política de Estado, la estrategia del GOBI FFE, preconizada por UNICEF.

A través del Oficio de Sahel de Unidas las Naciones, pensamos que las Naciones Unidas deberían permitir a los países afectados por la sequía un plan a medio y largo plazo con el fin de alcanzar la autosuficiencia alimenticia.

Para prepararnos para el siglo XXI, vamos a aplicar el programa especial "Instruyamos a nuestros niños", lanzando un programa inmenso de educación y formación de nuestros niños en una nueva escuela. Lanzamos, a través de la acción salvadora de los Comités de Defensa de la Revolución, un vasto programa de construcción de viviendas sociales, 500 en tres meses, de caminos, de pequeñas redes de agua. Nuestra ambición económica es trabajar para que cada burkinabè pueda asegurarse, al menos, dos comidas al día y agua potable.

Juramos, proclamamos, que en lo sucesivo, en Burkina Faso, nada más se hará sin la participación del burkinabè. Nada que previamente hubiera sido decidido por nosotros. No habrá más atentados a nuestro pudor ni a nuestra dignidad.

Seguros de esta certeza, querríamos que nuestra palabra se extendiera a todos los que sufren en sus carnes, los que sienten que una minoría de hombres o un sistema que les atropella y aplasta se burla de su dignidad de hombre.

Permítame, usted que me escucha, que lo diga: no hablo en nombre de Burkina Faso, sino en nombre de todos los que sufren dolor en alguna parte.

Hablo en nombre de estos millones de seres que están en los guetos porque tienen la piel negra o porque son de cultura diferente y gozan de un estatuto apenas superior al del animal.

Sufro en nombre de los indios masacrados, atropellados, aplastados, humillados y confinados desde hace siglos en reservas, que no aspiran a ningún derecho.

Exclamo en nombre de los desocupados de un sistema estructuralmente injusto, reducidos a ver pasar la vida solo en el reflejo de cómo viven los más pudientes.

Hablo en nombre de las mujeres del mundo entero, que sufren un sistema impuesto por los varones. En lo que nos concierne, alcanzaremos la libertad total de la mujer burkinabè. Escúchenme todos los países, creemos en la experiencia positiva de contar con las mujeres en todos los escalones del aparato del Estado y de la vida social en Burkina Faso. Mujeres que luchan y proclaman con nosotros. Solo la lucha libera. Hacemos un llamamiento a todas nuestras hermanas de todas las razas para que se lancen a la conquista de sus derechos.

Hablo en nombre de las madres de nuestros países desprovistos, que ven morir sus niños de malaria o de diarrea, ignorando que existen, para salvarles, unos medios simples que la ciencia de las multinacionales no les ofrece, prefiriendo invertir en los laboratorios de cosméticos y en la cirugía estética para los caprichos de algunas mujeres o de hombres, cuya coquetería es amenazada por los excesos de calorías de sus comidas demasiado ricas que a nosotros, los del Sahel, nos producen vértigo. Recomendamos seguir las medidas básicas contempladas en los informes de la OMS y el UNICEF. Decidimos adoptarlas y popularizarlas.

Hablo también en nombre del niño. El niño del pobre, que tiene hambre y que mira furtivamente la abundancia de una tienda para ricos. La tienda protegida por un cristal espeso. El cristal defendido por una verja infranqueable. Y la verja guardada por un policía armado de garrote. Este policía, colocado allí por el padre de otro niño que vendrá para hacerse servir.

Hablo en nombre de los artistas (poetas, pintores, escultores, músicos, actores), hombres de bien, que ven su arte prostituirse en el mundo del espectáculo.

Grito en nombre de los periodistas que son reducidos al silencio, o sea, a la mentira, para no sufrir las leyes duras de la desocupación.

Protesto en nombre de los deportistas del mundo entero, cuyos músculos son explotados por los sistemas políticos o los negociantes modernos de la esclavitud.

Mi país posee concentradas todas las desgracias de los pueblos. Es una síntesis dolorosa de todos los sufrimientos de la Humanidad, pero también, y sobre todo, concentra las esperanzas de nuestras luchas. Es por eso que hablo en nombre de los enfermos que escudriñan con ansiedad una ciencia acaparada actualmente por los vendedores de armas. Mis pensamientos van dirigidos hacia todos los que son amenazados por la destrucción de la naturaleza y a estos treinta millones de hombres que van a morir como cada año, derrotados por el hambre.

Por fin, quiero indignarme y pensar en los palestinos, que una humanidad inhumana escogió sustituir por otro pueblo, ayer todavía martirizado. Pienso en este pueblo valiente y palestino, es decir, en estas familias atomizadas que vagan por todas partes en busca de asilo. Valientes, determinados, estoicos e infatigables, los palestinos recuerdan a cada conciencia humana la necesidad y la obligación moral de que se respeten los derechos de pueblo: con sus hermanos judíos, son antisionistas.

Al lado de mis hermanos soldados de Irán y de Iraq, que mueren en una guerra fratricida y suicida. También quiero sentirme próximo a los compañeros de Nicaragua cuyos puertos son minados, sus ciudades bombardeadas y que, a pesar de todo, se enfrentan con coraje y lucidez a su destino. Sufro con todos los que, en América Latina, sufren del embargo imperialista.

Quiero estar al lado de los pueblos afganos e irlandeses, al lado de los pueblos de Granada y de Timor Oriental, cada uno en busca de una felicidad dictada por la dignidad y las leyes de su cultura.

Me elevo aquí en nombre de todo los que buscan vanamente dejar oír su voz y que realmente hacerlo signifique que los tengan en cuenta. Sobre esta tribuna muchos me precedieron, otros vendrán después de mí. Pero sólo algunos pocos tomarán decisiones. Sin embargo, oficialmente somos iguales. Pues bien, yo me erijo como la voz de todos los que buscan vanamente su lugar en este foro para que se les oiga.

Nuestra revolución en Burkina Faso está abierta a las desgracias de todos los pueblos. Se inspira también en todas las experiencias de los hombres, desde el primer soplo de la Humanidad. Queremos ser los herederos de todas las revoluciones del mundo, de todas las luchas de liberación de los pueblos del Tercer Mundo. Estamos en la línea de los grandes cambios que transformaron el mundo. Tomamos las enseñanzas de la Revolución Americana, las lecciones de su victoria contra la dominación colonial y las consecuencias de esta victoria. Hacemos nuestra la afirmación de la doctrina de la no injerencia de los europeos en los asuntos americanos y de los estadounidenses en los asuntos europeos. Lo que Monroe clamaba en 1823, “América para los estadounidenses”, lo repetimos diciendo “África para los africanos”, “Burkina para los burkinabè”. La Revolución francesa de 1789, revolviendo los fundamentos del absolutismo, nos enseñó sobre los derechos del hombre y de los pueblos a la libertad. La gran revolución de octubre de 1917 transformó el mundo, permitió la victoria del proletariado, quebrantó los cimientos del capitalismo y la devolvió los sueños de justicia a los rusos.

Abiertos a todos los vientos de la voluntad de los pueblos y de sus revoluciones, instruyéndonos también de ciertos fracasos terribles que condujeron a trágicas consecuencias contra los derechos del hombre, queremos conservar lo bueno de cada revolución.

Señor Presidente, no hay más engaño posible. El Nuevo Orden Económico Internacional por el cual luchamos y continuaremos luchando, puede realizarse solo:

- Si llegamos a arruinar al antiguo orden que nos ignora;
- Si imponemos el sitio que nos corresponde en la organización política del mundo;
- Si, dándose cuenta de nuestra importancia en el mundo, obtenemos un derecho de mirada y de decisión sobre los mecanismos que rigen el comercio, la economía y la moneda a la escala planetaria.

El Nuevo Orden Económico Internacional se inscribe simplemente, al lado de todos los demás derechos de los pueblos, como el derecho a la independencia, a la elección libre de las formas y de las estructuras de gobierno, como el derecho al desarrollo. Y como todos los derechos de los pueblos jamás será el resultado de un acto de la generosidad de una potencia cualquiera.

Conservo en mí la confianza inquebrantable, la confianza compartida con la comunidad inmensa de los países no alineados, que ante los ataques bruscos y violentos del desamparo aullador de nuestros pueblos, nuestro grupo va a mantener su cohesión, a reforzar su poder de negociación colectiva, a establecer alianzas entre las naciones para organizar un sistema de relaciones económicas internacionales verdaderamente nuevas.

Señor Presidente, si acepté presentarme delante de esta asamblea ilustre para tomar la palabra, es porque, a pesar de las críticas, las Naciones Unidas son la tribuna ideal para nuestras reivindicaciones, el lugar obligado para reclamar la legitimidad de los países sin voz.

Es esto lo que expresa nuestro secretario general, cuando escribe:

La organización de las Naciones Unidas es única en lo que refleja las aspiraciones y las frustraciones de numerosos países y gobiernos del mundo entero. Uno de sus grandes méritos es que todas las naciones, incluidas las que son débiles, oprimidas o víctimas de la injusticia, (se trata de nosotros), pueden encontrar allí una tribuna y hacerse oír. Una causa justa, aunque encuentra sólo revés o indiferencia, puede encontrar un eco en la Organización de las Naciones Unidas; este atributo de la Organización no siempre es apreciado, pero es esencial.

No podemos definir mejor el sentido de la Organización.

Para cada uno de nosotros, es imperativo consolidar los cimientos de nuestra Organización, darle los medios para que pueda actuar. Adoptamos en consecuencia las proposiciones del secretario general para sacar a la Organización del callejón sin salida de las grandes potencias, con el fin de desacreditarla ante los ojos de la opinión pública.

Señor Presidente, reconociendo los méritos de nuestra Organización, solo puedo regocijarme con verla contar con nuevas adhesiones. Es por eso que la delegación burkinabè saluda la entrada del 159 Miembro de nuestra Organización: el Estado de Brunei Darussalam.

El desatino de los que han regido la dirección del mundo obliga al Movimiento de los países no alineados a sumar pronto al Estado de Brunei Darussalam. Consideramos como uno de los objetivos permanentes la lucha para conseguir el desarme y, otro aspecto esencial, nuestro derecho al desarrollo.

Hace falta, según nuestra opinión, estudios serios que tomen en consideración todos los elementos que condujeron a las calamidades que se vertieron sobre la gente. A este título, el presidente Fidel Castro en 1979 admirablemente expresó nuestro punto de vista en la apertura de la sexta cumbre de los Países no alineados cuando declaraba:

Con 300 mil millones de dólares, podríamos construir en un año 600.000 escuelas que podrían recibir a 400 millones de niños; o 60 millones de viviendas confortables para 300 millones de personas; o 30.000 hospitales equipados con 18 millones de las camas; o 20.000 fábricas que pueden emplear más de 20 millones de trabajadores o irrigar 150 millones de hectáreas de tierra que, con los medios técnicos adecuados, podrían alimentar a un mil millones de personas.

Multiplicando hoy esta cifra por 10, ciertamente por debajo de la realidad, coincide con lo que la humanidad despilfarra cada año en el dominio militar, es decir, contra la paz.

Percibimos fácilmente por qué la indignación de los pueblos se transforma rápidamente en rebelión y en revolución contra las migajas que se les echa bajo la forma ignominiosa de una cierta “ayuda”, combinada por condiciones a veces francamente abyectas. Comprendemos por fin por qué en el combate para el desarrollo nos designamos como militantes incansables de la paz.

Juramos luchar para atenuar las tensiones, introducir los principios de una vida civilizada en las relaciones internacionales y extenderlos en todos los continentes. Lo que quiere decir que no podemos asistir pasivos al tráfico de conceptos.

Reiteramos nuestra resolución de ser agentes activos de la paz; de ocupar nuestra plaza en el combate por el desarme; de actuar por fin en la política internacional frente de todas las grandes potencias, cualesquiera que sean los proyectos de estas últimas.

Pero la búsqueda de la paz es posible con la aplicación firme del derecho de los países a la independencia, los pueblos a la libertad y las naciones a la existencia autónoma. Sobre este punto, lo más lamentable en Oriente Medio en términos de arrogancia, de insolencia y de terquedad increíble es un pequeño país, Israel, que, después de más de veinte años, con incalificable complicidad de su protector poderoso los Estados Unidos, continúa desafiando a la comunidad internacional.

Con desprecio al horror de los hornos crematorios, Israel logra infligir a otros su propio calvario. De todas formas, nos gusta el pueblo de Israel por su coraje y sus sacrificios de ayer, pero las condiciones de su propia paz no residen en una potencia militar financiada del exterior. Israel debe comenzar a aprender a hacerse una nación como otras.

Por ahora, queremos afirmar desde lo alto de esta tribuna nuestra solidaridad militante y activa con respecto a los combatientes, a mujeres y hombres, de este pueblo maravilloso de Palestina porque sabemos que no hay sufrimiento infinito.

Señor Presidente, analizando la situación que prevale en África sobre los planos económicos y políticos, no podemos olvidar las preocupaciones graves frente a los desafíos peligrosos lanzados a los derechos de los pueblos por ciertas naciones que, seguras de sus alianzas, abiertamente se burlan de la moral internacional.

Por cierto, tenemos el derecho a regocijarnos de la decisión de retirada de las tropas extranjeras del Chad, con el fin de que los chadianos entre ellos, sin intermediarios, busquen los medios de poner fin a esta guerra fratricida, y dar por fin a este pueblo los medios para secar sus lágrimas. Pero, a pesar de los progresos registrados acá y allí por los pueblos africanos en su lucha por la emancipación económica, nuestro continente continúa reflejando la realidad esencial de las contradicciones entre las grandes potencias, acarreando los insoportables pesos del mundo contemporáneo.

Es por eso que tenemos por inadmisibles y condenamos sin recurso, la suerte que infringe al pueblo de Sáhara Occidental el Reino de Marruecos, que se entrega a métodos dilatorios para retrasar el vencimiento que, de todo modo, le será impuesto por la voluntad del pueblo saharauí. Después de haber visitado personalmente las regiones liberadas por el pueblo saharauí, adquirí la confirmación que nada más en lo sucesivo sabría trabar su marcha hacia la liberación total de su país, bajo la conducta del Frente Polisario.

Señor Presidente, no querría extenderme demasiado sobre la cuestión de Mayotte y de las islas del Archipiélago malgache. Cuando las cosas son claras, cuando los principios son evidentes, solo hay que trabajar. El Mayotte pertenece a las Comores. Las islas del archipiélago son malgaches.

En América Latina, saludamos la iniciativa del Grupo de Contadora, que constituye una etapa positiva en la búsqueda de una solución justa a la situación explosiva que prevalece allí. El comandante Daniel Ortega, en nombre del pueblo revolucionario de Nicaragua, hizo aquí proposiciones concretas y planteó las cuestiones de fondo a las que tienen derecho. Esperamos ver la paz instalarse en su país y en América Central el próximo 15 de octubre. Tomamos por testigo a la opinión pública mundial.

Lo mismo que condenamos la agresión extraña de la isla de Granada, también fustigamos todas las intervenciones extrañas. Tampoco podemos callarnos frente a la intervención militar en Afganistán.

La gravedad exige a cada uno de nosotros su explicación franca y decisiva. Esta cuestión, usted lo sospecha, puede solo ser la de Sudáfrica. La insolencia increíble de este país con respecto a todas las naciones del mundo, que sostiene el terrorismo que se erige en sistema para liquidar físicamente la mayoría negra, el desprecio que adopta con respecto a todas nuestras resoluciones, constituyen una de las preocupaciones más oprimidas del mundo contemporáneo.

Pero lo más trágico no es que Sudáfrica misma se haya puesto en contra a la comunidad internacional a causa de la abyección de las leyes del apartheid, lo que continúa presente ilegalmente en Namibia, o sometiendo impunemente a sus vecinos a las leyes del bandolerismo. No, lo más abyecto, lo más humillante para la conciencia humana, es que haya llegado a "hacer trivial la desgracia de millones de seres humanos que solo tienen para defenderse el heroísmo de sus manos desnudas. Segura de la complicidad de las grandes potencias, así como de la colaboración criminal de

algunos tristes dirigentes de países africanos, la minoría blanca ridiculiza a los Estados de todos los pueblos, que, por todas partes a través del mundo encuentran intolerable el salvajismo de sus métodos.

Las brigadas internacionales se constituían para ir a defender el honor de las naciones agredidas en su dignidad. Hoy, a pesar de la purulencia de las heridas, vamos a votar resoluciones sobre las que las solas virtudes, se nos dirá, serían conducir al arrepentimiento de una nación de corsarios que “destruye la sonrisa como el granizo las flores”.

Señor Presidente, vamos pronto a celebrar el ciento quincuagésimo aniversario de la emancipación de los esclavos del Imperio británico. Mi delegación suscribe a la proposición de los países de Antigua y del Barbados de conmemorar este acontecimiento que reviste, para los países africanos y el mundo negro, un significado de una gran importancia. Para nosotros, todo lo que podrá ser hecho, ser dicho u organizado a través de la gente en el curso de las ceremonias conmemorativas, deberá poner el énfasis en el precio terrible pagado por África y la gente negra al desarrollo de la civilización humana.

De nuestra sangre se alimentó el capitalismo, nuestra dependencia presente y nuestro subdesarrollo. No podemos escamotear más la verdad, traficar con las cifras. Por cada negro que llegó a las plantaciones, cinco por lo menos conocieron a la muerte o la mutilación.

Señor Presidente, comprenderá por qué, con todo nuestro ser, queremos la paz entre las naciones, por qué exigimos y reclamamos nuestro derecho al desarrollo en la igualdad absoluta de los seres humanos.

Es porque, de todas las razas humanas, pertenecemos a la que más sufrió, y juramos, nosotros los burkinabè, no aceptar nunca más en la menor parcela de esta Tierra la omisión de justicia. Es la memoria del sufrimiento la que nos coloca al lado del OLP contra las fuerzas armadas de Israel. Es la memoria del sufrimiento

la que, por una parte, nos hace sostener el ACN y el SWAPO, y por otra parte, nos hace intolerable la presencia en Sudáfrica de los hombres que se dicen blancos y que queman al resto del mundo sólo esgrimiendo ese título. Es por fin esta memoria la que nos hace depositar en la Organización de las Naciones Unidas toda nuestra fe en un deber común, en tarea común para una esperanza común.

Reclamamos:

- Que se intensifique a través del mundo la liberación de Nelson Mandela y su presencia efectiva en la Junta general próximo de la ONU como una victoria de orgullo colectivo.
- Que sea creado como recuerdo de nuestros sufrimientos y a título de perdón colectivo un Precio internacional de la Humanidad reconciliada, concedido a todos los que por su búsqueda habrían contribuido a la defensa de los derechos del hombre.
- Que todos los presupuestos de la carrera espacial sean amputados por 1/10000E y consagrados a la búsqueda de la salud, que apunta a la reconstitución del medio ambiente humano perturbado por todos estos fuegos de artificios perjudiciales para el ecosistema.

También proponemos que las estructuras de las Naciones Unidas sean repensadas para que se dé fin a este escándalo que constituye el derecho de veto. Por supuesto, los efectos depravados de su uso abusivo son atenuados por la vigilancia de algunos de sus miembros. Sin embargo, nada justifica este derecho: ni la talla de los países que lo detentan, ni las riquezas de estos últimos.

Si el argumento desarrollado para justificar tal iniquidad es el precio pagado en el curso de la guerra mundial, estas naciones, que se arrogaron estos derechos, deben saber que nosotros también nos tenemos cada uno un tío o un padre que, a ejemplo de millares de otros inocentes arrancados al Tercer Mundo para defender los derechos burlados por las hordas hitlerianas, lleva él también en

su carne las magulladuras de las pelotas nazis. Que cese pues la arrogancia de los grandes que no pierden ninguna ocasión para devolver en causa el derecho de los pueblos. La ausencia de África entre los que detentan el derecho de veto es una injusticia que debe acabar.

Por fin mi delegación no habría cumplido todos sus deberes si no exigiera la suspensión de Israel y de Sudáfrica de nuestra organización. Cuando, con el paso del tiempo, estos países hayan realizado los cambios que los introducirá en la Comunidad internacional, cada uno de nosotros, y mi país en cabeza, deberá acogerlos con bondad, guiar su primer paso.

Queremos reafirmar nuestra confianza en la Organización de las Naciones Unidas. Le estamos agradecidos por el trabajo desarrollado por sus agencias en Burkina Faso y de la presencia de estas últimas a nuestro lado en los momentos duros que atravesamos.

Somos agradecidos de los miembros del Consejo de Seguridad por habernos permitido presidir dos veces este año los trabajos del Consejo. Deseamos ver al Consejo admitir el exterminio de 30 millones de seres humanos cada año, por el arma del hambre que, en nuestros días, hace más estragos que el arma nuclear.

Esta confianza y esta fe en la Organización me obligan a agradecer al secretario general, Sr. Xavier Pérez de Cuellar, la visita tan apreciada que nos hizo para comprobar, en el mismo sitio, las realidades duras de nuestra existencia y hacerse una imagen fiel de la aridez del Sahel y la tragedia del desierto conquistador.

No sabré acabar sin rendir homenaje a las calidades eminentes de nuestro Presidente, Pablo Lusaka de Zambia, que sabrá, con la clarividencia que le conocemos, dirigir los trabajos de esta trigésimo novena sesión.

Señor Presidente, recorrí millares de kilómetros. Vine para pedirle a cada uno de ustedes que pudiéramos poner juntos nuestros esfuerzos para que cese el depósito de cadáveres, para que se borre el espectáculo triste de los niños que mueren de hambre, para que desaparezca la ignorancia, para que triunfe la rebelión legítima

pueblos, para que se calle el ruido de las armas y que, por fin, con una sola y misma voluntad, luchemos por la Supervivencia De la Humanidad, y lleguemos cantar en coro al gran poeta Novalis:

Pronto los astros volverán a visitar la tierra de donde se alejaron durante nuestros tiempos oscuros; el sol depositará su espectro severo, volverá a ser estrella entre las estrellas, todas las razas del mundo se reunirán de nuevo, después de una separación larga, las familias huérfanas se reencontrarán y cada día verá nuevos reencuentros, nuevos abrazo; entonces los habitantes del tiempo antaño volverán hacia la tierra, en cada tumba se despertará la ceniza apagada, por todas partes quemarán de nuevo las llamas de la vida, moradas viejas serán reconstruidas, los tiempos remotos se renovarán y la historia será el sueño de un obsequio a la extensión infinita.

¡La Patria o la muerte, venceremos!

Reaccionemos mundo, aún estamos a tiempo*

Xiomara Castro

Distinguido señor presidente de esta Asamblea General

Distinguido señor secretario general de esta Organización de Naciones Unidas.

Distinguidos jefes de Estado, representantes y delegados presentes, ciudadanos del mundo.

Comparezco ante esta tribuna mundial, en lo que para mi país significa un hecho histórico, no solo porque soy la primera mujer que tiene el honor de dirigir nuestra nación centroamericana, sino, porque también represento el primer gobierno electo democráticamente, después de transitar trece años de dictadura: el golpe de Estado del 2009 cargado de crueles asesinatos y escuadrones de la muerte, dos sendos fraudes electorales, una pandemia y dos huracanes.

Es imposible entender a las hondureñas, hondureños y las grandes caravanas de emigrantes sin reconocer este contexto de cruel sufrimiento por el que nos ha tocado atravesar.

* Xiomara Castro, Presidenta de Honduras, pronunció este discurso en la Asamblea General de las Naciones Unidas en septiembre de 2022.

Pero la democracia electoral no es suficiente para obtener el bienestar material y espiritual de nuestro pueblo.

Trece años de dictadura tutelada por la comunidad internacional, nos llevó al país a multiplicar su deuda pública por seis veces, y alcanzar la tasa del 74% de pobreza, la más alta en la historia de Honduras.

Cinco de cada diez de mis compatriotas viven en pobreza extrema. Pero tengo claro que ninguna de estas cifras impresiona a nadie en un mundo que hoy vive bajo la dictadura monetaria, que a los más pobres se les impone medidas draconianas de disciplina fiscal, que aumentan el sufrimiento de las mayorías postergadas, y el capital especulativo no tiene límites.

Es evidente que hoy, para que nuestro país sobreviva, debemos rechazar esa presunta austeridad que premia a los que concentran la riqueza en pocas manos, y aumentan la desigualdad de forma exponencial.

Desde que llegamos a finales del mes de enero, mostramos una férrea voluntad de consenso; expresando siempre la más firme decisión de lograr acuerdos de nuestros compromisos, sin negar ninguno de ellos.

Pero la tarea de socavar la voluntad del pueblo nos llega desde todas las direcciones, mientras se fomentan conspiraciones entre los mismos sectores que saquearon el país y sus aliados golpistas, envalentonados por la descarada actitud anti democrática, algunas veces disfrazada de diplomacia.

Las políticas públicas avaladas por el modelo rentista, desde la comunidad financiera internacional durante los últimos trece años, nos arrastró a un mundo cargado de violencia y pobreza con proyectos fallidos, abandonados, corrupción, saqueo y narcotráfico.

Ninguno de los testigos internacionales de los fraudes electorales del 2013 y 2017 ignoraba a lo que estaban condenando a nuestro pueblo, y sin embargo, se mostraron complacientes con la peor plaga que ha azotado a nuestro país. La soberbia del capital y del

interés mezquino, hizo a muchos optar por el engaño, mientras el crimen organizado llevaba al país al desfiladero.

Las naciones pobres del mundo ya no soportamos golpes de Estado, el uso de *lawfare*, ni Revoluciones de Colores, usualmente organizadas para expoliar nuestros vastos recursos naturales.

Las naciones industrializadas del mundo son las responsables por el grave deterioro del ambiente, pero nos hacen pagar a nosotros por su oneroso estilo de vida, y para ello, no escatiman nada, para sumirnos en sus planes y en una crisis sin fin, pretendiendo que estemos atados de pies y manos.

La Honduras que dirijo se está construyendo bajo una visión de refundación humanista, impregnada de dignidad y soberanía, que hará lo que legalmente sea importante para recuperar nuestro medio ambiente, y alcanzar el bien común para toda nuestra población.

Por ello, nos resulta inaceptable este orden mundial arbitrario, en el que existen países de tercera y de cuarta categoría, mientras los que se creen civilizados no se cansan de hacer invasiones, guerras, especulaciones financieras y crucificarnos con su inflación una y otra vez.

Tomo esta tribuna para exigir que se nos respete, queremos vivir en paz, no sigan tratando de desestabilizar a Honduras y dictarnos sus medidas o escoger con quienes debemos relacionarnos.

El pueblo es soberano lo demostró el 28 de noviembre apoyando mi triunfo, el más grande de la historia. Y la resistencia, la que luchó contra la dictadura impuesta durante estos trece años, este 15 de septiembre, día de nuestra independencia, me acompañó masivamente en las calles, conjurando las amenazas públicas y la mala costumbre de seguir entregando los bienes nacionales al mejor postor, como si fuéramos tierra de nadie.

Nunca más cargaremos con el estereotipo de república bananera, terminaremos con los monopolios y los oligopolios que solo empobrecen nuestra economía.

Un pueblo generoso que ha regado con sangre la defensa de bosques y ríos, no va a olvidar que, durante la dictadura, se cometieron centenares de asesinatos de jóvenes y el de nuestra compañera Berta Cáceres, ni la desaparición forzada de hondureños y hondureñas por su forma de pensar, como cinco compañeros garífunas hace ya dos años.

Cada milímetro de la patria que usurparon en nombre de la sacrosanta libertad de mercado, Zedes y otros regímenes de privilegio fue irrigado con sangre de los pueblos originarios. Mi gobierno social y democrático va a retomar a un estado de justicia y de derecho para que esto no vuelva a suceder.

Trabajamos duramente en priorizar estímulos, y la eliminación de abusos fiscales. Ya iniciamos promoviendo una Ley de Energía como bien público, devolviendo el derecho a los trabajadores y apoyando nuestro mercado interno invirtiendo en el agro para la seguridad alimentaria, subsidiando a los más pobres que no pagan más la energía eléctrica.

Hemos planteado renegociar los tratados de libre comercio. Hemos tomado la decisión soberana de invertir en nuestro desarrollo sustituyendo importaciones, pero compitiendo en los mercados internacionales sin subsidiar los excesos de las naciones desarrolladas.

A la mujer, a quien se le ha negado por centurias su inclusión en el desarrollo reconoceremos su importancia en la sociedad como parte de la columna vertebral de la misma, proporcionaremos salud, educación de calidad, seguridad y soberanía alimentaria a nuestra niñez y juventud.

Para Honduras, cada caravana de migrantes que sale huyendo de la dictadura que se montó por más de una década, es una dura pérdida para nuestro país y sus familias. Los números nos indican que este proceso de éxodo provocado por la injusticia neoliberal genera más desempleo y nos amarra a una indeseable dependencia.

En nuestro país paradójicamente los emigrantes generan más ingreso de divisas que muchas de las exportaciones tradicionales, nuestra solidaridad y acompañamiento con los tepeccianos.

En Honduras no podemos seguir sosteniendo la hipocresía de un sistema que juzga por crímenes vinculados al tráfico de drogas al personaje que, sin embargo, respaldaron y apoyaron por más de una década en la comisión de delitos, dos fraudes electorales, y crímenes de lesa patria contra millones de hondureños.

Por todo esto, vamos a instalar una comisión internacional de combate a la corrupción y la impunidad con el apoyo del secretario de las Naciones Unidas.

Honduras solo tendrá futuro si da pasos en firme para el desmontaje de la dictadura económica neoliberal.

Por eso ya iniciamos la refundación de la patria y de la educación con los ideales y valores de nuestro héroe nacional: Francisco Morazán Quezada.

En Honduras, mi gobierno ha comenzado un proceso de refundación y cambio profundo que se basa en cuatro pilares fundamentales:

1. La transformación revolucionaria de la educación, elevar el espíritu humano, y terminar con el colonialismo.
2. Construir un modelo económico alternativo, profundamente soberano.
3. Construir un sistema cuyo centro es la exaltación del humanismo, la solidaridad, la integración con pueblos hermanos, La paz y el respeto a los derechos humanos.
4. La desprivatización progresiva de los servicios públicos, como salud, agua potable, la energía eléctrica y el internet.

Hoy que la guerra vuelve a castigar a los más pobres del mundo y que somos países invadidos, pregonamos el retorno al respeto a la

auto determinación de los pueblos, rechazando el infame y brutal, bloqueo al pueblo de la hermana República de Cuba.

Es tiempo de discutir seriamente la multipolaridad del mundo.

El presidente Barack Obama dio los primeros pasos hacia la terminación de esta infamia.

Ya Gustavo Petro decretó que se debe de terminar la agresión contra la República Bolivariana de Venezuela.

¡Pueblos del mundo!

Como dijo nuestra compañera Berta Cáceres:

“Reaccionemos, mundo, aún estamos a tiempo”.

Muchas gracias.

Por la hermandad universal de los pueblos en armonía con la Madre Tierra*

Evo Morales

Por la hermandad universal de los pueblos en armonía con la Madre Tierra.

El sistema capitalista enfrenta su crisis más profunda, es una crisis financiera, energética, climática, alimentaria, institucional y de modelo de vida. El mundo sufre los efectos de esa debacle provocada por el capitalismo que convierte a la madre tierra y a las personas en objeto de su despiadado dominio depredador.

Vivimos una crisis financiera porque los países del centro capitalista concentraron la riqueza en élites excluyentes y magnificaron la pobreza y el hambre.

Vivimos una crisis energética marcada por el consumo excesivo y contaminante de fuentes de energía y el acaparamiento de estas por parte de transnacionales para satisfacer la demanda de los estándares de vida y alto consumismo de los países capitalistas del Norte.

Vivimos una crisis climática que obedece a un modelo de desarrollo cuyos niveles de consumismo e industrialización han generado un exceso de emisiones de gases contaminantes que han

* Discurso del presidente Evo Morales en el acto de transmisión de mando del G77 más China, en Nueva York, el 8 de enero de 2014.

provocado el calentamiento global y los desastres naturales que afectan al mundo entero, pero particularmente a los pueblos del Sur.

Vivimos una crisis alimentaria que es causada por la desertización y degradación de las áreas productivas de alimentos, los desequilibrios entre el campo y la ciudad, el monopolio en la comercialización de semillas, insumos agrícolas, la especulación en el precio de los alimentos, el consumismo y el derroche de alimentos.

En el año 2008, el 15,5% de la población mundial padecía hambre, más de 850 millones de personas se encontraban desnutridas; 788 millones de hambrientos estaban en Asia y África. Para el año 2011, el número de personas desnutridas ascendió a casi mil millones de personas.

En definitiva, vivimos la crisis de un modelo económico en el que las recetas del Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial y los organismos multilaterales (privatizaciones y restricción de las políticas sociales) ya no pueden resolver los problemas de los países del centro capitalista.

Sin embargo, los tiempos de crisis son también tiempos de oportunidades, son tiempos de transformación del pensamiento y de las ideas para construir un mundo diferente. Los cambios necesarios nos exigen escuchar la voz de la conciencia de los pueblos y su espíritu crítico sobre las imposiciones del imperialismo y del colonialismo.

Estos también son los tiempos de los países del Sur y de los llamados países emergentes y de todos aquellos que tenemos la responsabilidad de construir juntos solidaridad, complementariedad y apoyo mutuo.

Para hacer realidad estos cambios, los Estados deben conducir la economía y los gobiernos deben adoptar políticas de servicio a favor de los pueblos, socializar la riqueza y erradicar la pobreza y concebir el desarrollo de manera integral para universalizar los

servicios básicos, efectivizar los derechos colectivos y ampliar la democracia más allá del ámbito de las instituciones políticas.

El Sur tiene ciertamente una creciente economía, importantes riquezas en recursos naturales, conocimientos y tecnologías, destrezas y habilidades, culturas y una gran diversidad de naciones y pueblos. En este contexto, el G77 más China es uno de los principales actores de cambio en este momento histórico.

Proponemos adoptar como base las conclusiones de la Conferencia Mundial de los Pueblos sobre los Derechos de la Madre Tierra y el Cambio Climático realizada en Tiquipaya, Bolivia, el año 2010.

Pedimos eliminar las herencias coloniales en nuestros países donde se han negado las identidades culturales, nuestros conocimientos, nuestros alimentos y medicinas, nuestras prácticas y tecnologías. Por ejemplo, no entendemos cómo en el mundo los grupos de poder han criminalizado la producción y el consumo de la sagrada hoja de coca que es uno de los alimentos y medicinas milenarias de nuestros pueblos.

Como prueba de la reversión de esos prejuicios capitalistas, mencionamos con orgullo que la quinua, despreciada por el imperialismo como “alimento de indios” se ha convertido hoy en una alternativa real de nutrición para todo el mundo. Es como si nuestra Pachamama, nuestra madre tierra, nos regalara en su generosidad una solución alimentaria que beneficia a todo el mundo, incluso a los países capitalistas que destruyen su medio ambiente.

Hermanos y hermanas, el derecho al desarrollo, los derechos humanos, sociales y colectivos así como los derechos de la madre tierra, integrados y complementarios, se expresan en el respeto a la diversidad de visiones y enfoques de modelos de desarrollo, sin imposiciones, sin exigencias paternalistas ni coloniales, sin monarquías, oligarquías ni jerarquías.

Permítannos, en este momento en que asumimos esta gran responsabilidad como es la presidencia del G77 más China, plantearles

con humildad pero con la fuerza de nuestras convicciones y el espíritu de nuestros pueblos, 10 tareas fundamentales.

1. Del desarrollo sustentable al desarrollo integral en equilibrio con la madre tierra

El desarrollo debe estar orientado a eliminar las brechas de riqueza material, las economías diversas deben potenciar los bienes comunes y satisfacer a la vez las necesidades materiales, culturales y espirituales de las sociedades en un marco de armonía con la naturaleza. En Bolivia, esta cosmovisión se resume en el “vivir bien”.

Sabemos también que esta carrera de enriquecimiento, que ha generado el cambio climático, afectará principalmente a los países del Sur. Del total de costos económicos estimados por los impactos del cambio climático, entre un 75% y 80% serán asumidos directamente por nuestros países.

Por ello:

Debemos implementar las políticas y acciones necesarias que prevengan y eviten el agotamiento de los recursos naturales. la vida depende del sostenimiento de la capacidad de regeneración de los sistemas de vida de la madre tierra y del manejo integral y sustentable de sus componentes. por ello junto con los derechos individuales, los derechos colectivos de los pueblos, debemos incorporar en todas las legislaciones los derechos de la madre tierra. La naturaleza puede existir sin el ser humano; pero el ser humano no puede existir un solo segundo sin naturaleza. Por él, tenemos que naturalizar al ser humano y humanizar responsablemente a la naturaleza.

Desarrollo integral significa también cambiar el orden de prioridades de la generación de riqueza. De la economía para el lucro, la ganancia y el acaparamiento, debemos pasar a la economía de la satisfacción de necesidades humanas. La economía del lucro va

a aniquilar las condiciones naturales de la vida humana, y encima dividiendo al mundo en ricos, muy ricos, y en pobres.

Desarrollo integral es respetar las distintas actividades individuales y colectivas, pero priorizando la producción de bienes comunes, de riqueza compartida entre todos los habitantes de un país y luego entre todos los habitantes de un continente y el mundo. La mejor riqueza es la riqueza que es de todos. La mejor economía, la más duradera y justa es la que se distribuye entre todas las personas.

Debemos desde el G77 más China avanzar de forma contundente en la creación de mecanismos que no estén basados en los mercados de carbono y las funciones ambientales de la naturaleza sino en la complementariedad y solidaridad de los Estados con transferencia de financiamiento, tecnología y desarrollo de capacidades.

2. Refundar la democracia: de la democracia representativa a la democracia participativa y comunitaria que democratiza la riqueza

Hoy por el mundo entero se consolidan las formas democráticas de elegir gobernantes. Sin embargo, también se apodera el desánimo y el ausentismo. Cada vez menos gente acude a las votaciones electorales; y no es porque el pueblo no quiera participar en las decisiones de gobierno.

Lo que pasa que el pueblo siente que depositar su voto cada 4 o 5 años no es suficiente. Siente que su voto cada 5 años es cambiado cada día por la dictadura de los mercados financieros. Los jóvenes quieren participar pero más continuamente y de manera directa en los asuntos comunes; los trabajadores y las trabajadoras quieren ser oídos en cada momento a través de sus organizaciones sociales; los indígenas y campesinos queremos que se respeten nuestras tradiciones comunitarias. El pueblo necesita nuevos mecanismos democráticos para cambiar el mundo. Pero las democracias

meramente electorales son insuficientes para esta nueva demanda participativa; las democracias electorales se muestran cansados fósiles, sin fuerza para cobijar las ganas de democracia real de los pueblos.

La historia nueva reclama pasar de la democracia representativa en la que el poder está mayoritariamente al servicio élites, a la democracia participativa y comunal donde los jóvenes, profesionales, indígenas, mujeres, campesinos, trabajadores participemos activamente en las decisiones sobre nuestras vidas, sobre nuestros derechos, sobre nuestros bienes comunes.

La revitalización de la democracia en este nuevo siglo requiere que la acción política se constituya en un completo y permanente servicio a la vida, que es, a su vez, un compromiso ético, humano y moral con nuestros pueblos, con los más humildes, recuperando los códigos de nuestros ancestros: no robar, no mentir, no ser flojo y no ser adulón.

La democracia no es solo decidir quién nos gobernará durante 5 años; democracia es participar en el destino de nuestra vida en común, comenzando por los bienes comunes que tiene cada sociedad. Por eso, no hay democracia real sin democracia económica, sin distribución de la riqueza que es de todos.

3. Los servicios básicos como derecho humano universal

Hoy la humanidad ha alcanzado tal capacidad de producción de riqueza material que es capaz de garantizar alimento, agua, luz, educación y salud para todos sus habitantes. Pero, sin embargo, millones de personas van a dormir cada noche con hambre; millones de personas pasan sed, no cuentan con apoyo médico y se mueren por enfermedades de pobreza y abandono.

Y es que en el planeta todavía sigue existiendo una realidad insultante y abusiva que es la de las brechas que existen entre los ricos y los pobres. Esto se debe a una desigual distribución de los

ingresos pero también a un acceso desigual y discriminador a los servicios básicos. El capital y el mercado no resuelven la inequidad y la pobreza, solo privatizan los servicios y lucran con las necesidades. Ya hemos vivido catastróficamente la privatización de los servicios básicos y en especial del agua.

Para resolver las graves inequidades sociales es necesario emprender, entre otras, las siguientes acciones.

Es un imperativo avanzar en el reconocimiento, en la legislación internacional y en la normativa nacional de los países del mundo, de que los servicios básicos –agua, electricidad, comunicaciones y saneamiento básico– son un derecho humano fundamental de las personas en todos los rincones del planeta.

En particular, el agua debe constituirse en un derecho humano esencial de las personas porque aporta directamente al desarrollo de la vida de todos los seres del planeta, y es un insumo fundamental para la movilización de todos los procesos productivos.

Conjuntamente con el reconocimiento de los servicios básicos como un derecho humano se debe avanzar en la nacionalización de estos servicios ya que las administraciones privadas marginan a la mayoría de la población de su acceso a estos servicios fundamentales para la vida de las personas al darles un valor económico inalcanzable para muchos.

4. Descolonizar la economía; descolonizar la cultura; descolonizar los saberes; descolonizar el mundo

En pleno siglo XXI no puede haber ningún país que usurpe territorio de otro país, ni potencia que utilice territorio extranjero para depositar sus tropas. Esa es una indigna herencia colonial del siglo XVI que tiene que erradicarse del mundo entero. Cada pueblo tiene el derecho a gobernarse a sí mismo y nadie tiene la autoridad moral ni histórica de invadir territorio ajeno.

Todos los pueblos somos dueños de nuestros destinos y no hay pueblos superiores ni inferiores. Todos tenemos un aporte para el mundo y un mundo de paz y bienestar se ha de construir con el aporte democrático de todos los pueblos y Estados.

Pero no solo hay colonialismo territorial, también hay colonialismo económico, colonialismo cultural, colonialismo tecnológico, todos ellos tan aborrecibles como el primero. Mientras haya cualquier colonialismo, no habrá paz duradera. Mientras haya colonialismo no habrá igualdad ni justicia. El colonialismo es la más brutal y arcaica forma de dominación que destruye a la humanidad. Ella es la madre del fascismo, del racismo de toda discriminación. Y su superación exige el respeto a la libre determinación de cada pueblo, al intercambio complementario de saberes y a la solidaridad entre Estados.

El mundo sabe que existen temas no resueltos, asuntos como el de las Islas Malvinas, la situación de Palestina y el enclaustramiento boliviano. Estos temas deben ser resueltos pacíficamente y en el marco del derecho internacional competente.

El destino de la humanidad es la hermandad universal de los pueblos.

5. Erradicar el hambre en los países del Sur consolidando nuestra soberanía con seguridad alimentaria y acceso a los alimentos sanos y saludables para una salud digna de los pueblos

Tenemos que eliminar los monopolios en la provisión de insumos agrícolas para garantizar la seguridad alimentaria con soberanía. Por eso proponemos que cada uno de nuestros países garantice los alimentos básicos y propios que consume su población a partir del fortalecimiento de sus prácticas productivas, culturales y ecológicas así como del intercambio solidario entre pueblos.

6. Ciencia y tecnología al servicio de los pueblos y de la humanidad para vivir bien

La ciencia, el conocimiento y la tecnología son un patrimonio de la humanidad, son creación de la humanidad y deben servir a la felicidad de la humanidad; porque con el desarrollo científico y tecnológico se crean las condiciones para el desarrollo integral, para erradicar la pobreza y el hambre, para producir alimentos, para dar servicios básicos, para desarrollar nuevas industrias, para tener nuevas fuentes energéticas limpias y accesibles para los pueblos y naciones.

La ciencia y el desarrollo tecnológico no pueden ser una mercancía, negociable en los mercados bajo la forma de patentes y licencias que benefician a pocos y enriquecen a los más ricos. Como patrimonio de la humanidad, no pueden ser monopolio de ciertos países, no pueden ser un instrumento de poder y control económico.

La ciencia y la tecnología deben ser instrumentos para liberar a los pueblos; para fortalecer la solidaridad, la complementariedad, el intercambio justo; deben ser los medios más importantes para las relaciones de respeto entre las naciones y de armonía con la madre tierra.

Desde el G77 más China tenemos que consolidar la liberación del conocimiento, de la ciencia y la tecnología moderna; al mismo tiempo, proteger y fortalecer los saberes, conocimientos, ciencia y tecnologías ancestrales de los pueblos y las naciones indígenas.

Debemos ser capaces de diseñar e implementar alianzas y mecanismos de transferencia tecnológica que democratizen la economía y permitan el desarrollo integral de todos los pueblos, sobre la base del respeto a la diversidad de visiones, enfoques y sistemas de conocimiento, desechando las visiones mercantilistas y monopólicas.

La tecnología, que tanto bien podría brindar a la humanidad, es usada para violar los derechos de millones de personas a través del espionaje masivo y selectivo. El espionaje es una muestra de la soberbia y del desprecio con que desde el imperio ven al resto del mundo. Un desprecio que puede llegar incluso al secuestro de presidentes violando las normas sobre inmunidad e inviolabilidad de los jefes de Estado.

7. Frente a la crisis del capitalismo, nueva arquitectura económica financiera mundial

Las últimas crisis del capitalismo han presentado, en los diferentes países, efectos cada vez más fuertes y profundos. Estas crisis están cuestionando las estructuras del sistema económico y financiero capitalista, están cuestionando al nuevo poder de los bancos y al poder financiero mundial responsable de la pobreza y el hambre de los pueblos.

Los grandes bancos y sistemas financieros han debilitado nuestros sistemas nacionales, especialmente allí donde los Estados son vulnerables por su dependencia económica y desregulación financiera, allí donde los organismos financieros internacionales han presionado para la libertad bancaria, el libre mercado financiero y la ruptura de la soberanía, producto de los condicionamientos e imposiciones de políticas económicas neoliberales.

Como alternativa a la profunda crisis de capitalismo, tenemos que construir y poner una nueva arquitectura económica financiera al servicio de los pueblos y las naciones. Los organismos financieros y bancos mundiales que han controlado la economía mundial y nos han llevado al empobrecimiento extremo, dejaron de tener la moral para decirnos lo que debemos hacer, deben dejar de existir como instituciones reguladoras, como orientadores de la economía de los Estados, deben dejar de crecer a costa de la pobreza y el hambre de los indígenas, de los trabajadores, de los pueblos.

Esta nueva arquitectura económica financiera debe sustentarse en la integración, en el desarrollo integral en armonía con la madre tierra; debe promover mecanismos de complementariedad Sur-Sur liderado por el G77 más China.

Debemos promover la creación de fondos financieros solidarios y en beneficio de los pueblos y las naciones, fortalecer las monedas regionales, la regulación soberana de las actividades financieras en el marco de acuerdos integradores.

Debemos respetar las decisiones soberanas de los Estados en el uso de sus recursos naturales, así como en su utilización e industrialización para beneficio pleno de los pueblos, sobre la base de un desarrollo económico que brinde las condiciones para el vivir bien, en armonía con la madre tierra y con respeto a los estados.

8. Soberanía sobre los recursos naturales

La soberanía sobre los recursos naturales es la condición para la liberación de la dominación colonial y neoliberal. Un Estado que no aprovecha los recursos naturales priva a su pueblo de la riqueza necesaria para su desarrollo.

En muchos países del mundo la principal fuente de riqueza económica se basa en el aprovechamiento de los recursos naturales. Sin embargo, en la mayoría de los países esta riqueza ha sido saqueada y apropiada por manos privadas y potencias transnacionales que se enriquecen a costa de los pueblos.

Los recursos naturales en manos privadas profundiza la diferencia entre pobres y ricos. Los pobres, dueños de los recursos naturales, pasan a ser los peones de los ricos. Ningún pueblo puede ser libre si sus recursos naturales están en manos de los poderosos. La garantía de la libertad, de la democracia económica y de la industria creadora de riqueza es el dominio estatal sobre esos recursos naturales.

Pasar la propiedad de los recursos naturales al Estado en beneficio de los pueblos para que ellos estén orientados al goce y beneficio de todos.

Ha quedado en evidencia que los pueblos saqueados son pueblos esclavizados por el capital transnacional. Por ello, la nacionalización de los recursos naturales es la fuerza poderosa que libera no solo el freno al desarrollo sino también a la industrialización y a la diversificación económica. La nacionalización puede quebrar los procesos de colonialismo económico y garantizar el fortalecimiento del Estado.

9. Instituciones internacionales para el pueblo

Los pueblos deben ser gobernados por los pueblos. Los pueblos diseñan sus instituciones, sus reglas, su futuro libre de dominación. Cuando los pueblos son gobernados por empresas transnacionales, por corporaciones financieras o por organismos internacionales burocratizados se produce la injusticia, la desigualdad y la guerra. Debemos construir una institucionalidad mundial de los pueblos, de los pobres, de la madre tierra. No aceptamos ni permitimos el intervencionismo ni el neoliberalismo de las Naciones Unidas y de la institucionalidad del imperio del capital.

No se debe permitir ni admitir la construcción de bases militares e industria bélica para dominar a los pueblos con el pretexto de la seguridad nacional. Primero está la seguridad de los pueblos, la vida y la madre tierra. El armamentismo es el negocio de la muerte que enriquece al capitalismo y destruye el planeta.

Para construir una nueva institucionalidad de los pueblos del mundo hacia el vivir bien debemos construir las condiciones institucionales y jurídicas para que nuestros pueblos y países vivan con dignidad y soberanía sin intervencionismo y sin bases militares extranjeras.

Liberarnos de las ataduras ideológicas y políticas de los organismos mundiales financieros –como el BM y el FMI y de sus satélites e intelectuales de la dominación neoliberal– construyendo nuestras propias instituciones para el diseño y asesoramiento de políticas hacia el vivir bien.

Construir una organización mundial de los pobres, una organización mundial de la justicia, una organización mundial de la soberanía de los pueblos, una organización mundial de la madre tierra, una organización de la asamblea de los pueblos del mundo.

La construcción de esa nueva institucionalidad implica una lucha frontal y conjunta contra todas las formas de corrupción. La corrupción le resta recursos a nuestra lucha contra la pobreza, la corrupción socaba los pilares de nuestras sociedades. Por tanto, en esa lucha frontal contra este mal, no pueden existir países que alberguen y cobijen a personas procesadas por actos de corrupción.

10. Integración complementaria, paz y relaciones internacionales

El mundo de hoy está gobernado por un pequeño club de países poderosos que se han encargado de imponer sus reglas de juego en la economía, en las finanzas internacionales, en los intercambios comerciales, en la industria, la ciencia y la tecnología. Este club ha dejado a la mayoría de los pueblos del mundo a merced del imperio del capital, del intervencionismo imperial y de la voluntad caprichosa para explotar los recursos naturales.

Se ha hecho un hábito terrible invadir pueblos, destruir civilizaciones en procura de ejercer monopolio sobre recursos estratégicos. Las grandes potencias han logrado legitimar supuestas amenazas como el narcotráfico, la subversión, el terrorismo o la posesión de armas de destrucción masiva para desestabilizar gobiernos democráticos y pueblos soberanos.

Frente a la arrogancia del poder imperial, y de sus aliados privilegiados, los países del Sur debemos unirnos. La unidad permitirá preservarnos de las intervenciones coloniales, el saqueo de los recursos económicos y la imposición de la voluntad de unos cuantos sobre la mayoría de los países que persiguen su independencia.

El nuevo orden global neoliberal ha impuesto como premisa la competitividad que no es otra cosa que la ley de la selva donde solo se salvan los poderosos dejando a los débiles a merced de los aventajados. Nuestros pueblos ancestrales siempre vivieron integrados en culturas, integrados en comercio, integrados en solidaridad y en redes de colaboración. Fuimos complementarios porque allí radica la fuerza del pueblo. Hoy tenemos que construir y fortalecer nuestros acuerdos de integración entre los pueblos y comunidades, entre los Estados y gobiernos, en un marco de apoyo, colaboración y solidaridad para fortalecer la vida y la humanidad.

Frente a la diplomacia de la muerte y de la guerra, del mercantilismo, de la privatización, del saqueo de los recursos naturales, los pueblos del G-77 debemos construir la diplomacia de los pueblos.

El Sur no es ni puede ser un obediente y servil peón de las potencias del Norte. No somos el depósito de la basura industrial ni nuclear de las potencias del Norte, ni somos la fuente inagotable de materias primas para ellas. El Sur está emergiendo con la potencia de los pueblos y los gobiernos patriotas y soberanos, y está construyendo proyectos de integración comercial, productiva, cultural, tecnológica, económica financiera y social. Este es un momento en el que los pueblos del Sur, y también con los pueblos del Norte, debemos compartir, apoyarnos y fortalecernos social, económica y culturalmente.

Una condición para lograr la integración es contar con Estados y pueblos fuertes, pero al mismo tiempo con economías que se rijan por precios justos. Comercio justo y precios justos convierten a los Estados en actores proclives a la complementariedad.

Una integración real entre pueblos solo es posible si los propios pueblos deciden la forma de desarrollar su comercio. El comercio en manos de pocos se convierte en una tiranía internacional.

Es imperativo conformar coaliciones y alianzas poderosas para suscribir tratados de la vida, compartir conocimientos, tecnología y provisión de recursos financieros y no tratados de libre comercio que son tratados de la muerte para los pueblos del Sur y también para los pueblos del Norte.

Necesitamos construir un mecanismo para el desarrollo integral y la integración entre los Estados y pueblos del Sur que incluya las áreas de conocimientos, tecnologías, energía, producción de alimentos, financiamiento, salud y educación, entre otros.

En esta oportunidad, en el año en que celebramos los cincuenta años de la fundación de nuestro grupo, quiero que conmemoremos conjuntamente este aniversario. Para ello, quiero pedirles que juntos convoquemos a una cumbre de jefes de Estado del Grupo de los 77 más China, en Bolivia, el 15 de junio de 2014. Así fortaleceremos nuestros vínculos y continuaremos esta lucha juntos.

Sección 2: **¿Qué será el NOEI?**

Un nuevo alineamiento internacional por la supervivencia planetaria

Ernesto Samper Pizano

Durante los cuatro años de mi gobierno (1994-1998), Colombia ocupó la presidencia del Movimiento de Países No Alineados (MNOAL). En el acto de asunción de la presidencia del Movimiento, celebrado en la ciudad de Cartagena (Colombia) en noviembre de 1995 y con la presencia de más de setenta jefes de Estado y de gobierno, sostuvimos la tesis de que, aunque la Guerra Fría de potencias producto del final de la Segunda Guerra Mundial estaba desapareciendo, todavía resultaba necesario mantener el no alineamiento de nuestros países frente a la polarización que esta había generado.

En este período conseguimos acercar a varios países latinoamericanos al ideal de un “Sur solidario”, el cual es compartido por otros países africanos y asiáticos. Es decir, ejercer nuestra solidaridad colectiva para luchar contra fenómenos como la exclusión social, las prácticas hegemónicas de los países del Norte Global y una nueva globalización que estaba dividiendo el mundo en un gran casino de pocos ganadores y muchos perdedores.

No sabíamos, entonces, que menos de tres décadas después, esa misma globalización, construida bajo los lineamientos del modelo neoliberal, comenzaría a caerse a pedazos. En América Latina estamos sintiendo ya los efectos de esta desglobalización sobreviniente. Lo anterior, debido a que, primero, la pandemia producto

del Covid-19 dividió los países entre productores y no productores de las vacunas salvadoras. Los países más pudientes y avanzados científicamente se proveyeron de las primeras dosis en cantidades muy superiores al número de sus habitantes e impidieron que los sobrantes se exportaran, además de restringir el acceso a los insumos necesarios para producirlas. De manera agresiva se opusieron en foros internacionales, como la Organización Mundial de la Salud (OMS), a la pretensión de los países en desarrollo para que las vacunas contra el coronavirus fueran declaradas bienes sociales universales. También, lo hicieron en la Organización Mundial del Comercio (OMC), cuando los mismos gobiernos de países en desarrollo pidieron la liberación de las licencias de propiedad para producirlas. Como resultado de este proteccionismo sanitario, de acuerdo con la CEPAL, regiones como América Latina, donde habita el 8% de la población mundial, mostraron cifras dramáticas, con el 33% de los fallecimientos mundiales por COVID. De estar activo el MNOAL, tal vez, en uno de los momentos más difíciles por los que ha atravesado la humanidad en su historia, no habría sido tan dramático este reparto del dolor y la muerte.

Segundo, mientras estábamos muriendo en medio de la pandemia, la preocupación por el cambio climático y las consecuencias del calentamiento global seguía creciendo. A pesar de los compromisos internacionales asumidos por los países más contaminadores del medio ambiente, aún no se han logrado bajar los grados de temperatura necesarios para que el planeta recupere su equilibrio ecosistémico. Por una parte, porque al parecer aumentará el uso de combustibles fósiles si se prolonga y extiende la insensata guerra de Ucrania, calentando más la política y el ambiente. Por otra, porque en Latinoamérica, que actúa como un importante pulmón de oxígeno para el mundo por sus grandes reservas de biodiversidad en la Amazonía, se continúa afectando los bosques y se confirma que el 20% del total de su territorio ha sido deforestado, además de que se han ido secando sus fuentes hídricas afectando las posibilidades de producción campesina de alimentos. Asimismo, se

utilizan grandes extensiones de tierras para el desarrollo de ganaderías improductivas y contaminantes, por lo que los habitantes de esta parte privilegiada del mundo hemos vuelto a escuchar la palabra “hambre” que creíamos ya desaparecida. En este panorama, la necesidad de una transición verde que privilegie la vida resulta inaplazable para enfrentar un calentamiento global que está multiplicando fenómenos naturales; como los huracanes y las tormentas tropicales en el Caribe, así como los sismos en las zonas andinas. La acción del MNOAL habría sido muy positiva para los países del Sur Global en el diseño de modelos de transición ecológica, como los que demanda América Latina, los cuales buscan privilegiar la protección de las reservas de agua, conservar las especies animales, descarbonificar el aire, facultar el consumo de proteínas vegetales y restablecer el equilibrio entre ecosistemas amenazados por la agricultura transgénica.

Tercero, un hecho preocupante en medio de este panorama apocalíptico, es el regreso, como en una película de terror, a la época de la Guerra Fría, consecuencia de la guerra entre Rusia y Ucrania, con el peligroso ingrediente, en este caso, de una posible conflagración nuclear que acabaría con el planeta entero: países pacifistas que se rearmen, fábricas de armamento que producen a toda marcha, la extracción de combustibles fósiles que es insensible al alza de sus precios; lo mismo que la inflación que está castigando a todos los países del mundo por el encarecimiento de los alimentos, los mayores precios de los fertilizantes y el sobreprecio de los combustibles. Mientras tanto, continúa la imposición unilateral de sanciones económicas contra Cuba, Rusia y Venezuela, entre otros, que golpean por igual a sus poblaciones más necesitadas, diezmadas y debilitadas por la pandemia y la crisis del medio ambiente.

¿Qué haría el MNOAL frente a este panorama tan desolador? Seguramente, plantearía la posibilidad de empezar a construir un nuevo proyecto colectivo de solidaridad para enfrentar los nuevos desafíos, pues lo que está en juego es la propia supervivencia de la

especie humana. Un nuevo proyecto que tenga en cuenta que, en la evolución de la defensa de los derechos humanos, hemos pasado de los derechos políticos del siglo XVIII contra la tiranía, a los derechos económicos contra el capitalismo en el siglo XIX, a los derechos de las minorías sociales en el siglo XX, hasta llegar a este siglo en el que los derechos comprometidos están relacionados con el daño que nosotros mismos nos podemos hacer, por cuenta de la violación de derechos planetarios; como la preservación genética, la sostenibilidad del medio ambiente o la paz nuclear. Para alcanzar este cometido, un nuevo movimiento de países progresistas debería liderar, dentro del marco de una nueva globalización más justa y efectiva, un replanteamiento del sistema de Naciones Unidas que lidere una salida multilateral de la encrucijada en que se encuentra el mundo. El regreso a la polaridad hegemónica de dos o tres países imponiendo sus reglas de juego, no es una alternativa.

Se trata de poner en marcha un modelo solidario de desarrollo que reemplace el desacreditado esquema neoliberal que profundizó las diferencias sociales, que redujo los niveles de crecimiento económico y que debilitó los procesos de integración por regiones. Empezaríamos por una cirugía de alta precisión a los subsectores que hoy conforman la organización de Naciones Unidas y que, como se sabe, se ha desarrollado a través de tres subsistemas:

- El subsistema político, conformado por la Asamblea General de países miembros, la cual ha sido convertida en un muro de lamentaciones donde los gobernantes de todo el mundo acuden anualmente a presentar exigencias, miedos y reclamos sobre sus países de origen. Está, también, el Consejo de Seguridad donde se ventilan las tensiones políticas globales, el cual es integrado por varios países, cinco de los cuales, los ganadores de la Segunda Guerra, tienen un poder de veto que anula la posibilidad democrática de que la seguridad del mundo sea decidida por todos los países.

- El subsistema económico, que lo integran el Banco Mundial (BM), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Organización Mundial del Comercio (OMC), en el que los dos primeros toman sus decisiones según la participación de los países socios en sus capitales constitutivos, deja en manos de unos pocos gobiernos la decisión sobre los plazos y las condiciones de los préstamos concedidos. Gracias a esta atribución privilegiada, el subsistema ha logrado imponer su propio modelo –neoliberal, por supuesto– a los socios de minoría capital. Con este sesgo, el FMI y el BM deciden sobre los préstamos relacionados con el equilibrio de las balanzas de pagos, la corrección de los desequilibrios fiscales y cambiarios, las prioridades sectoriales del desarrollo y las características de los flujos de comercio e inversión internacionales. Con la norma del “consenso obligatorio” para tomar todas sus decisiones, la OMC, el tercer socio de esta santísima trinidad económica del sistema de Naciones Unidas, cumple el papel poco relevante de evitar que algo cambie en la desnivelada cancha del comercio mundial que existía cuando la organización fue creada.
- El subsistema social, en franca decadencia presupuestal, cumple con dificultad su papel de canalizar recursos sociales, cada día menos suficientes, para objetivos nobles; como la educación, la salud, la cultura, la alimentación o la defensa de otros derechos humanos igualmente respetables.

Una reforma a fondo del sistema de Naciones Unidas debería tener en cuenta la corrección de estas asimetrías institucionales. Reforma que debe refrendar el voto democrático de la Asamblea de países miembros y que debería ser complementada con el establecimiento de un sistema de bancadas geográficas, que actuaría en distintas alianzas temáticas o políticas, como las que existen en algunas instancias que fueron creadas por iniciativa de los MNOAL; por ejemplo, el Grupo de los 77, en materia de consulta económica.

Además de sus objetivos fundacionales, como la preservación de la paz, el nuevo sistema de Naciones Unidas se ocuparía, prioritariamente, de enfrentar los riesgos que hoy nos amenazan como especie humana: el cambio climático, el hambre, el armamentismo o las posibilidades de un enfrentamiento nuclear. Para enfrentarlos, debemos ser conscientes de que el camino por recorrer es largo y el tiempo para hacerlo demasiado corto. Por lo que, en torno a estas decisiones, los bloques regionales de países conformarían mayorías, celebrarían alianzas estratégicas, acordarían pronunciamientos de mayorías y se manifestarían en función de sus intereses integracionistas, guiados por la consolidación de un nuevo modelo solidario global; en el cual, temas como el de la inclusión social, la generación de valor, la construcción de ciudadanía y la transición ecológica se conviertan en acciones articuladoras de la supervivencia pacífica en el mundo. Ese sería el desafío de un nuevo MNOAL.

Nuestro planeta

Michael Franczak

El pasado del NOEI

Las raíces del NOEI se remontan a los acuerdos posteriores a la Segunda Guerra Mundial y a las frustraciones de los países en desarrollo durante la conferencia de Bretton Woods de 1944. Ya entonces, delegaciones como las de India, China, Egipto y México manifestaron su descontento por la ausencia de un componente de desarrollo en los Acuerdos, la presunción de una división internacional del trabajo fija, las cuotas desequilibradas y la consagración del dólar estadounidense como moneda de reserva mundial.⁴ Sin embargo, no fue hasta la década del sesenta cuando surgió un importante programa de reformas de la economía mundial favorable a los países del sur, principalmente a través de la contribución de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD, según sus siglas en inglés). Bajo la dirección del economista argentino Raúl Prebisch, la UNCTAD funcionó para los países en desarrollo como una especie de alternativa a las

⁴ Sobre India, China, y Egipto, véase Michael Franczak (2017). Para más información sobre el Sur y el desarrollo en Bretton Woods, véase Eric Helleiner (2014).

instituciones financieras internacionales (IFI), diseñadas en gran medida por y para los países desarrollados.⁵ Actuando como el bloque del “Grupo de los 77” establecido en la UNCTAD I en 1964, los países del Sur podían reunirse y elaborar estrategias para cambiar a su favor las reglas del comercio y las finanzas, o al menos para conseguir un mejor puesto en la mesa de negociaciones.

Las semillas del NOEI fueron sembradas en la UNCTAD III, celebrada en Santiago de Chile en 1972, donde el presidente mexicano Luis Echeverría presentó una Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados. Pero el acontecimiento que impulsó al NOEI a pasar de la idea a la práctica fue la crisis del petróleo de 1973-74. Actualmente sabemos que las alzas de los precios del petróleo lanzadas por los miembros árabes de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) en octubre de 1973 formaban parte de un abanico más amplio de esfuerzos del Tercer Mundo hacia la “descolonización económica” y el desarrollo, que culminaron en la Declaración sobre el Establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) de 1974 en las Naciones Unidas.⁶ El objetivo era transformar fundamentalmente a su favor el desmoronado orden económico de posguerra mediante negociaciones económicas integrales; para ello, contaban con el poderío económico recién demostrado de los miembros de la OPEP, llenos de fondos. “Lo que pretendemos”, explicó el presidente de Venezuela y líder de la OPEP, Carlos Andrés Pérez, “es aprovechar esta oportunidad en la que las materias primas, y principalmente las energéticas, valen tanto como el capital y la tecnología, para poder llegar a acuerdos que garanticen equilibrios justos y duraderos” (Pérez, 1974).

El gobierno estadounidense estaba unido en su oposición al NOEI, pero dividido en su reacción. En la administración Ford, el

⁵ Para más información sobre Prebisch, véase Edgar J. Dosman (2008).

⁶ Daniel J. Whelan (2015). Para un análisis más amplio de la relación entre el derecho al desarrollo y el NOEI, véase Christopher Dietrich (2017).

afán del Secretario de Estado Henry Kissinger por pacificar rápidamente al Sur mediante concesiones en materia de comercio y ayuda contó con la oposición de asesores económicos neoliberales como el secretario del Tesoro William Simon y Alan Greenspan, que le acusaron de sabotear su propia cruzada desreguladora en su país. Kissinger no simpatizaba en absoluto con el NOEI, pero no consideraba las declaraciones como una verdadera amenaza para el orden internacional. Es más, creía que oponerse rotundamente a él alienaría a los ansiosos aliados estadounidenses de Europa Occidental, cuya dependencia de las materias primas del Sur global (especialmente el petróleo) era mucho mayor.

Además, el NOEI dividió a los liberales estadounidenses en dos bandos. Por un lado, había un número creciente de demócratas “neoconservadores”. El conflicto en torno al NOEI no era simplemente una batalla entre naciones ricas y pobres, insistía Irving Kristol desde su columna del *Wall Street Journal*, sino “más bien una cuestión de actitud hacia los sistemas políticos y económicos liberales, y hacia la civilización liberal en general” (Kristol, 1975). En la revista *Commentary*, los neoconservadores establecieron conexiones directas entre los ataques de la Nueva Izquierda nacional al liberalismo de “centro vital” de posguerra en los campus universitarios estadounidenses y los ataques del Tercer Mundo al “orden internacional liberal” de posguerra en la ONU. La primera victoria de este bando llegó con el nombramiento como embajador de la ONU por Ford del autodenominado “demócrata de Harry Truman”, Daniel Patrick Moynihan. La propuesta de Moynihan de que Estados Unidos “pasara a la oposición” contra la mayoría poscolonial de la ONU le granjeó amplio apoyo en su país, pero dejó a Estados Unidos aislado tanto del Norte como del Sur (Moynihan, 1975).⁷

⁷ Para una descripción completa del ataque de *Commentary* al NOEI, véase Franczak (2019).

Por otro lado, estaban los “liberales del orden mundial” de la Comisión Trilateral y, más tarde, de la Administración Carter. Con la misión autodenominada de “hacer del mundo un lugar seguro para la interdependencia”, el equipo de Carter prometió dar prioridad a las relaciones Norte-Sur y propuso convertir su emblemática iniciativa de política exterior –los derechos humanos– en una campaña mundial para satisfacer las “necesidades humanas básicas” de los países pobres. Pero el G-77 sospechaba (con razón) que la intención de Carter al centrarse en atacar la pobreza dentro de los países era acabar con el debate sobre la reforma estructural mundial, independientemente de su sinceridad personal con respecto al primer objetivo. De hecho, Kissinger, el “realista”, se mostró más dispuesto a ceder en ciertos aspectos de ayuda y comercio que la administración Carter, ferviente y orgullosamente liberal. Finalmente, la insistencia de los liberales respecto al orden mundial en mantener la primacía de Estados Unidos en las instituciones internacionales pesó más que su compromiso de proporcionar más ayuda y de forma más eficaz contra la pobreza.⁸

A finales de la década, la oposición del Norte (encabezada por Estados Unidos) y la división dentro de los países del Sur (la OPEP contra los “No-PEC”) habían dejado al NOEI entre la espada y la pared. El golpe de gracia llegó en 1979, cuando la Reserva Federal estadounidense subió drásticamente los tipos de interés (el impacto Volcker) para frenar la inflación. La medida funcionó, pero a costa de una crisis masiva de la deuda que comenzó en América Latina y se extendió a África y partes de Asia, provocando una “década perdida de desarrollo” para muchos países. El movimiento contra el NOEI había tenido el efecto deseado, ya que Ronald Reagan mantuvo una actitud generalmente hostil hacia la ONU, compartida entonces por muchos estadounidenses, incluidos los demócratas (Byrnes, 2021). Al mismo tiempo, la administración

⁸ Para más información sobre la Administración Carter, las necesidades básicas y el NOEI, véase Franczak (2018).

Reagan restauró el liderazgo estadounidense en las instituciones financieras internacionales. En el FMI, la triple política del neoliberalismo –privatización, liberalización y disciplina fiscal– se convirtió en dogma constituyendo el temido Consenso de Washington.⁹ En el Banco Mundial, el presidente A. W. Clausen (antiguo consejero delegado del *Bank of America*) y la economista jefe Anne Krueger achacaron la pobreza del Tercer Mundo a la mala gobernanza e impulsaron el ajuste estructural como condición previa para conceder préstamos (Stern y Ferreira, 1997). El Estado, antiguo sirviente del desarrollo, se convirtió ahora en su obstáculo, sofocando los deseos de miles de millones de empresarios en ciernes (Meyerowitz, 2021).

En resumen, los responsables de la política exterior estadounidense abandonaron su preocupación por la desigualdad mundial en cuanto desapareció el NOEI, mientras que las posturas neoconservadoras y neoliberales, antaño marginales, se convirtieron en la corriente dominante. La Administración Reagan eliminó inmediatamente los derechos económicos y sociales de su programa, al igual que los demócratas del Congreso. En su lugar, los derechos humanos en la política exterior estadounidense resurgieron en la década de 1980 como armas poderosas contra adversarios de la Guerra Fría acusados de abusos políticos –básicamente donde se sitúan hoy en día Rasmus Sondergaard, 2020).

El presente del NOEI

¿Quién se benefició de los cuarenta años de globalización neoliberal que siguieron al NOEI? El economista Branko Milanovic ha hecho números, y los resultados son más sencillos de lo que cabría esperar: “Los grandes ganadores han sido los pobres y las clases

⁹ Para más información sobre los orígenes, evolución y aplicaciones alternativas del Consenso de Washington, véase John Williamson (2005).

medias asiáticas; los grandes perdedores, las clases medias bajas del mundo rico” (Milanovic, 2018).

Las reformas del mercado y la eliminación de las barreras al comercio y al capital tanto en los países ricos como en los pobres fomentaron el crecimiento de una nueva clase media mundial, especialmente en países grandes como India y China. En conjunto, esto ha dado lugar a una convergencia relativa de los ingresos globales, de lo que se podría concluir que la globalización neoliberal logró lo que el NOEI deseaba: la reducción de la desigualdad, especialmente entre el Norte rico y el Sur pobre. Sin embargo, si se elimina a China o India de la ecuación, la impresión es diferente. Sin las ganancias de estos dos países, la desigualdad mundial en este periodo en realidad aumentó. Por supuesto, ni China ni India compraron el modelo neoliberal al por mayor, y el Estado sigue siendo *primus inter pares* en la economía nacional: ellas constituyen las excepciones que confirman la regla. E incluso con China e India, la desigualdad mundial disminuyó de forma más significativa después de 2008, es decir que el estancamiento en el Norte tras la Gran Recesión también está ayudando a cerrar la brecha (Milanovic, 2018). De hecho, las ganancias económicas durante el punto álgido de la globalización neoliberal fueron, para la mayoría de los estadounidenses, escasas. De 1993 a 2018, los ingresos medios reales por familia en Estados Unidos crecieron un 30% –básicamente lo justo para mantener el ritmo de los precios al consumidor. (Esto ya no es cierto dada la inflación actual.) Sin embargo, si se elimina el 1 por ciento superior, el crecimiento de los ingresos reales medios para el 99 por ciento restante se reduce en 11 puntos. Al mismo tiempo, los ingresos del 1% de los más ricos crecieron un asombroso 100,5% durante los años de Clinton, Bush y Obama (Saez, 2018).

Enfrentados a salarios bajos, impuestos regresivos, burocracias que no responden, asistencia sanitaria cara y supeditada al empleador, y una guerra interminable en Medio Oriente, no es de extrañar que tantos estadounidenses se vean ahora a sí mismos –y, hasta cierto punto, a su país– como víctimas de la globalización

en lugar de como su beneficiario y administrador. Esta es la ironía de la derrota del NOEI por parte de la política exterior estadounidense. La reconstitución por el Norte del orden mundial de acuerdo con los principios del libre mercado mundial y nacional en los años ochenta y posteriores incrementó el costo de la supremacía de Estados Unidos en el extranjero, dejando al mismo tiempo una economía nacional en la que los beneficios se redistribuyen abruptamente hacia arriba. La consecuencia en el país fue una oferta insostenible de bienes de consumo baratos y crédito en lugar de aumentos salariales, asistencia sanitaria universal, vivienda asequible y educación superior –nuevamente, donde Estados Unidos se encuentra estancado en la actualidad.

El futuro del NOEI

Puede que el NOEI haya perecido con la crisis financiera de los 80, pero el Grupo de los 77 (+ China) es más fuerte que nunca en un foro que recibe más atención que análisis: el de las negociaciones mundiales sobre el cambio climático dentro de la Convención Marco de la ONU.

Las relaciones Norte-Sur siempre han sido fundamentales para la gobernanza mundial del medio ambiente, desde la Conferencia de Estocolmo sobre el Medio Ambiente Humano de 1972 (por la que se creó el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente -PNUMA) hasta la COP-1 de 1995, en la que las partes acordaron que las negociaciones sobre el clima podrían solo avanzar sobre la base de una Responsabilidad Común pero Diferenciada¹⁰. En cada etapa, las preocupaciones del Sur no se limitaron a las nociones de desarrollo sostenible, sino que incluyeron reformas estructurales de la economía mundial. También en este ámbito, Estados

¹⁰ Sobre los orígenes Norte-Sur de la gobernanza ambiental mundial, véase Maria Ivanova (2021).

Unidos ha buscado tradicionalmente un papel de liderazgo, como hizo la Administración Nixon en Estocolmo y la Administración Obama en París. Pero, al igual que en las anteriores negociaciones del NOEI, la reticencia de Estados Unidos y sus aliados a financiar a las instituciones ambientales mundiales controladas por el Sur ha ido acompañada del incumplimiento de promesas más modestas (como la ayuda al desarrollo, entre otras). No pretendo tener nada parecido a un proyecto para un “nuevo NOEI” —y considero que los internacionalistas progresistas no deberían descartar la utilidad de la cooperación económica regional, especialmente en la adaptación al cambio climático— pero me parece que es en este punto donde está la acción, y es ahí donde deberíamos actuar. Así pues, concluiré con tres grandes problemas de las negociaciones sobre el clima mundial que, en mi opinión, cualquier neo-NOEI tendría que abordar.

En primer lugar, existe el problema de la rentabilidad, en el sentido de que todo el dinero se gana con la mitigación en los países ricos y (algunos) de renta media. La adaptación no suele ser rentable, al menos a corto plazo, pero es muy necesaria en todos los países y especialmente en los pobres. Mucha gente en Wall Street cree de verdad que el cambio climático ya está resuelto porque Tesla gana dinero y BlackRock respalda a GFANZ. Pero si los gobiernos y las Instituciones Financieras Internacionales (IFI) ya están subvencionando sus beneficios —y lo están haciendo— entonces los gobiernos y las IFI, y no BlackRock, son quienes deberían imponer su control y determinar las prioridades. Cada dólar que un gobierno gasta en mantenerse a flote es un dólar que se quita del gasto nacional en sanidad, educación y bienestar general. Esto debería ser un principio moral y económico.

En segundo lugar, y relacionado con el primero, están los riesgos inherentes al gigantesco mercado de valores no regulado de bonos “verdes” y “azules”. Hay usos peores para el exceso de capital de los inversores institucionales del Norte global, y recientemente hemos visto algunos éxitos con programas de seguros vinculados

a estabilizadores automáticos (Jamaica es líder en este aspecto). Sin embargo, casi no existe un marco jurídico para este mercado en auge, y ya hemos visto antes el marco filosófico –garantías del gobierno y de las IFI a los bancos de Nueva York, Londres y París–.¹¹ Es necesario que se establezcan normas y que haya coordinación.

En tercer lugar, existe una falta total de responsabilidad por parte de los donantes. En la COP26, los países desarrollados fueron justamente criticados cuando se reveló que no alcanzarían los 100.000 millones de dólares anuales en financiación climática que habían prometido en 2009. También se reveló que solo entre el 10 y el 12% de los 80.000 millones de dólares que prometieron llegarían en forma de subvenciones. En la COP26, Estados Unidos prometió unos 12.000 millones de dólares en financiación para el clima; en marzo, el Congreso sólo aprobó 1.000 millones. Así que hablamos de cantidad y calidad, pero si los países ricos hubieran cumplido sus promesas durante décadas (AOD y de otro tipo) ahora nos encontraríamos en una situación muy diferente.

Bibliografía

Byrnes, Sean (2021). *Disunited Nations: US Foreign Policy, Anti-Americanism, and the Rise of the New Right*. Baton Rouge: Louisiana State University Press.

Dietrich, Christopher (2017). *Oil Revolution: Anticolonial Elites, Sovereign Rights, and the Economic Culture of Decolonization*. New York: Cambridge University Press.

¹¹ Para un brillante análisis de este problema en la financiación de la lucha contra el cambio climático, véase Daniela Gabor (2021).

Dosman, Edgar J. (2008). *The Life and Times of Raúl Prebisch, 1901-1986*. Montreal: McGill-Queen's University Press.

Franczak, Michael (2017). 'Asia' at Bretton Woods: India, China, and Australasia in Comparative Perspective. En *Global Perspectives on the Bretton Woods Conference and the Post-War World Order*, ed. Giles Scott-Smith and J. Simon Rofe (pp. 111–27). London: Palgrave.

Franczak, Michael (2018). Human Rights and Basic Needs: Jimmy Carter's North-South Dialogue, 1977-1981. *Cold War History*, 18(4), 447-464. <https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/14682745.2018.1468437>

Franczak, Michael (2019). Losing the Battle, Winning the War: Neoconservatives versus the New International Economic Order, 1974–82. *Diplomatic History*, Volúmen 43, edición 5, noviembre de 2019, páginas 867–889. <https://doi.org/10.1093/dh/dhz043>

Gabor, Daniela (2021). The Wall Street Consensus. *Development and Change*.

Ivanova, Maria (2021). The Untold Story of the World's Leading Environmental Institution: UNEP at Fifty. Cambridge: One Planet/MIT Press. <https://onlinelibrary.wiley.com/doi/abs/10.1111/dech.12645>.

Helleiner, Eric (2014). *Forgotten Foundations of Bretton Woods: International Development and the Making of the Postwar Order*. Ithaca: Cornell University Press.

Kristol, Irving (17 de julio 1975). The 'New Cold War'. *Wall Street Journal*.

Meyerowitz, Joanne (2021). *A War on Global Poverty: The Lost Promise of Redistribution and the Rise of Microcredit*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Milanovic, B. (2018). *Desigualdad mundial: un nuevo enfoque para la era de la globalización*. México: Fondo de Cultura Económica.

Moynihan, Daniel Patrick (1 de Marzo 1975). The United States in Opposition, *Commentary*, <https://www.commentarymagazine.com/articles/the-united-states-in-opposition/>.

Pérez, Carlos Andrés (1974). Carta del Presidente de Venezuela al Presidente de la Conferencia Mundial de la Alimentación reunida en Roma, 5 de noviembre de 1974. Caracas: Oficina Central de Información.

Rasmus Sondergaard, Reagan (2020). *Congress, and Human Rights: Contesting Morality in US Foreign Policy*. Cambridge University Press.

Saez, Emmanuel (2018). Striking It Richer: The Evolution of Top Incomes in the United States (Actualizado con estimaciones para 2018), <https://eml.berkeley.edu/~saez/saez-USStopincomes-2018.pdf>.

Stern, Nicholas y Ferreira, Francisco (1997) The World Bank as “intellectual actor”. Kapur, Devesh, Lewis, J.P. and Webb, Richard, (eds.) *The World Bank: Its First Half Century. Volume 2: Perspectives*. Brookings Institution (p. 535). Washington D.C.

Whelan, Daniel J. (2015). ‘Under the Aegis of Man’: The Right to Development and the Origins of the New International Economic Order. *Humanity: An International Journal of Human Rights, Humanitarianism, and Development* 6(1), 93-108.

Williamson, John (2005). The Strange History of the Washington Consensus. *Journal of Post Keynesian Economics*, 27(2), 195–206.

Hacia un sistema monetario internacional multilateral

Paulo L. dos Santos y Devika Dutt

Una de las principales contribuciones a la paz que ofrece el programa de Bretton Woods es que liberará a las naciones pequeñas, e incluso medianas, del peligro de agresión económica por parte de vecinos más poderosos. La nación más pequeña ya no estará obligada a recurrir a sólo un país poderoso para obtener apoyo monetario o capital para el desarrollo, y tener que hacer peligrosas concesiones políticas y económicas en el proceso. La independencia política en el pasado a menudo ha resultado ser una farsa cuando la independencia económica no iba con ella.

Henry Morgenthau (1945)

La economía mundial tiene un problema con el dólar. La dependencia de la moneda en un solo país como principal forma de organizar el comercio, realizar transacciones financieras y depositar valores, crea una serie de desequilibrios económicos injustos y tensiones políticas, tanto en Estados Unidos como en el resto de la economía mundial. Otorga un poder económico y político desproporcionado al gobierno y las instituciones financieras estadounidenses; expone el comercio y las finanzas mundiales a la inestabilidad y perturbaciones originadas en la zona del dólar;

impone enormes costos a las naciones pequeñas e incluso medianas del mundo; y alimenta un crecimiento desproporcionado del sector financiero estadounidense, reforzando su influencia en la economía política de ese país.

Un problema histórico

Este problema no es nuevo. De hecho, la incapacidad de desarrollar un sistema monetario internacional equitativo y genuinamente multilateral es uno de los fallos institucionales más llamativos del capitalismo, y se remonta a los primeros tiempos de la revolución industrial. El patrón oro de aquella época y sus sucesores siempre han privilegiado a unas economías a expensas de otras, y han creado sesgos políticos que favorecen los intereses de los acreedores y el capital, en detrimento de los deudores y los asalariados.

Sólo una vez en la historia del capitalismo los responsables políticos de las principales potencias capitalistas consideraron la posibilidad de establecer un sistema genuinamente multilateral y equitativo: durante los debates de 1943 y 1944 sobre el orden económico posterior a la Segunda Guerra Mundial. Pero a pesar de las aspiraciones y declaraciones de participantes como John M. Keynes y el entonces secretario del Tesoro estadounidense, Henry Morgenthau Jr., la conferencia de Bretton Woods desembocó en la creación de un sistema centrado en el dólar estadounidense, en el cual los bancos centrales extranjeros podían presentar dólares a la Reserva Federal para intercambiarlo por oro.

Ese sistema efectivamente hizo recaer en las autoridades estadounidenses la tarea de suministrar las reservas internacionales principales del mundo. En esta tarea sólo se veían limitados por la voluntad de los bancos centrales de otros Estados de mantener dólares en lugar de oro. Como dijo el ministro de Finanzas francés, Giscard d'Estaing, en la década del sesenta, este acuerdo definía un privilegio exorbitante para la economía estadounidense, que

gozaba de mucho espacio para emitir eficazmente dólares con el fin de adquirir bienes y activos en el extranjero.

A finales de la década del sesenta, quedó claro que la economía estadounidense ya no podía cumplir sus obligaciones con el sistema de Bretton Woods. Su constante pérdida de competitividad en el comercio internacional, las presiones fiscales derivadas de su extensa guerra y derrota en Vietnam, y el aumento del gasto social en respuesta a la agitación política interna, provocaron crecientes déficits comerciales, salidas masivas de dólares y la preocupación de que las autoridades estadounidenses no pudieran satisfacer la demanda extranjera de convertibilidad de los billetes verdes en oro. En respuesta, Estados Unidos abandonó unilateralmente su compromiso de convertibilidad en 1971.

La serie de luchas exitosas de liberación nacional y anticoloniales en todo el mundo y la incapacidad de Estados Unidos para sostener el sistema de Bretton Woods, alimentó la esperanza de poder construir un nuevo orden monetario internacional más equitativo. El llamamiento de 1974 de las Naciones Unidas para un Nuevo Orden Económico Internacional señalaba explícitamente la necesidad de un nuevo sistema monetario centrado en la “promoción del desarrollo de los países en desarrollo y el flujo adecuado de recursos concretos hacia ellos” como medio para dismantelar “los vestigios restantes de la dominación colonial” y eliminar los obstáculos en el camino hacia la convergencia internacional en las disposiciones para el desarrollo económico y niveles de vida.

El poder de las promesas débiles

Desgraciadamente, el colapso de Bretton Woods fue seguido, en última instancia, por la reaparición del dólar como la forma monetaria internacional dominante de facto. Esta vez, el dólar no estaba respaldado por promesas de convertibilidad en oro, sino que se situaba por encima de todas las demás divisas sólo por su dominio

del mercado. Este dominio reflejaba el poder del Estado estadounidense, que reforzaba la credibilidad de su moneda y de sus bonos; un firme compromiso de los responsables políticos estadounidenses con la liberalización financiera y la estabilidad de precios, incluso a expensas de objetivos macroeconómicos como el empleo o el crecimiento de los ingresos; y el desarrollo de mercados amplios y de gran liquidez para títulos públicos estadounidenses efectivamente exentos de riesgo. En conjunto, estos factores contribuyeron a llevar a los inversores y emisores de valores a preferir los contratos financieros denominados en dólares, negociados en los mercados en los que la liquidez final la aseguraban los dólares o los valores del Tesoro estadounidense.

En las últimas cinco décadas, este sistema ha contribuido al desarrollo de una serie de desequilibrios e inequidades en la economía mundial.

También condujo al desarrollo de una demanda internacional desproporcionadamente creciente de activos denominados en dólares y de reservas en dólares. Esa demanda ha sostenido los persistentes, y a veces abultados, déficits comerciales de Estados Unidos desde principios de la década del setenta. En conjunto, la economía estadounidense se ha apropiado de decenas de billones de dólares en bienes y servicios de sus socios comerciales durante ese período. La demanda de activos en dólares también ha impulsado un crecimiento desproporcionado del sector financiero estadounidense y de su influencia sobre la política del país.

El predominio del dólar en las finanzas internacionales ha expuesto a la economía mundial y a los países en desarrollo a las vicisitudes de los ciclos de la política monetaria estadounidense. Desde el “choque Volcker” de 1980, un ajuste significativo de la zona del dólar ha ido acompañado de una contracción más amplia del financiamiento internacional y de interrupciones repentinas de los flujos de capital hacia los países en desarrollo, desencadenando a menudo tensiones financieras, agotamiento de las reservas de divisas y crisis monetarias, incluso cuando los responsables

políticos de las economías en desarrollo seguían las reglas del juego.

El patrón dólar también expone al mundo a las consecuencias de la mala gestión del sector financiero estadounidense. El pánico financiero de 2008, desencadenado por la crisis de las hipotecas de alto riesgo en Estados Unidos, provocó una repentina y perversa fuga de capitales desde los países en desarrollo hacia la seguridad percibida del dólar estadounidense. Esto contribuyó a crear graves tensiones en esas economías. La falta de liquidez del dólar, creada por la crisis, desencadenó un colapso en el financiamiento del comercio internacional, mayoritariamente denominado en dólares, paralizando el comercio internacional entre todos los países a finales de 2008.

El sistema inconvertible del dólar es profundamente desigual y propenso a la inestabilidad periódica.

Poder, subordinación y geopolítica

El estándar informal del dólar también pone en manos de los responsables políticos estadounidenses importantes medidas de poder económico y político. De hecho, el poder del dólar ayuda a definir nuevas modalidades de subordinación imperial y extracción financiera, y proporciona a las administraciones estadounidenses un arma geopolítica formidable.

Las sucesivas administraciones estadounidenses han ejercido su capacidad para determinar quién obtiene liquidez en dólares, y en qué condiciones, de forma tal que han favorecido los intereses pecuniarios de influyentes agentes estadounidenses, así como las agendas económicas y políticas más amplias de Estados Unidos. Esto fue más claro durante las crisis de la deuda latinoamericana de los años ochenta y noventa, y la crisis asiática de 1997, cuando se forzaron onerosas concesiones políticas a los gobiernos que se enfrentaban a graves crisis monetarias o de deuda soberana.

Desde la crisis financiera de 2007-2009, la Reserva Federal ha tratado de reforzar el estatus del dólar como base de las finanzas internacionales, formalizando su papel como principal proveedor internacional de liquidez a través de una serie de acuerdos de canje y recompra con algunos bancos centrales extranjeros.

La preferencia generalizada del mercado por los activos y reservas denominados en dólares, las cuentas de capital abiertas y un sistema de provisión de liquidez firmemente centrado en las instituciones estadounidenses han creado nuevos sesgos en la gestión monetaria internacional, sobre todo para los países en desarrollo que dependen de los flujos de capital. Los responsables políticos de esos países han tenido que actuar con un brazo atado a la espalda a la hora de formular y aplicar estrategias de desarrollo económico y social. Las iniciativas políticas ambiciosas se ven a menudo obstaculizadas no sólo por las complejas realidades de las economías políticas poscoloniales y neocoloniales, sino también por la posibilidad de que entren en conflicto con las expectativas de los mercados internacionales de capitales y desencadenen salidas de capital potencialmente desestabilizadoras y volatilidad de los tipos de cambio. Al igual que el patrón oro, el sistema del dólar de facto suele subordinar la defensa de los intereses económicos y sociales de los grandes grupos de interés nacional a los de los inversores nacionales y extranjeros. Es una de las razones centrales por las que la promesa de un Nuevo Orden Económico Internacional y el desmantelamiento de todos los vestigios de la dominación colonial aún no se han cumplido.

Para aliviar algunas de estas presiones, muchos gobiernos de países en desarrollo han acumulado enormes reservas de dólares en los últimos 20 años. Aunque esto ha ayudado a muchos de ellos a evitar las crisis monetarias de los años ochenta y noventa, ello ha tenido un costo considerable. Para muchos países, la diferencia entre lo que ganan los bancos centrales nacionales por sus reservas y los intereses que pagan los tesoros nacionales por sus pasivos es de entre el 1% y el 3% del PIB. El patrón dólar impone una forma

sui generis de tributo financiero a los tesoros de los países en desarrollo, en forma de diferenciales entre lo que ganan con los títulos del Tesoro estadounidense y lo que pagan a los tenedores de sus pasivos, tanto extranjeros como nacionales.

Las recientes medidas de Estados Unidos para congelar los 630 billones de dólares que posee el Banco Central de la Federación Rusa (BCR) en respuesta a la invasión rusa de Ucrania han puesto de manifiesto la realidad geopolítica del poder del dólar. El deterioro de la mayor parte de un billón de dólares en reservas internacionales, que representan casi la mitad de la producción anual de la economía que las acumuló, no tiene precedentes históricos. También plantea el espectro de lo que algunos han llamado la “militarización del dólar”. Como lo explicó recientemente un alto funcionario del Pentágono, esto implica futuros usos de la “primacía de Estados Unidos en el sistema financiero mundial... de formas que permitan dar de palizas a los agresores”.

Interés renovado en alternativas

La perspectiva de que el gobierno de Estados Unidos ejerza el poder del dólar como moneda de reserva mundial en pos de sus intereses económicos o geopolíticos nacionales es muy preocupante. También ha reavivado los debates sobre posibles alternativas al estándar informal del dólar. Parte del debate se ha centrado en la cháchara poco seria de los cripto monetaristas y en los habituales llamamientos malhumorados a volver a algún tipo de estándar de materias primas.

Pero también ha habido debates mucho más serios sobre el posible advenimiento del Renminbi, el Euro o un conjunto de monedas regionales como posibles alternativas al patrón dólar. Aunque estas perspectivas son poco probables, ellas también resultan problemáticas en al menos dos sentidos. En primer lugar, cualquier movimiento hacia otra moneda nacional como base del sistema monetario internacional es casi seguro que subsumirá la cuestión

de la reforma monetaria internacional bajo tensas cuestiones de poder geopolítico. Las relaciones monetarias internacionales se convertirían en un terreno no de cooperación internacional, sino de rivalidades y enfrentamientos. En segundo lugar, ni una moneda nacional ni los bloques monetarios, abordan realmente la incongruencia fundamental en el núcleo de los problemas de gestión monetaria internacional de la economía mundial.

Los problemas en la relación entre el funcionamiento monetario internacional y el nacional han acosado a las economías modernas desde el comienzo de la revolución industrial. El capitalismo ha desarrollado economías, sistemas políticos y monedas de alcance típicamente nacional. Pero también ha creado sistemas internacionales de producción, comercio y flujos financieros que generan profundas interdependencias entre las economías políticas nacionales. Esta brecha entre las capacidades institucionales nacionales y las influencias internacionales sobre los resultados económicos nacionales se ha llenado con acuerdos no equitativos como el patrón dólar.

Es evidente que el sistema monetario internacional necesita una revisión radical. Aunque muchos estudiosos y comentaristas han expresado su escepticismo sobre la conveniencia institucional y política de trascender el sistema del dólar, la realidad es que la reforma monetaria es muy parecida a la coordinación internacional de esfuerzos para descarbonizar la economía del planeta: las interdependencias económicas y políticas entre países hacen que el desarrollo de instituciones eficaces y genuinamente multilaterales sea una necesidad para la gobernanza económica mundial, y parte integrante de cualquier orden económico internacional equitativo.

Una Unión Multilateral de Compensación

La creación de una Unión Multilateral de Compensación (UMC) abre el camino hacia una solución institucional radicalmente

diferente y más equitativa a los problemas del funcionamiento monetario internacional, una solución que podría ayudar a abordar algunas de las cuestiones críticas de la gobernanza económica mundial, como la mitigación de la pobreza, la convergencia oportuna de los ingresos, los niveles de vida y la productividad, y la rápida descarbonización de la infraestructura industrial del planeta. La inspiración para una unión multilateral de compensación procede de las propuestas de John Maynard Keynes a la conferencia de Bretton Woods en la década del cuarenta. Sin embargo, a diferencia de las propuestas de Keynes, podemos desarrollar una solución institucional genuinamente multilateral, diseñada para una economía mundial con monedas inconvertibles y medidas significativas de apertura de la cuenta de capital, inversión transfronteriza y flexibilidad de los tipos de cambio.

La propuesta de una UMC se basa en el entendimiento de que, en un mundo de economías y políticas nacionales interdependientes, un sistema monetario internacional equitativo debe tratar de maximizar el espacio de que disponen todas las autoridades nacionales para perseguir objetivos macroeconómicos acordes con sus preferencias de política interna –especialmente las autoridades de las economías más pobres o vulnerables al exterior–. Esto no puede lograrse utilizando una moneda nacional como base del funcionamiento monetario internacional, como ha demostrado la experiencia con los estándares del dólar. Tampoco puede lograrse utilizando una moneda multinacional o de bloque como forma monetaria nacional, como ha demostrado la dolorosa experiencia de Grecia, España, Portugal, Irlanda e Italia durante la crisis de la Eurozona.

Lo que se necesita es un sistema que desvincule todo lo posible el funcionamiento monetario nacional del internacional.

Ese objetivo puede perseguirse con un sistema en el que todo el comercio y la inversión internacionales no se denominen en ninguna moneda nacional o de bloque, sino en una nueva unidad monetaria emitida y respaldada por una organización internacional

encargada exclusivamente de la gobernanza multilateral del comercio y la inversión internacional: una Unión Multilateral de Compensación.

La denominación del comercio y las finanzas internacionales es una elección de gran trascendencia. Establece las condiciones contractuales de cómo los importadores liquidan sus saldos pendientes y cómo los agentes cumplen las obligaciones de pago derivadas de sus pasivos internacionales. Hoy en día, eso implica casi siempre realizar pagos en dólares. Esto, a su vez, define los riesgos financieros a los que se enfrentan quienes tienen obligaciones de pago internacionales. Cualquier apreciación del dólar con respecto a la moneda nacional crea tensiones financieras potenciales. En consecuencia, la política económica nacional se ve limitada por la posibilidad de depreciaciones desestabilizadoras de la moneda en relación con el dólar, incluidas las provocadas por acontecimientos que no se producen en la economía nacional, sino en la zona del dólar o en otras economías. La denominación de los pagos internacionales también define, como ya se ha comentado, las instituciones en condiciones de proporcionar crédito y liquidez a quienes se enfrentan a posibles dificultades de pago.

Una unión de compensación auténticamente multilateral utilizaría como unidad de cuenta una media ponderada de las monedas nacionales. Esta elección transformaría fundamentalmente la naturaleza de los riesgos de cambio asociados a los pasivos internacionales derivados del comercio y la financiación internacional. En lugar de enfrentarse a los riesgos de cualquier apreciación del dólar en relación con la moneda nacional, las economías en las que un gran número de agentes afrontan pagos denominados en una cesta de monedas mundiales sólo se enfrentarían al riesgo de que la moneda nacional se depreciara en relación con todas las demás monedas. Esto garantizaría que los riesgos de los tipos de cambio nacionales reflejaran más fielmente la evolución no de Estados Unidos u otras regiones de la economía mundial, sino de la economía nacional. Se trata de una evolución sobre la que los

responsables políticos nacionales tienen una influencia directa y de la que son directamente responsables. A su vez, la reducción del riesgo cambiario dejaría a las autoridades nacionales un mayor margen de maniobra para perseguir diversos objetivos macroeconómicos, sociales o de política industrial.

Con todos los pagos comerciales internacionales y los flujos financieros denominados en su propia unidad de cuenta, la UMC estaría en una posición única para apoyar el desarrollo de modelos sostenibles de comercio e inversión, y podría hacerlo evitando los sesgos presentes en los anteriores sistemas monetarios internacionales.

Dado que los desequilibrios en los pagos se derivan del comercio y la inversión internacional, la UMC podría satisfacer fácilmente las necesidades de crédito o liquidez de las economías deficitarias a través de su propia unidad de cuenta, en condiciones fiables y conocidas de antemano por todos. El objetivo sería crear un sistema en el que las autoridades nacionales no sólo tuvieran más influencia política sobre el riesgo de movimientos desestabilizadores de su tipo de cambio, sino que también conocieran de antemano los costos de hacer frente a tales resultados. Ello representaría una mejora significativa respecto a los acuerdos actuales, en virtud de los cuales las economías con déficit que desean evitar una crisis monetaria deben recurrir a reservas acumuladas previamente, que son costosas, o iniciar procesos engorrosos y onerosos para obtener préstamos en dólares de instituciones con sede en Washington. Contribuiría a crear un entorno más propicio para la adopción de decisiones y compromisos de política macroeconómica nacional, ampliando en general el margen de maniobra de los gobiernos de los países en desarrollo.

En la misma línea, la UMC contribuiría a garantizar que los desequilibrios potencialmente desestabilizadores no se entiendan y aborden exclusivamente como problemas de las economías que registran déficits. De hecho, desde la perspectiva de la UMC, esos desequilibrios aparecerían como disminuciones de las tenencias de

unidades de la UMC por parte de las economías que experimentan déficit, y como aumentos equivalentes de las tenencias de la UMC por parte de las economías que experimentan superávit. Dado que ambos lados de todos los desequilibrios internacionales aparecen en su propio balance, la UMC estaría en una posición única para ayudar a abordarlos de forma equilibrada, en línea con los valores políticos estipulados colectivamente.

En plazos cortos de tiempo, la UMC podría desarrollar mecanismos para evitar aumentos o disminuciones persistentes de las tenencias de sus unidades por parte de las economías nacionales, incluso imponiendo costos financieros a las economías con grandes desequilibrios nacionales persistentes, ya sean débitos o créditos. También podría limitar el tamaño de los saldos positivos de UMC que cualquier país puede mantener, lo que automáticamente también limitaría el tamaño total de los saldos negativos de UMC en todos los países. Esto podría hacerse comprometiendo a todas las autoridades nacionales bien a utilizar el exceso de tenencias de UMC en transacciones internacionales comerciales o de capital, bien a canjearlas por moneda nacional, presionando al alza su valoración y moderando así la demanda internacional de bienes y activos nacionales. Medidas similares destinadas a compensar el rápido crecimiento o disminución de las tenencias de UMC también podrían ayudar a prevenir flujos de capital potencialmente desestabilizadores.

A más largo plazo, la UMC podría desarrollar formas de aprovechar las tenencias positivas de la UMC para apoyar inversiones en economías que experimenten presiones persistentes sobre su balanza comercial, apoyando proyectos que contribuyan a reducir las diferencias de productividad. Desde la perspectiva global y sistémica de una UMC, las diferencias persistentes de productividad y nivel de vida entre las economías nacionales son fuentes de inestabilidad sistémica que exigen respuestas políticas colectivas. Al contribuir a poner de manifiesto esta realidad, la UMC supondría

un cambio inestimable en la forma de concebir y aplicar la política multilateral de desarrollo.

El Viaje de los Mil Pasos

La solución institucional esbozada anteriormente representa un objetivo ambicioso que se enfrenta a una serie de importantes dificultades políticas e institucionales. Los grupos políticamente poderosos de la economía mundial que se benefician del *statu quo* se resisten a la reforma. Cualquier nueva iniciativa se enfrentará tarde o temprano al reto de definir su relación con instituciones existentes como el FMI y el Banco Mundial. Y cualquier UMC se enfrentará a la difícil tarea de desarrollar mecanismos específicos para fomentar la estabilidad a largo plazo en el comercio y las finanzas internacionales, de forma que sean institucionalmente sostenibles.

A pesar de estas dificultades, los argumentos a favor de una reforma radical son muy convincentes.

Crece la insatisfacción con el estándar internacional del dólar y la preocupación por los poderes económicos, políticos y normativos que confiere a cualquier administración estadounidense. Las pautas del comercio y la inversión han cambiado radicalmente en las últimas décadas, con un rápido crecimiento de los vínculos comerciales y financieros directos entre los países en desarrollo. En una red cada vez más descentralizada de comercio e inversión internacional, las insuficiencias fundamentales de una moneda nacional única son cada vez más evidentes. El creciente peso relativo de los países en desarrollo en la economía internacional significa también que los principales grupos que probablemente se beneficiarían de la reforma tienen mayor capacidad institucional y política para impulsar un sistema multilateral más equitativo.

Quizás lo más emotivo, a la luz de los recientes acontecimientos geopolíticos, es que el movimiento hacia un sistema monetario internacional, genuinamente multilateral, puede garantizar que la

sustitución del dólar no quede atrapada en el tipo de política de grandes potencias que acompañó la desaparición del papel de la libra esterlina en el centro del sistema monetario internacional. Por el contrario, el trabajo hacia el desarrollo de una UMC puede entenderse correctamente como el inicio de un proceso más amplio de construcción de un sistema colectivo multilateral y equitativo de gobernanza económica mundial para un mundo de Estados nacionales fundamentalmente interdependientes.

Un bosque de Bandung

Bhumika Muchhala

La visión de un “Nuevo Orden Económico Internacional” (NOEI) fue articulada, por primera vez tal y como la entendemos hoy en día, por las naciones del Sur Global en 1972 en el tercer periodo de sesiones de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo en Chile, y surgió de las experiencias de descolonización tras la Segunda Guerra Mundial. Este año, 2022, el NOEI conmemora el 50 aniversario de aquella ocasión. Aunque las luchas anticoloniales por la libertad habían logrado la independencia política de las nuevas naciones, existía una sensación palpable de que su colonización política *de jure* había terminado solo para ser sustituida por una colonización económica *de facto*. El NOEI incluía una serie de propuestas de los países en desarrollo para hacer frente a este colonialismo económico y a la dependencia estructural mediante un nuevo orden económico mundial interdependiente. Algunos temas centrales del NOEI incluían la igualdad soberana y el derecho a la autodeterminación, en particular en materia de recursos naturales y la tierra. Los principios rectores incluían, por ejemplo, la equidad, la igualdad soberana, la interdependencia, el interés común, la cooperación y la solidaridad entre todos los Estados (Res. 3201 de la AGNU).

Se reiteró la necesidad de un nuevo sistema de regulación de los productos básicos a través de acuerdos internacionales y de un

fondo común para la estabilización de los precios de los mismos, y se subrayó la importancia de reestructurar el comercio internacional teniendo en cuenta la desigualdad de las relaciones de intercambio de los países en desarrollo. Los elementos centrales de la política estructural y el cambio de paradigma en el NOEI incluían la diversificación de las economías en desarrollo a través de la industrialización, la reducción de los aranceles de los países desarrollados y otros obstáculos al libre comercio, la ampliación de las preferencias comerciales generales y la reestructuración del sistema económico internacional, incluso mediante la reforma de las instituciones de Bretton Woods lideradas por los países ricos. Un elemento especialmente audaz del NOEI reside en la idea de que la dominación colonial creó una jerarquía internacional racializada que estructura el orden económico mundial y que la descolonización implica una multiplicidad de proyectos políticos que conducen a la justicia global (Res. 3201 de la AGNU). Si el Estado nación es una construcción poscolonial, caracterizada por los rasgos divisorios y arbitrarios del dominio colonial, entonces la construcción anticolonial del mundo implica dispersar y ampliar la soberanía más allá del Estado nación. Esto incluye exigir la redistribución de la riqueza que el Sur Global produce para el Norte Global, rectificar una división internacional y sexual del trabajo que es explotadora, democratizar la toma de decisiones y aumentar el poder de negociación del Sur Global en la escena mundial.

Hacia un NOEI II

En la nueva era de independencia, la creación del mundo postcolonial incorporó ricas formas de imaginación y diversas nociones de libertad animaron estas visiones. Sus arquitectos crearon visiones compartidas y públicas de un futuro político, fusionando culturas y tradiciones del Sur en un proyecto de “construcción del mundo” (Getachew, 2019). Esta visión de la construcción del mundo debe

reavivarse urgentemente hoy en día en un contexto de intensificación de las desigualdades estructurales entre las naciones. En el punto de inflexión actual, cuando se cumple medio siglo desde que se concibiera el NOEI, el Sur está luchando contra una pandemia sanitaria continua y contra múltiples crisis mundiales interrelacionadas, desde la deuda hasta el cambio climático, pasando por impactos externos como la inflación de los precios de alimentos y combustibles en un contexto de endurecimiento de la política monetaria. De hecho, puede afirmarse que en las últimas cinco décadas han surgido nuevos y mayores retos para el Sur a partir de realidades globales como, por ejemplo, la financiarización neoliberal, los acuerdos de inversión legalmente vinculantes, el colonialismo climático y el paradigma de deuda-austeridad por el que muchas partes del Sur Global están estructuralmente limitadas (Harvey, 2005; UNCTAD, 2020,). La desigualdad de la riqueza, tanto dentro de las naciones como entre ellas, se ha incrementado. Desde la crisis financiera de 2007-2008, el uno por ciento más rico posee la mitad de la riqueza total de los hogares del mundo (*Credit Suisse*, 2015). La situación de la economía mundial exige un esfuerzo para reconceptualizar y reclamar una visión y un análisis renovados de un NOEI II.

Una visión y un plan para el cambio estructural de la política y para una transformación sistémica a través de un NOEI II requiere, en primer lugar, enfrentarse a las lógicas del colonialismo y del capitalismo que perduran hasta nuestros días, en su forma actual de financiarización neoliberal. Aunque está fuera del alcance de este ensayo profundizar en las innumerables patologías implicadas, se pueden destacar tres aspectos clave. En primer lugar, el entrelazamiento inseparable existente entre el afán de lucro, o la acumulación y expansión de los beneficios económicos, la riqueza y, en consecuencia, el poder político, y las relaciones de desigualdad entre grupos humanos, así como entre naciones, generadas por procesos de explotación, expropiación y expulsión (Byrd et al, 2018). En segundo lugar, la tergiversación del papel del

Estado para que sirva a los intereses y prioridades de los mercados financieros, de las corporaciones y de las élites globales y locales, en lugar de garantizar los derechos económicos, sociales y humanos de su población mediante el fortalecimiento del tejido social y la inversión en sistemas y servicios públicos (Slobodian, 2018). En tercer lugar, los procesos económicos por los que las jerarquías desiguales tanto de raza como de género, aunque construidas hace siglos, se perpetúan a través de la discriminación, la segregación y la subordinación a múltiples escalas. En este sentido, el afán de lucro, las jerarquías humanas desiguales y la complicidad del Estado se complementan mutuamente, formando una red estructurada de acumulación y desigualdad dentro de las naciones y entre ellas. La emergencia del cambio climático está en el centro de estas lógicas, y debe rastrearse no solo hasta el capitalismo basado en los combustibles fósiles, en el que un puñado de geografías europeas y norteamericanas son responsables de la inmensa mayoría de las emisiones de carbono y de los daños que conllevan, sino también hasta un colonialismo ecológico de larga duración que impuso a las antiguas colonias una industria de combustibles fósiles y una economía basada en la extracción y la deforestación (Adelman, 2020).

En este sentido, puede que el siglo XX haya desmantelado las instituciones jurídico-políticas del colonialismo, pero la lógica y organización coloniales de su gobernanza y las relaciones de poder desiguales no solo prevalecen, sino que se reproducen en formas cada vez más sofisticadas (Ling et al., 2018). Se necesita una base decolonial para revivir el NOEI a fin de trascender la mera superficie tecnocrática de las medidas políticas y, por el contrario, exponer y transformar las lógicas políticas históricamente arraigadas que moldean y regulan las desigualdades perdurables. En esta búsqueda, analizo tres vías distintas pero interdependientes que permiten explorar un esfuerzo por recuperar el NOEI.

En primer lugar, el fuerte ascenso del poder estructural de las finanzas, que se manifiesta en el aumento de la concentración de

acreedores en las dos últimas décadas y en la influencia que ejercen sobre los Estados y los responsables políticos. En segundo lugar, historizar y politizar el orden económico mundial a través de lógicas coloniales permite un proceso de exposición de las narrativas y técnicas que construyeron las creencias, estructuras e instituciones que facilitaron el poder colonial y capitalista durante un largo tiempo. En tercer lugar, un doble proceso de desconexión que comprenda tanto la desconexión estructural como la epistémica. La primera crea un espacio político y una autonomía económica para que el Sur pueda reorientar sus agendas políticas y pase de la influencia desproporcionada de la financiarización a los derechos y necesidades de la población y el medio ambiente. La segunda implica un cambio de los sistemas de conocimiento eurocéntricos a formas y prácticas de conocimiento arraigadas en países no occidentales. Ahora bien, un programa de doble desconexión que permita un resurgimiento de la construcción del mundo solo será posible a través de una sociedad civil y de movimientos sociales prósperos capaces de ejercer su derecho a la participación, la rendición de cuentas, la transparencia y los procesos de elaboración de agendas.

El poder estructural de las finanzas

En la actualidad, el poder estructural de las finanzas está asentado sobre una arquitectura internacional de dinero, deuda y divisas que se ha ido consolidando desde el inicio de la Conferencia de Bretton Woods en 1944, incluido el establecimiento del dólar estadounidense como la moneda de reserva mundial. Aunque los ejemplos son innumerables, pueden destacarse tres aspectos: el fenómeno de la subordinación financiera internacional, el auge de los “cárteles de acreedores” y la internalización de la consolidación fiscal y reembolso de la deuda.

En primer lugar, la subordinación financiera internacional, expresada en y a través del dinero y las finanzas, es un motor fundamental de las desigualdades mundiales persistentes (Alami et al., 2022). Está implícita en la libre circulación de capitales, en particular del capital de inversión especulativa, y en la hegemonía monetaria del dólar estadounidense. Las normas financieras, como por ejemplo las tasas de cambio convertibles, las tasas de interés lucrativas, la inflación baja y los objetivos de déficit definidos por el Tratado de Maastricht, y las desregulaciones favorables a la inversión ilustran cómo las naciones en desarrollo incorporan a sus economías los costes asociados a la atracción de inversores y acreedores. De este modo, la subordinación financiera penaliza de manera desproporcionada al Sur, está directamente involucrada en la transferencia geográfica de valor a través del mercado mundial e implica la dominación y la vulnerabilidad ejercidas a través del poder estructural de las naciones ricas, las divisas, los flujos de capital y los regímenes de las tasas de interés. En el centro del fenómeno de la subordinación financiera se encuentran las narrativas, los imaginarios, las representaciones, los conocimientos y las tecnologías que han estado anclados por largo tiempo en la raza, el colonialismo y el imperio y que son necesarios para construir el Sur como destino de inversión (Bhambra, 2021).

En segundo lugar, el auge de los cárteles de acreedores se ha producido a través de varios canales. La consolidación de los cinco principales bancos del mundo se desarrolló gracias a un rápido crecimiento de sus activos conjuntos, que pasaron del 17 por ciento de la banca mundial en 1970 al 52 por ciento en 2020 (Roos, 2019). Esto fue acompañado de una centralización de los mercados crediticios mundiales, lo que se observa en la proporción de préstamos concedidos y el número de activos en manos de una cantidad cada vez menor de instituciones financieras. Por ejemplo, mientras que en 1980 había 14.434 bancos en Estados Unidos, aproximadamente el mismo número que en 1934, esta cifra se redujo a la mitad, a 7.100, en 2009 (Haldane, 2010). Mientras tanto, la composición de

los acreedores de la deuda soberana ha dado un giro brusco en las últimas décadas, pasando de acreedores bilaterales oficiales, casi todos ellos miembros del Club de París, a acreedores comerciales y acreedores bilaterales no miembros del Club de París. En consecuencia, en 2021, las economías de bajos y medianos ingresos debían cinco veces más a acreedores comerciales que a acreedores bilaterales (Banco Mundial, 2022). El mercado de bonos soberanos se caracteriza por una serie de factores que generan un riesgo sistémico en el perfil de la deuda de los países en desarrollo, como por ejemplo las tasas de interés elevadas y variables, la denominación en moneda extranjera y la falta de capacidad coercitiva sobre los prestamistas privados para garantizar un reparto equitativo de las cargas en las reestructuraciones de la deuda.

La magnitud de los tenedores privados de bonos queda ilustrada por el hecho de que los 25 principales inversores en bonos soberanos, encabezados por gestores de activos con sede en Estados Unidos como Black Rock, PIMCO y Alliance Bernstein, poseen un total de 42,7 billones de dólares en activos, lo que genera una disparidad desmesurada en la disponibilidad de recursos financieros, jurídicos y técnicos que favorecen a los acreedores por encima de los deudores soberanos (Munevar, 2021). En el contexto de una reestructuración de la deuda soberana, la desventaja estructural de los deudores es evidente, y se ve reforzada por la falta o ausencia de reglas, normas e instancias autorizadas para renegociar las deudas con múltiples partes, tanto las bilaterales, como las multilaterales y las privadas (UNCTAD, 2021). Al mismo tiempo, los Estados endeudados suelen pedir nuevos préstamos para hacer frente al pago de intereses y a la amortización de capital. Este ciclo generador de endeudamiento por medio de préstamos y empréstitos ha creado una relación simbiótica entre las élites políticas y financieras nacionales y las finanzas mundiales. En consecuencia, la autonomía del Estado frente a las finanzas se debilita. Mientras tanto, el servicio de la deuda supone hoy en día aproximadamente el 25 por ciento del gasto público total en todo el Sur, una cifra que

equivale aproximadamente al doble del gasto en educación y a 9,5 veces el gasto en salud (Martin y Waddock, 2022).

En tercer lugar, la internalización de los reembolsos de la deuda y la consolidación fiscal como consecuencia de la aparición de acreedores privados convierte a éstos en un segundo poder electoral junto a los ciudadanos nacionales, ya que ejercen una influencia política y un poder estructural sin precedentes sobre el Estado. A su vez, el Estado deudor, o prestatario, debe “cuidar de ganar y preservar la confianza (del mercado financiero) cumpliendo concienzudamente con el servicio de deuda que tiene con ellos y haciendo que parezca creíble” (Streeck, 2011, p. 27). Como Ostry et al. (2016) admitieron desde dentro del FMI, “seguramente se da el caso de que muchos países... no tienen más remedio que emprender la consolidación fiscal, porque los mercados no les permitirán seguir endeudándose” (p. 40). Aunque aquí se hace referencia a los Estados que están incumpliendo el pago de su deuda, o que se encuentran en plena crisis de endeudamiento, la expectativa de mantener la trayectoria general de “disciplina fiscal” a través de la consolidación fiscal y el endurecimiento monetario, entre otras medidas, se extiende más allá de las inflexiones recurrentes de las dificultades de endeudamiento.

Como ilustran los informes anuales de supervisión del FMI, incluso en ausencia de indicios que apunten a una dificultad de endeudamiento, a saber, la relación entre la deuda nacional y el PIB, el consejo de política macroeconómica que da el Fondo a la mayoría de los países del Sur es mantener los presupuestos bajo control garantizando “indicadores macro prudenciales y sólidos” (FMI, 2015). El sobreentendido es que para mantener una buena reputación ante los omnipresentes ojos de las finanzas se requiere internalizar las opciones de política macroeconómica que sirven a los intereses de los acreedores y los mercados, tales como, déficits fiscales y niveles de inflación bajos, y la priorización del pago de la deuda. Con o sin la presencia de préstamos del FMI condicionados, el efecto global es una conformidad en muchas partes del Sur

global en favor del control del gasto público, el endurecimiento de la política monetaria, la promoción de la privatización y, lo que es más importante, la priorización del pago de la deuda por encima de las prioridades nacionales de gasto e inversión (Kentikelenis y Stubbs, 2021; Ortiz y Cummins, 2019).

Historizar y politizar la economía global colonial

La reivindicación de un NOEI decolonial se encuentra en un diálogo continuo con la historia, no para “volver atrás”, sino para comprender la historia y la política de las desigualdades globales actuales con el fin de elaborar estrategias para el futuro. Esto implica desenterrar las lógicas, las narrativas y las técnicas que forjaron las creencias, las estructuras y las instituciones del poder colonial y capitalista durante mucho tiempo, para entender y responder mejor a nuestro presente. En este sentido, el cambio climático no es una mera consecuencia de la industrialización, sino también de la colonización ecológica, en la que siglos de extracción de materias primas como el algodón, la madera, el azúcar y las especias en todas las colonias dañaron los ecosistemas mucho antes de la llegada de los combustibles fósiles.

Otro ejemplo: basándose en datos de casi dos siglos sobre impuestos y comercio, la economista Utsa Patnaik (2018) calculó que el Imperio Británico sustrajo casi 45 billones de libras esterlinas de la India entre 1765 y 1938. En perspectiva, 45 billones (en libras actuales) es 17 veces el PIB del Reino Unido en la actualidad. No se trata simplemente de una farsa histórica. Esta transferencia de riqueza dispersó el capital y los recursos por Europa, Norteamérica y otras colonias, creando así las condiciones para la industrialización y el poder económico. En la actualidad, una investigación empírica realizada en 2018 cuantificó que la fuga financiera del Sur global a través del intercambio desigual desde 1960 asciende a 62 billones de dólares y, si se tiene en cuenta el crecimiento

perdido en el Sur, a casi 152 billones de dólares (Hickel et al., 2021). Según la ONU, la evasión y elusión fiscal de las empresas supone una pérdida de entre 500 mil y 600 mil millones de dólares al año para los países en desarrollo (UN FACTI, 2021). Lo más grave es que el continente africano incurre en pérdidas de aproximadamente 90 mil millones de dólares al año por evasión fiscal y otros tipos de fugas financieras ilícitas (UNCTAD, 2021).

En este sentido, varios aspectos de la economía mundial actual se caracterizan por un hilo de continuidad con la época del dominio colonial directo. Este acto de trazar la continuidad desde el pasado colonial hasta el presente contrarresta la amnesia colonial institucionalizada en la práctica y la pedagogía de la economía y el desarrollo (Rutazibwa, 2018). Los teóricos del colonialismo sostienen que esta amnesia colonial no es simplemente un olvido fortuito del pasado colonial, sino más bien un proceso activo de “desmembramiento” y una “oclusión del conocimiento” (Stoler, 2016). Esto no solo permite la superioridad material y tecnológica del Norte global y la legitimidad de su condición de donante de ayuda, en lugar de deudor de reparaciones, sino que también deja intacta su cara pública de moralidad e inculpabilidad histórica.

Las narrativas y estrategias coloniales implicaban misiones civilizadoras y mecanismos disciplinarios, entre otras muchas justificaciones políticas. Las técnicas disciplinarias están inmersas dentro de los marcos de gobernanza que han dominado el desarrollo internacional y la gobernanza mundial, en particular el Consenso de Washington y su repetición recurrente en la agenda de la buena gobernanza (Gill, 2008). La disciplina impuesta por los paradigmas de gobernanza global se ejerce a través de mecanismos de vigilancia, clasificación y calificación. Estos mecanismos disciplinarios tienen la función explícita de permitir o prohibir el acceso de las naciones del Sur global al capital internacional y de determinar las condiciones de dicho acceso. Incluyen, por ejemplo, las calificaciones de riesgo elaboradas por las tres agencias mundiales de calificación crediticia (Moody's, Fitch y Standard &

Poor), los informes de vigilancia macroeconómica del Fondo Monetario Internacional y los indicadores *Doing Business* del Banco Mundial, entre otros varios índices e indicadores.

Estos mecanismos constituyen una constelación de calificaciones, clasificaciones y evaluaciones que crean un efecto disciplinario de cumplimiento dentro de los Estados del Sur y representan un mayor nivel de autoridad supranacional sobre los Estados. Los responsables políticos ejercen una “buena ciudadanía financiera” acatando las asimetrías de la subordinación financiera descritas anteriormente. Esta conformidad se impone mediante las reacciones del mercado a la información generada de manera rutinaria por el sistema de vigilancia financiera, de modo que los países, bancos y empresas que más cumplen las normas financieras obtienen un mejor acceso y mejores condiciones de financiación, inversión y comercio, entre otras ventajas. La concentración del poder de los acreedores intensifica el efecto “manada” de los participantes en los mercados financieros, aumentando así la volatilidad y el carácter procíclico del capital internacional en el Sur. Una característica clave de los mecanismos de calificación y señalización es la despolitización mediante formulaciones tecnocráticas de los problemas que se atribuyen al Estado-nación, en lugar de a dinámicas y estructuras internacionales sistémicas (Ferguson, 1990). Esta despolitización garantiza que las soluciones requieran conocimientos técnicos externos y soluciones políticas hegemónicas (de talla única).

De este modo, la misión civilizadora ejercida por los sistemas de gobernanza neoliberales mantiene y reproduce la dependencia estructural, la desigualdad y la pérdida de autonomía, sustentadas por el inmenso poder colonial tanto en la pedagogía y la epistemología, como en la práctica y la política. Las intervenciones para abordar la violencia estructural y la desigualdad inscritas en la economía global deben tener un alcance sistémico, reiterado y reparador, sanando las relaciones desiguales y borrando las

epistemologías, al tiempo que modifican las formulaciones políticas y transforman las ideologías que las sustentan.

Desconexión sistémica y epistémica

Inicialmente formulado dentro de la corriente de la teoría de la dependencia, Samir Amin propuso que la desconexión del sistema de producción mundial desigual es un requisito previo para la soberanía económica, en el sentido de que el Sur debe reorientarse para dejar de adaptarse continuamente al Norte exigiendo al sistema económico internacional que satisfaga sus necesidades (1987). La desconexión no implica cortar todos los lazos con la economía mundial, sino que abre un espacio para reorientar las estrategias nacionales de desarrollo alejándose de los imperativos de la globalización para centrarse en las prioridades e intereses económicos, sociales y ecológicos de la población. El objetivo es reconstruir la economía mundial para que el Sur, incluso con sus divergencias y diferencias de recursos, acceso e intereses, pueda satisfacer sus necesidades en lugar de tener que ajustarse unilateralmente a las necesidades de un sistema mundial dominado por un puñado de regiones y países ricos. Para lograr este objetivo y lograr una mayor capacidad de acción, argumentó Amin, las naciones del Sur tienen que fortalecer sus propios sistemas productivos de manera que den prioridad a los derechos de las personas en lugar de a las exigencias del capital internacional. Amin subrayó que no solo se requiere un fuerte apoyo nacional para desconectarse de las condiciones desiguales de integración en la economía mundial, sino que son esenciales también una fuerte cooperación Sur-Sur y la creación de instituciones alternativas (1987, p. 25-35). Dado que el mundo está más interconectado, las posibilidades de desconexión se hacen más difíciles.

Un punto clave de la estrategia de desconexión es el hecho de que las condiciones específicas que permitieron el avance del

capitalismo en Europa Occidental en el siglo XIX no son necesariamente reproducibles en otros lugares (Chang, 2009). La reivindicación del NOEI a favor de una economía mundial equitativa, justa desde el punto de vista climático y basada en los derechos humanos debe configurarse mediante modelos e ideas que trasciendan la teoría económica neoclásica o los imperativos de la financiarización. La desconexión epistémica conlleva una democratización de los sistemas de conocimiento que permita un pluralismo de conocimientos, métodos y praxis económicos (Quijano, 2007; Mignolo, 2009). Existen como mínimo nueve corrientes de economía principales, y algunas otras más pequeñas, que pueden considerarse como alternativas al enfoque dominante, entre ellas la feminista, la ecológica, la marxista, la keynesiana, la desarrollista y la estructuralista (Chang, 2018). La teoría económica neoclásica plantea que las sociedades están compuestas por individuos racionales y egoístas, que el riesgo es calculable, que la elección, el intercambio y el consumo son lo más importante, y que el libre mercado corregirá automáticamente las ineficiencias mientras que la economía estructural, la feminista y la del desarrollo sostienen que las sociedades están compuestas por estructuras de clase desiguales en cuanto al género, que el mundo es complejo e incierto, que el ámbito más importante de la economía es la producción y el bienestar humano, incluida la economía del cuidado y la economía informal, y que el Estado debe utilizar una política fiscal activa para redistribuir los ingresos entre los pobres, diversificar la economía, crear empleo y proteger a las empresas locales y pequeñas.

Sin embargo, la inclusión en sí misma no implica necesariamente partir de posicionamientos y orígenes eurocéntricos. Por ejemplo, la economía heterodoxa y la keynesiana a menudo asumen como puntos de partida dentro de las economías industriales avanzadas, ya sea al argumentar a favor de políticas macroeconómicas anticíclicas o al explicar el empleo basándose en el poder de negociación y la inflación (Alami et al., 2022). Aunque las teorías

neomarxista y de la dependencia integran las geografías del Sur, siguen estando imbuidas de un sesgo productivista en favor del crecimiento industrial y de la elevación de la productividad como vías hacia la autosuficiencia y la autonomía. Un NOEI decolonial emplearía de forma intencional textos y parámetros centrados en el Sur para comprender los orígenes del “desarrollo internacional”. Por ejemplo, en lugar de considerar el discurso de Truman de 1949 sobre la ayuda y la pobreza como un momento decisivo para la creación del desarrollo internacional, la NOEI podría evaluar la creación del desarrollo a través del Discurso sobre el colonialismo de Aimé Césaire de 1955. El texto de Césaire expone cómo el concepto de ayuda internacional está arraigado en razonamientos coloniales tales como la misión civilizadora, e ilustra cómo podría darse en la práctica un compromiso no eurocéntrico con el mundo. No se trata de excluir a Europa o a sus pensadores de la narrativa, sino de un descentramiento del punto de vista blanco europeo como única experiencia para percibir la realidad (Rutazibwa, 2018).

Un caso de epistemología económica colonial es la reificación del crecimiento económico, no simplemente como un resultado potencial o incluso un subproducto de la satisfacción de las necesidades humanas, sino como el objetivo en sí mismo (Sachs, 1992). El predominio de indicadores como, por ejemplo, la producción per cápita de bienes materiales, los ingresos por exportación, las entradas de capital, la inversión extranjera directa, tanto en la formulación de políticas como en el pensamiento, eclipsa el cálculo de la distribución de la renta, la riqueza y los activos, la prestación de servicios y bienes públicos y el acceso a la protección social universal, alimentos nutritivos y agua potable, oportunidades de trabajo decente, salarios dignos y vivienda adecuada. El objetivo singular de lograr y mantener el crecimiento económico, que instituciones como el FMI declaran claramente como su propósito, se realiza a expensas de lo social y lo político, lo que conduce a la reproducción de la desigualdad y a la extracción y acumulación que

producen el cambio climático. Un proyecto económico decolonial aborda el conocimiento económico olvidado u obstruido en todas las regiones, a la vez que transgrede el canon económico para incluir otras disciplinas también construidas por el colonialismo, como la antropología y la sociología (Kvangraven y Kesar, 2021). Para derribar el trono del crecimiento económico neoclásico y del poder financiero puede ser necesario quitar ese pedestal de superioridad en el que se coloca a la economía. Una visión pluralista de la misma podría situarla dentro de un campo social y cultural más amplio, en el que se produce bienestar económico junto a procesos sociales, ecológicos, espirituales y existenciales, por ejemplo.

Un NOEI renovado

En su 50 aniversario, el pensamiento central del NOEI de hacer frente al colonialismo económico y a la dependencia estructural mediante la renovación del orden económico mundial sigue siendo tan urgente y pertinente como siempre. De hecho, la duración de su pertinencia es a la vez un testimonio y una tragedia, en el sentido de que no ha habido suficientes cambios para lograr una auténtica soberanía económica de las regiones anteriormente colonizadas. Reivindicar el NOEI hoy es, sin duda, un desafío mucho mayor. La economía mundial se ha vuelto exponencialmente más compleja debido a las finanzas globales, los macrodatos y el cambio climático. La solidaridad entre las naciones del Sur se ha resquebrajado debido a la mayor disparidad en cuanto a la riqueza económica y a los intereses creados con las élites político-financieras del Norte. Para la mayoría de los países del Sur, las estructuras económicas, comerciales y de inversión nacionales están inextricablemente entrelazadas con la economía mundial.

Ante estas difíciles realidades, un NOEI renovado no debe limitarse a una reforma gradual, sino que debe replantearse el multilateralismo y reformular la estructura económica mundial

a través de una multiplicidad de espacios, lugares y actores, desde los gobiernos hasta los movimientos sociales, y desde la ONU y el FMI hasta las calles de Yakarta y El Cairo. El Grupo de los 77 (G77), integrado por 134 Estados del Sur en la Asamblea General de la ONU en Nueva York, sigue siendo hoy la mayor coalición oficial del Sur. Con el apoyo de los movimientos mundiales por la justicia en materia fiscal y de deuda, el G77 ha luchado en las últimas décadas por la creación de un organismo fiscal intergubernamental en el seno de la ONU para hacer frente a la evasión y elusión fiscal de las empresas, que durante siglos ha generado una transferencia neta de recursos del Sur al Norte. También ha planteado la necesidad de un mecanismo multilateral de resolución de crisis de endeudamiento que aborde las deudas insostenibles e ilegítimas y permita una reestructuración justa de la deuda soberana, incluida la condonación de la misma, en un proceso que reúna a todos los acreedores.

En el contexto del comercio mundial, las coaliciones del Sur han pedido flexibilidades en materia de derechos de propiedad intelectual, como atestigua la propuesta sudafricana e india a favor de una exención para las vacunas durante la pandemia. Dentro del cambio climático, hay numerosas demandas, desde la financiación climática hasta las reparaciones y la transferencia de tecnología. Sin embargo, se necesita mucha más voluntad política y creación de consenso para hacer frente a la desigualdad sistémica del dinero y de las finanzas, como por ejemplo la jerarquía de divisas y los flujos libres de capital. A raíz de la crisis financiera mundial de 2007-2008, se generó cierto impulso, pero no se mantuvo, a favor de la regulación financiera, en particular para regular la volatilidad destructiva de los flujos libres de capital, cuyas fugas repentinas pueden causar estragos en las divisas del Sur y en la estabilidad financiera.

Cada uno de estos llamamientos al cambio y a la acción, en los que participan Estados, movimientos sociales, defensores de los derechos y otros, representa una parte del pensamiento actual del

NOEI. Un NOEI renovado podría organizar cada uno de los llamamientos a la reforma de la gobernanza en una carta coherente, que forjara una visión capaz de superar las divergencias geopolíticas en el Sur. Dicha carta podría reforzarse mediante un compromiso y un consenso para ampliar la solidaridad y las asociaciones Sur-Sur en diversos sectores de la economía y las finanzas, así como en los del comercio y la inversión. Es esencial la rendición de cuentas por parte del Estado, donde las élites político-financieras ocupan con demasiada frecuencia puestos de autoridad. Los movimientos sociales y la sociedad civil deben tener participación, voz y transparencia en todos los niveles de la toma de decisiones del Estado. Con una carta de este tipo, legitimada con el poder de las bases, podría incluso ser posible imaginar una conferencia de “Bandung Woods”, en la que las actuales instituciones financieras internacionales del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional se rediseñaran, rebautizaran y reorientaran para satisfacer las necesidades, prioridades y derechos de las personas y comunidades que siempre han estado en la primera línea de la desigualdad y la injusticia. Esta reestructuración de las instituciones que rigen las prácticas económicas mundiales podría basarse en un fundamento decolonial que se comprometiera a desconectarse de los sistemas de conocimiento eurocéntricos, desmantelar las lógicas coloniales, rechazar la subordinación financiera y otorgar no solo pequeñas dosis de espacio político, sino una auténtica soberanía económica para concebir, diseñar y llevar a la práctica un orden económico mundial que ofrezca realmente algo nuevo: la equidad.

Bibliografía

Adelman, Sam (2020) *Beyond development: towards sustainability and climate justice in the Anthropocene*. Adelman, Sam and Paliwala, Abdul, (eds.) *The limits of law and development: neoliberalism, governance and social justice*. Nueva York: Routledge.

Amin, Samir (1987). A Note on the Concept of Delinking. *Review*, 10(3), 435-444.

Asamblea General de las Naciones Unidas (1974). 32-1 (S-VI). Declaración sobre el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional <https://digitallibrary.un.org/record/218450?ln=en#record-files-collapse-header>.

Banco Mundial (28 de marzo 2022). ¿Estamos preparados para la próxima oleada de crisis de deuda?. *Voices Blog*. <https://blogs.worldbank.org/voices/are-we-ready-coming-spate-debt-crises>.

Bhambra, Gurinder. K. (2021). *Colonial global economy: Towards a theoretical reorientation of political economy*. *Review of International Political Economy*, 28(2), 307–322. <https://doi.org/10.1080/09692290.2020.1830831>

Byrd, Jodi A. Alyosha Goldstein, Jodi Melamed, y Chandan Reddy (2018). Predatory value: Economies of Dispossession and Disturbed Relationalities. *Social Text*, 36(2).

Césaire, Aimé (1961). *Discurso sobre el colonialismo*.

Chang, Ha-Joon (2009). *Bad Samaritans: The myth of free trade and the secret history of capitalism*. Londres: Bloomsbury Publishing.

Chang, Ha-Joon (2018). *Economics: The User's Guide*. Londres: Pelican Press.

Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD). (2020). The coronavirus shock: a story of another global crisis foretold and what policymakers should be doing about it. https://unctad.org/en/PublicationsLibrary/gds_tdr2019_update_coronavirus.pdf.

Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (2021). *Trade and Development Report: From recovery to resilience: hanging together or swinging separately?* Ginebra: UNCTAD. <https://unctad.org/news/recovery-resilience-hanging-together-or-swinging-separately>.

Credit Suisse (2015). Global Wealth Databook 2015, *Credit Suisse Global*, <https://www.credit-suisse.com/ch/en/about-us/research/research-institute.html>.

Ferguson, James. (1990). *The anti-politics machine: "Development," depoliticization, and bureaucratic power in Lesotho*. Cambridge: Cambridge University Press.

Fondo Monetario Internacional (2015). *Guidance Note for Surveillance under Article IV Consultation*. FMI: Washington, D.C. <https://www.imf.org/en/Publications/Policy-Papers/Issues/2016/12/31/Guidance-Note-for-Surveillance-Under-Article-IV-Consultations-PP4949>.

Getachew, Adom. (2019). *Worldmaking after empire: The rise and fall of self-determination*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Gill, Stephen (2008). *Power and Resistance in the New World Order*. Basingstoke: Palgrave.

Haldane, Andrew, Simon Brennan, y Vasileios Madouros (2010). *What is the contribution of the financial sector: Miracle or mirage? In the Future of Finance: The LSE Report*. Londres: The London School of Economics.

Harvey, David (2005). *A Brief History of Neoliberalism*. Oxford: Oxford University Press.

Hickel, Jason, Dylan Sullivan, y Huzaiifa Zoomkawala (2021). Plunder in the Post-Colonial Era: Quantifying Drain from the Global South Through Unequal Exchange, 1960–2018. *New Political Economy*, 26(6), 1030–1047. <https://doi.org/10.1080/13563467.2021.1899153>.

Ilias Alami, Carolina Alves, Bruno Bonizzi, Annina Kaltenbrunner, Kai Koddenbrock, Ingrid Kvangraven y Jeff Powell (2022). International financial subordination: a critical research agenda. *Review of International Political Economy*, DOI: <https://doi.org/10.1080/09692290.2022.2098359>

Kentikelenis, Alexander, y Thomas Stubbs (2021). Austerity redux: The post-pandemic wave of budget cuts and the future of global public health. *Global Policy*, 13(1), 5–17. <https://doi.org/10.1111/1758-5899.13028>.

Kvangraven, Ingrid Harvold y Surbhi Kesar (2021). Standing in the Way of Rigor? Economics' Meeting with the Decolonizing Agenda. *Working Papers* 2110, New School for Social Research, Department of Economics.

Ling, L.H.M., Jacquelin Kataneksza y Sara Shroff (2018). Decoloniality: (Re)making worlds. En *International Organization and Global Governance*. (Eds.) Thomas G. Weiss y Rorden Wilkinson. Londres: Routledge.

Martin, Matthew y David Waddock (2022). *A Nordic Initiative to Resolve the New Debt Crisis*, Ayuda Eclesiástica Noruega. Oslo: Ayuda Eclesiástica Noruega.

Mignolo, Walter D. (2009). Epistemic Disobedience, Independent Thought and Decolonial Freedom. *Theory, Culture & Society*, 26(7-8), 1-23.

Munevar, Daniel. (2021). Sleep now in the fire: Sovereign bonds and the Covid-19 debt crisis. European Network on Debt and Development. Bruselas: EURODAD. <https://d3n8a8pro7vhmx.cloudfront.net/eurodad/pages/2307/attachments/original/1621949568/sovereign-bond-report-FINAL.pdf?1621949568>.

Naciones Unidas (2021). Informe del Grupo de Alto Nivel sobre Responsabilidad, Transparencia e Integridad Financieras Internacionales para la consecución de la Agenda 2030 (FACTI). <https://www.un.org/pga/75/wp-content/uploads/sites/100/2021/02/FACTI-report-launch-invitation-to-member-states-from-co-chairs-and-concept-note.pdf>.

Ortiz, Isabel, y Matthew Cummins (2019). *Austerity: The New Normal—A Renewed Washington Consensus 2010–24*, New York, Bruselas and London: Initiative for Policy Dialogue, International Trade Union Confederation. Nueva York, Bruselas y Londres: Iniciativa para el Diálogo Político, Confederación Sindical Internacional, Eurodad, Public Services International, Proyecto Bretton Woods.

Ostry, Jonathan D., Prakash Loungani, y Davide Furceri (2016). Neoliberalism: Oversold? *IMF Finance & Development*. <https://www.imf.org/external/pubs/ft/fandd/2016/06/pdf/ostry.pdf>.

Patnaik, Utsa and Prabhat Patnaik. (2021). *Capitalism and Imperialism: Theory, history and the present*. Nueva York: Monthly Review Press.

Quijano, Anibal (2007). Coloniality and Modernity/Rationality. *Cultural Studies*, 21(2-3), 168–178.

Roos, Jerome (2019). *Why Not Default? The Political Economy of Sovereign Debt*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Rutazibwa, Olivia U. (2018). On babies and bathwater: decolonizing International Development Studies, En Eds. Sara de Jong, Rosalba Icaza, Olivia U. Rutazibwa, *Decolonization and Feminisms in Global Teaching and Learning*. Londres, Nueva York: Routledge.

Sachs, Wolfgang (ed.). 1992. *The Development Dictionary: A guide to knowledge as power*. Atlantic Highlands, N.J.: Zed Books

Slobodian, Quinn (2018). *Globalists: The end of empire and the birth of neoliberalism*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Stoler, Ann. (2016). Imperial Debris: Reflections on Ruins and Ruination in *Duress*. Durham: Duke University Press.

Streeck, Wolfgang. (2019). The Crises of Democratic Capitalism. *New Left Review*, 71. <https://newleftreview.org/issues/ii71/articles/wolfgang-streeck-the-crises>.

Un multilateralismo inclusivo, cooperativo y equitativo

Rob Davies

Nunca ha sido tan necesario como ahora un multilateralismo inclusivo, cooperativo y equitativo. La humanidad se encuentra en la antesala de un cambio climático catastrófico que, en cuestión de décadas, podría hacer inhabitables amplias zonas del planeta y obligar a miles de millones de personas a convertirse en refugiados climáticos. Incluso si el cambio lograra evitarse (un gran interrogante), el nivel de calentamiento global que ya se ha alcanzado dará lugar a fenómenos meteorológicos extremos más frecuentes, que afectarán de manera desproporcionada a los pobres del mundo en desarrollo, que son los menos responsables de haberlos provocado.

El sistema de hiperglobalización, financiarización y neoliberalismo que surgió de la crisis de los años setenta y del final de la Guerra Fría nos ha devuelto ahora a un mundo de estanflación, con precios récord de los combustibles y los alimentos, atribuible al menos en parte a la guerra. Por lo menos durante los últimos quince años, este sistema se ha visto envuelto en múltiples crisis. Sin embargo, ninguna de ellas ha conducido a algún tipo de transformación estructural fundamental. En su lugar, se ha ayudado con rescates a aquellos cuya búsqueda rapaz de beneficios

creó burbujas especulativas. Aunque los países desarrollados más fuertes han optado de manera selectiva por salirse de las reglas y normas neoliberales, siguen insistiendo en que esas reglas deben ser aplicadas por los países más pobres a costa de la prestación de servicios esenciales y en detrimento de los esfuerzos por diversificar sus economías.

El resultado ha sido un sistema caracterizado por una desigualdad cada vez mayor y una creciente sensación de injusticia. Las poderosas empresas transnacionales e instituciones financieras han prosperado cada vez más gracias a una conducta monopólica facilitada por las normas mundiales de propiedad intelectual, inversión y comercio, junto con una regulación “ligera” del sector financiero.

Según la UNCTAD, el “exceso de beneficios” más allá de los derivados de las actividades empresariales “típicas” aumentaron del 4 por ciento del total de los beneficios mundiales en 1995-2000 al 23 por ciento en 2009-2015. En el caso de las 100 mayores empresas multinacionales, las acciones aumentaron del 16 al 40 por ciento (UNCTAD, 2017). En el otro extremo del espectro, “demasiadas personas en demasiados lugares [están] integradas en una economía mundial que genera resultados desiguales e injustos” (UNCTAD, 2017). Entre otras cosas, los años de contención salarial han provocado un descenso de la relación entre los ingresos procedentes del empleo y el PIB desde 61,5 por ciento registrado en 1980 hasta 54,5 por ciento en 2018 en el mundo desarrollado, con un descenso similar desde 52,5 por ciento en 1990 hasta algo más de 50 por ciento en 2018 en el mundo en desarrollo (UNCTAD, 2017). Como nos dice Oxfam, vivimos en un mundo en el que 2.153 multimillonarios poseen tanta riqueza como el 60 por ciento más pobre de la población mundial, que asciende a 4.600 millones de personas¹.

¹ Los multimillonarios del mundo tienen más riqueza que 4.600 millones de personas <https://www.oxfam.org/en/press-releases/worlds-billionaires-have-more-wealth-46-billion-people>

La pandemia del covid fue testigo de un acaparamiento generalizado de equipos médicos y vacunas en el mundo rico, lo que se denominó *apartheid* de las vacunas. A esto le siguió un “desarrollo segregado” para la recuperación: el mundo desarrollado movilizó un enorme arsenal de medidas monetarias y fiscales para apuntalar sus economías, estimado entre el 20 y el 25 por ciento de su PIB, mientras que muchos de los países en desarrollo más pobres sólo pudieron movilizar el 1 por ciento de su producción, que es mucho menor, para mitigar los daños de un círculo vicioso de fuga de capitales, disminución de los flujos comerciales y de inversión, y desplome de la producción y los ingresos fiscales (Davies et al., 2021). Incluso antes de salir completamente de la crisis socioeconómica inducida por covid, el inicio de la inflación de los precios de los combustibles y los alimentos ha llevado a varios países pobres a crisis de endeudamiento, y algunos ya han entrado en impago. Sin embargo, como muestra un estudio reciente, las salidas ilícitas de capital de África eclipsan ahora las entradas tanto de Asistencia Oficial al Desarrollo como de Inversión Extranjera Directa, y se estima que el total acumulado de activos ilícitos mantenidos en el extranjero (US\$ 2,4 billones en 2018) es tres veces superior a la deuda externa del continente (Ndikumana y Boyce, 2022).

No cabe duda de que el orden mundial que nos ha traído todo esto está cambiando. El mundo unipolar con su única e incontable superpotencia hegemónica que surgió de la Guerra Fría está dando paso a un orden que será definitivamente más multipolar. Pero mientras lo viejo agoniza, lo nuevo aún no ha nacido y podría evolucionar en varias direcciones posibles.

El fortalecimiento del multilateralismo no es sino uno de los posibles resultados. Ya hay indicios de la formación de bloques y de una creciente confrontación entre potencias, lo que significa que, de hecho, existen varios escenarios para la forma en que el multilateralismo podría encajar en un mundo más multipolar. Podría existir un multilateralismo “fuerte”, con normas y procesos que configuren la conducta de todos. Estos podrían tratar de forma

explícita de promover una mayor inclusión, reducir la desigualdad, fomentar el desarrollo y conducir a una acción decisiva frente a los retos mundiales, incluida la amenaza del cambio climático. Pero, con igual probabilidad, podrían afianzar las demandas y reivindicaciones de las naciones ricas y poderosas en detrimento de las más pobres y débiles, y disminuir la capacidad de la humanidad para encontrar soluciones integradoras a los enormes desafíos a los que se enfrenta. También podría existir una forma “más débil” de multilateralismo que subordine efectivamente la acción colectiva a la voluntad y conducta de las grandes potencias o bloques en pugna.

Las fuerzas progresistas de todo el mundo, y los pueblos del mundo en desarrollo en particular, tienen buenas razones para desear un multilateralismo más fuerte. Muchos de los mega desafíos a los que se enfrenta la humanidad, incluida la amenaza de un cambio climático catastrófico, solo pueden afrontarse mediante un esfuerzo común. Pero necesitamos un multilateralismo que no sólo sea más fuerte, sino también fundamentalmente diferente de su forma actual –tanto en su ética rectora como en su forma de operar y en los resultados que ofrece–. Crear una mayor inclusión, reducir la desigualdad y promover un desarrollo sostenible equitativo exigirá tanto unas normas mundiales radicalmente diferentes como un mayor reconocimiento de un bien mundial común. Pero mientras aspiramos al fortalecimiento de un tipo diferente de multilateralismo más inclusivo, equitativo y cooperativo, debemos reconocer que la reconfiguración del sistema multilateral es un espacio en disputa. Las ideas y propuestas progresistas tendrán que lidiar con agendas contrapuestas muy diferentes, y los procesos y luchas en curso tendrán un impacto significativo en lo que surja en el futuro.

Tomemos como ejemplo lo que está ocurriendo en la Organización Mundial del Comercio (OMC). Ante el prolongado estancamiento de las negociaciones de la Ronda de Doha (debido, en última instancia, al desequilibrio entre lo que ofrecía el mundo rico en

materia de reforma del comercio agrícola y lo que se exigía en materia de aranceles industriales) y la aparición de múltiples crisis, así como el ascenso de China como competidor importante, los gobiernos del mundo desarrollado y las empresas transnacionales empezaron a reclamar una “reforma” del sistema multilateral de comercio. En concreto, estas fuerzas han tratado tanto de limitar a China (para la cual la narrativa ha pasado de ser un ejemplo de “reforma del mercado” a una imagen de tramposa y abusadora de normas imprecisas), como de impedir que cualquier otro país en desarrollo despliegue potencialmente herramientas políticas similares para lograr la diversificación económica y la industrialización. Se puede reconocer que su impulso reformista sigue varias vías. Una de ellas consiste en tratar de restringir la aplicación del “Trato Especial y Diferenciado” para que las obligaciones de los países en desarrollo sean mucho menos diferenciadas de las de los países desarrollados. Otra ha intentado hacer más estrictas las normas y notificaciones en relación con el despliegue de una gama cada vez mayor de cuestiones normativas y políticas “tras la frontera”. Otra vía ha sido buscar el reconocimiento de las iniciativas “plurilaterales”, llamadas también Iniciativas de Declaración Conjunta. Se trata de procesos en los que grupos selectos de países “con ideas afines” elaboran normas sin atenerse al principio de toma de decisiones por consenso sobre temas que van desde el comercio electrónico a la regulación nacional de los servicios. Una última vía consiste en limitar las competencias del sistema de solución de diferencias de modo que, por ejemplo, las desviaciones de las normas justificadas por la “seguridad nacional” o la retención estratégica de suministros no puedan ser objeto de recurso judicial.

Es evidente que la aplicación de estas “reformas” limitaría aún más la capacidad del mundo en desarrollo para llevar a cabo una transformación estructural y pasar de su papel determinado colonialmente como productor y exportador de materias primas a una producción con mayor valor agregado. A menudo, con el argumento de “nivelar el campo de juego” entre el mundo desarrollado

y China, el énfasis en disciplinar la regulación “tras la frontera” reduciría aún más la capacidad de los países en desarrollo para desplegar herramientas clave de política industrial que demostraron ser muy eficaces tanto en la revolución industrial de China como en otras revoluciones industriales exitosas. El espacio para políticas que apoyen y nutran las industrias incipientes también se vería restringido en los acuerdos comerciales de reciprocidad casi total, al dejar poco margen para excluir las importaciones que competirían con las industrias incipientes.

La Conferencia Ministerial de la OMC, celebrada en Ginebra en junio de 2022 (MC 12), se destacó por dar como resultado un acuerdo muy debilitado sobre las vacunas Covid. Los argumentos morales a favor del llamamiento encabezado por India y Sudáfrica para una exención de los ADPIC que permitiera a los países en desarrollo crear una mayor capacidad para producir vacunas covid-19 fueron abrumadores frente al *apartheid* de las vacunas. Pero este llamamiento se enfrentó a una fuerte oposición por parte de los países desarrollados que son sede de las grandes farmacéuticas. La decisión de la MC 12 sobre este asunto no incluía ninguna exención o enmienda real a las normas ADPIC existentes. En su lugar, el “compromiso”, aparentemente basado en una propuesta de la Unión Europea, aportaba “aclaraciones” a las medidas de flexibilidad sobre los ADPIC y la salud pública adoptadas en 2003 (que en sí mismas representaban un debilitamiento de las ambiciones originales de la Declaración de Doha de 2001 sobre este tema). Estas aclaraciones, además, sólo se aplicaban a las vacunas covid-19 (no a los equipos médicos ni a otras vacunas), y la única concesión real era una excepción temporal a una restricción sobre las cantidades que pueden exportarse, limitando su aplicación a cinco años².

² Decisión ministerial sobre los ADPIC adoptada el 17 de junio de 2022. <https://docs.wto.org/dol2fe/Pages/SS/directdoc.aspx?filename=q:/WT/MIN22/W15R2.pdf&Open=True>

Menos notado, pero de vital importancia, fue que el MC 12 también ordenó “trabajar hacia la necesaria reforma de la OMC” (OMC, 2022). Aunque la declaración de “resultados” dejaba que el contenido de la “reforma necesaria” se determinara en futuros procesos de negociación, es indudable que los gobiernos de los países desarrollados querrán que con ello se avance, si no en todos, en varios de los objetivos señalados desde hace tiempo.

Algunos países en desarrollo (el Grupo Africano, India y Cuba) han presentado una propuesta que aboga por una alternativa radical. La propuesta titulada “Fortalecer la OMC para promover el desarrollo y la inclusión” (2022) sostiene que el actual Sistema Multilateral de Comercio afianza “muchos desequilibrios” y que éstos se han agravado durante la crisis de covid. Cita datos del Banco Mundial que muestran que la brecha en el PIB per cápita entre el mundo desarrollado y el mundo en desarrollo ha aumentado desde la creación de la OMC, y utiliza este dato para pedir que se mantenga el principio básico del Trato Especial y Diferenciado y que se contemple en futuros acuerdos. Sostiene que “la reforma de la OMC no significa ni aceptar las desigualdades heredadas ni nuevas propuestas que agraven los desequilibrios” y que, por lo tanto, la reforma debería centrarse en abordar las asimetrías y dotar de mayor equilibrio a las normas de la OMC. Cita la declaración fundacional en la que se afirma que el comercio no es un fin en sí mismo, sino un medio para “elevar el nivel de vida y garantizar el pleno empleo” y pide que se respete el derecho de los países a adoptar modelos económicos diferentes, buscar el desarrollo y apoyar la diversificación. Por último, pide que se preserven los “principios básicos”, incluida la toma de decisiones basada en el consenso, y que se subsanen los vacíos en las normas para defender a los países en desarrollo frente a la acción unilateral de las economías más fuertes.

Parece evidente que las negociaciones sobre la reforma de la OMC serán el escenario de un choque de paradigmas. Queda por verse si los países en desarrollo pueden lograr la suficiente unidad

y determinación para resistir lo que inevitablemente será una ofensiva de poderosos intereses creados. Lo que también está claro es que el resultado de esta cuestión tendrá implicaciones más allá de la OMC. Por ejemplo, si se debilita el principio de Trato Especial y Diferenciado en la OMC, se envalentonarán quienes pretendan debilitar el principio de “responsabilidades comunes pero diferenciadas” en las negociaciones sobre el cambio climático.

En la década de 1970, los países en desarrollo, reconociendo que la independencia política no había acabado por sí sola con el colonialismo económico y la dependencia, reclamaron un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI). Esto incluiría una “revisión de las reglas del comercio internacional”, la reforma del sistema financiero internacional y el reconocimiento de la plena soberanía de cada Estado sobre sus recursos naturales. Fundamentalmente daba prioridad a “la industrialización [...] esencial para la diversificación de las economías, que durante la colonización se centraron en una gama muy restringida de materias primas” (Mahiou,). En 1974, muchos de estos principios básicos se incorporaron a una Declaración emitida en una Sesión Especial de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Sin embargo, como indicio de lo que falla en el multilateralismo tal y como existe en la actualidad, en pocos años otros organismos multilaterales simplemente echaron por la borda estos principios y, en su lugar, impusieron a los países en desarrollo recetas políticas neoliberales de “talla única” y una liberalización comercial extrema.

Teniendo en cuenta que el sistema creado por la hiperglobalización y el neoliberalismo no sólo está sumido en múltiples crisis, sino que además está afianzando la dependencia de gran parte del mundo en desarrollo en la producción y exportación de materias primas, urge recuperar muchos de los principios fundamentales del NOEI, adaptando y actualizando al mismo tiempo nuestra visión para tener en cuenta la evolución posterior y las realidades actuales. Muchos de los componentes de dicha adaptación ya han sido identificados. Entre ellos se encuentra el llamamiento a un Nuevo Acuerdo Verde Global (NPVG). Aunque existen varias interpretaciones diferentes de

esta idea, sin duda hay un consenso en que el NPVG debe basarse al menos en los siguientes principios (UNCTAD, 2017):

- Acabar con la austeridad “utilizando la política fiscal para gestionar las condiciones de la demanda y haciendo del pleno empleo un objetivo político central”: “la expansión monetaria también debería utilizarse de forma diferente, para financiar inversiones públicas que contribuyan a resultados inclusivos y sostenibles”.
- Potenciar la inversión pública con una fuerte dimensión humanitaria: “Esto incluiría grandes programas de obras públicas para mitigar el cambio climático y adaptarse a él”.
- Aumentar los ingresos públicos con “una mayor dependencia de los impuestos progresivos, incluidos los impuestos sobre la propiedad y otras formas de ingresos por rentas”.
- Establecer un nuevo registro financiero mundial para acabar con los paraísos fiscales y otras formas de erosión de la base impositiva y transferencia de beneficios.
- Fortalecer la voz de los trabajadores organizados para garantizar que los salarios aumenten en consonancia con la productividad como estímulo significativo para la demanda.
- Domar el capital financiero para que “las instituciones financieras... sirvan al bien social más amplio”.
- Aumentar significativamente los recursos financieros multilaterales.
- Frenar el rentismo corporativo, incluso mediante una regulación más severa de las prácticas empresariales restrictivas, la creación de un observatorio mundial de la competencia y, en general, el diseño de una política de competencia que promueva objetivos distributivos.

- Respetar el espacio de las políticas, eliminando las disposiciones restrictivas de los acuerdos comerciales y de inversión para permitir el desarrollo adecuado de políticas industriales y de otro tipo.

También ha habido varias propuestas para que los principios sustenten una reescritura de las normas de las instituciones multilaterales. Unas de ellas son los “Principios de Ginebra para un Nuevo Acuerdo Verde Mundial” (Gallagher y Kozul-Wright, 2019), que abogan por lo siguiente:

- Las normas mundiales deberían calibrarse en función de los objetivos generales de estabilidad social y económica, prosperidad compartida y sostenibilidad medioambiental, y deberían estar protegidas contra la manipulación por parte de los actores más poderosos.
- Los Estados deberían compartir responsabilidades comunes pero diferenciadas en un sistema multilateral construido para promover los bienes públicos mundiales y proteger el bien común mundial.
- El derecho de los Estados a disponer de espacio político para adoptar estrategias nacionales de desarrollo debería estar consagrado en las normas mundiales.
- Las regulaciones globales deberían diseñarse tanto para fortalecer una división internacional dinámica del trabajo como para prevenir acciones económicas unilaterales destructivas que impidan a otras naciones alcanzar objetivos comunes.
- Las instituciones públicas mundiales deberían rendir cuentas ante todos sus miembros, estar abiertas a la diversidad de puntos de vista, tener en cuenta las nuevas voces y contar con sistemas equilibrados de resolución de conflictos.

Por último, algunos han pedido una revisión fundamental de las instituciones surgidas de la conferencia de Bretton Woods de 1944 (el FMI, el Banco Mundial y el predecesor de la OMC) (Gallagher y Kozul-Wright, 2022).

Dadas las circunstancias a las que nos enfrentamos, la principal tarea de las fuerzas progresistas ahora debe ser, sin duda, ejercer una mayor influencia en los procesos y debates en curso, al tiempo que hacen campaña de forma más general a favor de un multilateralismo inclusivo, cooperativo y equitativo para una versión del siglo XXI de un Nuevo Orden Económico Internacional. La Internacional Progresista está bien posicionada para desempeñar un papel de liderazgo en este sentido.

Bibliografía

Conferencia Ministerial de la OMC, duodécima sesión, Ginebra 12-15 de junio de 2022, Documento final de la MC 12 adoptado el 17 de junio de 2022, párrafo 3. <https://www.google.com/url?q=https://docs.wto.org/dol2fe/Pages/SS/directdoc.aspx?filename%3Dq:/WT/MIN22/W15R2.pdf%26Open%3DTrue&sa=D&source=-docs&ust=1700669278700244&usg=AOvVaw0xuApTpxtCqwY-Q3IyYbg4g>

Davies, Rob, Kozul-Wright, Richard, Banga, Rashmi, Capaido, Jeronim y Gallogly-Swan, Katie, (2021). UNCTAD “Reformar el sistema de comercio internacional para la recuperación, la resiliencia y el desarrollo inclusivo”. Trabajo de investigación no. 65. https://unctad.org/system/files/official-document/ser-rp-2021d8_en.pdf

Gallagher, Kevin y Kozul-Wright, Richard (2019). *Un nuevo multilateralismo para la prosperidad compartida: Principios de Ginebra para un Nuevo Acuerdo Verde Mundial*. UNCTAD, Ginebra, Boston University Global Development Policy Center. <https://www.google.com/url?q=https://www.bu.edu/gdp/2019/04/10/a-new-multilateralism-for-shared-prosperity-geneva-principles-for-a-global-green-new-deal/&sa=D&source=docs&ust=1700669278716235&usg=AOvVaw0hufXtDAGymgi9ZEKy4nI1>

Gallagher, Kevin y Kozul-Wright, Richard (2022). *The Case for a New Bretton Woods*, (Por un nuevo Bretton Woods) Wiley. <https://www.wiley.com/en-us/The+Case+for+a+New+Bretton+Woods-p-9781509546541>

Mahiou, Ahmed (2010). “Nota Introductoria, Declaración del Nuevo Orden Económico Internacional”, Biblioteca Audiovisual de las Naciones Unidas. https://www.google.com/url?q=https://legal.un.org/avl/ha/ga_3201/ga_3201.html&sa=D&source=docs&ust=1700669278713391&usg=AOvVaw0LUFcZt97xUd-Lk0eN1Csji

Ndikumana, Léonce y Boyce, James (eds.), (2022). *Tras la pista de la fuga de capitales de África: Quienes reciben el dinero y quienes lo facilitan* Oxford University Press. <https://academic.oup.com/book/38795>

UNCTAD (2017), *Informe sobre el Comercio y el Desarrollo 2017: Más allá de la austeridad, hacia un nuevo pacto mundial*. Naciones Unidas, Ginebra. <https://unctad.org/webflyer/trade-and-development-report-2017>

WT/GC/W/778/Rev 4 presentado el 10 de febrero de 2022. <https://www.google.com/url?q=https://docs.wto.org/dol2fe/Pages/SS/directdoc.aspx?filename%3Dq:/WT/GC/W778R4.pdf%26Open%3DTrue&sa=D&source=docs&ust=1700669278701515&usg=AOvVaw3lkztPUxCRbDbM8frdbEE1>

De una pandemia a un mundo multipolar

Lula Da Silva y Celso Amorim

Desde comienzos de 2020 –y con mayor intensidad desde que la Organización Mundial de la Salud (OMS) declaró pandemia el Covid-19– los gobiernos y sociedades civiles han hecho frente a una crisis de proporciones nunca antes vistas.

Miles de vidas se perdieron cada día en todos los rincones del mundo. Las economías, que apenas se habían recuperado de la crisis financiera de la última década, entraron en un periodo de declive económico sin precedentes desde la Gran Depresión de 1930.

Los sistemas políticos están bajo tensión, y los líderes y lideresas populistas autoritarios se han apresurado a explotar la sensación de inseguridad que trajo la pandemia para aumentar su poder personal, debilitando las ya frágiles democracias. Algunos, desde Donald Trump a Jair Bolsonaro, adoptaron una actitud de negación, ignorando las recomendaciones de la comunidad científica y especialistas de la salud.

Con este espantoso panorama de fondo, la cooperación internacional sufrió un duro golpe durante la pandemia. El comportamiento egoísta de algunos líderes y lideresas evitó el acceso de bienes y medicinas esenciales a las personas más necesitadas. Los más poderosos realizaron actos de pura piratería. A su vez, organizaciones multilaterales como la OMS se vieron privadas de recursos bajo falsas acusaciones de parcialidad política. El Consejo

de Seguridad de la ONU, el organismo internacional más poderoso, no llegó a ninguna decisión ni ofreció siquiera una recomendación mínimamente significativa en relación con esta tragedia. Los organismos informales, como el G20, no pudieron superar las diferencias entre sus miembros y aprobar un plan de acción para hacer frente a la crisis.

Los llamados del Secretario General de la ONU y del Alto Comisionado de la ONU para los Derechos Humanos –secundados, entre otros, por el Papa Francisco– para que se suspendan las sanciones unilaterales de modo que países como Irán, Cuba y Venezuela puedan tener acceso a recursos para adquirir material médico esencial y recibir ayuda humanitaria, fueron claramente ignorados. El multilateralismo se abandonó sin pudor.

De cara al futuro –y suponiendo que la pesadilla actual acabe disipándose, aunque sólo sea tras inmensas pérdidas humanas, en términos de vidas y bienestar– es frecuente oír que “el mundo nunca volverá a ser el mismo”. Y, en efecto, es de esperar que la humanidad aprenda las lecciones de la inesperada embestida de una entidad microscópica, una embestida que sigue trayendo muerte y miseria, especialmente a quienes se encuentran en la parte más baja de nuestras desiguales sociedades.

La pandemia ha sacudido los pilares de nuestro modo de vida y, en conjunto, los del orden internacional. Parece haber un consenso casi universal en que el sistema mundial tendrá que reconstruirse de forma muy fundamental. La pregunta es: ¿cómo?

Para muchos analistas estamos entrando en una especie de “nueva Guerra fría” –o algo incluso peor– como resultado de la llamada “trampa de Tucídides”, expresión creada por el diplomático reconvertido en erudito Graham Allison, para indicar el potencial de conflicto derivado de la aparición de una nueva superpotencia en desafío a la que antes dominaba.

Según este punto de vista, la “superación” de China sobre los Estados Unidos –un proceso que parecía inevitable incluso antes de la pandemia– se acelerará, generando una gran inestabilidad. Al

mismo tiempo, muchos de los gobiernos y pueblos que representan, desconfiados ante la globalización desenfundada basada en la burda búsqueda de ganancias –sobre todo por parte del capital financiero– se verán tentados a hundirse en una suerte de aislamiento, escépticos ante el valor de la cooperación internacional.

No tiene que ser así. Tanto las naciones como los individuos pueden verse menos dominados por la arrogancia y llegar a comprender la necesidad de una mayor solidaridad y humildad a la hora de enfrentarse a los retos planteados por la naturaleza y por los propios seres humanos.

No es imposible, es más, es imperativo que un cierto número de Estados o entidades supranacionales –como una renovada Unión Europea y las instituciones dedicadas a la integración de los países en desarrollo de América Latina, África y Asia (que habrá que reforzar o reconstituir)– busquen alianzas y asociaciones, de modo que contribuyan a la creación de un mundo multipolar, libre de la hegemonía unilateral y de la estéril confrontación bipolar.

Tales alianzas, basadas en la “geometría variable”, permitirían una verdadera refundación del orden multilateral, basada en los principios del multilateralismo real, en el que la cooperación internacional pueda florecer realmente. En un escenario así, China, los Estados Unidos y Rusia podrían convencerse de que el diálogo y la cooperación son más beneficiosos que la guerra (fría o de otro tipo).

Sin embargo, esto sólo ocurrirá a medida que los países –en especial aquellos con condiciones naturales para ejercer un liderazgo no hegemónico– encuentren formas de democratizar sus propios sistemas políticos, haciéndose más sensibles a las necesidades de sus pueblos, especialmente las de sus sectores más vulnerables. La justicia social y el gobierno democrático tendrán que ir de la mano.

Puede sonar utópico pensar en estos términos en un momento tan sombrío de la historia, cuando la propia civilización parece estar en peligro. Pero para quienes creemos en la capacidad humana

de encontrar respuestas creativas a todo tipo de retos inesperados, sonar utópico no debería disuadir de la acción común. Tampoco debe hacernos caer en la desesperación.

Un futuro común para la humanidad

Cheng Enfu

El NOEI y la economía global

Los últimos 50 años han demostrado que la declaración sobre el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional y su desarrollo no lineal en la práctica política han jugado un papel histórico importante en la promoción de una organización más racional del orden económico internacional. En 1974, siguiendo el trabajo arduo y la lucha unida de las naciones del tercer mundo, el sexto período extraordinario de sesiones y el vigesimonoveno período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas debatieron y aprobaron la Declaración sobre el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional, el Programa de Acción, y la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados. Finalmente se había establecido un marco que serviría de guía para la realización de un Nuevo Orden Económico Internacional. Varias reuniones internacionales se sostuvieron luego de 1974, centradas en los países en desarrollo. En estas reuniones se presentaron muchas declaraciones y resoluciones enriqueciendo aún más el contenido ideológico del Nuevo Orden Económico Internacional y promoviendo la transformación del orden económico internacional preexistente.

En la década del ochenta, cuando el desarrollo global de la economía creó condiciones desfavorables para la negociación Norte-Sur, tanto las naciones desarrolladas como aquellas en vía de desarrollo intercambiaron sus puntos de vista en la Conferencia de Cancún, llegando a un consenso sobre una serie de cuestiones concretas relativas a las relaciones Norte-Sur. La cooperación Sur-Sur también se desarrolló considerablemente durante este período, con la adhesión por parte de países en desarrollo a acuerdos generales acerca del sistema global de comercio basados en negociaciones comerciales preferenciales y el fortalecimiento de la cooperación y el apoyo mutuo para compartir los frutos del progreso tecnológico. Esto creó un ambiente favorable para que el orden económico internacional se guiara por principios más racionales, aunque resultó seriamente obstaculizado por las políticas de Guerra Fría a largo plazo promulgadas por las principales naciones capitalistas durante este periodo.

Desde la década del noventa hasta la actualidad, luego del fin de la Guerra Fría, la globalización ha progresado rápidamente. El desarrollo del transporte y las tecnologías de la comunicación han acercado a los países del mundo acelerando los movimientos interfronterizos de cadenas de suministros y materias primas a escala global. La globalización también se está profundizando, arrastrando a todos los países hacia un sistema económico global de mercado. Impulsados por la revolución científica y tecnológica, la profundidad, la amplitud y el nivel de la división internacional del trabajo no han dejado de aumentar. Los intereses económicos entre todas las naciones y regiones también se entrelazan más y más cada día que pasa. Uno de los principales resultados de este tipo de desarrollo ha sido una interdependencia más profunda entre las economías globales. Esto ha proporcionado importantes oportunidades para el desarrollo económico mundial a principios del siglo XXI, y también ha servido para el desarrollo de una economía mundial multipolar.

La dominación de Estados Unidos

La presente fase de reforma del sistema económico internacional está siendo seriamente obstruida, y hasta revertida por el G-7 liderado por Estados Unidos. Los Estados Unidos y sus aliados dominan las organizaciones económicas internacionales aplicando medidas neohegemónicas, neoimperialistas y neoliberales, que hacen que la adopción de valores estadounidenses y posiciones proestadounidenses sea un requisito previo para los intercambios económicos internacionales y la ayuda exterior. Esto también convierte a las políticas económicas internacionales en herramientas para que Estados Unidos proteja su propio poder y contenga o debilite el poder de otros en pos de sus estrechos intereses. Como consecuencia, la gobernanza democrática de la economía mundial se ha visto considerablemente socavada de la economía global y se ha provocado un claro declive de la capacidad operativa de las organizaciones que mantienen la estabilidad del sistema económico internacional, causando una escasez relativa en el suministro mundial de bienes públicos y la aparición de crisis mundiales, como guerras económicas, guerras de recursos, guerras tecnológicas y guerras comerciales. Estas representan un enorme obstáculo en la transición del orden económico internacional hacia una perspectiva más racional. Sin embargo, un amplio abanico de naciones en desarrollo y fuerzas progresistas alrededor del mundo también están mostrando un impacto positivo a la hora de contrarrestar la hegemonía económica, sea por necesidad o por voluntad activa, avanzando cada vez más hacia una mayor racionalización del orden económico internacional.

Un boceto del futuro

La meta futura de reestructurar el nuevo orden económico mundial –su formulación e implementación– debería tener las siguientes características. *Primero*, debe hacer avanzar el concepto nuevo de construir una “comunidad con un futuro compartido para la humanidad”. Muchas organizaciones internacionales y conferencias han reconocido esta filosofía. Su objetivo es tener en cuenta la importancia de mantener relaciones razonables con otras naciones y de promover el desarrollo común sin dejar por ello de perseguir los intereses y el desarrollo propios; hacer realidad este valor global a través de la interdependencia de los derechos internacionales, la cooperación beneficiosa para ambas partes, el desarrollo sustentable y la gobernanza democrática global y eliminar valores negativos como el unilateralismo, la intimidación y el camarillismo.

Segundo, debe promover reformas positivas de las Naciones Unidas y de las distintas organizaciones económicas internacionales. Las reformas y mejoras a las estructuras básicas de la OMC, el Banco Mundial, el FMI, etc. deberían centrarse en reflejar la voluntad y los principios de gobernanza democrática compartidos de las naciones en desarrollo que conforman la mayoría y eliminar gradualmente la dominación arbitraria llevada a cabo por un puñado de naciones desarrolladas.

Tercero, debe promover la apertura de varios tipos de organizaciones regionales y colectivas de cooperación económica y de foros económicos internacionales. Asimismo, es preciso crear más organizaciones de cooperación económica internacional exclusivas, como el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura y la Iniciativa de la Franja y la Ruta y debe resistir y eliminar las organizaciones de cooperación internacional cuyo objetivo sea atacar a otros países o formar camarillas.

Cuarto, debe promover la adhesión estricta por parte de todos los países a la legislación internacional y a las regulaciones económicas internacionales. El mantenimiento y mejora del orden económico internacional y una gobernanza económica global compartida son deberes de todas las naciones, especialmente de las desarrolladas. Los países verdaderamente civilizados y las fuerzas progresistas deben unirse para eliminar gradualmente cualquier acto que posicione la ley del propio país por sobre la legislación internacional, que imponga arbitrariamente sanciones económicas y bloqueos a otros países o que socave el orden económico internacional y las regulaciones económicas internacionales.

Quinto, debe promover el desarrollo pacífico y la seguridad común de todas las naciones. En las relaciones internacionales, la democratización política, el desarrollo de ejércitos defensivos y la seguridad común son extremadamente importantes para mantener y mejorar el orden económico internacional. Es necesario eliminar gradualmente los complejos militares-industriales, los monopolios financieros y otras organizaciones de países individuales que colaboran para alentar a sus gobiernos a expandir continuamente el poder militar y el alcance de la OTAN.

A lo largo de décadas, China ha impulsado constantemente su posición y sus políticas en favor de un orden económico internacional basado en principios y organizado racionalmente, contribuyendo a la realización de un orden más justo configurado colectivamente por la comunidad internacional. Actualmente está tomando medidas para hacer frente a los grandes cambios en la economía internacional y a la situación política luego de la pandemia de COVID-19 y del conflicto entre Rusia y Ucrania y continúa luchando por un nuevo orden económico internacional para el futuro.

Ocho tesis para el Nuevo Orden Económico Internacional

René Ramírez Gallegos

Tesis 1. La agenda política neoliberal (la del Consenso de Washington) se encuentra en declive hegemónico, domina (sobrevive sin convencer) y su violencia crece a medida que se deteriora la tasa decreciente de ganancia del capital.

En términos prácticos esta tesis se podría resumir señalando que la estrategia más eficaz del neoliberalismo hoy es el neoconservadurismo (de tintes fascistas).

Recuperando la historia, se puede señalar que, así como el capitalismo nace con el colonialismo, el neoliberalismo nació con las dictaduras en Nuestramérica. Posteriormente, se vive una convivencia del neoliberalismo con la democracia mínima liberal (en los ochenta y noventa y principios del nuevo milenio). Luego de gobiernos populares que interpelan al neoliberalismo, hoy en día, la democracia está nuevamente asediada. La crisis del capitalismo y el deterioro de la tasa de ganancia del capital hace poco probable que incluso el matrimonio democracia electoral-neoliberalismo pueda prosperar. Durante ya casi tres lustros, los gobiernos de corte progresista de la región viven nuevas formas de golpismo. Tales golpes no se hacen con tanques de guerra (la excepción es el magnicidio de Jovenel Moïse; aunque la fuerza bruta no deja de

intentarse como fue el caso de Bolivia, y antes Honduras; o los intentos fallidos en Venezuela y Ecuador) sino que se usan las mismas instituciones de la democracia: el sistema de justicia (a través de *lawfare*), la función electoral (se proscriben presidentes, como sucedió con Lula Da Silva, Rafael Correa o Evo Morales), las mismas Asambleas (siendo el caso paradigmático lo sucedido con Dilma Rousseff, sin olvidar otros como Lugo o el asedio permanente a Castillo), siempre respaldadas por los sistemas masivos de comunicación privada.

En este marco, los proyectos políticos de derecha actualmente en la región no ponen el centro del debate público en la agenda neoliberal (la del Consenso de Washington), sino que usan narrativas de la esfera cultural, aupando semánticas identitarias tales como la xenofobia, el anti-feminismo, el racismo, la aporofobia que tienden a configurar nuevas tendencias fascistas. En ese marco, las contiendas electorales se polarizan en la región con dos concepciones del mundo opuestas, que disputan en dos registros diferentes: los gobiernos progresistas nacionales populares disputan principalmente en el ámbito de lo social y económico y las derechas neoliberales en el ámbito de lo cultural. Sin dejar de entender su centralidad e importancia, es fundamental, superar aquellas miradas de izquierda que comprenden el mundo a partir de lecturas exclusivamente economicistas.

A su vez, esto marca una diferencia en la acción de gobierno si comparamos el neoliberalismo de la primera década del siglo XXI en comparación con la segunda. Si bien los gobiernos de derecha cuando llegaron al Estado tuvieron entre sus prioridades focalizar la política en los más pobres para garantizar gobernabilidad, tal prioridad ha mutado. De hecho, se puede señalar que en las primeras décadas del siglo XXI los gobiernos de derecha tuvieron como objetivo reducir la pobreza y lo hicieron. La caída de la pobreza en América Latina no fue patrimonio de la izquierda, aunque la velocidad de cambio fue el doble de rápido en los gobiernos populares frente a los gobiernos neoliberales (Ramírez, 2022a). No obstante,

parece que ahora la derecha no tiene como objetivo que no explote la sociedad a través de la “pacificación” de los excluidos, sino construir un grupo consolidado de militantes que defiendan religiosamente su proyecto de sociedad patriarcal, blanca, sin extranjeros y en donde el pobre es pobre porque quiere o porque se lo merece. Quizá resulta más eficaz tal cambio de estrategia porque los pobres y las clases medias también pueden ser parte de este nuevo núcleo, cosa que no sucede con la primera estrategia en donde estas clases no reciben el fruto de la redistribución en los gobiernos neoliberales. El objetivo es construir proyectos religiosos y no políticos como lo evidencia los seguidores de Bolsonaro después de la pérdida frente al Lula Da Silva.

Las fobias que generan las narrativas conservadoras engendran violencia social y la justifican. Configuran proyectos nacionalistas fascistas. A tal perspectiva se suman las estrategias de golpes institucionales dentro del mismo sistema democrático liberal que configuran autoritarismos neoliberales. Los estados de excepción, en este contexto, se hacen frecuentes naturalizándose.

Este fenómeno que adquiere fuerza en los últimos lustros choca con la ira justa del excluido del sistema económico, del discriminado por su color de piel, de la violentada por ser mujer, del señalado por ser migrante. Bajo esta lógica, la probabilidad de escenarios de salida al estilo “Joker” crece exponencialmente. No obstante, la secuencia argumentativa conservadora cae por su peso: cualquier manifestación popular que busque ampliar derechos o que no existan retrocesos en los mismos son leídos como golpes de Estado, como demostró el foro “Defensa de la Democracia en las Américas” realizada en Miami en el 2021 encabezada por Luis Almagro, Lenin Moreno, Mauricio Macri, Luis Pastrana, Luis Guillermo Solís y Oswaldo Hurtado, entre otros.

El debate señalado, no es una cuestión de moral sino de justicia; pero la narrativa neoconservadora moraliza el mismo porque resulta una de sus principales armas para diluir la política. Con la

disolución de la política se niega la posibilidad de resolver los problemas bajo vías pacíficas.

El deterioro de la tasa de ganancia del capital aunado a la concentración de la acumulación más la potenciación de discursos conservadores anti-igualitarios conducen a destinos violentos. El punto ciego para la crítica de la violencia consiste en que esta se ha vuelto estructural:

la cuestión no es ya si se manifiesta o no, sino cuándo y de qué manera. El programa neoliberal, al carecer de persuasión, siempre incluye la violencia como colateral. Tácita o explícitamente. Porque quien no convence solo puede dirigir con la fuerza (Ramírez y Guijarro, 2022c).

Tesis 2. La lucha más eficaz al neoliberalismo es la democracia como igualdad de los comunes que generen nuevos pactos sociales de convivencia

Tocqueville (2018) en su libro la “Democracia Americana” señalaba que su objetivo era entender la democracia en Estados Unidos porque su diseño institucional garantizaba que no vuelva a suceder otra Revolución Francesa; es decir, la democracia liberal garantizaba que no haya cambios radicales.

No obstante, justamente en la primera ola de los gobiernos progresistas, cuando se imponía el sentido común del fin de la historia a nivel mundial, sucedían en América Latina cambios significativos *en* democracia. No se necesitaba prescindir de la democracia para generar cambios sociales significativos. Se podría señalar que uno de los legados de los gobiernos progresistas de la primera ola fue caminar hacia la construcción de una democracia como igualdad de los comunes y una tendencia a la igualdad democrática. La primera, la democracia como igualdad, conseguida a través de proyectos políticos que gobernaron el Estado y redistribuyeron progresivamente; la segunda, la igualdad democrática, disputada principalmente por los movimientos sociales que buscaban

avanzar en igualar la voz del diferente en la toma de decisiones (aunque no siempre fluidamente e incluso, confrontando).

En una reciente investigación sobre economía política de la redistribución del ingreso y la riqueza en los últimos 20 años en la región se puede constatar dos modelos claros redistributivos: el de los gobiernos progresistas, nacional populares o de izquierda, cuyo patrón redistributivo favorece a las grandes mayorías (clases medias y populares) en detrimento de las élites económicas (1% y 10% más alto de la distribución); y el de la derecha conservadora con patrones concentradores regresivos antidemocráticos (pro-élites económicas y anti-clases medias y populares) (Ramírez, 2022a).

En el momento que vive el capitalismo y con los niveles existentes de concentración del ingreso y la riqueza en la región, al neoliberalismo le estorba la democracia y busca prescindir de ella. De hecho, podríamos decir que el neoliberalismo solo puede prosperar si no prospera la democracia (incluso la democracia mínima electoral). En el sentido contrario, si la democracia se radicaliza el neoliberalismo se ve en problemas.

Pero es necesario aclarar que los procesos autoritarios del siglo XXI no pueden ser evaluados como los del siglo XX. Mientras en el siglo XX el neoliberalismo nació con procesos dictatoriales y luego hubo una convivencia “armónica” entre este y la democracia representativa, hoy en día solo puede ser posible el neoliberalismo si tiene un régimen político anti-democrático, autoritario. La propia ingeniería institucional de la democracia representativa permite nuevas estrategias que propician golpes institucionales a través de las otras funciones del Estado como el sistema de justicia, los órganos legislativos o las mismas instituciones electorales. Son estas nuevas formas de dictaduras democráticas que dan paso a autoritarismos neoliberales (Ramírez, 2019). Tal fenómeno sucede –como se afirmó– sin detrimento de señalar que los golpes del estilo del siglo XX, con uso de las fuerzas de seguridad, siguen latentes.

Frente a los autoritarismos neoliberales, la antítesis histórica es la democracia como igualdad y una igualdad democrática, lo

cual implica otro modo de acumulación y otro régimen político superador de la democracia liberal. A través de procesos de democracia representativa, directa y con avances participativos, la región vivió casi tres lustros en el nuevo milenio de democratización de derechos y redistribución del ingreso y la riqueza. Planteó una democracia democratizando el reconocimiento y los derechos, recuperando e instaurando bienes públicos y comunes, así como una materialidad que busca garantizar no solo condiciones de vida digna, sino apuntar más allá: hacia la vida buena. Son propuestas que avanzaban en regímenes políticos no escindidos de regímenes económicos y sociales.

Lo relatado no hubiese sido posible sin el acceso de proyectos populares al gobierno del Estado, y estos solo fueron viables por la lucha de los movimientos sociales, que paralelamente empujaban una igualdad democrática en donde se disputaba avances en la democratización de la participación en los espacios decisorios. La reacción conservadora de la derecha no solo ha buscado retomar los procesos de concentración de la acumulación sino también irse en contra de que las mujeres, los indígenas y afrolatinoamericanos, y otros grupos étnicos relegados, así como los informales y desempleados, junto a las organizaciones populares tengan voz y decidan. No solo aquello, como señalamos en la tesis 1, las derechas buscaron generar sentidos comunes que pretenden aniquilar al “otro” excluido o a la misma oposición representada por los partidos políticos que dejaron de gobernar.

El continente vive momentos destituyentes y constituyentes. En un grupo de países, movimientos sociales posibilitaron movimientos políticos que viabilizaron movimientos constituyentes; en otro grupo de países, movimientos sociales viabilizaron movimientos constituyentes que engendraron movimientos políticos que llegaron al poder del Estado. En otros lugares, movimientos sociales generan turbulencias que interpelan el neoliberalismo y la democracia neoliberal empujando dar nacimiento a pactos constituyentes que se canalizan bajo diferentes formatos (consultas

populares, reformas constitucionales o reivindicaciones de viejas constituciones releídas en el siglo XXI). Se configuran o se disputan nuevos pactos de convivencia mientras las fuerzas neoliberales y conservadoras defienden mantener un *statu quo* que reproduce desigualdad, discriminación y exclusión con una diferencia: dada la caída de la tasa de ganancia solo puede concentrar a costa del despojo masivo.¹ Los cambios no son jamás generados por las derechas neoliberales conservadoras. Estas no son revolucionarias; lo que sí profundizan radicalmente es la concentración de la acumulación, del poder y masifican la exclusión. El cambio sí o sí solo puede venir de los movimientos progresistas que se encuentran en constante caminar o frecuentemente en resistencia para detener el avance de procesos deshumanizantes al configurarse como cosificadores de las relaciones sociales.

Resulta estratégico en la disputa política, dejar claro en el debate público que por definición ideológica de los proyectos de derecha nunca puede venir el cambio, aunque camaleónicamente intenten venderse sistemáticamente como poseedoras del mismo. No existe un proyecto de derecha alternativo que no sea el autoritarismo neoliberal. La diferencia con los proyectos de derecha del siglo XX es cuán más radicales y eficaces son en sus niveles de conservadurismo y de concentración. Profundizar no es lo mismo que cambiar/trastocar.

En este marco, no se podrá detener el avance del autoritarismo neoliberal sino se disputa la consolidación de la democracia como igualdad y la igualdad democrática que canalice nuevos pactos de convivencia social a favor de los comunes, del 99,9% de la población, hasta que la *subalternidad sea hegemonía*.

¹ Si existe crecimiento económico puede darse acumulaciones concentradoras incrementando en términos absolutos el bienestar de todos pero sin disminuir distancias indignas.

Tesis 3. No habrá democracia como igualdad sino se rompe el colonialismo interno (el modelo “acumulador desacumulante colonial”) de América Latina y el Caribe

Cuando se habla de los modelos de desarrollo de la región se suele poner el énfasis en su carácter primario exportador que genera restricciones externas que no garantizan la inversión necesaria para su despegue productivo. No obstante, es necesario volver a re-articular el análisis, como sugiere Pablo González Casanova (2006; 2007), al colonialismo interno. Este concepto llevado al ámbito económico nos permite poner el acento en la cultura económica de la oligarquía y plutocracia de nuestra región.

Si se pone en términos comparativos podemos señalar que mientras que la dinámica económica/financiera en el centro capitalista es “parasitaria”, pues requiere mercados internos para acumular, y por eso mantiene la demanda en condiciones de bienestar suficiente, al menos, para preservar su lucro (en el centro); en contraste, la dinámica financiera es “predatoria” en la periferia, porque simplemente extrae recursos para transferirlos al centro (Ramírez y Guijarro, 2022c). Paradójicamente, se genera lo que podríamos denominar una “acumulación desacumuladora” (Ramírez, 2022): genera despojo en el proceso económico-productivo y acumula externamente en la banca *offshore* de paraísos fiscales, que permite entrar en los circuitos financieros del centro global. En el mejor de los casos deja de ser especulativa y se conecta con las cadenas globales de valor.

Si bien el patrón descrito es marcado estructuralmente, se puede señalar que existe una diferencia radical entre gobiernos populares y gobiernos de derecha. Mientras los primeros permiten generar acumulación de activos internos a partir de la generación de la riqueza endógena, los segundos, generan activos externos a partir de procesos de endeudamiento externo. La forma estructural de menoscabar el ámbito de acción de los gobiernos progresistas es la deuda externa no soberana. No es casualidad que la restauración conservadora en la región vino de la mano de

procesos de endeudamiento externo profusos. El primer acto de soberanía en este campo, es tener un tratamiento soberano de la deuda externa contraída que usualmente ha sido generada ilegítima o –en muchos casos– ilegalmente. Quizá resulta fundamental plantear en las instancias regionales de coordinación un comité de veeduría de la deuda externa de nuestros países.

La acumulación de activos externos es un patrón cultural en la región. No es casualidad que América Latina sea el continente con mayores depósitos en paraísos fiscales del mundo (27% del total de los depósitos). No falta ahorro para la transformación, sobran apátridas que no tienen proyecto de nación ni de región.

En el otro lado de la vereda, están los expulsados por el neoliberalismo, los migrantes (el ejército de reserva mundial): la riqueza externa que generan fuera del país la repatrian para cuidar de las familias que quedan en sus países de origen a través de las remesas. De cierta forma, el ejército de reserva mundial que proviene del Sur Global contiene la explosión social en los países periféricos de donde provienen. Así, los migrantes siendo los excluidos del sistema, resultan que son doblemente funcionales al sistema: como ejército de reserva y como “repatriadores” de recursos externos.

Como parte de las salidas en este ámbito, y así resulte contraintuitivo es central intervenir públicamente y socialmente para fomentar la des-oligopolización o des-monopolización del mercado, tanto de bienes, como de servicios, en aquellos sectores que no resultan estratégicos ni garantizan la satisfacción de necesidades de la población (donde resulta preferible que actúe el Estado para garantizar derechos). Tal comportamiento cultural de las burguesías también tiene que ver a que pueden no reinvertir en la economía porque los mercados en América Latina tienen una raquítica competencia.

Debe quedar claro que, en este marco, el mal desarrollo no solo es consecuencia de una matriz productiva con escaso valor agregado que estructuralmente encuentra su límite en restricciones externas al carecer de soberanía, sino que está asociado a

una suerte de colonialismo interno de las burguesías y oligarquías latinoamericanas.²

Tesis 4. Pensar el cambio estructural implica cerrar las enormes brechas que existen entre las praxis culturales de las grandes mayorías (culturas mayoritarias pro-comunes solidarias) y el diseño de las instituciones políticas liberales

En Nuestramérica existe una disputa cultural entre el espíritu liberal y el comunal. Histórica y antropológicamente, la cultura política popular se configura alrededor de un “comunalismo solidario” y no sobre el espíritu liberal salvaje metaforizado en el laberinto de la soledad (Ramírez et al., 2022d).³ Es esta la mayor resistencia histórica de la región, pero también una de las causas de la crisis de la democracia liberal la cual es pensada desde una cultura euroamericana.

Si bien el rechazo subjetivo a la desigualdad cayó hasta el año 2010 en la región (Ramírez, 2022a), en los últimos lustros se ha revertido tal tendencia, y se ha configurado un sentido de defensa de la desigualdad a partir de –entre otras razones– reivindicaciones identitarias y esencialistas: el pobre es pobre porque no se esfuerza, el migrante viene a quitar empleos en nuestros países, el indio es pobre porque es vago, el trabajo de cuidado de la mujer no debe tener compensación económica porque se hace por amor, entre otros.

Como bien señalaban los teóricos de la dependencia, el capitalismo pudo nacer como producto del colonialismo (acumulación originaria), así que es necesario señalar que la independencia de

² Esta tesis focaliza en una arista del colonialismo interno ligado a la práctica cultural del modo de acumulación de la oligarquía y plutocracia de nuestros pueblos. No obstante, el fenómeno es más profundo dado que está ligado al racismo en un continente plurinacional y a una cultura neoliberal que genera procesos de aculturación.

³ En el peor de los casos aunque no es mayoritaria la lógica liberal salvaje (Ramírez et al., 2022d), las instituciones vigentes potencian tal cultura. Esto implica que sin pensar alternativas institucionales que potencien el florecimiento de la solidaridad y cooperación difícilmente se podrá superar la cultura liberal salvaje.

nuestras naciones pare un Estado colonial funcional a la estrategia de acumulación del capitalismo global. Por ende, sus instituciones son configuradas por fuera del reconocimiento de que somos comunidades políticas plurinacionales. Así, la democracia tiene que parir un estado que sea pensado desde una racionalidad plurinacional e intercultural popular.

Por tanto, la superación de la cultura remanente del laberinto de la soledad (neoliberalismo individualista) se concretará con mayor probabilidad cuando vayan de la mano las intervenciones sociales y estatales, y los diseños institucionales con la cultura popular que prefiere caminar por senderos en compañía, respetando la diversidad de los pueblos.

Tal situación implica reformas estructurales para ir más allá de la democracia liberal. Difícilmente puede florecer la cultura solidaria con instituciones con lógicas individualistas.

Tal perspectiva conlleva, a su vez, a romper con la escisión entre público y común, que desemboca en la separación entre Estado y comunidad. Uno de los límites de la primera ola fue que en aquellos gobiernos que hicieron reformas estatales no se incluyeron puentes de acción con la comunidad. Así, las instituciones y las intervenciones sociales que buscan transformaciones sociales deben pensar lo público desde lo común, pero también lo común de los comunes debe pensar su impacto en lo público social. La cultura política de la ciudadanía parece demandar no solo ser sujetos de cambio, sino autores del mismo. ¡Para el pueblo, con el pueblo, desde el pueblo!

En el ámbito del debate sobre lo público, resulta fundamental tener como centralidad que las clases medias y por qué no las altas retornen a demandar bienes públicos. Si en lo público no retorna el prestigio jamás se producirá tal retorno, lo que genera privatizaciones subjetivas que son raíces estructurales del problema de no poder conseguir un encuentro inter-clases e interculturales/etnias. Un ejemplo simple para entender lo señalado sucede en el campo de la educación superior con la Universidad Nacional Autónoma de

México (UNAM) o la Universidad de Buenos Aires (UBA), en donde no solo los pobres desean habitar sus aulas sino las clases medias y altas también. Esto implica que lo público debe conseguir los estándares más altos de calidad y excelencia que en la competencia con lo privado no exista duda de la superioridad de lo público. En el debate narrativo en donde el concepto del mérito fue apropiado por la derecha, el progresismo debe colocar la excelencia que no implica un juego de suma cero. Tal búsqueda implica una reforma tributaria que conlleve incrementar la inversión pública para la garantía de derechos sociales. No obstante, un debate pendiente para el progresismo en algunos campos es la disputa por el sentido de la calidad para no caer en la lógica productivista/capitalista de los sistemas de evaluación vigentes.

Si bien en el corto plazo la eficiencia de la transformación parece estar ligada a la centralidad de acción desde el Estado, la primera ola de gobiernos progresistas parece demostrar que aquellos procesos que tienen raíz social y que han articulado desde las bases su accionar (con los movimientos sociales o sindicatos) resultan tener más sostenibilidad y eficiencia en el mediano y largo plazo. Las organizaciones políticas deben pensar –al menos– la acumulación política desde el actor principal en la alternativa propuesta de acumulación (dando la centralidad que debe tener las organizaciones de trabajadores) y su articulación con los movimientos sociales. Pensando en matriz histórica, no hay mayor ineficiencia política que la insostenibilidad temporal de las acciones.

Como se ha demostrado en otras investigaciones, la ciudadanía tiene claro que lo público no es contradictorio de lo común, ni viceversa. Existen ámbitos como los económicos, de salud, de educación, que las ciudadanías prefieren que sean liderados por el Estado; pero en aquellos que tienen relación con el gobierno de los recursos comunes prefieren soluciones comunitarias (Ramírez et al., 2022d). Es necesario trasladar tal sabiduría al ámbito de las políticas públicas, las reformas institucionales estatales y sociales.

A su vez, fomentar lo común fortalece la democracia. La evidencia demuestra que la probabilidad de participación democrática incrementa si el ciudadano es parte de dar solución a problemas comunitarios. En la praxis cultural existe una convivencia que ratifica el vínculo entre gregariedad y solidaridad y democracia con *demos* (autogobierno y participación), que confirmaría que la ciudadanía prefiere andar en común que en soledad.

Esto implica, en el ámbito de la lógica de la competencia electoral, articular militancia partidaria con las reivindicaciones de los movimientos sociales, las organizaciones de los trabajadores y con las formas de participación territorial existentes en donde la estudiantil resulta estructural en el proceso de educación política; no solo en el momento electoral, sino en la construcción de un frente político cuando se está o no en el poder de gobierno. El dogma religioso que busca implementar los proyectos conservadores se combate con educación política.

La segunda ola de gobiernos plurinacional-populares, progresistas o de izquierda debe articular reformas institucionales y de intervención social, sin desconfianza (pero siempre protegiendo los recursos públicos), que vincule democracia con comunidad; ciudadanía con *demos* colectivos; es decir: una *comunalicracia*. Tal régimen político debe sustentarse en una cultura popular igualitaria anclada en regímenes económicos igualitarios que rompan relaciones de poder asimétricos.

Tesis 5. El origen de la crisis cultural se encuentra en la valorización predatoria del tiempo en el marco de la metamorfosis del tiempo-trabajo

La transición del modo de acumulación hacia el capitalismo cognitivo y la implementación del neoliberalismo, ha generado uno de los cambios más profundos que viven nuestros países: la desindustrialización y servificación precaria de la economía (asociado usualmente al capitalismo de plataformas). El centro recibe los beneficios de las innovaciones tecnológicas, las periferias

sufren las nuevas formas de despojo y de explotación como parte del cambio.

Tales procesos han provocado una metamorfosis profunda en el ámbito laboral, siendo no solo el incremento del ejército de reserva expresado en la informalidad una de sus características particulares sino la emergencia del trabajador asalariado pobre. Hoy en América Latina y el Caribe, tener un empleo asalariado no garantiza vivir una vida digna.

Es necesario entender que la penetración del neoliberalismo está en la mercantilización de la vida y las relaciones sociales; lo cual conlleva de facto, la mercantilización del tiempo de la vida cotidiana y de las relaciones humanas. El capitalismo siempre ha sabido que el corazón del valor está en el tiempo. En el capitalismo industrial, la búsqueda de ganancia se basaba principalmente en la extracción de plusvalor en la fábrica y la explotación de la naturaleza. No obstante, en el marco de la crisis que vive el capitalismo, este ha buscado nuevas formas de apropiarse del tiempo ya no solo del trabajo sino de lo que sucede a lo largo de la vida de los seres humanos. El extractivismo info-cognitivo es quizá uno de los sustentos más importantes de la valorización del capital en el nuevo capitalismo. No es fortuito que el principal objetivo de los algoritmos y de la inteligencia artificial en el ámbito digital es generar adicción en el tiempo de permanencia en la plataforma. No obstante, el tiempo expropiado va más allá de las redes sociales y del internet. Bajo diferentes mecanismos, la tecnología *smart* permite apropiarse casi de las 24 horas del día de las personas que usan este tipo de dispositivos. La tendencia a construir ciudades *smarts* con lógica capitalista es parte de lo mismo. Podríamos decir que incluso cuando se duerme puede haber cierta forma de expropiación de la vida que permiten generar posteriormente valorización del capital. A su vez, el capitalismo de plataforma genera nuevas formas de rentismo, eliminando derechos laborales pero

sobre todo generando una falsa conciencia de autonomía en la administración del tiempo cuyas resultados son nuevos procesos de auto-explotación.

Al proceso macro estructural que sucede a nivel mundial deben sumarse los procesos de acumulación que se generan a través del despojo de la vida humana y de las naturalezas generadas por la implementación del neoliberalismo. En el caso de la región, el neoliberalismo no solo ha precarizado más las condiciones de trabajo, sino que ha exacerbado el modelo depredador de la naturaleza. En términos temporales, como consecuencia de la implementación del neoliberalismo se genera un tiempo triplemente explotado. Las formas de compensar el deterioro de la calidad de vida vienen asociadas al incremento del número de horas de trabajo en los empleos precarizados, aumento de las horas de trabajo del cuidado principalmente por parte de las mujeres para compensar la insuficiencia de salario del hogar y el incremento de la explotación de recursos naturales debido al deterioro de los términos de intercambio. A mayor implementación del neoliberalismo, mayor número de días sobrantes al salario y mayor expansión de las fronteras de explotación de recursos naturales. Esta no es una diferencia cuantitativa, es una diferencia cualitativa porque configura otra forma de sociedad.

Tal expropiación de vida es inversamente proporcional a tener tiempo para la democracia, para la comunidad, para la sociabilidad, para la amistad, para la comunidad, para la familia o para disfrutar la naturaleza. Pero aquí no radica el problema principal. El problema central reside en el sentido del tiempo que genera la transición capitalista y la implementación del neoliberalismo. El tiempo liberado, también puede ser tiempo alienado; pero –claro está– también puede ser potencia emancipadora. Así como el tiempo de ocio puede ser liberado para estar de 3 a 5 horas diarias en redes sociales, también puede ser para participar en procesos democráticos, hacer deporte, compartir con amigos, cuidar la naturaleza, etc. En otras palabras, no es suficiente con tener

más tiempo, pero está claro que no se puede disputar el sentido del tiempo si no existe más tiempo que la sobrevivencia. La disputa por otros *cronos* es tan relevante como la disputa del *kairos* del *cro-nos*; es decir, la disputa por otro orden temporal es tan importante como el sentido emancipador que adquiriera ese nuevo orden temporal (Ramírez, 2022b).

La equiparación del tiempo como el dinero es el sentido que se le otorga al tiempo en el capitalismo actual. Cada segundo, cada milésima o nano segundo tienen valor de cambio. Y tal sentido del tiempo está ligado a la lógica de la productividad, en donde el tiempo siempre entra como denominador; es decir, dividiendo, partiéndose, fragmentándose, ahorrándose. La productividad subjetiva que genera la búsqueda de tener un tiempo que incremente sistemáticamente la productividad no solo tiene que ver con la necesidad de generar mayor velocidad en la circulación del capital (ya sea como mercancía o como dinero), sino que genera una aceleración subjetiva, como señala Rosa (2014), en donde la realización humana está en función del mayor número de actividades que se ejecuta en la vida cotidiana a lo largo de la vida. No solo existe hambre de tiempo porque la explotación crece al precarizarse el trabajo sino porque las expectativas de acumular experiencias crecen en un tiempo limitado a las 24 horas, 7 días por semana y 365 días por año, anclándose en el mito fundante del consumo infinito. Diría el conejo de Alicia: “estoy aquí, debiendo estar allá”.

Tal construcción del sentido del tiempo a su vez se asocia a una función particular social de la ciencia, la cual está acorde a la acumulación del capital. Preguntas estructurales que nacen en este marco son: ¿debe seguir siendo el paradigma de la industrialización generadora de pleno empleo la utopía a conquistar? ¿El actual sistema de acumulación puede generar pleno empleo? ¿Es compatible el capitalismo actual con un sistema que no se base en la expropiación del tiempo como fuente de valor de cambio? ¿Qué cambios en la matriz cognitiva se necesitan para generar una función de la ciencia emancipadora?

Todo parecería indicar que el actual capitalismo difícilmente puede convivir sin expropiar tiempo de trabajo y de vida, y que el trabajo en el capitalismo no es garantizador de vida digna.

En este escenario, debe quedar claro que el problema no es el desempleo únicamente. El problema es el aumento del ejército de reserva que se acumula exponencialmente en el sector informal y que el trabajo asalariado no garantiza la superación de la pobreza. Tal fenómeno afecta la agenda y la representación del progresismo, que usualmente ha basado sus plataformas políticas alrededor del trabajo y de la organización sindical, aunque tal fenómeno ha cambiado desde el nuevo siglo.

Esto no significa que la lucha por el trabajo digno no debe ser nodal en la disputa política, ligado a la búsqueda de un proceso de agenda de industrialización, pero con una tendencia a que estos sean de materiales activos.⁴ Sin duda sigue teniendo relevancia tal agenda programática. No obstante, el punto es si dado los cambios que vive el mundo hoy en día, las expectativas de vida de las nuevas generaciones siguen estando colocado en el trabajo y si la disputa por un cambio radical de la matriz productiva –en el caso de que sea viable–, podría permitir retornar la centralidad de la utopía del pleno empleo como agenda de los proyectos progresistas. Este debate no es menor en general en los proyectos nacionales populares, pero especialmente resulta relevante en proyectos políticos como el peronismo de Argentina o el Partido de los Trabajadores (PT) de Brasil, que han basado su fuerza política en el trabajador usualmente sindicalizado a una rama industrial.

Los teóricos de la dependencia discutieron a profundidad el tema: en el capitalismo periférico, la industrialización no garantiza la modernidad ni la democratización al no necesariamente redistribuir ingresos y riqueza. Existen países de la región que durante dos o tres décadas han vivido de transferencias monetarias

⁴ Para un análisis del significado de materiales activos ver Fratzl, Friedman, Krauthausen y Schäffner (2021).

y no han experimentado el sentido del trabajo; en donde el valor del trabajo en tanto centro de la vida ha dejado de tener relevancia, tanto en términos materiales como de expectativas. Si a esto se suman las expectativas que genera el capitalismo de plataformas (en donde no se necesita tener educación o experiencia para generar riqueza y se vende la utopías de “dinero fácil” a tan solo un clic de la computadora, siendo el ejemplo paradigmático de Khaby Lame) y el narco-capitalismo que ofrece niveles de vida mejores que cualquier otro tipo de trabajo formal asalariado, parece ser que el mito fundante de un nuevo proyecto de sociedad atraviesa por otros senderos diferentes a la esfera del trabajo; el cual debe estar ligado a la vida misma y su reproducción, en donde se potencie la maximización del tiempo común y con ello la generación y disfrute de bienes relacionales emancipadores: más amigxs, más participación democrática, más cultivo del cuerpo, más *eros*, más producción y disfrute de arte, más tiempo para cuidarnos mutuamente entre nosotrxs y a la naturaleza, siempre y cuando esto sea parte de una sociedad que tiene cubierta sus necesidades humanas. Lo más cercano a querer vivir juntos es cuidarnos y compartir el tiempo a escala humana; o, compartir porvenires sociales comunes como Estado nación y como Patria Grande. La humanidad ha alcanzado niveles sofisticados en sus avances científicos y tecnológicos que permitirían avanzar en otros proyectos de humanidad. El problema no es que los robots quiten puestos de empleo a las personas o que la inteligencia artificial sustituya cerebros humanos. El problema es que los robots y la inteligencia artificial están al servicio de la acumulación del capital lo cual implica estar en función de un proyecto de explotación y alienación social de la vida y de depredación de los ecosistemas.

Si el trabajo no garantiza una vida digna y el proyecto industrial pierde importancia en un mundo que camina hacia la servificación de la economía, en la transición resulta fundamental poner en el centro del debate conceptos como el de dividendo universal, salario universal o ingreso universal. La pandemia demostró que

no se puede depender del trabajo para vivir una vida digna. Es necesario tener claro en los proyectos políticos progresistas que la transición requiere una acumulación desconcentrada. Si la acumulación y el nuevo rentismo se basan en un capitalismo que extrae valor más allá del trabajo (en todo momento de la vida humana y no humana), el concepto de distribución de las utilidades para garantizar un dividendo universal resulta justo en un sistema que extrae valor social en cada momento de la interacción social usualmente a través de grandes corporaciones monopólicas transnacionales que se esconden en los vacíos legales de regulación mundial como los paraísos fiscales. En el mismo sentido, resulta justo un salario universal por el trabajo del cuidado principalmente realizado por las mujeres no solo porque es un trabajo *per se* sino porque su labor es condición de posibilidad del plusvalor en el mismo sistema capitalista. No obstante, si reconocemos que el actual sistema en el capitalismo dependiente no puede garantizar que el trabajador asalariado no sea pobre y que se genere la cantidad de puestos necesarios dentro del sistema económico para que este sea la vía de garantizar derechos sociales y económicos, la centralidad del trabajo pasa a un segundo plano y la disputa pasa de un trabajo digno a una vida digna. En este marco, el concepto abarcador en términos materiales cae en el ingreso universal.⁵ De esta forma, el dividendo universal, el salario universal y el ingreso universal son acciones no mutuamente excluyentes sino complementarias. No son dádivas. Es un justo reconocimiento a un trabajo no valorado en la actual economía.

La cultura gregaria, cooperativa y solidaria que existe en América Latina y el Caribe solo podrá prosperar si estructuralmente se romper con la valorización predatoria del tiempo que genera el actual modo de acumulación del capitalismo. Aquí radica la disputa civilizatoria: transitar del sentido del *time is money* al sentido

⁵ Solo deberá ser un “ingreso ciudadano universal” si la legislación garantiza la ciudadanía universal. Caso contrario, es mejor nombrar simplemente “ingreso universal”.

de asir y sentir el *tiempo como vida buena, como vida sabrosa*. Y, hoy en día, las que parecen liderar la construcción de otros sentidos de la vida son las mujeres. En este marco, el cambio estructural en el sentido del tiempo pasa en este momento en la región por la convergencia de las luchas sociales en las disputas políticas de las luchas feministas.

Tesis 6. Lo nacional de lo popular es la Matria Grande

Los proyectos progresistas, de izquierda o nacional populares han basado su agenda en la defensa del Estado nación. En el actual sistema del capitalismo que es post-estatal, la búsqueda de soberanía pasa no solo por recuperar el Estado para el bien común. De hecho, su recuperación es insuficiente para garantizar autonomía de gobierno y de un proyecto histórico.

En América Latina, y mientras no se configura otro modo de acumulación alternativo al vigente, lo nacional de lo popular es la Matria Grande. La integración regional no es un esnobismo. Es una necesidad de supervivencia de nuestros pueblos y es la única garantía de conquistar la soberanía de nuestros territorios.

Tal situación no solo implica recuperar la agenda de CELAC y de UNASUR. Implica no fallar en la conformación de una nueva arquitectura financiera regional incluido una moneda común regional, en recuperar los consejos de ciencia, tecnología e innovación, de seguridad o de salud, la configuración de carteles de países productores de litio o de otros recursos estratégicos, en la sustitución de la OEA como espacio de resolución de conflictos democráticos en la región, sino también encierra estrategias que busquen una integración en el marco de la nueva geopolítica mundial en donde el articulador sea la misma región. ¿Qué queremos decir con esto? Que probablemente la centralidad multipolar no debe ser los BRICS sino los LATIN-RICS. Si bien el liderazgo podría retomar lo Brasil también podría ser colectivo (Brasil, México, Argentina) pero siempre como representantes de los países de América del Sur, Centroamérica y el Caribe. Sin duda, esto implica pensar una

integración política lo cual conlleva que se debe ceder soberanía en algunos asuntos a la región frente a las perspectivas internas de la unidad Estado nación.

No obstante, la experiencia de la disputa que se vive en el continente implica pensar que la integración no solo puede pasar por la unión de los Estados sino que debe ser también la unidad de los pueblos. Esto conlleva empujar aquellos espacios que buscan concretar la construcción de la Matria Grande desde abajo como son el foro de integración para una América Plurinacional (RUNASUR), la Unión de Universidades de América Latina y el Caribe (UDUAL) o el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), entre otros. La integración debe ser por “arriba” y por “abajo”, en donde las cumbres también sean de las bases de los movimientos sociales que comparten agendas de lucha a lo largo del territorio de la *Abya-Yala*. El punto de partida de esta agenda pasa por el consenso de construir la ciudadanía latinoamericana y caribeña, en donde exista portabilidad de derechos y obligaciones.

En la coyuntura de transición hegemónica el campo de batalla se amplía, el tiempo se comprime, por lo cual la batalla en cualquier territorio de la región es nuestra batalla. A diferencia de juegos de suma cero redistribuidores de poder, pensar la Matria Grande como horizonte ampliado de destino implica pensar un juego cooperativo de suma positiva en donde se busca agregación de poder y no división ni supremacía de un poder frente a otro. Si los proyectos conservadores neoliberales tienen como proyecto la acumulación de corporaciones transnacionales, los proyectos populares no pueden tener como espacio de articulación el Estado nación.

En el marco de lo señalado, ¿hay que aliarse con la potencia en declive pero aún dominante en la región, o buscar alianzas con las potencias contendoras? Ni con unas ni con otras. América Latina debe aliarse con América Latina (Ramírez y Guijarro, 2022c). Para cualquier acercamiento ya sea a la potencia en decadencia o a la

potencia emergente, primero debemos adoptar la dimensión de bloque regional.

Tesis 7. Solo el pueblo salva al pueblo, para lo cual es cuestión de sobrevivencia juntar las fuerzas políticas con las fuerzas sociales y hacer que converjan las luchas de las mismas⁶

Vivimos tiempos oscuros. No hemos llegado aún a la catástrofe de las dictaduras de los setenta. Pero es inevitable recordar el pasado ominoso cuando la guerra sucia del presente efectúa golpes silenciosos, pero no menos eficaces, a través de los propios medios que sostienen la fachada democrática. Hoy en día, el equilibrio de poderes es una farsa.

De ahí la condición de los poderes fácticos: en tiempos de recesión de la hegemonía, las fuerzas conservadoras de la ideología dominante tienden a volverse más imperativas y autoritarias.

En tal situación es urgente apuntalar la fuerza política con la fuerza social. Cuando se presente un conflicto, no serán los socios de ocasión ni los aliados utilitarios los que se manifestarán en favor del proceso. Solo el pueblo puede salvar al pueblo.

Si analizamos la historia del nuevo milenio podemos percatarnos que la mayoría de movimientos progresistas que han surgido en la región nacen de las luchas de movimientos sociales que o se organizaron para configurarse en partidos o empujaron partidos políticos anti-neoliberales. No solo aquello. En el interregno de retorno de gobiernos conservadores, los gobiernos que más resistieron a su embate fueron aquellos que fortalecieron sus estructuras de base de la militancia y que se articularon a movimientos sociales.

También es cierto que el matrimonio no ha sido natural y ha tenido un camino empedrado. De hecho, al momento de gobernar la relación proyectos progresistas y movimientos sociales no fue nada sencillo e incluso en algunos casos se produjeron escisiones

⁶ Esta sección se basa en el artículo Ramírez y Guijarro (2022c).

que debilitaron confianzas para avanzar juntos. No obstante, queda claro que, si el gobierno desunió en algunos casos, en la resistencia se produce el encuentro. Los proyectos de derecha han encontrado en la vereda del frente tanto a los partidos políticos progresistas como a los movimientos sociales. No obstante, no necesariamente ha implicado llegar a acuerdos para marchar juntos lo cual debilita la resistencia: resistir por separado es resistir debilitado.

Frente a la arremetida de la derecha de apalancarse en lineamientos identitarios para poder avanzar en la agenda neoliberal (tesis 1), se dio paso al reforzamiento de las reivindicaciones de los movimientos sociales feministas, ecologistas, indígenas, animalistas en el último lustro. Si bien la primera ola de gobiernos populares tuvo un componente marcadamente redistribuidor, el empoderamiento de los movimientos sociales frente a la agenda conservadora fascistas ha dado fuerza a su presencia en la esfera pública. Es claro que las reivindicaciones en las luchas de los movimientos populares deben tener centralidad las demandas de los movimientos sociales, en donde siempre debe ser un eje vertebrador la defensa de las condiciones materiales de vida. No solo aquello. Resulta táctico y estratégico además de las convergencias entre los movimientos sociales y los movimientos políticos, también la convergencia de las luchas de los movimientos sociales.

Ahora bien, el tipo de partido político que se necesita es aquel que sabe entender el cambio epistémico social que vive la región. Así como se puede decir que la vanguardia en el siglo XX dejó de ser los intelectuales orgánicos o tanques de pensamiento que definían o proponían el destino a caminar, en el siglo XXI toma centralidad el intelecto social colectivo que definen las ideas y las acciones que más certeramente han apuntalado las propuestas de salidas a las crisis de nuestros pueblos (siendo el movimiento feminista el que ha adquirido mayor potencia en el nuevo milenio en la región); los partidos políticos deben saber que dejaron de ser la vanguardia para definir las hojas de ruta política que necesita cada proyecto.

En este marco, si en términos del cambio epistémico se necesita herramientas teóricas y epistémicas de retaguardia, también se necesitan partidos de retaguardia que sepan acompañar las resistencias creativas de los movimientos sociales (Ramírez y Guijarro, 2023). Parte de la crisis de representación de los partidos radica en que están distantes de la temperatura social de los pueblos. Mientras lo social no adquiera relevancia política, la crisis institucional y de representación difícilmente será superada.

De hecho, uno de los grandes retos, no solo para tener como agenda anti-neoliberal sino en favor de sociedades de los buenos vivires o de los vivires sabrosos, es la convergencia de las luchas de los movimientos ecológicos con las de los movimientos feministas, con la de los movimientos de negros, de indígenas, de los animalistas, entre otros. Redistribución, reconocimiento y sostenibilidad deben caminar juntos.

Es claro que, en la transición, de facto habrá convivencia con contradicciones. La acumulación desconcentrada no siempre convive con defensas radicales de los sistemas ecológicos. Pero debe quedar claro que, si estamos de acuerdo en que buscar la acumulación necesaria para garantizar derechos es un tema político, es necesario tomar en cuenta que el gran problema es no ver las luchas ecológicas como variable de sostenibilidad no solo económica sino política. Si no se llega a acuerdos en la transición ecológica, difícilmente podrán marchar juntos movimientos sociales y partidos políticos. La sostenibilidad política en el largo plazo implica un modo de acumulación con sostenibilidad ecológica. En este marco, debe quedar claro que de partida debe plantearse como horizonte la salida del extractivismo. No solo aquello, con el descubrimiento en la región de los principales yacimientos de Litio⁷ del mundo, si bien es estratégico fomentar una organización de países exportadores de litio para coordinar políticas y precios, es fundamental

⁷ Bolivia, Argentina, Chile, México y Perú controlan más del 67% de los recursos mundiales de litio.

no caer en la trampa de la acumulación por desfosilización, en donde la transición energética no haría otra cosa que profundizar el modelo colonial exportador de la región. Debe estar en el debate de primer plano en la región que la transición del paradigma tecnológico productivo fósil a uno post-fósil no debe tener la misma lógica de una transición energética mercantil corporativa.

La convergencia de las luchas debe venir articulada con la visibilización pública de que se comparten horizontes utópicos: tu lucha es mi lucha vista desde otra perspectiva. Así, en el marco de la tesis temporal y sin detrimento de otras convergencias podemos señalar que las luchas de resistencias sociales de los diferentes movimientos sociales se pueden articular como grandes luchas por la emancipación temporal, su sentido y la búsqueda de una convivencia armónica de las múltiples temporalidades que coexisten en una comunidad política específica. Así, por ejemplo: la lucha de los trabajadores ha sido no solo para que nadie explote o se apropie del tiempo del trabajador sino también para que el tiempo de trabajo no sea un tiempo precarizado o alienado; en otras palabras, es la lucha por delimitar fronteras y que, en su máxima expresión, el mundo del trabajo y el mundo de la vida convivan en el mismo instante floreciendo (no alienando). Las luchas feministas han sido y son por una igual distribución del *tiempo* a lo largo de la vida, por la no existencia de tiempos violentos, sentidos de tiempos de miedo, o porque la sociedad tome en cuenta en igualdad de condiciones los tiempos de los tiempos de ellas y de todos los géneros. Las luchas de los pueblos ancestrales son luchas para que sus múltiples temporalidades puedan vivir y convivir armónicamente entre todas las socialmente existentes. La lucha de los ambientalistas –en último término– es por la no separación del tiempo del espacio; es decir, que el tiempo antrópico pueda convivir con el tiempo de los ciclos ecológicos y biológicos garantizando una justicia inter-temporal de las vidas (la humana y la no humana). La lucha de los migrantes o exiliados es poder vivir armónicamente y a plenitud el tiempo de su espacio en otro espacio (Ramírez, 2022b).

¿Qué forma de organización debe adquirir la suma de fuerzas populares? Tanto los movimientos sociales, las organizaciones territoriales como los partidos políticos necesitan reinventarse. La reinención no es fácil. No es fácil incluso dentro de su mismo ámbito de acción. Pero es claro, que quedarse exclusivamente en su ámbito resulta un error histórico. Hay que leer la estrategia en la certeza de que la condición de posibilidad que prospere mi lucha como partido es solo posible si prosperan las luchas de los movimientos sociales o territoriales, con todos los viceversas requeridos. No solo aquello, las luchas feministas difícilmente prosperarán sino prosperan las luchas ecológicas, de los trabajadores, de los indígenas.

Empero, sería un error caer en la lógica de la organización con lógica capitalista de acumulación. Esto significa no podemos creer que la síntesis sea simplemente la suma de las demandas. Un proyecto de comunidad política no es igual a la suma de las preferencias individuales. Un proyecto político progresista no es la suma de las demandas de los militantes, de los movimientos sociales, de los comités locales, vecinales o barriales. Si queremos vivir juntos sabremos definir el núcleo de la transformación, de la transición para conseguirlo y de la estrategia de cómo organizarnos para que el golpe sea más certero. La consigna es clara: marchar juntos para golpear juntos (sabiendo hacia donde marchamos y dónde y cómo golpearemos).

Pero al interior de las organizaciones políticas y sociales el reto tampoco es menor dado que deben buscar sistemáticamente la democratización en la toma de decisiones, la representación de la pluralidad social, la consolidación organizativa, la transparencia en su financiamiento, la coherencia ideológica, la formación constante y la internacionalización para apoyar las luchas de los subalternos de la región y del mundo. Un tema no menor es la lucha constante para que la lógica capitalista no invada a los partidos y qué la militancia sea substituida por las consultoras de *marketing* político.

Dada la virulencia y fuerza de la polarización social que existe en nuestras sociedades, parece que la tendencia es hacia la creación de frentes no solo partidarios sino también con movimientos sociales y territoriales. Se trataría de reinventar la política de frente único político-social como una política escalar: no renunciar a las reivindicaciones de cada organización, ni a la divergencia de intereses, sino asumirlas en gradación de objetivos. En última instancia, reformar la organización desde la lógica de las demandas incrementales puede contribuir a traducir las demandas corporativas que todavía pueden cumplirse en la sociedad neoliberal hacia una gramática contrahegemónica de necesidades situadas más allá del vigente marco social. Es la lógica del poder popular constituyente, que ha permitido en la región la irradiación de proyecto posneoliberal como la sociedad del buen vivir, el *sumak kawsay*, el *alli kawsay*, el vivir a plenitud, el vivir sabroso.

Adoptar un programa así también volvería inútil la confrontación entre reforma y revolución: porque si los objetivos se inscriben en términos de gradación ascendente, la dominación que da forma al Estado neoliberal debería transformarse en hegemonía que dé forma a un Estado transicional.

Esta nueva forma política permitirá también agregar: ya no resulta concebible un cambio basado en intereses sectoriales, es necesario apelar a las nuevas ciudadanías y colectivos, que contienen ya la premonición de un nuevo orden social. Resulta en este marco fundamental la formación política como núcleo vertebrador de la consolidación de proyectos políticos.

En esta dirección, habrá que apelar a los sujetos intermedios, la enigmática clase media que no suele definirse en política. En una coyuntura de transición siempre están los de arriba, que no pueden dominar como antes; los de abajo, que no quieren ser dominados como antes; y los del medio, que dudan. Y, en tiempos inciertos, son más; hay que ganarlos para la causa progresista. Tal objetivo resulta fundamental más aún cuando los gobiernos populares son los que sistemáticamente han beneficiado a dichas clases mientras

que los gobiernos de derecha lo han perjudicado. Hay que romper el mito del síndrome de Estocolmo de las clases medias (Ramírez, 2022b).

Aquí el peligro de agregar hacia la izquierda sería reducir las demandas al mínimo denominador común: contra esto debe colocarse el peso del programa, de la organización, de los cuadros y su disciplina. Sobre todo, debe reafirmarse el partido, que con esta reorientación estratégica, pasaría de ser una máquina electoral para ganar votos a convertirse en una matriz para transformar subjetividades. Solo será posible una revolución cuando haya revolucionarios que la impulsen.

Pero no por eso se puede mirar por encima de las clases aspiracionales, calificándolas llanamente de “derechistas”. Las derechas en América Latina aún no tienen la capacidad de organización que tuvo el fascismo para movilizar a las masas. Quizás tampoco la necesiten: la ideología es un determinante histórico, que puede correrse hacia los extremos si se agudiza la crisis social. Y es una misión del frente unido de las izquierdas evitar que se corran hacia la derecha, como parece estar sucediendo en una porción de la sociedad.

Por eso hay que dar batallas en muchos frentes simultáneos, en lugar de enfocarse en el Estado como un imaginario centro del poder (sin dejar de disputarlo porque sin duda es acelerador del cambio). Será en estos frentes –en las disputas por las tierras, el agua, la educación, la salud, la justicia, la participación democrática, etc.– donde se jugará la transición posneoliberal.

Y para esto las subjetividades deben estar preparadas con antelación. De manera que los atributos formales del poder acompañen el cambio, y no a la inversa.

Aquí cabe recordar lo que diferencia la hegemonía de la dominación: la capacidad para orientar a la sociedad en una dirección que no solo sirve a los intereses del grupo, sino que también es asumida por los grupos subordinados conforme a un interés general.

Esta es la tarea del frente único: ganar la credibilidad social que permita la inflación de poder como corriente hegemónica.

Tesis 8. La contradicción es consustancial al tránsito de la contrahegemonía hacia una nueva hegemonía

El cambio que vive el mundo en el pasaje hacia una nueva hegemonía implica inevitablemente contradicciones en los proyectos políticos que buscan la instauración de nuevos sentidos comunes. Es fundamental entender esto en los procesos de transformación social. Una nueva hegemonía está en disputa. Las luchas progresistas batallan para que la subalternidad de los pueblos se vuelva hegemónica. En este marco, no solo se ha dado una confrontación entre proyectos conservadores, neoliberales y de derecha con proyectos nacional-populares, progresistas o de izquierdas. En lo que parece constituir el espectro contrahegemónico se ha dado una confrontación entre lo que se etiqueta como una dicotomía entre la “izquierda social” y la “izquierda política”: es decir, entre una izquierda autonomista antiestatal y las fuerzas políticas progresistas que a través de las instituciones políticas buscan democratizar la democracia y la sociedad.

Este diagnóstico está sesgado: se enfoca en los medios (las agendas, la organización, los repertorios y las prácticas), que, sin duda, diferencian en buena medida tanto las formas como las manifestaciones de movimientos y partidos; pero pasa por alto, así, lo que une –o debería unir– a las fuerzas emancipatorias, es decir: los objetivos.

Las fuerzas progresistas, populares y nacionales deben tener claro que la izquierda autonomista es subalterna por sus orígenes (en situaciones de explotación, dominación, subordinación y discriminaciones y vulneraciones sistémicas), y potencialmente puede activarse en un sentido contrahegemónico (volverse anticapitalista, antiimperial, antipatriarcal, anticolonial y ecológica). No obstante, desde cierta óptica sectarista pareciera que la izquierda autonomista no debería constituirse en una nueva hegemonía; sin

embargo, la interrogante aquí es clara: ¿es posible cumplir los objetivos de la transformación social sin hegemonía?

Para responder es imprescindible un ejercicio de reconstrucción histórica. La transición desde las dictaduras hacia las democracias restringidas que terminaron alumbrando en nuestra América Latina de principios de los ochenta del siglo XX no pudieron eludir el imperativo de implantar el programa neoliberal. Las alternativas políticas de izquierda –en su gran mayoría– fueron absorbidas por la partidocracia durante aquellas décadas bautizadas como “perdidas”. Por una parte, las derechas implementaban directamente la agenda neoliberal; mientras en la otra vereda, durante un largo período de adulterio ideológico en la región, esta negoció principios programáticos con la derecha a cambio de su supervivencia, pero al costo de corroer la confianza de la ciudadanía en una opción de izquierda reformista.

En estas circunstancias hubo un divorcio real entre los partidos colaboracionistas y las y los ciudadanos, que durante los noventa entraron en una fase de resistencia, articulada principalmente a través de los movimientos sociales, y ciertos reductos en las universidades, en ámbitos progresistas del tercer sector, así como en algunos foros y publicaciones minoritarias.

Con el inicio del siglo XXI los nefastos resultados sociales de la agenda neoliberal permitieron sumar fuerzas para un nuevo consenso antineoliberal. El momento histórico demandaba pasar de la resistencia a la ofensiva. A principios del nuevo milenio, las opciones de izquierda radical pudieron llegar por la vía democrática al gobierno e impulsar políticas públicas o, de manera más radical, movimientos constituyentes de raíces auténticamente populares.

No obstante, algunos sectores de la izquierda optaron por continuar en la resistencia y cuestionar a aquellos que decidieron asumir responsabilidades y desafíos en el ámbito de la política institucional. En la praxis, esta opción de la izquierda autonómica se basó en principios normativos, que suelen estar ligados a agendas maximalistas que, sin embargo, se traducen en objetivos

particulares. En este marco, juzgan negativamente a los gobiernos progresistas y sus protagonistas por salirse de tales principios. De hecho, sostienen que, al participar en elecciones, acceder al gobierno y utilizar las instituciones públicas ya se están violando parte de aquellos preceptos en tanto se pacta con el Estado el cual sostiene los pilares del sistema capitalista.

Esta crítica, más allá de las intenciones, ha mostrado conexiones con el discurso neoliberal que, desde los noventa del siglo pasado, se ha encargado de ensalzar a la “sociedad civil” en contra del Estado, ese mismo considerado la gran bestia negra y asociado al “totalitarismo” por la izquierda radical histórica. En esta simplista y maniquea visión del mundo según el paradigma neoliberal el Estado es fuente de todos los males sociales, tanto de la ineficiencia como de la corrupción, por ello forma parte de su recetario desmantelar toda capacidad de gestión pública, de regulación y provisión de bienes públicos y servicios sociales en favor de la liberación de los mercados que favorecen a las oligarquías de siempre.

Empero, las transformaciones que se han realizado sin tomar el poder del Estado central solo sucedieron a nivel micro local, y es necesario entender que un proyecto político no puede ser un juego de sumatorias sino que implica la construcción conjunta de porvenires compartidos. La fragmentación de lo social en reductos particulares ha sido la estrategia de la derecha para dividir y vencer: la izquierda debe por ello recuperar, como primer punto de la agenda de cambio radical, el bien común incorporando las luchas históricas de resistencia.

Pero la cuestión de la escala de las luchas, más que programática, es constitutiva. Ninguna revolución subsiste en la resistencia de un pequeño ámbito de influencia. Una lección histórica que nos deja precisamente la hegemonía neoliberal es que la revolución será mundial o no será.

Esto es algo que han entendido los procesos nacional-populares que buscan extender la transformación a esferas de mayor alcance: hacia lo nacional, lo plurinacional, lo regional, lo mundial. La

escala de la transformación implica también la necesidad de construir contrahegemonía. No obstante, tal construcción parte de la vieja hegemonía que se quiere superar lo cual implica –sí o sí– convivir con la contradicción, para superarla.

Así, por ejemplo, resultaría ingenuo creer que se puede construir un sistema alternativo al capitalismo dando la lucha por fuera del capitalismo. Si se quiere transformar el capitalismo, durante el momento contrahegemónico se deberá lidiar en el campo del capitalismo. Al ser el Estado una pieza clave del capitalismo, difícilmente se puede dejar de disputar. No solo aquello. Difícilmente se puede construir hegemonía sin el aparato del Estado, y –una vez más– sin hegemonía, no hay transformación posible.

En este marco, la contrahegemonía convivirá, en la coyuntura de transición, con las instituciones que dan forma a la hegemonía que se quiere superar. Es imposible lograr otra acumulación –que incluye también la posibilidad de la no acumulación– sin que en la transición se acumule lo suficiente para generar las nuevas condiciones materiales necesarias para la transformación. Incluso Marx y los clásicos del socialismo científico, que aunque no sean nuestros principales antecedentes ideológicos siempre resultan –justificadamente– referentes para la izquierda, tenían claro que el pasaje al socialismo se realizaría en una sociedad de la abundancia material, no de la escasez. En este marco, es inevitable que existan contradicciones propias en la búsqueda de la transformación estructural. La disputa por una nueva hegemonía no estará exenta de procesos dialécticos que incluso –por las condiciones históricas– colindan con cierta y relativa “traición” al proyecto de transformación original.

Aclaremos esto: la “traición” se entiende aquí en un sentido político antes que moral y bajo una acepción muy específica. La futura hegemonía no solo debe incluir a los que son parte de los proyectos contrahegemónicos sino también a aquellos convencidos y defensores de la hegemonía a ser derrotada: debe dirigir tanto como convencer y seducir. En última instancia, aunque le incomode

a la izquierda *buenista*, debe ejercerse el dominio, se debe dominar. Ocupar ese incómodo espacio y praxis política. Dicho de otro modo, difícilmente habrá nueva hegemonía si solo participan los subalternos y contrahegemónicos; es decir, aquellos con los que de entrada habría una convergencia. Empero, esa contradicción deviene en una deserción al proyecto si la nueva hegemonía no incluyese en su programa político a los semileales. Dejarlos por fuera es perder de vista la necesidad de contar con reaseguros para que esas contradicciones y/o tracciones no comprometan el proyecto emancipatorio.

En un momento de fragmentación de los consensos, la gran mayoría de la población –en especial, las difusas capas medias– se caracteriza por la duda y la incertidumbre ideológicas, que son el semillero de la ambigüedad populista. Así como es un reto construir nuevos sentidos comunes en los convencidos de la contrahegemonía, también parece ser un reto juntar las fuerzas autónomas con las progresistas en un sentido constructivo que tenga irradiación hacia los “apolíticos”, para despertarlos de su letargo y atraerlos al campo progresista.

Para esto, en nuestra actual coyuntura, la identidad del frente unido de las izquierdas debe asumir su perfil al contraponerse al enemigo objetivo de clase: el capital financiero. En la cúspide del sistema de expropiación neoliberal se encuentra la banca. Todo el régimen de acumulación es corroído por el parasitismo bancario que concentra capitales, vive de los intereses y bloquea así la acumulación productiva. Incluso los sectores del crimen organizado, que crecen como entidades paraestatales ahí donde la privatización va destruyendo al Estado, son subsidiarios de la banca que canaliza los flujos del dinero negro.

Ahora bien, el argumento de la contradicción que encierra la construcción de una nueva hegemonía no puede ser justificativo para abandonar el camino que va de la contrahegemonía a la nueva hegemonía. Esto podría estar pasando en algunos proyectos progresistas. A nombre del pragmatismo, y sabiendo que se

tiene que lidiar con el sistema, se termina siendo parte del sistema (traición sin comillas). Así se da una mutación del proyecto y se antepone los medios (tomar el poder del Estado) a los fines (construir una nueva hegemonía emancipadora de la sociedad). Si algo parece que dejó como enseñanza el interregno conservador luego de la denominada primera ola de gobiernos progresistas es que el pragmatismo puede matar la utopía/ucronía; y sin esta no hay posibilidad de construcción de hegemonía. Esto implica que distribución y redistribución de la materialidad necesaria para generar una nueva hegemonía no puede estar escindida de la construcción de una subjetividad contrahegemónica que encause los nuevos sentidos comunes hegemónicos.

Bibliografía

González Casanova, Pablo (2006). Colonialismo interno. En *Sociología de la explotación*. Buenos Aires: CLACSO.

González Casanova, Pablo (2007). Colonialismo interno (uma redefinição). En *Teoria marxista hoje. Problemas e perspectivas*. Buenos Aires: CLACSO.

Ramírez Gallegos, René y Juan Guijarro (2023). La parte por el todo. Trayectos, aprendizajes y desafíos para los partidos progresistas en América Latina. En Ramírez, R. (2023), *Tomar partido. Trayectos, aprendizajes y desafíos para los partidos progresistas en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO-FES.

Ramírez Gallegos, René (2022a). *Quien parte y reparte, ¿se queda con la mejor parte? Las derechas y las izquierdas en la distribución del pastel en América Latina, 2000-2020*. Buenos Aires: IPET-UNLA.

Ramírez Gallegos, René. (2022b). *La vida y el tiempo. Apuntes para una teoría ucrónica de la vida buena*. Buenos Aires: CLACSO.

Ramírez Gallegos, René y Guijarro, Juan (2022c). Ecuador: de la esperanza a la ira. Historia y repetición del neoliberalismo en Ecuador. En García Linera, A., Ramírez, R., Sader, E., Pochmman, M (coord.), *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Akal.

Ramírez Gallegos, René; Guijarro, Juan y Gallardo, Gabriela (2022d). *Del laberinto de la soledad a los senderos de la compañía*. Ciudad de México: PUEDJS-UNAM.

Ramírez Gallegos, René (2021). Ni larga noche neoliberal, ni corto interregno de gobiernos progresistas. En Ramírez y Ackerman, *La disputa por la democracia en América Latina. Perspectivas y desafíos en una era de transformación social global*. Ciudad de México: PUEDJS-UNAM, Cámara de Diputados.

Rosa, Hartmut, (2016). *Alienación y Aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*. Buenos Aires: Katz.

Tocqueville, Alexis (2018). *La democracia en América. Edición crítica y traducción de Eduardo Nolla*. Madrid: Editorial Trotta.

Sección 3: Congreso de La Habana

¡Debemos unirnos hoy para construir el mañana que anhelamos!

Miguel Díaz-Canel

En nombre del pueblo y gobierno cubanos agradezco profundamente al Grupo de los 77 más China por la confianza depositada en Cuba para presidir durante el presente año este universo tan amplio y representativo de naciones.

Encomiamos, asimismo, la loable labor desempeñada por Pakistán al frente del Grupo durante el 2022.

Nos honra altamente representar a esta agrupación, diversa y pujante, en tiempos de retos monumentales para los países en desarrollo.

Lo asumimos con total entrega y el ya probado compromiso de que jamás defraudaremos a naciones con las que compartimos una historia de abusos a la que fueron sometidos nuestros pueblos, pero conscientes de que también nos hermanan objetivos y esperanzas.

Realmente enorgullece el valioso acervo que hemos logrado forjar como grupo en casi seis décadas de existencia, tanto como impresiona el camino que nos queda por delante para ver realizados genuinos, comunes e históricos reclamos. Por ellos lucharemos con la certeza de que, en la diversidad, compartimos la misma aspiración de vivir en un mundo mejor y más justo.

Nuestras naciones continúan estando en la retaguardia del desarrollo global, mientras cargan sobre sus hombros las consecuencias de las múltiples crisis y las desigualdades derivadas del injusto orden internacional vigente.

Hablamos de un orden profundamente antidemocrático concebido para perpetuar el desequilibrio que, a despecho de las demandas históricas de los países de este Grupo, sostiene la riqueza de unos pocos a costa del empobrecimiento de las mayorías, manteniendo a los pueblos en desventaja económica y social permanentemente condenados al subdesarrollo, la pobreza y el hambre.

No es algo que digamos por primera vez. Desde su fundación en la prometedora década del sesenta del pasado siglo, el Grupo de los 77 ha reclamado cambiar el injusto orden global para poder emerger de las condiciones de absoluta desventaja en que nos sumieron siglos de colonialismo y dependencia. Y todas las tribunas serán pocas para decirlo.

En 1979 el líder histórico de la Revolución Cubana nos definió con inolvidables palabras. Dijo Fidel Castro: “Si el Movimiento de los No Alineados, que se había iniciado pocos años antes, venía a ser la conciencia política de los países que emergían del colonialismo y el neocolonialismo y trataban de realizar a plenitud su independencia, el Grupo de los 77 surgió como su conciencia económica”.

Esa conciencia es la que propició la unidad entre países, regiones, identidades, culturas y niveles de desarrollo tan diversos. Y la historia nos ha confirmado el valor de la unidad. A ella apostamos desde la primera Conferencia de la UNCTAD, la Declaración sobre un Nuevo Orden Económico Internacional, pasando por la Cumbre de Río, el trato especial y diferenciado, la meta de Ayuda Oficial al Desarrollo, hasta la Agenda de Acción de *Addis Abeba* y los ambiciosos Objetivos de Desarrollo Sostenible. El Sur ha sido la piedra angular de las negociaciones multilaterales en materia de desarrollo.

Para dejar sentado que “El Sur también existe”, como escribió el poeta latinoamericano Mario Benedetti, hemos actuado unidos. Y es con la fuerza de esas dos terceras partes del mundo que representamos como hemos logrado avanzar en determinados objetivos e ideales; pero quedan muchos asuntos sustanciales pendientes, a los que se agregan ahora los problemas del mundo pospandemia.

Como ha reconocido el secretario general de las Naciones Unidas ante el Grupo de los 77 más China, en septiembre pasado:

a medida que se avanza hacia la mitad del camino en la Agenda 2030, lejos de mejorar, el mundo retrocede. (...) La pandemia de COVID-19 y una recuperación desigual nos han costado al menos tres años de progreso, mientras los países en desarrollo se ahogan en deudas, sin margen fiscal ni acceso a recursos financieros para invertir en la recuperación.

Hoy más que nunca resulta imperativo alcanzar consensos en los temas que nos afectan como países y como agrupación. Solo por ese camino seremos capaces de acercarnos a las aspiraciones de los pueblos históricamente preteridos y a sus ansias de justicia social.

En estos tiempos difíciles y convulsos proliferan las apuestas para fracturar a los países del Sur. ¡Demos una lección de unidad! ¡Demostremos el valor de la cooperación y la solidaridad!

Como proclamara Fidel, fundador y defensor incansable de la unión como premisa insoslayable de todas las acciones: ¡hay que fundirse en estos tiempos para construir el mañana que anhelamos, para reivindicar a los excluidos de siempre, para rescatar la fe en la humanidad!

Cuenten con Cuba y con su compromiso invariable de trabajar sin descanso, junto a todos los miembros de esta imprescindible agrupación, en la defensa de los intereses supremos de nuestras naciones.

Cuba cuenta también con ustedes y espera que el espíritu de unidad y solidaridad que dio a luz al Grupo de los 77 más China

prevalezca sobre los intereses mezquinos de quienes pretenden mantener inamovible el injusto orden económico actual.

Creemos firmemente en el multilateralismo y en el poder incommensurable de la unidad en la diversidad que el General de Ejército Raúl Castro Ruz, líder de la Revolución Cubana, ha defendido como bandera y guía de la construcción de los consensos indispensables para vencer los actuales desafíos y construir el mundo justo al que aspiramos.

¡Siempre será la hora de la unidad, pero hoy es un imperativo, la mayor de todas las urgencias! Articulemos acciones para quebrar, por fin, los nudos que atenazan las posibilidades de progreso real de los pueblos. Ellos tienen derecho a una existencia más humana, enaltecida y digna, y es deber de sus líderes batallar por ello. ¡Sí se puede!

Muchas gracias.

Acciones unilaterales y coordinadas desde el Sur

Andrés Arauz

Muy buenos días con todos y con todas. Muchísimas gracias por esta invitación y es verdaderamente un placer estar aquí, en esta isla de resistencia, de historia, de libertad, esta isla de esperanza para todo el mundo, para todo el sur, para todos nuestros pueblos.

El reto de poder hablar sobre el Nuevo Orden Económico Internacional, en el contexto del súper imperialismo que estamos viviendo, realmente es desafiante. Porque tenemos que plantearnos no solo la utopía, el horizonte a donde aspiramos llegar, sino también el trayecto, el camino, cómo vamos a avanzar en esa dirección. Y resulta que, si es que depositamos todas nuestras esperanzas exclusivamente al consenso al que podamos llegar con la fuerza dominante, la del norte global, la del capitalismo financiarizado, la de la hegemonía del dólar, etc., es muy difícil que lleguemos a acuerdos donde ellos decidan ceder su poder. Pero aun así nos quedan algunos espacios, algunas grietas dentro del sistema hegemónico vigente a través de las cuales podemos operar. Pero mi propuesta aquí no va a ser la de construir en conjunto con el sistema hegemónico dominante. Yo les voy a plantear un conjunto de acciones unilaterales que pueden tomar los países del sur, pero de manera coordinada, de manera conjunta.

Estamos reunidos aquí, además, porque la República de Cuba por primera vez preside el G77, y es un reconocimiento a nivel internacional que hace el Sur Global sobre el liderazgo de larga data, de décadas de lucha y de resistencia a la República de Cuba. No es un mero gesto simbólico, y yo creo que debemos asumir el desafío también planteado por Cuba cuando acepta esta designación de enfocar la agenda del G77 en los temas relacionados a la ciencia, la tecnología, al conocimiento, a esa disputa cognitiva a esa guerra, en definitiva, de carácter cognitivo a la cual está siendo sometida el planeta en estos momentos.

Pero no podemos ignorar que uno de los desafíos más importantes en el marco de ese G77, de la agenda de trabajo de este año, así como el elemento indispensable que debe estar en el Nuevo Orden Económico internacional en su versión para el siglo XXI, y recogiendo las luchas y aspiraciones del pasado, es efectivamente el poner fin a las sanciones, al bloqueo criminal al cual ha sido sometido el pueblo cubano por la valentía de resistir a ese sistema hegemónico. Así que esa debe ser una de nuestras prioridades. Y perdonen la falta de formalismo, pero yo sí pido un aplauso a ese valiente pueblo cubano que nos ha recibido.

Yo quiero hablarles sobre el derecho al desarrollo. A veces nos enfrascamos en discusiones que se olvidan de la gran aspiración, con lo cual se fundamentó el Nuevo Orden Económico Internacional hace 50 años, que es el derecho a desarrollar. El derecho a que nos desarrollemos y a poder alcanzar el bienestar, el buen vivir de nuestros pueblos; el poder tener garantizados nuestros derechos humanos alrededor de los elementos esenciales, como los derechos económicos, sociales, culturales y, tan importantes en el contexto del siglo XXI, los relacionados al ambiente y a la naturaleza. Y yo creo que tenemos que plantearnos una serie de retos en esa dirección.

Comienzo por caracterizar al fundamento de este capitalismo tardío del siglo XXI al cual estamos sometidos y al cual ya hemos descrito esta mañana. Este capitalismo financiarizado,

transnacional, que tiene un elemento cognitivo enorme, –es el que disputa los sentidos comunes, el que trata de alterar nuestro comportamiento y nuestra forma de ver y entender el mundo– tiene un andamiaje jurídico que ha sido construido para ese fin.

Ya decía Yanis que las fuerzas del capital, las fuerzas de derecha, las fuerzas conservadoras y hegemónicas, lograron construir un sistema hegemónico. Pero ese fue un proceso labrado paso a paso, en donde institucionalizaron la filosofía del capitalismo financiarizado en el derecho público internacional. Y estamos hablando de la cristalización de la OMC. En los noventa lo convirtieron en un organismo, todos los países ratificaron el mismo cuerpo legal.

Y esto es elemental entender porque cuando, quienes hemos participado en proyectos progresistas en el ejercicio de gobierno y a veces recibimos críticas de que no logramos transformar nuestros países o en el mundo entero con una gestión desde un país periférico, dependiente, subordinado en términos de la jerarquía internacional, se olvidan que el capitalismo planetario ha quedado cristalizado en el derecho internacional.

Es ilegal ser anticapitalista. Es ilegal en términos del derecho internacional plantear una alternativa al capitalismo hegemónico. Y no solo me refiero a la OMC y sus acuerdos en términos de comercio de bienes y de servicios, sino en términos cognitivos de, por ejemplo, el acuerdo de propiedad intelectual. Es ilegal copiar ideas, es ilegal transferir tecnología, es ilegal democratizar el conocimiento. Lo mismo en el acuerdo de comercio relativo a inversiones o medidas de inversiones. ¿Qué quiere decir eso? Que si un país osa regular al funcionamiento de una empresa transnacional dentro de un país, exigiendo que contrate empresas locales, que pueda tener participación nacional, que pueda transferir tecnología, entre muchas otras condicionalidades que se le puede poner, también se está violando el acuerdo de la OMC relativo a las inversiones. Pero no termina ahí, porque a la final la OMC tiene unos “dientes” que son políticos, en donde hay unos paneles, unos

comités de apelaciones, entre otras cosas, y en donde en últimas se negocia entre los Estados.

Pero el capital transnacional no se quedó ahí. ¿Por qué pudieron tener contundentes victorias? Es porque entre los ochenta, noventa, e inicio de este siglo, implementaron una agenda, particularmente a través de los tratados bilaterales de protección “recíproca” de inversiones que, desde mi punto de vista, son el pilar fundamental de la operación del capital transnacional en el siglo XXI. Y a través de esos TBIs ejercen presión y chantaje directamente, así, chantaje a los Estados nacionales que osan regular para el desarrollo. Les puedo dar mil ejemplos. Países que quieren establecer regulación ambiental sobre la operación de una transnacional minera en Centroamérica. Les cae un arbitraje en donde en el CIA-DI, en el seno del Banco Mundial, porque un país decida, se atreve a establecer regulación ambiental a una explotación minera. Podemos hablar de casos en donde se busca recuperar la soberanía de los recursos naturales en materia petrolera. Decir: “Bueno, vamos a cobrar un impuesto extraordinario a la renta petrolera en el contexto del cambio climático, o de la necesidad de superar el extractivismo, y que la renta se quede para los pueblos”. “¿Ah, te atreves a hacer eso? Te cae una demanda en el CIADI”. Y a través de estas prácticas de chantaje e intimidación van alterando lo que se considera comportamiento aceptable o no, por parte de un Estado respecto a la regulación de las transnacionales.

Y esto antes solía ocurrir solo a los países del sur como principales víctimas del sistema. Pero ahora estamos viendo que el sistema ha vuelto a morder la cola de quienes lo han venido impulsando y específicamente a los países europeos. Con las regulaciones contemporáneas, las de esta época, las de este año pasado, a las empresas energéticas resulta que les resulta incómodo ahora así, el funcionamiento de los TBIs en el sistema de arbitraje internacional, y solo en las últimas semanas hemos tenido anuncios de potencias como Alemania, Francia, otros como Bélgica, Polonia, que han decidido salirse del Tratado de la Carta de Energía –que

es un mega TBI, un mega tratado de protección de inversiones que le da impunidad a las corporaciones transnacionales, petroleras, energéticas, entre otras.

Y, sin embargo, en el sur no estamos dándonos cuenta de esta enorme contradicción en el seno mismo del capital transnacional, y es una gigantesca oportunidad para el sur –como lo hemos hecho en Ecuador cuando había un gobierno progresista, en Bolivia, en Indonesia, en India, en Sudáfrica– denunciar, dar por terminados unilateralmente los tratados bilaterales de protección recíproca de inversiones. ¿Y cómo? Con los mismos argumentos que están utilizando ahora los propios países europeos para salirse del Tratado de la Carta de Energía. Eso nos va a dar un margen para poder, ahí sí, construir el horizonte, la utopía. Es un elemento de una transición indispensable y necesaria para avanzar.

Quisiera no detenerme tanto en este aspecto, pero lo considero central en el funcionamiento neocolonial del capitalismo financiarizado y transnacional que vivimos actualmente. Dar por terminados la red de TBIs –que son más de 3000 en todo el planeta y son fundamentalmente de Norte-Sur– es un paso indispensable.

En el Ecuador procedimos con una auditoría a los TBIs, analizamos el fundamento conceptual, legal, político con el cual el Ecuador en su momento, en los ochenta y noventa, entró a todos estos tratados. Encontramos una serie de irregularidades. Luego analizamos los arbitrajes y encontramos los conflictos de interés de los árbitros que ganan caso por caso y no pertenecen a jurisdicción alguna, y luego analizamos el impacto social, ambiental, cultural, de las transnacionales que habían demandado al Ecuador. Y la conclusión fue que teníamos que escapar de ese régimen neocolonial lo más pronto posible.

Me enorgullece que aquí están compañeros que acompañaron ese enorme esfuerzo. El canciller de entonces, Guillaume Long, fue quien firmó la denuncia de los TBIs, y también está, por ejemplo, Cristian Pino, quien fue el secretario de la auditoría de los TBIs,

que yo considero un elemento central en poder construir una transición hacia ese Nuevo Orden Económico Internacional.

No podemos construir una aspiración de superar al capitalismo, si es que el marco jurídico en el cual estamos operando es el del capitalismo institucionalizado y convertido en derecho público internacional.

Ahora, eso nos lanza una serie de otras, de otros desafíos e implica bueno, entonces, qué tipo de capitalismo se puede construir, o qué tipo de sociedad se puede construir alternativa al capitalismo financiarizado hegemónico. Y creo que ahí también tenemos avances e instrumentos concretos a los cuales puede dedicarse la energía del G77. Y estoy hablando, por ejemplo, del Tratado Vinculante en materia de derechos humanos para las empresas transnacionales, porque tenemos que poner los pies sobre la tierra y al capitalismo –quizás en esta versión hegemónica, financiarizada, transnacional, con componente cognitivo cada vez más grande– no lo vamos a poder derrotar de la noche a la mañana, pero sí podemos ir acotando sus abusos.

Y es indispensable que, así como se asumieron compromisos en otras partes de la historia en el siglo XX de que los Estados tengan que cumplir y someterse a obligaciones vinculantes en materia de garantía de Derechos Humanos, hay que reconocer que en esta época del siglo XXI más violación de derechos humanos provienen desde las propias corporaciones transnacionales que extraen riqueza, dinero, pero, en últimas, derechos humanos, y que es ahí donde podemos empezar a actuar.

Y bueno, resulta que el Tratado Vinculante de Derechos Humanos para empresas transnacionales no es un sueño utópico, es un proyecto que lleva ya más de una década de trabajo en el seno de las Naciones Unidas, en el seno del Comité de Derechos Humanos, en el Consejo de Derechos Humanos. Y hay que retomar con fuerza eso.

Un objetivo que se podría lograr en el corto plazo es implementar este tratado de forma vinculante lo más pronto posible, y en ese

tratado reconocer el carácter transnacional de las corporaciones transnacionales. Es decir, que no porque establezcan sucursales en un país, no se le pueda vincular con la matriz desde donde se toman las decisiones con lo que opera esa sucursal. Ese es velo societario ha sido la principal herramienta jurídica a través de la cual las corporaciones transnacionales evaden el control y la regulación de los Estados cuando se les busca que cumplan con responsabilidades con nuestros pueblos.

Yo estoy absolutamente convencido de que solo si enfocásemos en estos dos elementos deshacer el capitalismo transnacional que quedó instaurado jurídicamente como derecho público internacional, y más bien construir el derecho público internacional alrededor de los compromisos vinculantes de derechos humanos para las empresas transnacionales, daremos un salto enorme en términos de cómo opera ese capital en nuestras economías, en nuestras sociedades. Además, les voy a comentar algo que también está ocurriendo en Nuestramérica, y que puede tener consecuencias claves, y es una Opinión Consultiva solicitada recientemente por parte de los gobiernos de Colombia y Chile a la Corte Interamericana de Derechos Humanos, justamente planteando la subordinación de los derechos económicos y los derechos del capital a los derechos humanos. Esa Opinión Consultiva, cuando llegue a responder la Corte, de ser positiva, será un precedente absolutamente clave y que puede tener consecuencias de fondo en cómo se le da el tratamiento al capital, subordinado ahí sí, a los derechos humanos, en particular derechos económicos, sociales y culturales.

El reto no termina ahí. Necesitamos avanzar a una descolonización completa del sistema hegemónico. El G77 nace también en el momento de la descolonización. El nuevo orden económico internacional nace como una propuesta de descolonización no solo formal –de que tenemos fronteras y cada país logra finalmente tener su bandera– si no de una descolonización real en donde se rompa esa relación de poder y de subordinación de los países del sur a las potencias coloniales del norte. Y ahí tenemos que darnos cuenta

de que, en ese sistema vigente, el principal mecanismo de colonización –como lo explicaron ya varios– es la hegemonía del dólar. Es la hegemonía que permite implementar las sanciones agresivas en contra de pueblos nobles, como por ejemplo los de Cuba y Venezuela. No podemos ignorar el impacto de las sanciones que solo es posible por la brutalidad hegemónica que tiene un solo país el privilegio exorbitante, como lo llamaron los franceses también hace cincuenta años.

Tenemos que romper aquello. ¿Y cómo se hace? ¿Esperando la buena voluntad de la potencia del norte? Tenemos que tomar acciones unilaterales, pero coordinadas. No nos pueden sancionar a todo el Sur Global simultáneamente. Y tenemos que tomar una acción decidida para colectivamente, de forma coordinada, solidaria, implementar sistemas financieros y comerciales alternativos –y que hay muchos los diseños propuestos y técnicamente no es difícil implementarlos– para poder superar este bloqueo criminal en contra del pueblo cubano, en contra del pueblo venezolano.

Tenemos que también avanzar hacia la descolonización de los sistemas de pagos, muy relacionado a lo que acabo de decir. Ahora, si es que queremos hacer comercio entre Uruguay y Costa Rica, tiene que liquidarse esa transacción en un banco en Miami y la liquidez quedarse además ahí, seguramente para comprar bonos del Tesoro y poder alimentar ese apetito insaciable del aparato de guerra de los Estados Unidos.

Necesitamos desmilitarizar el espacio digital. No es solo el capitalismo cognitivo como una fuerza del capital propiamente dicha. El capitalismo cognitivo hegemónico realmente existente en el siglo XXI está hípermilitarizado. ¿O ya nos olvidamos de las revelaciones de Snowden? ¿O no hemos visto la reciente vinculación entre el aparato de seguridad estadounidense con los proveedores de contenidos en redes sociales hegemónicos en los Estados Unidos?

Estamos hablando de un vínculo profundo entre el aparato de seguridad, el aparato militar, con el capitalismo cognitivo,

ese capitalismo de vigilancia en donde no es lo único que buscan maximizar ganancias o vender un poquito más de publicidad. No. La gran mayoría del despliegue de estas *Big Tech* operan a pérdida. Llevan décadas operando a pérdida. ¿Por qué? Porque no son meros instrumentos desde la lógica del capital, sino desde la hegemonía de la seguridad, de la súper vigilancia, del control militar de dichas tecnologías. Y ahí el reto es cada vez mayor. ¿Cómo podemos combatir todo aquello?

Ahí viene el reto fundamental y es la principal debilidad que hemos tenido en el Sur Global: el avance de nuestra agenda científica y tecnológica. Parte de la Guerra Fría que estamos viviendo ahora es específicamente alrededor de la disputa de los estándares tecnológicos. ¿De quién vamos a depender, de *WhatsApp* o de *WeChat*? Pero la discusión no queda ahí. La discusión tiene que ver con todo el proceso material detrás, por ejemplo, de las tecnologías de información y comunicación, porque para eso se requieren cada vez mayor diversidad y cantidades de minerales estratégicos. ¿Y de dónde van a venir esos minerales? Del Sur Global, de América del Sur, de América Central, de África. Y vamos a ser meros espectadores en esa inserción internacional que se está disparando. Y todos somos testigos en nuestro día a día. Y cuando analizamos los datos, ¿somos testigos o vamos a actuar nuevamente de forma unilateral pero concertada, unilateral pero coordinada para poder renegociar nuestra inserción internacional en la dimensión material, al menos del capitalismo cognitivo que está vigente?

Yo creo que ahí, además de las alternativas en términos de los estándares tecnológicos que se están disputando en la actualidad, tenemos que partir de la base material en donde el sur sí tiene una ventaja para poder avanzar a construir nuestros propios estándares tecnológicos del sur. Si es que no ponemos a la tecnología –el desarrollo científico tecnológico asociado a la garantía de nuestros derechos para el desarrollo– para garantizar derechos económicos, sociales y culturales de nuestros pueblos, vamos a estar siempre en el lado de la periferia de la dependencia.

Es indispensable construir nuestros propios estándares tecnológicos desde una perspectiva de la tecnología apropiada –no de la tecnología de vanguardia, sino de la tecnología apropiada– para poder solventar las necesidades y los derechos de las personas del sur. Y ahí tenemos cantidades de ejemplos que podemos puntualizar como anécdotas, desde las experiencias que han vivido los países del Sur Global: soberanía tecnológica, soberanía digital, construcción de alternativas tecnológicas propias, pero todavía tenemos unos retos pendientes. Hay un duopolio de sistemas operativos en los aparatos que usamos todos en el planeta. ¿Por qué no puede haber el desarrollo de un sistema operativo propio que se convierta en el estándar de regulación obligatoria pero desde las prioridades del sur? Para que no termine almacenando el 99% de la información de la población del sur en servidores ubicados en Miami o en los servidores ubicados en los centros de datos del norte.

Tomemos un ejemplo: el caso justamente de los medios de pago, de los sistemas transaccionales, de los sistemas digitales de pago. A nivel mundial, los pagos minoristas, de pequeña escala, los que usamos los seres humanos en el día a día en la mayoría del Sur Global, se almacenan en centros de datos en los Estados Unidos. Me refiero a las tarjetas de crédito –los operadores de tarjetas plásticas, Visa, Mastercard, por ejemplo– se almacenan en servidores de datos de Estados Unidos, y la *Ley Patriot Act* del 2001 permite al gobierno de Estados Unidos acceder directamente a esos servidores de datos. Pero en esos servidores están los datos de miles de millones de personas del planeta, en donde puede comprar comida en la India, siendo una persona de Singapur con una cuenta bancaria en Malasia y, sin embargo, por el operador de esa tarjeta, se almacenan los datos en los Estados Unidos y pueden tener súper vigilancia de aquello. Lo mismo ocurre con la red de pagos *Swift* que se almacenan, en el caso de *Swift* en Bélgica, pero que solo en un país en el mundo ha logrado tener acceso a la base central de datos. Sorpresa: el gobierno de los Estados Unidos. Y esto es solo

una dimensión, la de los pagos, pero que revela mucho sobre nuestro comportamiento individual.

Ni siquiera me estoy refiriendo a la mensajería instantánea. Que resulta que tenemos esta reunión tratando de construir el nuevo orden económico internacional. La mayoría de asistentes seguramente recibieron la invitación por *WhatsApp*. Bueno, ellos saben todo lo que mandemos a través de ese canal de comunicación. Y necesitamos construir alternativas concretas, reales, desde el Sur, para poder atender a nuestras prioridades, para poder planificar dignamente cualquier acción que pueda tener algo de contundencia y que realmente no sea simplemente un ejercicio retórico. Y eso significa educarnos y significa construir alternativas científicas y tecnológicas desde el sur. Caminos hay muchos por recorrer. No es tan difícil, técnicamente no es complicado. Lo que necesitamos es la voluntad política, La acción coordinada y unilateral para exigir estándares propios que permitan ganar márgenes de soberanía en esos aspectos.

Tenemos que analizar cómo opera el capital en el contexto del siglo XXI. Y hay algo que a mí me ha dejado pensando durante años ya, que es el hecho de que el capital, como le llamo yo, es absolutamente bio-ignorante. Y me refiero en el sentido etimológico: bio-vida. El capitalismo no entiende de la vida como no entiende la muerte. Para el capital la vida no está incorporada dentro de sus axiomas, dentro de sus valores, dentro de su lógica de operación. La vida, sea o no, es irrelevante. Y ese capitalismo bio-ignorante, que ignora la existencia de la vida, es quizás nuestra mayor oportunidad para poder regularlo, para poder domesticarlo, para poder disciplinarlo, para que por lo menos asuma que existe la vida; y la lógica del capitalismo bio-ignorante, nace por la insuficiencia del marco conceptual y metodológico en el cual opera el capital.

Perdonen la digresión técnica, un poquito, pero estamos hablando básicamente del concepto de la contabilidad. El capital existe en la contabilidad, sobre todo el capital abstracto del siglo XXI, el financiarizado, el de la ganancia rápida, el especulativo, el

que puede viajar de una jurisdicción a otra en cinco minutos o en tres segundos. No el capital físico, el activo físico, la fábrica, la maquinaria. No, ese no puede viajar alrededor del mundo en cuestión de segundos. Pero ese capital abstracto –que también fue descrito hace 100 años ya por Hilferding, por Lenin, etc.– ese sí puede viajar en cuestión de segundos y ese capital vive en la contabilidad. Bueno, ¿y quién define las reglas de la contabilidad? ¿Quién define las reglas de la contabilidad? ¿Las Naciones Unidas? No. ¿Quién define las reglas de la contabilidad? Son un conglomerado de cuatro grandes empresas privadas que tienen hegemonía sobre la información financiera a nivel planetario. Me refiero a las famosas *Big Four*: *Price Waterhouse Coopers*, *Deloitte*, *Ernst & Young*, *KPMG*. Cuatro grandes firmas auditoras que establecen el estándar mundial de la contabilidad –que es un activo, que es un pasivo, como a qué cuenta debe registrarse– y el capital opera en esa lógica de la contabilidad.

Y resulta que, si nos ponemos a analizar esa contabilidad y decimos y bueno, veamos ahora los activos ambientales, los pasivos ambientales, ¿de qué estás hablando? Eso simplemente no existe en la contabilidad. ¿Dónde está la responsabilidad de las empresas frente al medio ambiente, frente a un proyecto? ¿Dónde está la responsable del capital frente a la muerte? En la contabilidad no existe y eso hace que proyectos que financieramente fueran otrora no viables –porque incurren en demasiados costos vinculados a la muerte, a disminuir la vida– como no existe en la contabilidad, resulta que son extremadamente exitosos y negocios prósperos y rentables. Pero si incorporamos la valoración de la vida dentro del marco de la contabilidad, se pudiera cambiar qué tipo de proyectos son, no son viables y el capital puede de esa manera ser disciplinado desde una perspectiva de los derechos humanos, de los derechos a la vida.

Esto tiene su versión también desde la lógica macroeconómica. Muchos habrán escuchado la posibilidad de dejar de depender del PIB como medida de bienestar y buscar otras alternativas. Pero no

es suficiente con simplemente crear un PIB verde. “Ah no, coge el PIB y ponle dos o tres puntitos menos y tenemos un PIB verde”. No, hay que realmente sentarnos a pensar la construcción del estándar de la macroeconomía, porque al final eso tiene un dominio narrativo y cognitivo sobre el comportamiento de nuestros pueblos. Es fundamental construir una alternativa a esa dinámica y se puede hacer desde una perspectiva coordinada, unilateral, desde los pueblos del sur, para poder construir un nexo coherente entre la actividad económica humana –el dinero– pero también la tierra, el agua, la energía, los minerales, la biodiversidad, el aire, el gas y los servicios ecosistémicos.

Hay un trabajo pendiente enorme por hacer, desde la construcción de un Nuevo Orden Económico Internacional asociado a la garantía de los derechos humanos de nuestros pueblos. Y uno de los elementos absolutamente claves, con esto termino, en esta era financiarizada, en donde todas las angustias de nuestros pueblos se resumen en una serie de volatilidades –del tipo de cambio, de la cotización de los bonos, de la evolución del mercado de capitales– hemos visto que estamos absolutamente financiarizados y la estrategia de dominio, en buena parte, se da a través de la generación de dependencia, a través de la deuda. La deuda soberana, la deuda externa, la deuda pública, la deuda de los pueblos frente a los actores hegemónicos del norte. Y, ahí también, no podemos esperar que llegue la caridad desde los gobiernos hegemónicos o de los grandes banqueros de inversión. Sería ingenuo pensar que van a llegar como Papá Noel a perdonar nuestras deudas, a pesar de que –si cumplieran con lo que establece el Viejo Testamento– deberían hacerlo más o menos cada 70 años. Pero tenemos que empezar a actuar de forma coordinada, de forma unilateral y de forma coordinada.

El Banco Mundial, el FMI y distintas agencias están proyectando que entre 23 a 30 países en este año que comienza no van a poder cumplir sus obligaciones de deuda externa. Ya sabemos que no van a poder pagar, pueblos del sur, no van a pagar. En, algún día, en

mayo, en agosto, en abril, en junio, dejarán de pagar sus obligaciones de deuda externa. ¿Por qué? Porque no les da el dinero y porque llegarán a un momento donde dirán no me da la sábana y dejo de atender ciertos derechos fundamentales de mi pueblo, por lo tanto, suspendo los pagos de deuda externa. Imagínense, cada uno de esos países será sometido a un disciplinamiento como el que describió Yanis en donde se les dirá: bueno, vamos a pasar por un proceso de reestructura, pero a cambio de privatizaciones, destrucción de los servicios públicos, etcétera, etcétera; la agenda que conocemos. Pero, y qué tal si –sabiendo lo que ya sabemos desde los pueblos del sur– logramos organizarnos, unas llamadas telefónicas y una reunión más chiquita que esta, y diciendo “actuemos conjuntamente respecto al problema de la deuda”, organicemos para declarar que no tenemos la capacidad de servir esa deuda. Pero no individualmente, cada uno en la fecha que nos toque, sino anticipando esa situación y hacerlo conjuntamente, desde una perspectiva claramente política, para poder motivar, ahí sí, una discusión medianamente más equilibrada entre los grandes acreedores y, ahí sí, la fuerza conjunta que pueden tener los países del sur.

Yo creo que es imperativo, así como hay el Club de París, así como hay el Club de Londres de los grandes bancos acreedores que tengamos, el club de los países deudores para poder juntar fuerzas, como nos enseñan siempre, y poder enfrentar esta dinámica del endeudamiento, que este año va a tener consecuencias sistémicas. No creo que sea una tarea demasiado difícil, no creo que sea un imposible, pero creo que tenemos unos retos muy concretos en el marco del Nuevo Orden Económico Internacional, de la Presidencia del G77 por parte de Cuba y de mecanismos posibles, con acciones unilaterales pero concertadas para poder negociar nuestra inserción internacional hacia una construcción más amplia, más larga, de largo aliento y de contundencia que se requiere, para verdaderamente construir un Nuevo Orden Económico Internacional. El desafío está ahí. Veamos si podemos estar a la altura de las circunstancias, a la altura del desafío histórico.

Muchas gracias.

¡Porque debemos hacerlo!

Yanis Varoufakis

Introducción: Un mensaje desde Atenas

Amigos, camaradas, compañeros delegados de la Internacional Progresista,

Resulta traumático para mí estar en Cuba por primera vez en mi vida. Durante décadas, me negué a venir porque no quería estar aquí haciendo turismo. Cuba es demasiado importante para esto. Tuve que esperar hasta alcanzar mis sesenta para poder tener la felicidad de venir a Cuba a trabajar con camaradas sobre lo que realmente importa a Cuba, a las Américas, a Asia, a África, a Europa y, por supuesto, a mi propio país que tanto sufrimiento padece desde hace tanto tiempo, Grecia. ¿En qué consiste este trabajo? Pues resulta ser la creación de un Nuevo Movimiento de Países No Alineados (NMPNA) que derribe al orden económico internacional imperialista vigente basado en la explotación y la extracción catastrófica para sustituirlo por otro, un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI), en el que los seres humanos y el resto del planeta puedan respirar, vivir, y prosperar juntos.

Antes de ir al grano, tengo que rendir homenaje a este país y a su valeroso pueblo. Cuando nuestro partido, MeRA25, publicó un comunicado de prensa informando de mi llegada a La Habana, ocurrió algo raro. Padecimos un maremoto de insultos desde los

sectores habituales: anticomunistas, centristas radicales y algunas personas de izquierda que perdieron la fe revolucionaria que tenían en su juventud, que nos acusaban a mí y a MeRA25 de poner a Grecia en peligro al resistir a la poderosa oligarquía que dirige nuestro país. Pero toda esta gente, por mucho que lo intenten, no consiguen disimular algo que tienen todos en común: el respeto al pueblo cubano.

Dese un paseo por Atenas ahora. Parece más rica, más “desarrollada” que La Habana. Pero la mayoría de nuestra gente anda desposeída, humillada, su democracia es una farsa. ¿Por qué? Porque el 5 de julio 2015 casi consiguieron una revolución, gracias a un 62% de votos a favor del NO en contra del Fondo Monetario Internacional, de los depredadores de la banca, de la oligarquía local. Desgraciadamente, esa misma noche, nuestro pueblo fue derrocado por sus líderes y la revolución acabó machacada.

Y ahora, hasta los que desde entonces han sido presionados para que crean que no existe más alternativa que la rendición, todavía miran al pueblo de Cuba con un inmenso respeto, y hasta con algo de celos. ¿Por qué? ¡Porque el pueblo de Cuba no se ha rendido!

La Declaración de Atenas: la creación de un Nuevo Movimiento de Países No Alineados para luchar por un Nuevo Orden Económico Internacional

El 13 de mayo de 2022 en Atenas, nuestro partido en asociación con la Internacional Progresista representada por Jeremy Corbyn, Ece Temelkuran y este servidor, publicó la Declaración de Atenas. La Declaración de Atenas fue nuestra respuesta a la horrible guerra en Ucrania, oponiéndonos a su entorno belicista sin precedentes. También fue la primera llamada por un Nuevo Movimiento de Países No Alineados. Déjenme leer algunas partes:

- Apoyamos a cualquier pueblo que esté padeciendo una invasión, un traslado de población, o la ocupación de su territorio.
- Exigimos un alto el fuego inmediato en cualquier conflicto, la retirada de las fuerzas de ocupación, y un Tratado de Paz extenso en el marco de las Naciones Unidas.
- Nos oponemos a la división del mundo en bloques competidores que invierten en militarismo desenfrenado, en armas ultramodernas de destrucción masiva, y en una nueva Guerra Fría.
- Creemos que una paz duradera solo puede conseguirse sustituyendo a los bloques militares por un marco de seguridad internacional inclusivo, que rebaje las tensiones, aumente las libertades, luche contra la pobreza, limite la explotación, busque la justicia social y medioambiental, y acabe con la dominación de un país por otro.
- Tras estas reflexiones, llamamos a los demócratas del mundo entero a unir sus fuerzas en el seno de un Nuevo Movimiento de Países No Alineados (...), como la vía para lograr una paz duradera, (...) para la prosperidad común a nivel global.

Y aquí estamos, cincuenta años después de la campaña original del Movimiento de Países No Alineados por la creación de un Nuevo Orden Económico Mundial, volvemos a hacer lo mismo. Primero en Atenas, y ahora en La Habana. Por suerte, no hace falta escribir nuevos discursos. Solo basta con recordar las palabras pronunciadas por Fidel Castro en las Naciones Unidas en octubre 1979:

El ruido de las armas, del lenguaje amenazante, de la prepotencia en la escena internacional debe cesar.

Las bombas podrán matar a los hambrientos, a los enfermos, a los ignorantes, pero no pueden matar el hambre, las enfermedades, la ignorancia.

El sistema monetario internacional que hoy predomina, está en bancarrota. ¡Y debe ser sustituido!

Ahora, no nos desanimemos por haber retrocedido a la casilla de salida. Por tener que repetir los mismos discursos y hacer las mismas campañas. Recuerden esto: ¡cada generación está destinada a repetir la misma lucha! Una y otra vez, eternamente. Y cada vez con mayor énfasis. Y siempre aprendiendo de los errores de la generación anterior.

Así que, al empezar de nuevo el proceso de creación de un Nuevo Movimiento de Países No Alineados para diseñar un Nuevo Orden Económico Mundial, tenemos que hacernos la pregunta: ¿Por qué hemos fracasado la última vez? ¿Por qué nuestra derrota fue tan amplia durante los años ochenta y noventa? ¿Por qué el Movimiento de Países No Alineados anterior fue derrotado por la forma más desarrollada de neo imperialismo: la globalización capitalista de las finanzas?

Para responder brevemente: porque los capitalistas demostraron en la práctica ser mejores internacionalistas que nosotros. Porque entendieron mejor la lucha de clase mundial y, de este modo, vencieron.

¿Qué fue lo que entendieron mejor que nosotros? El nuevo e insolente imperialismo que nació después del fallecimiento de Bretton Woods en 1971, cuando el dólar estadounidense ya no era convertible en oro estadounidense, lo que causó que Nixon tenga que informar a los capitalistas y gobiernos extranjeros de que ahora el dólar era un problema que ellos tenían que solucionar.

Nixon tenía razón. Mientras el déficit comercial de los Estados Unidos se disparaba, los bancos centrales fuera de los Estados Unidos no tenían más alternativa que utilizar los dólares que inundaban al mundo entero como reservas en vez del oro para garantizar

el valor de su divisa. De este modo, el dólar empezó a parecerse a un... pagaré... Rápidamente, el sistema mundial de finanzas fue respaldado por pagarés emitidos por los hegemónicos Estados Unidos que podían decidir lo que los propietarios extranjeros de pagarés podían hacer con ellos, y obviamente decidir lo que se les prohibía hacer con ellos.

Los Estados Unidos ahora eran un país deficitario, pero diferente de todos los demás países deficitarios. A diferencia de la Argentina, de Francia, Grecia, o India, los Estados Unidos no necesitaban endeudarse en dólares para reforzar su divisa, o subir los tipos de interés a nivel nacional para detener la huida de capitales. Todos los capitalistas del mundo pronto acabaron financiando a los rentistas y capitalistas estadounidenses. Os explico cómo pasó:

Los capitalistas de los países con superávit como Japón, Alemania, y más tarde China, consideraron el déficit comercial de Estados Unidos como su salvación, como un inmenso aspirador gracias al que mandaban sus exportaciones netas a Estados Unidos. ¿Y qué hicieron los japoneses, alemanes, y más tarde los chinos con todos sus dólares? Los mandaron de vuelta a los Estados Unidos para comprar propiedades que les proporcionen rentas: propiedades inmobiliarias, bonos del estado estadounidense, y las pocas compañías que Washington les permitió adquirir.

Mientras, los países deficitarios del sur, de Asia, África, y América Latina, sufrían permanentemente la falta de dólares por los que tenían que endeudarse en Wall Street para importar medicamentos, energía, y las materias primas necesarias para producir sus propias exportaciones, que necesitaban para ganar los dólares que tenían que devolver a Wall Street. Fatalmente, en ocasiones faltaban dólares a las naciones deficitarias del Sur, y no podían devolver lo que debían a los banqueros de Wall Street. Cuando ocurría, el occidente mandaba sus administradores del Fondo Monetario Internacional que prestaban el importe necesario, a condición de que el gobierno entregue la tierra del país, su agua, sus puertos y aeropuertos, su electricidad y su red telefónica, hasta sus escuelas

y hospitales, a los oligarcas locales, que al controlar estas compañías y activos no tenían más alternativa que dirigir sus beneficios hacia... Wall Street...

Para expresarlo de otra manera, Washington había encontrado la fórmula mágica que habría soñado cualquier imperio del pasado: ¡Cómo persuadir a los capitalistas extranjeros, tanto de países ricos como pobres y a todos los bancos centrales del mundo, de que voluntariamente y sin que haya que mandar al ejército, financien al gobierno del Imperio y sus importaciones!

Un día, un funcionario chino me lo describió como el “Acuerdo Oscuro” detrás de la globalización. ¿Por qué oscuro? Porque estaba basado en un pacto oscuro, tácito, implícito, entre la clase gobernante de los Estados Unidos, capitalistas extranjeros, y rentistas. Déjenme explicarlo de otra manera: supongamos que usted pueda poner fin a la hegemonía de los Estados Unidos apretando un botón... ¿Quiénes querrían impedir que lo apriete? Además de las autoridades estadounidenses, del ejército de los Estados Unidos, de Wall Street y de los rentistas estadounidenses, una muchedumbre de no estadounidenses se abalanzarían sobre usted para impedirlo: industriales alemanes, jeques de Arabia Saudí, banqueros europeos, y sí, también capitalistas chinos.

Rápidamente, la supremacía del dólar se volvió tan útil tanto para los intereses de los rentistas de los Estados Unidos como para los capitalistas alemanes, argentinos, nigerianos, coreanos, y chinos. Sin la dominación mundial del dólar y de los Estados Unidos, los capitalistas chinos, japoneses, coreanos, o alemanes, no habrían sido capaces de extraer constantemente las colosales plusvalías de sus trabajadores para guardarlas afuera en la economía rentista de los Estados Unidos. Y los oligarcas argentinos, griegos, rusos, ucranianos, e indios, no serían capaces de saquear los recursos públicos de sus países y de sacar los beneficios obtenidos para guardarlos bajo la forma de activos en dólares en Delaware o en las Islas Caimán.

Para nosotros es una lección sencilla: no debemos repetir el error de creer que el Nuevo Orden Económico Internacional se creará porque las élites del sur o de los países deficitarios se unirán para enfrentarse a Washington o a la Unión Europea.

En caso de que le demos el papel limitado de unir al G77 y a los BRICS para oponerse a occidente, nuestro Movimiento de Países No Alineados será un fracaso. Tenemos que guardarnos, no solo de los funcionarios de Washington, Londres o Bruselas, que trabajan incansablemente para que nada cambie, sino también de los funcionarios de gobiernos de los países del sur que obedecen a los capitalistas, incluso en China, que usan el déficit comercial de los Estados Unidos para explotar a su propio pueblo, para después guardar sus plusvalías convertidas en dólares en Wall Street o en la City de Londres.

¿Queremos de verdad ser internacionalistas? Entonces no olvidemos quiénes son las personas que sacarán probablemente el mayor provecho de la abolición del neocolonialismo de los Estados Unidos: los ciudadanos de la clase trabajadora de Estados Unidos, quienes hace décadas fueron condenados a morir de desesperación en sórdidas periferias siderúrgicas. Sí, no olvidemos nunca que las víctimas del imperialismo se encuentran tanto en las colonias como en la metrópolis. Que el sistema económico internacional vigente castiga en todas partes a los trabajadores con diferentes tipos de miseria.

- La globalización obligó a que los trabajadores de Estados Unidos se hundan en la miseria por causa de la falta de inversiones y de la desindustrialización, fue como si partes de los países subdesarrollados del sur hubieran sido trasladadas a los polos de desarrollo industrial de los Estados Unidos y de Europa.
- La globalización obligó a que los trabajadores chinos de las ciudades costeras en vía de industrialización rápida sufran la explotación frenética que conlleva el exceso de inversión,

fue como si partes de los países del norte, cebados por el exceso de inversión, hubieran sido trasladadas a los centros urbanos chinos donde los trabajadores locales luchaban por su supervivencia con sueldos y prestaciones sociales de los países del sur.

Diferentes tipos de miseria, con el mismo sistema de reciclaje de los beneficios extraídos a nivel local por la Internacional Capitalista.

La Nueva Guerra Fría

Hoy en día, esta misma globalización que creó los déficits de los Estados Unidos para alimentar al capital chino (que a su vez financiaba a los rentistas estadounidenses) está siendo sustituida por una Nueva Guerra Fría entre los Estados Unidos y China, que pone en peligro inminente la vida sobre el planeta. ¿Qué hay detrás de esta Nueva Guerra Fría?

La industrialización frenética de China no era ningún problema para Washington mientras el Acuerdo Oscuro funcionaba, es decir, mientras los capitalistas chinos necesitaban el dólar para convertir el déficit comercial de los Estados Unidos en una herramienta para extraer plusvalía de los trabajadores chinos, para después guardarla bajo la forma de activos en los Estados Unidos.

Entonces, ¿qué cambió? Dos cosas. La primera fue la aparición de una nueva forma de capital, lo que llamo el capital en la nube. Karl Marx definió el capital como medios de producción producidos, por ejemplo, desde las máquinas de vapor y los tractores hasta los actuales robots e impresoras 3D. ¿En qué consiste entonces el capital en la nube? Son medios de modificación del comportamiento producidos basados en Internet, o basados en la nube.

La modificación del comportamiento es tan antigua como la retórica, los sermones, y la publicidad. Pero, hasta que aparecieron las grandes empresas tecnológicas solo los seres humanos podían

modificar el comportamiento de la gente: los sacerdotes, los oradores, los anunciantes. Ahora, son máquinas que usan inteligencia artificial las que están modificando el comportamiento humano. ¡Y quien controle el capital en la nube acaparará cada vez más el superávit mundial!

¿Y cómo la aparición del capital en la nube puede ser la causa de una Nueva Guerra Fría? Pues es la razón por la que primero Donald Trump y ahora Joe Biden definieron a China como su objetivo. Veamos por qué.

Los Estados Unidos dominan el mundo entero al dominar las finanzas a través de Wall Street y del dólar, y ahora, al dominar el capital en la nube a través de *Silicon Valley*. Pero China amenaza en estas dos áreas la dominación de los Estados Unidos: en la monetaria y en la del capital en la nube. Ahora, en un solo día, *WeChat*, la aplicación de mensajes que pertenece a la empresa china *Tencent*, transmite 38 mil millones de mensajes. Sus usuarios no necesitan salir de la aplicación para realizar un pago. Mientras están escuchando música o miran una serie televisiva en *streaming*, pueden realizar una transferencia de dinero a cualquier persona en China y también a millones de personas fuera de China que hayan descargado *WeChat* y hayan abierto una cuenta en yuanes en los bancos de China.

Ahora, consideren otro desarrollo de gran importancia: el lanzamiento de la primera divisa digital estatal por el Banco Central de China. En resumen, ahora los grupos empresariales de China y su Banco Central tienen un sistema integrado de pagos y de intercambio de datos operacional. Esta es la única superautopista de dinero y datos que puede competir con la conformada por Wall Street, la Reserva Federal, y *Silicon Valley*.

Hasta hace poco, esta superautopista china casi no se usaba. Todo el mundo, incluso los oligarcas preferidos de Putin y los capitalistas de China, prefería la comprobada superautopista de los Estados Unidos para sus dólares. Pero entonces, Vladimir Putin invadió Ucrania, y los Estados Unidos tomaron represalias

confiscando por lo menos 300 mil millones de dólares pertenecientes al Banco Central de Rusia. De repente, cundió el pánico entre los ricos no estadounidenses, y hubo una avalancha de fondos, y no solo rusos, hacia la superautopista china basada en el capital en la nube para realizar sus pagos, contratos, transferencias de datos, etc.

Es la razón por la que el presidente Biden declaró la guerra económica total contra China el pasado mes de octubre. Su embargo, a los microchips pretendía ser un ataque sorpresa a las grandes compañías tecnológicas chinas, con el que Biden esperaba herirlas mortalmente antes de que se conviertan en auténticas bestias capaces de oponerse, hasta derrotar, a la unión de las fuerzas de *Silicon Valley* y Wall Street. Esto solo traerá consecuencias negativas para la paz en el mundo, amigos míos.

Nunca hemos estado tan cerca del holocausto nuclear: el “Reloj del Apocalipsis”, inventado por científicos nucleares en los años cuarenta para advertirnos, marca ahora 90 segundos en la cuenta atrás hacia el desastre. Sin hablar del otro reloj que marca la cuenta atrás hasta el momento en el que la humanidad habrá alcanzado el punto de no retorno en la catástrofe del cambio climático. ¿Qué está haciendo la clase dirigente mundial para evitar estas dos calamidades? ¡Todo lo que pueden para que la humanidad caiga en ambos precipicios simultáneamente! Esto es lo que están haciendo. Y es la razón por la que necesitamos un Nuevo Movimiento de Países No Alineados para defender un Nuevo Orden Económico Internacional.

¿Qué significa el No Alineamiento?

En este momento, nos ayudaría clarificar lo que significa estar políticamente y éticamente no alineado.

No tiene nada que ver con la neutralidad. Como hemos afirmado en la Declaración de Atenas, nos situamos incondicionalmente

del lado del invadido, de la víctima de la agresión, sea en Palestina, en Yemen, en el Sahara Occidental, y por supuesto en Ucrania. Pero, simultáneamente, debemos ser los primeros en criticar los abusos a la libertad y a los derechos democráticos, ocurran donde ocurran. Nuestro Nuevo Movimiento de Países No Alineados tiene que reapropiarse de la libertad secuestrada por los autodenominados liberales y libertarios, desde lo que sucede en el Perú ahora, donde matan a nuestros compañeros a balazos, hasta en Irán, donde mujeres valerosas están liderando a hombres valerosos bajo la bandera del derecho a la vida de las mujeres.

Pero, podrían preguntarme, ¿el régimen de Irán no está resistiendo al imperialismo de los Estados Unidos? Totalmente. Sin embargo, el hecho de que un régimen se esté oponiendo al imperialismo de los Estados Unidos no debería concederle el derecho a violar las libertades fundamentales de nuestros camaradas en este país.

Mi opinión es que un verdadero Movimiento No Alineado debe ser dialéctico, debemos ser capaces de defender el Estado de Irán de las amenazas del ejército estadounidense y de los embargos económicos, pero a la vez de apoyar a los progresistas en Irán, que resisten simultáneamente a la corrupta teocracia del régimen y a los agentes locales de la CIA y del Departamento de Estado estadounidense.

¿Y qué pasa con China?, también podrían preguntarme. ¿Cómo el Nuevo Movimiento de Países No Alineados debería tratar el tema de China? Mi sugerencia consiste en tratarlo de dos maneras diferentes:

- De manera respetuosa, tomando en consideración el milagro económico conseguido por el pueblo chino, cuyos logros debemos defender de las injerencias del imperialismo de los Estados Unidos y de la Nueva Guerra Fría.
- Y de manera crítica, no solo en relación con las libertades fundamentales, sino también en términos de lucha de

clases: el Presidente Xi prometió enfrentarse a los rentistas y capitalistas de China para estimular los ingresos de los trabajadores, aunque sea a costa de las exportaciones netas del país. Esto sería bueno para la mayoría del pueblo chino y sería un paso adelante hacia un Nuevo Orden Económico Internacional, que nada tiene que ver con el Acuerdo Oscuro en cuyo marco la economía de China ha estado creciendo hasta ahora. También lo sería que China se comprometiera a condonar las deudas con altas tasas de interés contratadas por los países en vía de desarrollo. Tenemos que animar a Pekín para que se mueva en esta dirección, y hacer críticas cuando se aleja de ella.

¿Qué pretende conseguir el Nuevo Orden Económico Internacional?

Volviendo al Nuevo Orden Económico Internacional, ¿cómo lo concebimos exactamente? Cualquier transición hacia un orden económico sostenible necesitará un potente Fondo de Inversión Ecológico. Bruno Rodríguez Parrilla, el Ministro de Asuntos Exteriores de Cuba, hace poco en una reunión del G77+China estimó la cifra necesaria en entre 3,3 y 4,5 billones de dólares anuales. Mi estimación personal es que hacen falta como mínimo 10 billones.

¿Se puede realizar esto? Técnicamente, por supuesto que sí. Imagínense un Banco Mundial reconvertido, respaldado por una divisa digital (emitida por un Fondo Monetario Internacional reconvertido), usada en todos los movimientos de capital y comerciales, invirtiendo 10% de la renta mundial en la Transición Ecológica, en particular en la parte del mundo en desarrollo. Un keynesianismo ecológico mundial.

Sin embargo, el keynesianismo ecológico no puede funcionar por las razones que enunció Michal Kalecki hace décadas: porque aunque cunda el pánico entre la burguesía y esta adopte políticas keynesianas para salvar el pellejo, en cuanto se cosechen los frutos de estas mismas políticas y mucho antes de que funcionen, la clase gobernante las abandonará para volver a sus políticas extractivas de siempre. Impedir que se tome el verdadero camino que lleva a su propia salvación es parte de la naturaleza de la clase capitalista.

Lo que únicamente significa que, para poner en práctica las políticas del keynesianismo ecológico necesarias, tenemos que hacer primero algo que Keynes odiaría: desmontar el Imperio Mundial del Capital, que prefiere asistir al fin del mundo antes que aplicar las políticas keynesianas ecológicas que puedan evitar el desastre colectivo.

¿Cómo lo conseguimos? Nuestra revolución tiene que servirse de la tecnología que las grandes empresas tecnológicas están desarrollando ahora y que nos puede proporcionar los medios para comunicar, cooperar, y golpear en todas partes al Imperio del Capital. Me refiero por ejemplo a la campaña anual de la Internacional Progresista *MakeAmazonPay*. ¿No les parece irónico que las grandes empresas tecnológicas hayan robado al capital la habilidad de dividirnos eternamente? Solo tenemos que usar estos medios para unirnos y convertir nuestro imposible sueño en un plan obvio para todos.

Pero, en la práctica, ¿qué significa derrocar el Imperio del Capital? ¿Cómo puede la humanidad recuperar su espacio público saqueado, sus tierras y océanos, su aire, y dentro de poco su espacio exterior?

De dos maneras: legislando para que las empresas pertenezcan a sus trabajadores sobre la base de “un empleado, una acción, un voto”. Y rechazando el monopolio de los bancos sobre las transacciones de la gente.

Los bancos y los beneficios se marchitarán de la misma manera que las fuerzas que dirigen a nuestra economía, porque esto

despojará a los bancos de sus colmillos y ya no habrá ninguna diferencia entre las ganancias y los sueldos: cada persona será un accionista igual a los demás dentro de la empresa en que trabaja.

La muerte simultánea del mercado accionario y del mercado laboral junto a la inofensividad de los bancos, redistribuirá automáticamente la riqueza, provocando que sea posible ofrecer a todo el mundo un ingreso básico, y tendrá una magnífica consecuencia: eliminará los motivos que provocan las guerras.

El fin del poder del capital sobre la sociedad permitirá a las comunidades decidir colectivamente las prestaciones sanitarias, la educación, y la inversión para salvar el medio ambiente de nuestra expansión enfermiza.

Por fin, podrá existir una auténtica democracia, en las asambleas de los ciudadanos y de los trabajadores, y ya no a puerta cerrada donde se reúnen en secreto los oligarcas.

Esta democratización simultánea del capital y del dinero parece un sueño inalcanzable, tanto como lo fueron en el pasado las ideas que defendían el derecho de voto para todos los ciudadanos o el fin de los derechos divinos de los reyes.

Esta democratización simultánea es nada menos que el requisito previo para la supervivencia de nuestra especie, sencillamente.

Estas son las tareas del Nuevo Movimiento de Países No Alineados que ahora tenemos que crear. ¿Su objetivo final? Acabar con el asalto legal contra las personas y el planeta que está provocando la catástrofe climática. Solo una victoria total sobre la autoridad del capital en las sociedades humanas puede acabar con esta realidad perversa y salvar el planeta.

Amigos, camaradas, esto no es un simulacro. Y tampoco es una quimera. ¡Podemos conseguirlo! Juntos.

Un Nuevo orden económico internacional

Clara Eugenia López Obregón

Hace casi 50 años, los países del Sur Global se unieron alrededor de una declaración de principios sobre cómo debería reorganizarse el orden económico mundial estructurado en torno a los intereses de los vencedores occidentales de la Segunda Guerra Mundial.

La Declaración adoptada el 1° de mayo de 1974 consagraba como derechos de los países, entre otros:

La igualdad soberana de todos los Estados, la libre determinación de los pueblos acompañada de la no injerencia en sus asuntos internos y una participación efectiva en la discusión y solución de los problemas mundiales;

La plena soberanía de cada Estado sobre sus recursos naturales y el derecho a adoptar sus propios sistemas económicos y sociales;

Una relación justa y equitativa en los términos de intercambio entre los países en desarrollo y los países desarrollados.

Hoy, la lucha de nuestros pueblos por garantizar esos elementales derechos, que están en la base de la Carta de Naciones Unidas, ha adquirido renovada vigencia.

Que nos reunamos en Cuba para retomar el camino del Nuevo Orden Económico Internacional es doblemente significativo.

De una parte, porque el pueblo y el gobierno de Cuba son ejemplo de tenacidad y resistencia en la defensa de su autodeterminación por la que han pagado un insondable precio.

De otra parte, porque a pesar de la precariedad económica que han significado sesenta largos años de embargo, Cuba se ha distinguido por ejercer la solidaridad internacional en los pasos de José Martí, con los pueblos y países que sufren.

Si de verdad queremos construir el nuevo orden económico mundial, el primer paso es el de organizar una gran agenda de diplomacia entre gobiernos y pueblos en busca del levantamiento de esas sanciones que castigan el pleno ejercicio de la soberanía cubana y, con ello, proceder a proscribir esa práctica en el marco del derecho internacional como arma para doblegar autonomías y diferencias de modelos de sociedad soberanamente escogidos.

El Nuevo Orden Mundial debe buscar el desmonte del enjambre de normas jurídicas con las que el modelo del libre mercado a ultranza de la globalización ha maniatado las políticas públicas de países del Sur Global y les impiden ejercer decisión soberana sobre la política económica. Tal es el caso de los tratados de protección de la inversión extranjera que incluyen cláusulas que permiten a las multinacionales demandar a los gobiernos por implementar normas ambientales, laborales y tributarias que impliquen disminución de las ganancias esperadas. Este cúmulo de normas hace de muchos de nuestros países espacios económicos especiales donde no rige la soberanía como las que Honduras viene de derogar a riesgo de ser demandada por las multinacionales afectadas por sumas que ascienden a una tercera parte de su producto nacional anual.

El Nuevo Orden Económico Internacional debe poner límites a los abusos de la propiedad intelectual que artificialmente admiten la extensión de patentes más allá de una protección razonable, se arrojan la decisión de no reconocer las vacunas efectivas desarrolladas por Cuba y se mostraron incapaces de reunir las mayorías en la Organización Mundial del Comercio para declarar las vacunas contra el COVID-19 un bien público de la humanidad.

El Nuevo Orden Económico Internacional debe comprender la necesidad de asumir la crisis de la deuda externa que se asoma

y que otra vez puede derrumbar las economías de muchos países con incalculables consecuencias para la democracia y el enfrentamiento del cambio climático.

Menciono solo cuatro desafíos que muestran el tamaño del reto que nos hemos propuesto. Si la descolonización supuso la primera independencia, la lucha por el Nuevo Orden Económico Mundial tiene la misión de conseguir y mantener la segunda y definitiva independencia de los países de la periferia, los países en vía de desarrollo, los países del Sur Global.

Para ello solo hay un camino: el camino de la unidad de los débiles para hacerse fuertes en las negociaciones internacionales. Se debe revitalizar el Grupo de los 77, hoy en cabeza de Cuba; revivir al Movimiento de los Países No Alineados y promover la integración en América Latina y el Caribe, así como en los demás continentes dentro del espíritu de solidaridad y resistencia Sur-Sur del cual nuestro país anfitrión es ejemplo. Para nuestro continente está el ejemplo de la CELAC y la necesidad de reconstruir una UNASUR ampliada a Centroamérica y el Caribe.

Los esfuerzos que aquí nos congregan están signados por una nueva coyuntura internacional. Con el cambio del equilibrio de poder entre los grandes actores globales se mueven las placas tectónicas de la geopolítica y la seguridad mundiales. En Asia oriental los movimientos se manifiestan con la guerra comercial declarada a China por Estados Unidos, la prórroga del Tratado de Buena Vecindad y Cooperación Amistosa entre Rusia y China y la respuesta de la alianza anglosajona con la firma del Pacto Defensivo entre Estados Unidos, Gran Bretaña y Australia de septiembre de 2021. En el teatro europeo, el rompimiento del equilibrio del poder entre la OTAN y Rusia se manifiesta con la guerra de Ucrania, un polvorín capaz de incendiar al mundo entero.

Simultáneamente existe conciencia en países desarrollados y en desarrollo que el modelo del Consenso de Washington no va más. El cambio climático, la pandemia y la rampante desigualdad que este modelo ha exacerbado están desestabilizando gobiernos

en todos los continentes. En algunos países se constata una creciente consciencia de que las élites tradicionales no responden, ni representan los intereses generales y deben ser reemplazadas.

Es una época de flujo en la que la unidad y la solidaridad entre los países del Sur Global bien podrían incidir y provocar un cambio en la arquitectura y reglas de juego de economía mundial. Se requiere una gran conversación global para mover mentes, corazones y gobiernos. No una sola conversación, sino muchas, miles, millones de conversaciones, incluso entre contrarios, aprendiendo a escucharnos mutuamente, no para confrontar sino para entenderse. “Conversaciones improbables” de las que habla Jean Paul Lederach que tienen la capacidad de transformar.

Suena como una empresa imposible. Una quijotada, una utopía. Pero no se puede olvidar que las utopías juegan un papel fundamental en las sociedades al ensanchar los horizontes de lo posible. Aquí está “la levadura” de ese amasijo que hará crecer la audiencia de nuestra utopía del Nuevo Orden Económico Internacional. ¡Manos a la obra!

La visión del Nuevo Orden Económico Internacional

Karina Batthyány

Si una imagen puede sintetizar el momento actual de América Latina y del mundo es la de la encrucijada: una encrucijada compleja, debido a que se produce por una conjunción de fenómenos económicos, ambientales, políticos, ideológicos, culturales, sociales y sanitarios.

Esta complejidad trasciende los graves problemas de la pobreza, la falta de empleo o la concentración de la riqueza, e involucra otras dimensiones, como los derechos humanos, las desigualdades, las migraciones, la corrupción, la violencia, la inseguridad, la postergación de los derechos de los pueblos indígenas, la ausencia o debilidad de institucionalidad estatal, la movilización social, la calidad de la democracia, las derivas autoritarias de algunos gobiernos, la falta de oportunidades.

Se hace pues necesario y urgente construir alternativas en los niveles nacionales, regionales y globales en un contexto de debilitamiento de los organismos multilaterales. Debemos analizar y buscar mecanismos de aseguramiento global, que permitan el desarrollo de bienestar universal y nuevos mecanismos de solidaridad.

Los países y sus Estados no podrán hacerlo solos. Es urgente por tanto discutir dimensiones de la ciudadanía a nivel global, ya no es suficiente con esas dimensiones solo a nivel nacional. Es decir, dimensiones de ciudadanía globales, civiles, políticas y sociales. Esto implica abordar temas como las migraciones, la protección social para todos y todas, la gobernanza, etc.

Los procesos de inestabilidad política, social, democrática, económica que observamos están muy vinculados a la globalización salvaje y la imposibilidad de respuesta a nivel individual de los países. Las dinámicas globales implican problemas a nivel global que lejos están de poder abordarse desde lo nacional. Se trata en definitiva de la necesidad de defender los bienes públicos a nivel global. El cambio climático, las migraciones, entre otros fenómenos son ejemplos en esta dirección.

Necesitamos por tanto definir nuevos pactos o contratos sociales. Nuevamente en distintas dimensiones sociales, económicas, políticas. Sin duda el más general es entre clases y grupos sociales. Trabajar en la idea de estándares de protección y bienestar social no asociados a lo laboral o mercantil, si no de carácter universal.

Asimismo, es necesario redefinir el contrato de género y la división sexual del trabajo, poner en jaque el sistema actual patriarcal. Aquí sin duda el tema de los cuidados adquiere una relevancia central en tanto nudo crítico de las desigualdades de género.

La dimensión generacional es otra dimensión a tener presente en esta redefinición de los contratos sociales. El factor demográfico es claro en términos de envejecimiento y necesidad de invertir en primera infancia. Esto pone en discusión los sistemas de seguridad social. Para todo esto se necesitan nuevos pactos fiscales.

Todos estos temas colocan en tensión a los sistemas democráticos y aparecen los autoritarismos como hemos visto en varios países. Por tanto, es urgente avanzar en rediseñar el modelo económico y consolidar una renta básica ciudadana, desde la premisa de que el acceso a los bienes esenciales es una condición para la existencia de una ciudadanía democrática en la que se garantice

la igualdad y la dignidad de todas las personas. También fortalecer la calidad de nuestras democracias e impulsar un diálogo entre organizaciones, estados y otros actores que elaboren, en conjunto, soluciones basadas en la democracia participativa y en la educación cívica orientada a la solidaridad y cooperación, no hacia el emprendedurismo y la competitividad a toda costa.

Asimismo, construir una nueva relación con el ambiente. La crisis demuestra que es hora de repensar la relación de la humanidad con la naturaleza, la defensa de la vida en su conjunto es la condición para la supervivencia de la humanidad. En este marco también es necesario repensar la movilidad humana. Reconocer a la migración y a la movilidad humana como un derecho humano básico. Todo lo anterior desde una premisa básica de igualdad de género, sin la cual es imposible avanzar.

¿Cuál es la visión del Nuevo Orden Económico Internacional?

Maitte Mola

Buenos días a todas, gracias por haberme invitado. Yo soy Maitte Mola y estoy aquí como secretaria de relaciones internacionales en representación Partido de la Izquierda Europea y todos sus miembros –que agrupa a más de 40 partidos de 21 países europeos, dentro y fuera de la propia Unión–. Gracias y seré muy breve, pues vamos a priorizar nuestro tiempo en la parte propositiva.

Es un privilegio para mí y la organización que represento participar en este encuentro, en primer lugar por los asistentes que me acompañan y también por tratarse de un tema fundamental para nuestros objetivos políticos.

Agradezco, cómo no, la invitación a los convocantes y el trabajo de los organizadores, además de al gobierno de la República de Cuba por su acogida.

La idea principal que debemos imprimir en el marco ideológico, es que aún estamos empezando a transformar ese mundo que se repartía hasta hace poco entre el mercantilismo de los imperios y los pueblos explotados que lo mantenían. Como dirían cuatro tangos, ochenta años no es nada. La creación de un entorno de gobierno global verdaderamente multilateral y equilibrado es aún, y más que nunca, necesario, posible y merecido.

Merecido porque no debemos de obviar las reparaciones pendientes de siglos a los pueblos de la tierra. Ese derecho a la reparación ya apareció en el 74, en la resolución Asamblea General. Las resoluciones para el Nuevo Orden Económico Internacional son aún una herramienta más que útil para hacer un mundo justo, aunque debemos observar también las realidades de hoy, y las nuevas realidades que la ola neoliberal nos trajo en los noventa y dos mil. Porque el mundo que el “fin de la historia” nos trajo está intermediado por menos manos, más ricas y más extractoras. Tenemos que volver a demandar la vuelta a los espacios de poder de lo público, lo cooperativo y lo soberano. Desde las materias primas y los minerales, a la propiedad científica e intelectual, no hay campo que la soberanía de los pueblos no pueda enfrentar en igualdad a los avaros constructores de este modelo insostenible.

Además de eso, hoy, vigilaremos los sesgos que las políticas al desarrollo crearon a veces, como el ecológico o el de género. En definitiva, un pensamiento y acción política progresista que no deje de hacer la difusión y el impulso político necesario para un mundo legítimo, equilibrado y multilateral y una sociedad que lo asuma y lo defienda desde abajo hasta el más alto despacho.

Para no repetir los análisis y reflexiones que ya se han hecho y se seguirán haciendo, intentaré ser lo más concreta posible y expondré una serie de acciones destinadas al rearme programático para una mayoría de naciones del mundo, que sin embargo están excluidas de participar en igualdad, o incluso en absoluto, de las decisiones de las que dependen el futuro y la vida de sus pueblos. Son igualmente acciones y propuestas destinadas a intentar tejer una masa crítica social que obligue a cada uno de sus gobiernos a reformar la regulación y la maquinaria de las relaciones internacionales hacia un funcionamiento realmente multilateral. La simple idea colectiva del derecho internacional de todos las naciones a desarrollarse y decidir de forma soberana, es ya una de las armas más fuertes que tenemos los pueblos.

1. La primera propuesta, como no podía ser de otra manera, es que salgamos de esta reunión con el mandato de incorporar sistemáticamente a nuestros programas, debates y actividades, los compromisos a los que lleguemos aquí. Esto debería llevar un periodo corto de tiempo, digamos de seis meses.
2. Al mismo tiempo, la creación de un grupo técnico de trabajo, más bien pequeño, que revise las resoluciones del 74, particularmente la 3202, con el objeto de adaptarlas a los cambios en las instituciones internacionales y económicas, y a darles un tono más interconectado y no tan sectorial como aparecían originalmente.
3. En tercer lugar, presentar un mapa de acciones donde cada participante aquí, realice un trabajo de extensión político y geográfico a las organizaciones de acceso y ámbito cercano, que aunque no estén aquí hoy, necesitamos de su impulso para nuestros objetivos. Esto debe de crear el afecto hacia las propuestas aquí hechas en pro de un multilateralismo posible, entre aquellos que a veces creen más práctico trabajar fuera del foro común o solo bilateralmente.
4. Por último, pero crucial si queremos que las propuestas tengan el empuje hacia arriba por parte de la sociedad civil, sin la que difícilmente podemos avanzar, proponemos reflexionar y en su caso decidir la realización de una campaña internacional, seccionada por ámbitos de acción, que con un mensaje corto y directo, pero que englobe una larga serie de propuestas y realidades, cree la masa crítica que obligue a gobiernos, instituciones y empresas, a aceptar reformas encaminadas a la distribución del poder y la riqueza.

Hablamos de la campaña “Un país un voto”, cuyo lema directo y fácil de asumir, engloba una gran variedad de medidas, que se

pueden defender local y globalmente, y que irán destinadas a eliminar los desequilibrios en los centros poder y toma de decisiones. Estos siguen reflejando una mayoría inmensa de naciones marginadas, y una minoría dominante que impone sus criterios, a veces sin consulta ni participación de los afectados. Esta campaña persigue toda una escalera que va desde la prohibición de las reuniones secretas entre gobiernos y empresas a cualquier nivel, hasta la indispensable reforma del Consejo de Seguridad de la ONU.

Un ejemplo sería la *campana 7%YA!*, precedente en España del movimiento antiglobalización y del 15M, que con este sencillo eslogan consiguió en los noventa protocolos legales asumidos por todos los partidos, y por el Estado mismo, que se aplican hasta hoy en medidas y políticas para la cooperación al desarrollo.

Por supuesto que nuestras organizaciones deben con sus recursos ponerse al servicio de las propuestas que aquí consideremos entre todas llevar adelante, y esperamos haber sido de utilidad para el fin tan importante y difícil que nos proponemos aquí: “Cambiar el mundo, amigo Sancho, que no es locura ni utopía, si no ¡justicia!”.

Gracias y adelante.

Un nuevo NOEI para la liberación del Caribe

Denzil Douglas

Quisiera hacer hincapié en la importancia que tiene para mí dirigirme a ustedes en este tiempo particular, de estar presente en este foro, dado que procedo del país independiente más pequeño del hemisferio occidental, San Cristóbal y Nieves. Somos menos de 100.000 habitantes. Somos el país más pequeño de los que conforman el arco de las Antillas e integramos la Comunidad del Caribe conocida como CARICOM. También integramos el CARIFORUM, que es una extensión de la Comunidad del Caribe que incluye a la República Dominicana y que cuenta con la presencia de Cuba y, en gran medida, de Haití.

Hablo con esta voz porque la pequeñez no debería de ningún modo privar a un pueblo del derecho a lo que, como ya ha sido declarado por las Naciones Unidas, es nuestro derecho básico a existir como pueblo. Logramos nuestra independencia en 1983. En septiembre se cumplirán 40 años de nuestra independencia política de Gran Bretaña. Fuimos los últimos de una serie de colonias británicas en el Caribe en haber alcanzado la independencia, siendo Jamaica la primera en 1962 y luego mi propio país en 1983.

También somos parte de un movimiento más amplio de integración que es la CELAC, que hace unos días se reunió en la Argentina,

y donde será un líder caribeño quien asuma en 2023 su presidencia. Por esto, expreso mi reconocimiento al camarada Primer Ministro Ralph Gonçalves, de San Vicente y las Granadinas.

Nos reunimos en un momento en el que, hablando de la independencia del Caribe, recordamos que fue en 1804 o en 1807, según se prefiera, cuando el propio Haití proclamó su independencia mediante un movimiento revolucionario. Un pueblo esclavizado se alzó contra los dueños de las plantaciones y estableció el primer Estado Negro en las Américas.

Así que nos encontramos en un momento en el que, aunque seamos pequeños, formamos parte de un colectivo que habla acerca de los problemas de la descolonización, problemas por los que, aunque podamos ser *políticamente* independientes, hacen al mismo tiempo que nos eludan las posibilidades de independencia económica. Y así creo que, cuando observamos la variedad de eventos que han tenido lugar en tiempos recientes, por ejemplo el COP27 en Sharm el-Sheikh en Egipto, donde los países que conforman los Pequeños Estados Insulares en Desarrollo (SIDS, por sus siglas en inglés) y la Alianza de Pequeños Estados Insulares (AOSIS, por sus siglas en inglés) junto con los Países Menos Desarrollados (LDCs, por sus siglas en inglés) lograron movilizar el apoyo en favor de los pequeños Estados y de la Alianza de los Pequeños Estados Insulares. También fuimos capaces de garantizar el capital necesario para crear resiliencia, de modo que los continuos impactos del cambio climático no sigan deshumanizando a nuestros pueblos, reduciéndonos a meras cosas en lugar de otorgarnos nuestros derechos como seres humanos. Pudimos hacer avanzar en esa cumbre el reconocimiento del concepto del Índice de Vulnerabilidad Multidimensional (MVI, por sus siglas en inglés) en donde insistimos –y seguimos insistiendo– ante el mundo desarrollado que nuestra capacidad para acceder a financiación a través de préstamos, no puede estar determinada únicamente por el índice de capital de un país sino por las vulnerabilidades que nos han impuesto aquellos de mayores recursos. De ahí la necesidad de crear

recursos de financiamiento para ayudarnos a hacer frente al cambio climático.

Creemos, por consiguiente, que hoy aquí en la Habana, este foro es en particular muy oportuno. Oportuno porque ustedes han traído a este lugar a 1100 participantes de 87 países para plantear que Cuba debe recibir el mandato adecuado, debe recibir la agenda adecuada que nos permita avanzar en la asunción del liderazgo del grupo G-77+China. Reconocemos que esta conferencia llegará a su fin el sábado 28 de enero de 2023, fecha que marca el centésimo séptimo aniversario del nacimiento de José Martí, héroe nacional cubano a quien celebramos. Esta conferencia, que se realiza de manera trienal, es un espacio académico importante donde convergen funcionarios gubernamentales, políticos, profesores, intelectuales y activistas sociales para debatir los retos de la actualidad y así proporcionar los antecedentes para que Cuba avance en esta agenda.

Recuerdo, como muchos han recordado antes que yo, el 1 de mayo de 2024, cuando se conmemorará el 50 aniversario de la aprobación histórica de la resolución de las Naciones Unidas titulada “Declaración sobre el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional”, el NOEI. Esta declaración buscaba causar transferencia de tecnología, regulación de los precios de los alimentos, financiación justa del desarrollo y aprovechamiento soberano de los recursos naturales.

El proceso del NOEI se estableció en un contexto de cambios y luchas sociales y se caracterizó por una conciencia y una solidaridad nuevas materializadas a partir del creciente resentimiento y resistencia anticolonial existente en los países del Sur Global. Este nuevo movimiento prosperó, estableciendo una agenda global de gobierno y de apoyo a la liberación política, defendiendo las voces colectivas e inferenciales internacionales surgidas de los países recién descolonizados.

El NOEI se desarrolló a partir de un renacimiento de ideas acerca de horizontes económicos alternativos y de liberación

económica. Así que, mientras estamos aquí sentados, recordemos esto. La adopción de la declaración del NOEI constituyó para las Naciones Unidas tanto un movimiento como un momento culminante. En aquellos días, muchos percibieron a el NOEI como una intervención radical que sentaba las bases para la autodeterminación económica y la soberanía política que pondría fin en los Estados coloniales al capítulo de la arquitectura económica europea y eurocéntrica. También se preveía que el lanzamiento del NOEI traería la inclusión y transformaría el orden mundial de la época.

Nos encontramos en La Habana para garantizar que se reavive el espíritu del NOEI, una renovación de esta declaración indica la necesidad de justicia social y de supervivencia. Durante los próximos tres años, la triple tarea de este importante orden será reflexionar sobre su historia y los acontecimientos que llevaron a su formación, renovar su visión para el siglo XXI y, por supuesto, delinear los planes y estrategias requeridas para hacer realidad esta visión particular.

Un orden resurgente, un Nuevo Orden Económico Internacional, debería estar basado en los principios de equidad, igualdad soberana, interdependencia, interés común, cooperación y solidaridad entre todos los Estados. Un cambio sistémico *debe* producirse para hacer frente a los problemas de los países en desarrollo. Entre estos cambios, por mencionar algunos, se encuentran la creación de una nueva estructura económica de gobierno; la prevención de las crisis de deuda multilaterales –que hemos experimentado en mi propio país, cuando la deuda superó el 186% del PIB–; el aumento de los flujos de inversión hacia nuestros países; el cese de los flujos financieros ilícitos que salen de nuestros países; la regulación de regímenes comerciales equitativos; la transferencia tecnología que nos permita un acceso equitativo a la tecnología con fines de investigación y desarrollo y de democracia digital.

Y, en consecuencia, vamos a recordar que el 15 de diciembre del año pasado, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó una resolución acerca de la promoción de un orden internacional

democrático y equitativo. Los siguientes elementos de la resolución pueden considerarse claves: el fundamento de la resolución se basa en los derechos humanos y, en particular, en que toda persona tiene derecho a un orden social e internacional donde puedan realizarse los derechos y las libertades establecidos en la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Asimismo, debe alcanzarse un orden democrático y equitativo, lo que requiere la reforma de las Instituciones Financieras Internacionales (IFIs, por sus siglas en inglés) con el fin de fortalecer el nivel de participación de los países en desarrollo y otras actividades económicas.

Por lo tanto, esta tarde, al llegar al final de esta presentación, quiero señalar que el papel de Cuba al asumir el liderazgo del grupo G-77+China debe renovar el espíritu del nuevo orden económico Internacional. Porque, tras el lanzamiento de este proyecto en el año 2022 en la cumbre multilateral celebrada en Manhattan en el Foro de los Pueblos, Cuba nos invitó a estar aquí a través del Proyecto José Martí de Solidaridad Mundial, e invitó a la Internacional Progresista a organizar una conferencia global en La Habana. Recuerdo las palabras en la carta de invitación: “La Internacional Progresista está bien posicionada para reunir a pensadores y líderes de todo el Sur Global con el fin de forjar una visión en común y construir una estrategia que permitan forjar las políticas y las propuestas necesarias para un orden mundial justo”.

Espero que nuestra presencia y nuestras deliberaciones –espero que el liderazgo de Cuba en el G77– ayuden a trazar un camino hacia una nueva declaración de las Naciones Unidas sobre el Nuevo Orden Económico Mundial, que sea adecuada para el siglo XXI, para liberar a nuestros países, para los pueblos del Caribe.

Aportes del ALBA-TCP para la declaración del NOEI, 2024

Félix Plasencia

Estimados:

Dr. Héctor Hernández Pardo, coordinador ejecutivo de la Quinta Conferencia Internacional.

David Adler, coordinador general de la Internacional Progresista.

Invitadas e invitados especiales.

Delegadas y delegados.

Gracias por la invitación a participar en este Congreso. Es un gusto encontrarnos en este espacio que reúne representantes políticos, movimientos populares, académicos y legisladores para conversar sobre el Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI).

Hoy más que nunca, la vigencia histórica e inédita de la Alianza tiene una importancia vital y estratégica para el impulso y fortalecimiento del NOEI, la justicia social y la integración de los pueblos latinoamericanos y caribeños.

Hace 18 años surge el ALBA-TCP como una alternativa frente al surgimiento del Área del Libre Comercio de las Américas (ALCA), iniciativa derrotada, y en la cual jugaron un papel determinante los comandantes Fidel Castro Ruz y Hugo Chávez Frías. Surgió como una batalla desde los pueblos, desde la política progresista.

La Alianza nace en contraposición al nivel de dependencia y subordinación que se pretendía establecer.¹

Los Comandantes Fidel y Chávez crearon un espacio justo y necesario para el desarrollo de la política con rostro humano, un espacio para la unión, la paz, el desarrollo, la complementariedad, la igualdad, la inclusión, la solidaridad e integración de los pueblos.

Los valores de la Alianza, su visión y misión están expresamente definidos en sus principios y bases cardinales que aparecen en la declaración conjunta del año 2004, por ejemplo: “El comercio y la inversión no deben ser fines en sí mismo, sino instrumentos para alcanzar un desarrollo justo y sustentable”.

La Alianza ha sido y es un nuevo renacer (ALBA), una referencia positiva y alentadora para los pueblos del mundo.

A pesar de la conspiración, el acoso, el sabotaje económico, comercial y financiero el ALBA-TCP ha logrado resultados importantes para los pueblos, en cuatro grandes ejes transversales de acción estratégica:

1. *Económico: Nueva Arquitectura Económica y Financiera.* El ALBA-TCP ha dado prioridad a la construcción de una nueva arquitectura económica y financiera a través del desarrollo integral y del bienestar social, relacionado con la complementariedad, más que con la competencia. Se han creado instituciones como el *Banco del ALBA*, como herramienta para la integración y desarrollo, considerando las necesidades, capacidades y disponibilidades de cada país miembro.

¹ Sus raíces las podemos encontrar en la Carta de Jamaica (1815), cuando Simón Bolívar establece la doctrina de unidad y soberanía de los países que se independizaban del poder colonial. En la III Cumbre de las Américas, en Québec, Canadá, en abril de 2001, el Presidente Hugo Chávez, firma la declaración final dejando constancia que Venezuela se oponía a la propuesta del ALCA y en diciembre del 2001 en la III Cumbre de Jefes de Estado y Gobierno de la Asociación de Estados del Caribe (AEC), en la Isla de Margarita-Venezuela, planteó la idea del ALBA como una propuesta de integración social, económica, política y cultural de los pueblos de América Latina y el Caribe.

2. *Social: Visión Humanista.* En aras de saldar la deuda social acumulada, que se tiene con los pueblos, destaca, por ejemplo: el *fondo como alivio económico para los países del Caribe Oriental*; el establecimiento de un puente aéreo humanitario a través de la aerolínea CONVIASA para el traslado de las vacunas (*Sinopharm*), personal médico, tratamientos, insumos médicos, entre otros, para algunos países del Caribe Oriental durante la pandemia del COVID-19.
3. *Político: Visión Pluripolar y Multicéntrica.* La Alianza ha denunciado el intervencionismo y la guerra; así como, la promoción de un cambio hacia un sistema internacional multicéntrico y pluripolar. Hemos incorporado nuevos espacios de consulta, coordinación y concertación, para constituir alianzas estratégicas y presentar posiciones comunes ante terceros. Ratificamos el apoyo para fortalecer la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) como mecanismo genuino de diálogo y concertación política, cuya Cumbre se celebró el lunes pasado con importantes resultados.
4. *Integración de los pueblos: Movimientos Sociales.* Se ha desarrollado la diplomacia de los pueblos, se ha promovido e impulsado la participación y articulación de los movimientos sociales latinoamericanos y caribeños, para que aporten propuestas y proyectos económicos y sociales que redunden en beneficio de los pueblos.

Queremos también mencionar algunos *retos del ALBA-TCP*:

- *Consolidar la Arquitectura Financiera Internacional.* Impulsar el modelo de relacionamiento económico, que garantice el pensamiento bolivariano, en cuanto a procurar a los pueblos “la mayor suma de felicidad posible, la mayor suma

de seguridad social y la mayor suma de estabilidad política”.² Se debe consolidar y fortalecer las potencialidades del desarrollo productivo; el establecimiento de programas y proyectos agroalimentarios en pro de elevar los niveles de autoabastecimiento que garantice una calidad de vida de los pueblos de la Alianza; crear un sistema de certificación fitosanitarias y zoonosanitarias regionales, independientes; optimizar las rutas aéreas y las interconexiones; generar un desarrollo sostenible buscando la complementariedad económica, la cooperación y la solidaridad con un intercambio equitativo favorable y justo.

- *Fortalecer las relaciones de concertación política y cooperación técnica con terceros*, en aras de fortalecer las capacidades de acción política y diplomática para el relacionamiento de la Alianza con otros organismos multilaterales.
- *Fortalecimiento del Eje Comunicacional ALBA*, que permita romper el cerco mediático que intentan imponer las grandes corporaciones comunicacionales; fortalecer la soberanía digital tecnológica y comunicacional de los pueblos; irrumpir en las redes sociales para visualizar los estilos de vida propuestos desde los países del ALBA ; usar las tecnologías de la información y comunicación de forma consistente con los objetivos de mantener la paz y la seguridad internacional, promover un entorno abierto, seguro y pacífico; y no para perpetrar actos terroristas.
- *En lo político*, ratificamos nuestro compromiso con el desarrollo y el bienestar de nuestras naciones, así como con la defensa de la soberanía nacional sin injerencias externas; a la vez que rechazamos los postulados de la Doctrina Monroe, de naturaleza colonizadora e injerencista, usados para

² Discurso pronunciado por El Libertador Simón Bolívar ante el Congreso de Angostura, 15 de febrero de 1819.

justificar acciones desestabilizadoras e intervencionistas en América Latina y el Caribe.

- Rechazamos los planes y acciones desestabilizadoras impulsadas por poderosos factores externos y oligarquías nacionales quienes han logrado o intentan desconocer la voluntad de los pueblos de América Latina y el Caribe, expresada de manera democrática y legítima en las urnas.
- Repudiamos la imposición de medidas coercitivas unilaterales contra el pueblo de Venezuela y el de Nicaragua, que violan el Derecho Internacional y las disposiciones de la Carta de las Naciones Unidas e impiden el pleno disfrute de los derechos humanos.
- Ratificamos nuestra enérgica condena al genocida e ilegal bloqueo económico, comercial y financiero impuesto por el gobierno de los Estados Unidos de América contra Cuba, recrudescido de forma deliberada y oportunista en condiciones de pandemia.
- Nos mantendremos en alerta por los daños catastróficos del cambio climático. Destacamos la importancia de salvaguardar los componentes de la biodiversidad y garantizar la integridad de todos los ecosistemas.

Si bien es cierto que nos queda un largo trecho que recorrer para la consecución de grandes objetivos como los de la Agenda 2030, estamos cada vez más seguros qué caminos tomar para que América Latina y el Caribe conformen una potencia mundial donde la calidad de vida nuestros pueblos sea tan prospera como sus abundantes riquezas naturales, culturales y geopolíticas.

Para concluir, queremos aprovechar la ocasión para desearle el mejor de los éxitos a la República de Cuba en la presidencia del G77+ China, durante el año 2023. Ratificamos la disposición

del ALBA-TCP en la construcción del Nuevo Orden Económico Internacional.

Gracias.

No somos simple espectadores. Este mundo es también nuestro mundo. Nadie puede sustituir nuestra acción unida, nadie tomará la palabra por nosotros. Solo nosotros, y solo unidos, podemos rechazar el injusto orden político económico mundial que se pretender imponer a nuestros pueblos.

Intervención en el Congreso sobre el Nuevo Orden Económico Internacional

Abelardo Moreno Fernández

A pesar de la multitud de trabajos académicos, periodísticos y de divulgación sobre el Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) y las resoluciones 3201 (S-VI) y 3202 (S-VI) del Sexto Período Extraordinario de Sesiones de la Asamblea General de la ONU que le dieron origen el 1 de mayo de 1974, pocos han abordado una serie de situaciones políticas que lo acompañaron.

El NOEI, como todo hecho histórico, está plagado de contradicciones, incomprensiones y criterios, interesados o no, que lo denigran o que lo ensalzan en demasía, por lo que se impone un análisis político objetivo de las condiciones que condujeron a su aprobación y de los diversos criterios que se han vertido a lo largo de los años.

No cabe duda de que el NOEI constituyó un hito en la lucha de los países del sur por la justicia económica internacional y en pro de su desarrollo, a lo que ayudó que su concepción y aprobación se insertaran en un escenario internacional favorable a las fuerzas más progresistas en los países del sur.

El período, aunque no exento de conflictos, se caracterizó por un avance significativo en el proceso de descolonización y por la progresiva consolidación del Movimiento de Países No Alineados

(MNOAL) que, a partir de su Cuarta Cumbre en Argel en 1973, se convertiría en el exponente de las mejores posiciones del llamado “tercer mundo” y que, gracias a la participación de Fidel Castro Ruz, comandante en jefe de la Revolución Cubana, avanzó por el rumbo antimperialista que lo marcó en la siguiente década.

De ahí que, como resultado de la Cumbre, tomaran cuerpo las ideas de concebir un Nuevo Orden Económico Internacional, que contribuiría a reforzar el clima político de la época y crearía el fermento de otras iniciativas que, aunque irrealizables en las condiciones impuestas por el imperialismo, fueron las más progresistas que en materia económica se aprobaran en las Naciones Unidas hasta ese momento, e incluso hasta muchos años después, y que, ante su incumplimiento, permitirían nuevas denuncias contra Estados Unidos y sus aliados.

El NOEI no solo fue certero en sus apreciaciones de la situación de las relaciones económicas internacionales en el momento en que fue construido, sino que creó las condiciones para que, más adelante, también se aprobara el pliego de reclamaciones más importante desde el punto de vista político de las décadas de los setenta y ochenta: la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, que en sí misma contenía el espíritu del NOEI pero que lo llevaba más allá, y que fuera concebido como el parteaguas de un nuevo tipo de relaciones entre el norte y el sur.

A partir de la aprobación por la cumbre de Argel de un documento final que dejaba claros los principales problemas que enfrentaban los países subdesarrollados, sobre todo con occidente, se crearon las condiciones para que el Grupo de los 77 comenzara a trabajar en el marco de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD por sus siglas en inglés), pero el hecho más relevante fue la presentación por parte de Argelia, en ese momento presidente del MNOAL, de la solicitud de convocar a la Asamblea General de la ONU para examinar el tema relacionado con el “Estudio de los problemas de las materias primas y el desarrollo”.

La importancia de esta solicitud condujo a que el presidente Houari Bumediene se dirigiera personalmente a la Asamblea General y planteara:

En aquel cónclave (se refiere a la cuarta cumbre del MNOAL), cuyo peso ha sido subrayado por el número y la calidad de los participantes, se impugnó el sistema que rige en la actualidad las relaciones internacionales y se manifestó una negativa categórica ante el papel pasivo a que se quiere reducir a la mayoría de los pueblos. La Conferencia dio allí nuevo impulso a la no alineación, a partir de una voluntad netamente expresada de asegurar al tercer mundo la parte que le corresponde en la conducción de los asuntos internacionales.

Añadió:

Resulta significativo que la Cuarta Conferencia de jefes de Estado o de gobierno de los Países no Alineados al comprobar el fracaso de la Estrategia Internacional del Desarrollo para el Segundo Decenio de las Naciones Unidas para el Desarrollo, se lo imputó especialmente a la falta de voluntad política por parte de los países ricos, al desconocimiento de las preocupaciones verdaderas de los países en desarrollo y a las fallas de la cooperación económica internacional.

Queríamos dejar bien claro el papel del Movimiento de Países No Alineados, pues a lo largo de los años, y en la medida en que su papel protagónico se fue extinguiendo, ha habido numerosas opiniones dirigidas a marginarlo y a olvidar que, sin desmerecer del Grupo de los 77, sobre todo en la UNCTAD, fue el MNOAL el verdadero gestor de dicho importante proceso.

Lo confirma aún más que el 30 de abril de 1974, fueron 94 Estados, a nombre del MNOAL, quienes presentaron los dos proyectos de resolución que serían aprobados al día siguiente.

Otro frecuente equívoco al analizar el NOEI, es interpretar que solo se vincula con las relaciones económicas internacionales, cuando el NOEI es un concepto eminentemente político y principista, sobre todo su Declaración.

Lo demuestra el hecho de que en los más de 20 principios que consagra, no solo existen aquellos que tienen un efecto puramente político, sino que todos de una forma u otra también lo tienen, pues apuntan directamente al ejercicio de las prerrogativas soberanas de los países del sur.

Por ejemplo, la Declaración reafirma la igualdad soberana de los Estados, la autodeterminación de los pueblos, la inadmisibilidad de la adquisición de territorios por la fuerza, la integridad territorial y la no injerencia en los asuntos internos; el derecho de cada país de adoptar el sistema económico y social que considerara más apropiado para su propio desarrollo y no ser objeto de discriminaciones de cualquier tipo por así hacerlo; la soberanía permanente de todo Estado sobre sus recursos naturales y actividades económicas y el derecho a la nacionalización, y a no ser sujeto a coerción política, económica o de cualquier otro tipo para impedir el libre y pleno ejercicio de ese derecho inalienable; el derecho de los países en desarrollo y de los territorios sujetos a dominación colonial y racial y a ocupación extranjera a alcanzar su liberación y a recuperar el control efectivo sobre sus recursos naturales y actividades económicas; y prestar asistencia a los países y territorios afectados por el neocolonialismo, entre otros.

Por ello, y en ese contexto, si se analizan los elementos del Programa de Acción contenido en la resolución 3202, es fácil percatarse de que la mayoría de ellos se refieren a medidas concretas para hacer realidad los principios consagrados por la Declaración y, por tanto, tienen también un sustrato político importante.

En otro orden de ideas, sobre todo a la luz de las posiciones de diversos países, el NOEI, en términos políticos, tuvo un carácter contradictorio pues, si bien fue el documento más acabado que era posible elaborar y hacer aprobar en esos tiempos, algunos también interpretaron que contribuía a perpetuar la tesis de que el mundo se dividía en “países ricos” y “países pobres”, con lo que obviaba la real incidencia de las acciones, coloniales primero, y neocoloniales

después, de los países capitalistas desarrollados en las condiciones de subdesarrollo de los países del sur.

Ello trajo por consecuencia que comenzaran a surgir conflictos entre aquellos que consideraban al NOEI como un documento reformista más, y aquellos otros que, correctamente, dejaban claro que, en las condiciones del mundo de principios de la década del setenta, sus demandas eran eminentemente revolucionarias y que, vistas a la luz de la realidad del momento, ni por asomo reforzaban la tendencia de considerar a los países socialistas y a los países capitalistas desarrollados bajo el mismo rasero.

Recuerdo las innumerables veces en que fue necesario discutir ese enfoque, tanto desde el punto de vista internacional, sobre todo con los países socialistas de la época, e incluso internamente para determinar el papel que a Cuba le correspondería en el proceso de luchar por su plena aplicación. Afortunadamente, el comandante en jefe Fidel Castro Ruz siempre tuvo absoluta claridad sobre qué era conveniente y necesario en los diversos momentos históricos que hubo que enfrentar en aquellas décadas.

Uno de los argumentos que se han utilizado con mayor frecuencia para destacar la validez de los documentos del NOEI es que fueron aprobados por consenso, con lo que se da la apariencia de que los países capitalistas desarrollados mantuvieron una postura constructiva en su aprobación.

Nada más alejado de la verdad, y no debemos olvidar que el NOEI se aprueba durante el gobierno de Richard Nixon, lo que dice mucho. Baste recordar la larga declaración de los Estados Unidos en que se opuso a temas tan importantes como la soberanía permanente sobre los recursos naturales de los países subdesarrollados y al requerido control de las actividades de las empresas transnacionales, entre tantos otros, al punto de que el entonces embajador estadounidense ante la ONU, John A. Scali, en uno de los párrafos de su intervención dijo sin ambages:

Algunos se han referido al procedimiento por el cual se formularon esos documentos como un consenso. Mi delegación cree que la palabra “consenso” no se puede aplicar en este caso. El documento que se imprimirá como resultado escrito de este período extraordinario de sesiones de la Asamblea General no representa en realidad, independientemente del nombre que se le atribuya, un consenso según el significado aceptado de esa palabra.

En igual sentido intervinieron los representantes de otros países capitalistas desarrollados, hasta el punto de que los Estados Unidos, la República Federal de Alemania, Francia, Japón y el Reino Unido expresaron reservas formales lo que, desde todo punto de vista, equivalía a desasociarse del texto aprobado.

Los países industrializados de occidente han mantenido esta posición a lo largo de los años. Fue muy evidente durante las décadas del setenta y el ochenta que, al hablar del NOEI, dichos países insistieran en que se abogara por la creación de “un” nuevo orden económico internacional y no por “el” nuevo orden económico internacional que había sido aprobado por la Asamblea General de la ONU. Incluso, han impuesto esa nomenclatura hasta el día de hoy.

Un elemento cardinal que debemos señalar al cumplirse el 50 aniversario de la aprobación del NOEI, es el intento de hacerlo desaparecer como concepto, junto con su corolario, la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados.

Lo anterior fue particularmente obvio a partir del fracaso de las Negociaciones Globales sobre Desarrollo y Cooperación Económica Internacional que, a propuesta de los países del sur y con una indudable presencia del MNOAL, derivaron de los intentos de aplicar el NOEI, y mucho más evidente en tiempos más recientes, cuando la denominada Cumbre del Milenio y los ejercicios que la sucedieron, no dieron al NOEI el papel que le correspondía, no solo como iniciador de los procesos que, al menos en teoría, conducirían al diálogo norte-sur, sino también por el hecho incontrovertible de

que la mayor parte de sus postulados y reclamaciones permanecen hoy sin una respuesta que conduzca a una transformación de las relaciones económicas internacionales.

Cuando más, se le otorga un papel exclusivamente referencial, de lo que es un claro y reciente ejemplo la resolución 75/226 de la Asamblea General de la ONU, de 30 de diciembre de 2020, de título “hacia un nuevo orden económico internacional”.

Hoy, aunque se reconoce que

la arquitectura económica mundial ha acusado problemas sistémicos que exigen un examen de la gobernanza económica mundial, pidiendo que se reformen el sistema financiero internacional y las instituciones pertinentes y que se amplíe y potencie la voz y la participación de los países en desarrollo en los procesos internacionales de adopción de decisiones y establecimiento de normas en el ámbito económico y en la gobernanza económica mundial

se da mayor importancia a procesos tales como el Consenso de Monterrey de la Conferencia Internacional sobre la Financiación para el Desarrollo, la Declaración de Doha sobre la Financiación para el Desarrollo y la Agenda de Acción de *Addis Abeba*, así como a otros documentos finales de las grandes conferencias y cumbres, que si bien constituyen los procesos más modernos, ineludiblemente tienen su origen en el NOEI, del que son herederos.

En suma, los reclamos de la Declaración y Programa de Acción para el Establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional, aunque plenamente válidos, han sido en lo esencial relegados a la historia con el argumento de que el mundo ha cambiado, que las condiciones son diferentes, que las correlaciones de fuerzas se han modificado, y que los problemas son diferentes a los que imperaban en la década del setenta.

Por ello, nos parece de suma importancia que se conmemoren los 50 años de tan importante iniciativa, con lo que esperamos que se inicie un proceso de reflexión que permita darle nuevamente al

NOEI el papel que le corresponde y se reconozca la plena validez de sus reclamos en la vida internacional contemporánea.

¿Tenemos miedo de ser iguales?

Rogelio Mayta

No somos los amos de la creación. Ni los dueños de este planeta. Mientras sigamos considerando que nuestra existencia se nutre del poder sobre otros –otras especies, otros seres humanos– seguiremos el camino que lleva a la nada, al olvido. Nada estará a salvo cuando los océanos inunden ciudades o desaparezcan islas que hoy todavía refugian biodiversidad y culturas (humanas y animales) que son clave para el equilibrio vital en la Tierra. El hambre y el calor no solamente matarán gente en todo el mundo, van a eliminar sabiduría y capacidades agrícolas que tomaron decenas de generaciones en desarrollarse. Sistemas de la vida que han evolucionado a través de los siglos se desvanecerán, empobreciendo a la humanidad de manera irreparable.

En esta antesala de la muerte nadie debería tratar de imponer su voluntad sobre los otros. Ni mucho menos ceñir el futuro de nuestros descendientes a un conflicto nuclear que muy posiblemente llevaría a nuestra extinción más rápidamente que el cambio climático. La polaridad, un ejercicio de poder político en todas sus variantes, tensa la realidad de regiones y de pequeñas naciones que no siempre pueden resistir las imposiciones de los centros de vida política y económica de nuestro tiempo.

Durante algo más de cien años hemos vivido atados a los designios de gobiernos, dictadores y democracias formales en su

constante esfuerzo para dominar el mundo por distintas razones. Las tensiones económicas y la destrucción bélica, frutos de diferentes pulsiones por la hegemonía en nuestro mundo, contribuyen a construir hoy un escenario catastrófico. Vivimos ya en un estado de guerra permanente, general, que afecta lo mismo a ciudades prósperas como Berlín que a los miles de seres humanos que pierden la esperanza y tienen que cruzar desiertos y mares todos los días buscando cobijo y pan para sus familias.

Ningún Estado debería por ello tener poder sobre otros. Ni militar ni político económico. El dominio de lo que se es debería, ser un flujo constante de la gente hacia sus funcionarios hacia quienes les dieron el “mandato” de ser autoridades, no el reflejo de las ambiciones de elites empeñadas en producir solamente eso que llaman “riqueza”.

No importa si es por la vía democrática o por medios menos ambiguos, la política de este siglo debería caminar hacia un rumbo distinto. Luego de décadas de mortandad y envenenamiento de nuestra casa común, es evidente que las diversas formas del poder político global carecen de soluciones para los problemas que han ido creando.

Vivimos hasta hace pocas décadas la tensión estéril de la Guerra Fría, y la bipolaridad surgida de la Segunda Guerra Mundial. Entonces la sombra de la destrucción global, no detuvo a las potencias de todos los signos de actuar como lo hicieron en su afán de mantener y extender sus “esferas de influencia”. Hace poco que se escucha desde nuestras pequeñas regiones los cantos de sirena de la multipolaridad, que no es sino que una nueva forma de repararse el dominio, no una solución que permita a la vida florecer. Las dramáticas migraciones que se producen en África y el Oriente Medio son prueba de ello, en las grietas de esas divisiones ideológicas del planeta perecen a diario niños, mujeres y hombres jóvenes buscando cómo escapar del hambre y otros efectos de las grandes peleas globales.

Países pequeños como Bolivia quedan atenazados por las fuerzas en pugna. Y eso quiebra proyectos sociales, anhelos colectivos. Es por ello que deberíamos abogar más bien por el fin de la polaridad, desechando ideales que no nos han ayudado a preservar nada y, más bien, viven de la explotación de todo a su alrededor.

Dicho en el habla de la tierra: no queremos capataces, no los necesitamos. Y sabemos bien lo que hace el ejercicio de la geopolítica, lo vivimos y morimos como humanidad. No está muy lejos en nuestra historia el horror de la Segunda Guerra Mundial justificado en la lucha de un pretendido “espacio vital” y un discurso de supremacía racial; la geopolítica es así, justifica el mismo horror en Vietnam que en Grenada o Bosnia; la guerra o cualquier agresión política y económica termina con las esperanzas de millones. Es hora de decir basta a las invasiones, a los embargos, a los bloqueos insensatos. En vez de dividir el mundo según los poderes fácticos y sus concepciones del mundo ya decadentes, deberíamos valorar la fraternidad, herencia recibida de tantos textos sagrados, de la Revolución Francesa y de nuestros ancestros en muchos rincones de la Tierra. Seamos iguales entonces, no en la abstracción violenta de los votos y los dineros, sino en el respeto mutuo y el afecto real por los que no son como nosotros.

Las organizaciones de los Estados deberían garantizar que ningún gobierno o facción militar agrede a otro grupo de seres humanos, sin importar su tamaño, su forma de gobierno o su capacidad económica. Pero es complejo cuando hay instancias de decisión como el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, en el que cinco países pueden vetar las resoluciones o delinear las formas de relación político militares de todo nuestro planeta, sin preguntarle a los demás lo que necesitamos o, peor aún, lo que deseamos. Los abusos que emergen de la capacidad de destruir tienen que ser eliminados, ni la capacidad de destrucción ni las cantidades demográficas los justifican.

Si todo esto significa que tendremos que deponer y destruir todas las armas, que así sea. Tal vez de esa manera se haga más

evidente que no tenemos que “defendernos” atacando o protegernos de enemigos a miles de kilómetros de nosotros. Detrás de nuestro presente se acumulan muertos, esclavos, tierras desoladas que aún así podrían dar sustento al desarme, a la negación de todo poder que subyuga naciones y países cotidianamente.

También tiene que ser claro que no se consigue un equilibrio político a ningún nivel ensuciando al otro. Criminalizar al oponente es quizá una de las acciones más nocivas que pueden existir: las acusaciones no igualan a un político corrupto con otro de su calaña pero de diferente signo. Nuestros crímenes no pueden ser la salvación de nuestros oponentes.

Es evidente que hacer tabla rasa con la bipolaridad o la multipolaridad no convertirá a todos los estados de hoy en pares, la igualdad no es nada más un orden del día. Es un comienzo. La historia de los últimos siglos explica cómo todas las grandes potencias del mundo actual tienen una deuda con nosotros, los países más jóvenes y más pobres. Son lo que son, gracias a nosotros, que nunca tuvimos la posibilidad de negarnos a ser colonizados o sufrir el expolio que hoy nos lesiona todavía.

Atender dicha deuda es tan importante como acabar con esa carga de dominio que llaman polaridad. Aprender del poder liberador del respeto puede ser una tarea para las nuevas generaciones, que dejarían atrás el pavor que inspiran los que no son como nosotros, los que piensan o los que sienten y sueñan de manera distinta. Tal vez así no solamente detengamos el saqueo o la explotación, también comenzaremos a redistribuir la riqueza o a compensar a los viejos súbditos por la ambición de sus amos.

Por eso es que hay que pensar todo de nuevo. Somos tal vez la única forma de vida que puede reflexionar sobre nuestro propósito en este planeta. Pero pensarnos como superiores no otorga derecho a consumirlo todo, o a ejercer dominio sobre nada ni nadie. Aún no sabemos para qué estamos aquí, no conocemos el porqué de nuestra existencia. Entonces un mundo distinto, soñado y

luchado por tantos durante los siglos más recientes, no puede surgir del poder sobre los otros o la amenaza de su destrucción.

Es cierto que las posibilidades de ser han crecido, aunque quizá no tanto como podrían. El matrimonio igualitario y los derechos colectivos –sobre territorios o culturas– son buenos ejemplos de que nuestras posibilidades de convivencia y de creación se extienden tanto como queramos. Es decir que ya no somos la especie que tolera la segregación brutal y sin motivo, aunque en lugares como Palestina aún es un fenómeno cotidiano: podemos crecer y madurar sin duda, nada más habría que dejar de pensarnos dueños, amos, señores de la creación mientras asfixiamos al planeta. Ya no es posible aguardar por los líderes y guías que nuestra especie requiere para ir al alcance de ese mito llamado “progreso”: desde ningún signo político de hoy es pensable alcanzarlo.

Esos conceptos absolutos –como el de “justicia”– son más bien muy relativos o ideales inexistentes. Sin embargo, que la justicia sea una abstracción inexistente no habilita a nadie a cometer crímenes o a abusar de sus vecinos. Tenemos que abandonar el principio de que en la “polaridad” del presente la culpa es siempre del otro.

Este tiempo de emergencias constantes, de guerras inauditas, sigue siendo un tiempo de altos contrastes. Mientras una porción cualquiera de la humanidad se preocupa por el uso del tiempo y las tecnologías más avanzadas, 2400 millones de pobres siguen cocinando con leña y muchos más aún dependen de la vida silvestre para su supervivencia. El plástico afecta ya a todos los sistemas de la vida de nuestro planeta; nuestros pequeños maman ya leche con plástico de sus jóvenes madres.

Tenemos que ser iguales de nuevo, lo mismo en el centro de Europa que en las sabanas empobrecidas del continente africano, si queremos salvarnos y dejar fluir la vida. Tenemos que abandonar esa imagen cartesiana de una máquina poderosa que produce todo para nuestro beneficio porque el riesgo es para la vida en sí, no

nada más para una humanidad desigual y todavía, por fortuna, heterogénea.

Tal vez conteniendo la ambición y acabando con relaciones de polaridad (lo mismo con uno que con dos o con muchos polos de dominio político), podremos comenzar a soñar un mundo distinto al que tenemos. Por eso, dejaremos atrás la polaridad y sus desigualdades inherentes de todo tipo. Trabajaremos con calma, juntos, en una forma de relación que nos incluya a todos, que nos eduque para entender y apreciar todo lo que es humano –quizá eso es el verdadero significado de “Naciones Unidas” y la base de una nueva forma de relacionarnos en tiempos de peligro. Entonces podremos ver a lo lejos que nuestro horizonte es un mundo posible en el que todos tendremos lugar para crear y convivir.

¿O es que nos da tanto miedo ser iguales de una vez y para siempre?

“Lo imposible es lo que nosotros tenemos que hacer”

Carlos Ron

Estimadas compañeras y compañeros:

Antes que nada, permítanme agradecer profundamente esta invitación a la Internacional Progresista y sobre todo a nuestros anfitriones, a todo el pueblo de Martí y de Fidel, que año tras año, a pesar de todas las agresiones a las que es sometido, sigue siendo un ejemplo de humanidad, con respuestas como esta V Conferencia por el Equilibrio del Mundo, ya que, ante la ceguera de la violencia y la agresión imperialista, Cuba responde con debate, con luz y, sobre todo, con solidaridad.

Quisiera, además, extenderles el más caluroso saludo, a todos los presentes, en nombre del pueblo venezolano, de su Revolución Bolivariana y del gobierno del presidente Nicolás Maduro quien, como discípulo del comandante Hugo Chávez, conduce nuestra política exterior por el camino de la construcción de un mundo pluripolar y multicéntrico.

Tenemos el diagnóstico. Al sistema capitalista no le interesa garantizar los derechos y necesidades básicas para la población y ni siquiera la preservación de nuestro único planeta. Corresponde entonces a nosotros, plantear soluciones, pero sobre todo, escuchar a nuestros pueblos, para construir con ellos, con su participación y protagonismo, las alternativas necesarias.

Evidentemente, esta crisis sistémica surge a partir de grandes desequilibrios entre pobreza y riqueza, entre desarrollo y destrucción ambiental, entre la democratización del acceso a la información y los monopolios que imponen una sola narrativa. Es precisamente contra estos desequilibrios que nos alertaba el Libertador Simón Bolívar cuando señaló que: “Hay otro equilibrio, el que nos importa a nosotros, el equilibrio del universo. Esta lucha no puede ser parcial de ningún modo, porque en ella se cruzan intereses inmensos esparcidos en todo el mundo”.

En esta porción del mundo, como la llamaría Bolívar, venimos confrontando desde hace 200 años con una visión neocolonialista expresada en la Doctrina Monroe de 1823, la cual se fue revelando a lo largo de los siglos XIX y XX cada vez más como un proyecto recolonización por parte de los Estados Unidos; una sociedad que, a la luz de un supuesto destino manifiesto, percibe que posee derechos extraterritoriales. Esa doctrina, que con corolarios acomodaticios aumentaba cada década su avance sobre nuestra región, hoy incluso aspira una jurisdicción global. Cuando las fuerzas militares de una alianza militar concebida formalmente para un radio de acción en el Atlántico Norte, como lo es la OTAN, declara que la región del Indopacífico forma parte de sus intereses estratégicos, solo podemos concluir que la Doctrina Monroe asume hoy en día un carácter global.

Esa Doctrina Monroe global, además, ahora maneja un conjunto de herramientas que antes que ha fortalecido su capacidad de incidencia y afectación sobre el resto del mundo: el control casi absoluto del sistema financiero, sus redes y sus métodos de transferencia; el control de la principal moneda de referencia a nivel mundial; el control casi exclusivo de los más grandes medios de comunicación social; la posibilidad de ejercer presión por la vía de bloqueos y medidas coercitivas unilaterales; entre otra cosas.

No conforme con la inmensa ventaja que le da a Estados Unidos tener la principal sede de las Naciones Unidas en Nueva York, cada vez se utilizan más estas herramientas para ampliar la capacidad

de influencia. Así como la Doctrina Monroe, fue cambiando las reglas del juego con cada corolario y pasó de ser una advertencia a los europeos de no intervenir en asuntos del continente americano, a ser una especie de legitimación de la constante intervención estadounidense en nuestra región; así mismo hoy se busca alterar las reglas del juego en el ámbito multilateral, echando a un lado el multilateralismo por un supuesto “orden internacional basado en reglas” donde las reglas se pueden hacer al instante, a la medida y a la conveniencia de la superpotencia y sus satélites.

Cuando en 1974, todo un impulso desde el Sur Global avanzó hacia la materialización del Nuevo Orden Económico Internacional, lo hizo buscando amparo en el derecho internacional y en las estructuras multilaterales que lo definen y que fueron acordadas en la Carta de Naciones Unidas. Mantener la paz en el mundo, uno de los principales pilares de Naciones Unidas, pasa por combatir la inmensa desigualdad entre norte y sur. Sin embargo, hoy, a casi 50 años, no solo el orden económico internacional está en riesgo por esta inmensa crisis sistémica, por la aceleración vertiginosa de la crisis climática, por la posibilidad real de un conflicto bélico internacional de escala nuclear, está en riesgo todo el marco legal del derecho internacional.

Venezuela, Cuba y un total de 20 naciones, han decidido conformar un Grupo de Países Amigos de la Carta de las Naciones Unidas, donde podríamos apreciar ese mismo espíritu de 1974: un espíritu que busca el equilibrio, que busca que al respetar las únicas reglas del derecho internacional que todo el concierto de naciones ha aceptado, podamos garantizar la convivencia y que nuestra mirada conjunta se torne hacia esos desafíos comunes: garantizar la paz, derrotar la hambruna, estabilizar el mercado energético, salvar la existencia de nuestro planeta, acabar con políticas para el desarrollo, el desequilibrio que produce la pobreza.

Estimadas compañeras y compañeros:

Aplaudimos que sea aquí mismo desde la ciudad de La Habana, que representa tanto la lucha de la humanidad por el respeto al

derecho internacional y de resistencia ante la arbitrariedad, que podamos estar llevando a cabo esta reunión. El mundo espera una respuesta de nosotros, de las fuerzas progresistas y de las fuerzas revolucionarias, de todas las fuerzas que colocan a la humanidad como el centro de su accionar.

Aplaudimos y estudiaremos las propuestas de este encuentro, al mismo tiempo que elevamos una a consideración. Un clamor (que no es solo venezolano, pero que en ocasiones ha surgido del debate en espacios multilaterales): la necesidad de construir una zona libre de medidas coercitivas unilaterales –las mal llamadas sanciones–. Un nuevo orden económico internacional para nuestros tiempos pasa por no permitir la violencia con que las medidas coercitivas han impedido el desarrollo de nuestros pueblos. Un 30% de la población mundial está bajo las sanciones ilegales de los Estados Unidos. Venezuela en 2020, por causa de estas medidas unilaterales, fuera de todo marco legal internacional, perdió 99% de su ingreso en relación a 2014, sometiendo a nuestro país a enormes dificultades y daños incalculables al tratarse de vidas humanas.

Venezuela, en particular, ha enfrentado un terrorismo económico impuesto desde Washington a través de más de 900 medidas de carácter coercitivo, restrictivo y punitivo, en flagrante violación de toda norma del derecho internacional y de los postulados de la Carta fundacional de las Naciones Unidas. Medidas que también han permitido el saqueo de recursos soberanos, incluyendo nuestras reservas de oro en el Banco de Inglaterra, y en el pillaje de nuestros activos en el extranjero, incluyendo la empresa petrolera CITGO en los Estados Unidos. Las estimaciones más conservadoras hablan de una pérdida por más de 30.000 millones de dólares. Un ataque que además se enfocó en atacar las arcas del Estado para golpear la inversión pública que desde inicios de la Revolución Bolivariana permitió saldar una enorme deuda social en salud, educación y vivienda, por ejemplo.

Un nuevo orden económico internacional debe erradicar la práctica unilateral de imponer esas medidas criminales o, siendo más realistas, debe crear un espacio jurídico, político, en que estas no tengan alcance, no tengan vigor. No es una construcción fácil: la amenaza del sobrecumplimiento está latente y la persecución a todos los niveles también, pero es sin duda un importante camino a seguir y que nosotros y nosotras, en un espacio de políticas progresistas, populares o revolucionarias que estamos construyendo, debemos hacer todo lo posible para garantizar.

Ojalá logremos aglutinar la voluntad política suficiente, la participación popular suficiente, para avanzar hacia una nueva Declaración, de acuerdo con las realidades de nuestro mundo hoy y que nos permita avanzar hacia un nuevo y equilibrado orden económico internacional. Confiamos en liderazgo de Cuba frente al G77 para dar pasos hacia adelante en este desafío. Un orden que refleje un espacio libre de medidas coercitivas, un espacio que derrote el *apartheid* de vacunas frente a una pandemia, un espacio donde se concrete el alivio de la deuda que impide el desarrollo, un espacio con unas relaciones internacionales más democráticas y más apegadas al derecho internacional, unas instituciones comprometidas con los valores que defiendan la humanidad.

Estimadas compañeras y compañeros, desde Venezuela concluimos con nuestro compromiso activo de seguir trabajando en el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional que se ajuste a la realidad de lo que estamos viviendo, a las exigencias de nuestro mundo y, sobre todo, a las aspiraciones de nuestros pueblos. Nuestro Libertador Simón Bolívar, quien con su verbo y con su ejemplo, encendió también el fuego sagrado de la libertad en José Martí, nos dijo: “Lo imposible es lo que nosotros tenemos que hacer, porque de lo posible se encargan los demás todos los días”. Hagamos, pues, posible esta tarea que tenemos al frente.

Muchas gracias.

La policrisis y los retos de la izquierda

Peter Mertens

Hace exactamente 175 años, en Bruselas, Karl Marx y su amigo hermano Friedrich Engels escribieron el *Manifiesto Comunista*, uno de los escritos políticos más influyentes de la historia moderna.

Bruselas no es Davos. Allí, en la ciudad más alta de Europa, en los Alpes suizos, se reúnen estos días banqueros, grandes industriales, políticos de primera fila, multimillonarios y grupos de presión en el Foro Económico Mundial. Se reconocen a un alto nivel. La fusión de las grandes empresas y la política, digamos.

175 años después del Manifiesto, el director de ese Foro Económico Mundial dice: “El 80% de los expertos cree que vamos de crisis en crisis”. Dice que estamos inmersos en una policrisis.

Una policrisis, es decir, cuando interactúan varias crisis: crisis económica (inflación y recesión), medioambiental (climática y pandémica) y geopolítica (guerra y división internacional).

Hoy, el mundo está al borde de un gran cambio. Quizás incluso más que en 1848. La era de la globalización capitalista dominada por los Estados Unidos está llegando a su fin. El mundo se está dividiendo, con perturbaciones, en nuevos polos. Esto plantea grandes retos a la izquierda. Es hora de que la izquierda se revitalice. Para combinar la firmeza de principios con la flexibilidad, atreverse a adoptar de nuevo una posición de clase y tender resueltamente la mano a la juventud.

Doy las gracias a los organizadores de la conferencia *Por el equilibrio del mundo* por esta oportunidad de poder hablarles hoy de ello.

La policrisis

Economía

Varios líderes gubernamentales y banqueros centrales están implorando al mundo que todo vuelva pronto “a la normalidad”. Nuestras economías volverán a los niveles anteriores a la pandemia, sostienen.

Pero no es así: todo indica que la *Gran Moderación*, el periodo en que la inflación se mantuvo baja y la actividad más o menos estable, ha quedado atrás. Los tres principales centros económicos –Estados Unidos, China y Europa– se están ralentizando. Un tercio de la economía mundial podría entrar en recesión este año.

Durante años, China fue una locomotora de crecimiento en una economía mundial agotada. Pero la locomotora china se ralentiza por el fin de la burbuja inmobiliaria, los contratiempos en las cadenas de suministro y la evolución errática de la pandemia. “Por primera vez en 40 años, China no aportará crecimiento adicional al mundo”, afirma el director gerente del Fondo Monetario Internacional.

Vistas las cosas en su conjunto, la economía mundial nunca se recuperó realmente de la crisis de 2008. La élite financiera rescató entonces a los bancos privados y trasladó los costes a los trabajadores mediante drásticas medidas de austeridad. Los bancos centrales inyectaron miles de miles de millones de dinero en el sistema, pero el llamado “dinero gratis” se amontonó sobre todo en las arcas de las grandes empresas, como acelerante para más deuda y especulación.

Un año antes de Covid-19, se anunció una nueva recesión. Alemania fue entonces el primer país europeo en el que el crecimiento cayó por debajo de cero. Cuando estalló la pandemia Covid-19, el paciente ya estaba enfermo, y todo el mundo sabe que un paciente enfermo tiene menos resistencia. La economía tuvo que ir directamente a cuidados intensivos y con infusión. Le siguió otra inyección masiva de dinero público para salvarla de lo peor. Los gobiernos se endeudaron con cientos de miles de millones de euros en planes de rescate y ayudas directas.

El objetivo principal era salvar a las grandes empresas del colapso. Monopolios, compañías aéreas, fabricantes de automóviles y otros gigantes recibieron aplazamientos, garantías y montones de subvenciones. Mientras tanto, un gran número de la gente común y de pequeños independientes se hundieron.

La pandemia aún no había terminado o ya llovían pronósticos de “recuperación general” para 2021. Pero eso nunca llegó a materializarse. Porque las cadenas mundiales de suministro manufacturero se vieron perturbadas y estancadas. Los precios no dejaban de subir, incluso meses antes de la guerra en Ucrania.

Un segundo golpe siguió con la guerra. El enfermo, que nunca se había recuperado del todo, desarrolló complicaciones. Debido a las sanciones y contrasanciones económicas, tuvieron que organizar un suministro energético totalmente distinto. Los precios de la energía y los alimentos se dispararon, impulsados por el afán de lucro de los grandes monopolios. El suministro de grano de muchos países del sur se vio comprometido. Se presionó a los gobiernos para que abrieran de par en par el grifo del presupuesto militar.

Hoy en día, el endeudamiento adicional ya no puede salvar el sistema, como pudo hacerlo en las crisis bancaria y de la corona, por lo que todo el sistema financiero se enfrenta a una enorme prueba de resistencia.

Porque ahora las alarmas de la inflación suenan por todas partes. Aunque los aumentos de los precios ya han superado su “pico” de dos dígitos del 10% y más, los precios de la energía no van a

volver a la situación de antes. Ya en los próximos tres años, seguirán siendo elevados. Mientras tanto, los precios de los alimentos siguen subiendo. Los monetaristas quieren luchar contra la inflación limitando la oferta monetaria y permitiendo que suban los tipos de interés. Entonces, la política del “dinero gratis” está acabada. Los tipos de interés ultrabajos, desde hace 15 años, han llevado la deuda pública y privada a máximos insostenibles. El Foro Económico Mundial estima que Túnez, Argentina, Egipto, Ghana, Kenia, Pakistán y Turquía corren riesgo de impago a corto plazo. Así pues, los países del sur son las primeras víctimas.

Se quiere volver a pasar la factura a la clase trabajadora y al sur del planeta. Es una guerra de clases impuesta desde arriba. Se está preparando un nuevo clima general de moderación y austeridad. Tras cuatro décadas de neoliberalismo, los salarios reales han caído en picado. Se trata de una enorme transferencia entre trabajo y capital: contención salarial por un lado y beneficios fenomenales por otro. La lucha para bloquear los precios y aumentar los salarios es la primera lucha de clases económica de esta nueva era.

Geopolítica

En la Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética, China seguía siendo un extraño. No perteneció a ninguno de los dos bloques en la década de sesenta y en ocasiones fue más crítico con Moscú que con Washington. Hasta su reconciliación con Estados Unidos en 1971, China tuvo que buscar su desarrollo dentro de sus propias fronteras, desconectada del resto del mundo.

En los años setenta, China empezó a atraer capital extranjero y, a finales de los noventa, su economía estaba ampliamente integrada en el sistema capitalista mundial. Importaba materias primas, exportaba productos manufacturados y servicios, y cada vez participaba más en el comercio exterior. Echaba las bases para una Nueva Ruta de la Seda. A pesar de su rivalidad, Washington y Pekín se complementaron durante ese periodo. China se industrializó

rápidamente y Estados Unidos financierizó su economía. Ambos procesos fueron complementarios y, a finales de 2001, China se convirtió también en miembro oficial de la Organización Mundial del Comercio.

El Presidente de Estados Unidos, Barack Obama, puso fin a ese desarrollo paralelo. Con su *Pivot to Asia*, apuntó explícitamente a Pekín y amenazó con una guerra comercial. De este modo, quería impedir que China se valiera tecnológicamente por sí misma y pudiera amenazar la hegemonía estadounidense. Después de Obama, Donald Trump continuó la guerra comercial con todo tipo de medidas proteccionistas.

La administración Biden intensificó aún más la presión en octubre de 2022 y lanzó una guerra tecnológica contra China. Biden prohibió las exportaciones a China de circuitos integrados avanzados, es decir, chips, la tecnología para diseñarlos y la maquinaria para producirlos. Quiere cortar de raíz el acceso de Pekín a un futuro de alta tecnología y a la última generación de chips, necesarios para la inteligencia artificial y los sistemas avanzados de armamento, entre otras cosas.

Estas guerras comerciales y tecnológicas están profundizando la fractura del actual sistema de comercio mundial. Para asegurar su posición en la cadena industrial mundial, China y otras economías emergentes deberán establecer un sistema de comercio internacional distinto del antiguo sistema dominado por Estados Unidos. Así, la nueva Guerra Fría marca también el final de un periodo de globalización capitalista sin trabas desde los años noventa.

Mientras tanto, cada vez más países optan por una vía independiente. La gran mayoría de los países rechazan la guerra de Rusia contra Ucrania, y con razón. Pero excepto del occidente, pocos países están dispuestos a seguir la política de sanciones impuesta por Washington. Se trata de un cambio sin precedentes, una revuelta, por así decirlo, de los países no occidentales contra el orden establecido. Un nuevo grupo de “países no alineados” ya no desea

bailar al son de Estados Unidos. Así termina el breve periodo de un “mundo unipolar”, en el que Estados Unidos lo dictaba todo mediante su “globalización” controlada de la economía con el dólar como medio de pago internacional.

Aunque muchos países del Sur no se verán obligados a tomar partido, la Unión Europea parece cada vez más dependiente de Estados Unidos. Parece que Biden está enseñando a la presidenta de la Comisión Europea, Von der Leyen, todos los rincones del ring.

La guerra en Ucrania está costando muy cara. En Alemania, ochenta años de historia se han invertido en cuestión de semanas. El país invierte más de 100 mil millones de euros en el ejército. Compra mucho armamento nuevo en masa. No en Europa, sino en Estados Unidos, donde la industria armamentística vive tiempos dorados. Tras la ruptura del dique alemán, siguieron los demás. Francia, Polonia, Lituania, Dinamarca, Suecia y Bélgica: todos aumentan su gasto militar y compran nuevos equipos a Estados Unidos. Para pagarlo, están reduciendo todo tipo de proyectos de inversión pública y bloqueando los salarios. Una guerra militar en el exterior y una guerra social en el interior: son las dos caras de la misma moneda.

Estados Unidos ha obligado a los europeos a romper los contratos de gas con Moscú y buscar alternativas, entre ellas: el carísimo gas de esquisto estadounidense. En otoño del año pasado, el precio de un cargamento cisterna de gas licuado estadounidense pasó de 60 millones de euros por travesía del Atlántico a entre 200 y 300 millones de euros. Los monopolios energéticos estadounidenses hacen caja y la industria europea gime. Estados Unidos también está golpeando a empresas europeas de alta tecnología, como ASML en Holanda y Carl Zeiss en Alemania, con su embargo de chips contra China.

Para Washington, esto sigue siendo insuficiente. Está inyectando fortunas en un nuevo proteccionismo. Con la Ley de Reducción de la Inflación, Biden va a subvencionar a las empresas con nada menos que 370.000 millones de dólares en los próximos 9 años.

Este “programa de protección del clima”, como lo denomina el gobierno estadounidense, ofrece enormes incentivos a la compra de coches eléctricos y baterías fabricados en Estados Unidos.

Si a esto se añaden los precios prohibitivos de la energía en Europa, se entiende por qué empresas de alto consumo energético y gigantes químicos como BASF y Tata Chemicals se plantean trasladar parte de su producción a Estados Unidos. El fabricante sueco de baterías Northvolt también podría aparcar sus planes de expansión en Alemania para invertir más en Estados Unidos. Washington quiere subvencionar a Northvolt con bolsas de dinero para este fin. Estados Unidos alimenta la desindustrialización del continente europeo y lo hace abiertamente.

Europa reacciona con tibieza o no reacciona en absoluto, y Bruselas corre cada vez más detrás de Washington. Los partidarios de una Unión Europea independiente están a la defensiva, pero aún no han dicho su última palabra.

Las placas tectónicas del mundo tiemblan. En un futuro previsible, dos de las tres mayores economías del mundo serán asiáticas: China e India. Una potencia emergente que desafía la hegemonía regional o internacional de una potencia establecida, como China en la actualidad, se denomina la *trampa de Tucídides*. Esa trampa sacude el mundo. Pero el actual sistema de endeudamiento también podría sacudir el mundo. ¿Y si China ya no se deja, no puede o no quiere participar en el sistema de la gran deuda? ¿Y ahora qué?

Sin embargo, el mundo bipolar no es la única opción posible. La propia China no pide un mundo bipolar de dos bloques. Quiere seguir su propio camino de estabilidad y continuar participando en el comercio mundial. Muchas fuerzas en otras partes del mundo también luchan por su propio desarrollo y desean un mundo multipolar. Apoyamos esa vía para afrontar los grandes retos del tercer milenio: la paz, la lucha contra la desigualdad, la degradación del clima, la salud mundial.

Los retos de la izquierda

Las crisis no conducen automáticamente a una toma de conciencia social o a un giro a la izquierda. Lo sabemos.

Mucha gente busca seguridad y replegarse sobre sí misma. A menudo han desaparecido las mentalidades emancipadoras y falta perspectiva. Es un caldo de cultivo ideal para el pesimismo y el derrotismo, y en ese campo les gusta arar a todo tipo de charlatanes de extrema derecha para presentarse como el nuevo Mesías.

No es un periodo fácil para la izquierda. Pero hay muchas posibilidades si la izquierda se atreve a revitalizarse, a volver a partir de los principios, a ser flexible, a apelar a la clase trabajadora y a apostar por los jóvenes. Así lo vemos nosotros, desde nuestra humilde experiencia en un pequeño país de Europa. Un pequeño país del que no solo proceden el saxofón y los Pitufos, sino también la sede de la OTAN y la de la Comisión Europea.

Tener principios

Nuestro partido, el PTB, ha crecido significativamente en la última década. Desde el Congreso de Renovación de 2008, el partido ha pasado de 2.800 afiliados a 25.000. Con el 8% de los votos en todo el país, contamos con 12 escaños en el Parlamento federal y 1 escaño en el Parlamento Europeo. En el contexto europeo, estos avances son más bien una excepción para un partido marxista.

También con nosotros, en Bélgica, la cultura política de la corte está en crisis. De repente, los comunistas están en el Parlamento. Amenazan la cultura del nosotros-conocemos-nosotros. Y luego hay un montón de mecanismos para domesticar a los partidos rebeldes. A los diputados se les paga desproporcionadamente con la conciencia de que quienes se hacen dependientes de las estructuras de poder estarán menos dispuestos a denunciarlas y cambiarlas. La presión es para quedarse en la pequeña burbuja parlamentaria,

entre académicos, todos bien vestidos, todos revolcándose en su propio derecho, lejos del mundo real.

¿Cómo lo afrontamos? Partimos del principio de que solo se puede cambiar el balance de poder sobre el terreno mediante un proceso de acción social, organización y sensibilización. Todos nuestros ejecutivos y todos nuestros diputados deben pasar al menos la mitad del tiempo sobre el terreno, en el mundo real. El trabajo parlamentario está en función de la lucha social y no al revés. Nuestros ejecutivos y diputados también viven todos con el salario de un trabajador medio. Remiten el resto de sus ingresos al partido. Porque como decimos: “Quien no vive como piensa, pronto pensará como vive”.

Posiblemente más importante: el grupo parlamentario no toma las decisiones en nuestro partido. El grupo parlamentario no está elaborando nuestra posición sobre la pandemia, la crisis energética o la guerra. Son los órganos electos del partido los que lo hacen, tras un debate sereno. Los parlamentarios no están “por encima” de otros militantes del partido; están al servicio del partido. Es una cuestión de principios.

En un mundo en el que los gritones de la derecha intentan ahogarlo todo, la izquierda no puede avanzar a menos que parta de algunos anclajes o principios de izquierdas sólidos, pensamos. Una piedra angular en esto es: hacer cada vez un análisis profundo de la situación, un análisis sobrio desde una perspectiva marxista. Si te saltas ese paso, vas a golpear en todas direcciones. Adoptar una posición de clase, esa es la base.

No siempre es fácil. Cuando los tanques rusos invadieron Ucrania, todo el mundo tuvo que posicionarse. Existe el derecho de defensa frente a injerencias externas. Claro que las hostilidades ya habían comenzado desde 2014, pero eso no altera el hecho de que la incursión rusa va en contra de todo el derecho internacional. Pero también quedó claro rápidamente que la guerra tiene una doble naturaleza, una cabeza de Jano por así decirlo. Una guerra defensiva contra la invasión rusa, por un lado. Por otro lado, una

guerra por poderes de Estados Unidos y la OTAN contra Rusia. Esa guerra de poder inclina la situación. Al principio, la histeria bélica en Europa era enorme: todos tenían que marchar ciegamente con las órdenes del Pentágono. Cualquier otro punto de vista era vilipendiado y marginado. Fue un poco como la Primera Guerra Mundial en 1914, cuando había que aprobar créditos de guerra en todas partes.

En esos momentos, es muy importante hacer un análisis exhaustivo y dedicar tiempo y espacio al debate sobrio en el partido. Sobre esa base, no aprobamos los presupuestos adicionales para el ejército. Votamos contra la política de sanciones y contra el suministro de armas. Y apoyamos activamente el desarrollo del movimiento pacifista, *Europa por la Paz*. A menudo estábamos solos en el Parlamento. Pero es mejor ir contra corriente a corto plazo que ir contra la historia a largo plazo.

Ser flexible

Esto me lleva directamente a nuestra segunda premisa: ser flexibles. Porque aunque tener principios es crucial, no es suficiente. Los que solo se aferran a los principios se vuelven rígidos. No basta con tener razón, es esencial también obtener razón y cambiar las cosas.

La cuestión de la guerra es vital. Se presionó a nuestro partido para que siguiera votando a favor de las resoluciones, para “no aislarnos” y “no dejar que se destruya lo que se ha construido en los últimos años”. Entonces es importante mantener la cabeza fría y confiar en la sólida unidad del partido en torno a los principios. Pero eso no basta. No podemos contentarnos con sentarnos en una silla y verter “grandes verdades” sobre las cabezas de la gente. No funciona así.

Hemos visto que a algunos movimientos ultra-izquierdistas les gusta atrincherarse en su propia burbuja, no tienen ningún sentido político de la situación y proporcionan con seguridad algunas

consignas gratuitas desde detrás de sus escritorios. Según esa gente, no puede ser suficientemente de izquierdas. Hay que hacer esto y hay que hacer lo otro, suena entonces. Pero no se responde a la presión de la derecha con retórica ultra-izquierdista. Se responde entablando un debate, argumentando, educando, convenciendo, escuchando y teniendo paciencia, sobre la base de una firme posición de clase propia.

Existe una distinción entre estrategia y táctica. Pensamos en la estrategia para saber adónde queremos ir, cuáles son nuestros objetivos a largo plazo, cómo queremos alcanzarlos, quiénes son los aliados y los adversarios. Pensamos en tácticas para encontrar el camino mejor adaptado y métodos para progresar en esa dirección. No saldremos adelante vertiendo nuestro “programa completo” sobre la gente. Creemos que la izquierda debe dominar el arte de conmover tanto las mentes como los corazones. La *mente* y el *alma*. Ocurre cuando la gente vive experiencias propias, cuando respalda una causa, se mueve, se organiza y surge la acción o la lucha social. Por lo tanto, es esencial tener en cuenta el equilibrio de poder existente, el nivel de conciencia.

En Europa, la guerra y la especulación provocaron grandes subidas de los precios de la energía. Esto es lo que la gente siente a diario. Abogamos por sacar el sector energético de las manos de las empresas monopolísticas, que hoy imponen precios desorbitados e imposibilitan una verdadera transformación verde. Estamos haciendo campaña por ese cambio. Pero, al mismo tiempo, también hemos abierto “mostradores de energía” para las personas que tienen problemas con sus facturas energéticas. Al hacerlo, intentamos ayudar, de forma muy concreta, y preferiblemente buscamos soluciones colectivas. Esa ayuda tangible también refuerza nuestra campaña política.

Para nosotros, los principios y la flexibilidad van de la mano. Un partido flexible es aquel que sabe adaptarse a las circunstancias en las que opera. La táctica es parte integrante del marxismo. Las tácticas sensatas saben cuándo atacar y cuándo defender. Pero

la táctica siempre es secundaria con respecto a la estrategia. Nuestra intención sigue siendo siempre avanzar hacia nuestro objetivo estratégico de socialismo. Nuestra táctica debe tirar hacia arriba y no hacia abajo.

Clase trabajadora y jóvenes

La última cuestión es la de las fuerzas del cambio. ¿En qué fuerzas nos apoyamos para forzar el cambio? La clase obrera, escribieron Marx y Engels en su *Manifiesto Comunista*. Hoy en día, el mundo está mucho más industrializado que entonces. Creemos que ha llegado el momento de volver a partir con orgullo de la política de clases.

Con la crisis de la corona, quedó claro: ni los mercados hacen girar el mundo, ni la bolsa hace rotar la tierra, ni la clase charlatana saca las castañas del fuego. Es la clase trabajadora: los que venden su mano de obra a cambio de un salario, los que trabajan en las granjas y en los campos, los que procesan la carne, los que distribuyen las mercancías con camiones y trenes, los que cargan y descargan los barcos, los que llenan las estanterías, los que llevan los paquetes, los que organizan la asistencia.

Pero con la misma rapidez con que se olvidó el coronavirus, también se olvidó a la clase trabajadora. E inmediatamente la política de clases también. Para nosotros, un partido de izquierdas debe dar un lugar central en sus filas, así como en su dirección, a las trabajadoras y a los trabajadores. Y basar su política en el interés de clase de la amplia clase trabajadora. Creemos que esto debería ser obvio, pero no lo es.

Cada vez hay más movimientos que ya no hacen análisis económicos. Que ya no hablan de la “clase trabajadora”, sino solo del “centro” y de la llamada “clase media”. Se acabó el análisis de clase, se acabó la producción, se acabó el taller y se acabaron los héroes de la crisis corona. Y una vez que se ha mostrado la puerta a todas las distinciones de clase, todo tipo de debates identitarios

se pasean por el discurso dominante. Se avivan todas las posibles contradicciones reales e irreales y, antes de que uno se dé cuenta, la gente corriente se está gritando a los cuatro vientos.

Creemos que ha llegado el momento de volver a adoptar una posición de clase. Sería absurdo dejar la *clase trabajadora* a los trumpistas, bolsonaristas, voxianos u otros cazarratas de extrema derecha de Hamelin. Sí, luchamos contra el racismo, sí, luchamos contra el sexismo, sí, condenamos todas las formas de exclusión. Pero siempre lo hacemos desde la perspectiva de fortalecer y solidificar la fuerza y la unidad de la clase trabajadora. Una clase trabajadora dividida no puede ganar. Ni antes, ni hoy.

Para nosotros, no solo es fundamental la clase trabajadora, sino también la juventud. Quien vive, envejece, es una ley de la naturaleza. Pero al mismo tiempo: tu organización, partido, sindicato o movimiento social no debe envejecer. Así que tienes que ser activo con eso.

La juventud lleva el futuro. La juventud no está inhibida por el poder de la costumbre, por la rutina o por el peso del pasado. El entusiasmo juvenil es liberador y una fuente de compromiso y contestación. Los jóvenes aún no están anidados en una situación familiar concreta. Tienen el valor de desafiar lo aparentemente inmutable. No es casualidad que la juventud haya desempeñado un papel importante en los grandes movimientos de masas del siglo pasado. Pensemos en la revolución cubana, la resistencia antifascista, la lucha contra el colonialismo, el movimiento contra la guerra de Vietnam, el movimiento por los derechos civiles, el movimiento de Mayo del 68, *Occupy Wall Street*, *Black Lives Matter*, las huelgas mundiales de los viernes por el clima...

Nos hace falta los jóvenes para aprender de los jóvenes. Aprender de su energía, de su entusiasmo y de sus técnicas de organización y comunicación. Hoy nos encontramos en medio de la cuarta ola industrial. Inteligencia artificial, redes dinámicas, robotización omnipresente, lo que sea. En los diez mil años de desarrollo técnico desde la revolución agrícola, las generaciones mayores

han transmitido pacientemente sus conocimientos y experiencia a las generaciones más jóvenes. Pero lo que se enseña hoy suele estar obsoleto dentro de 20 años. El ritmo del cambio es tan rápido que los adolescentes tienen que enseñar a sus padres las últimas técnicas digitales. Esto no se ve y causa muchos disgustos. Pero sitúa a la juventud en primera línea de esta tormentosa evolución.

Gracias por permitirme hablar hoy ante ustedes sobre la polícrisis y los retos para la izquierda. En este planeta, mucha gente busca una respuesta justa, social y ecológica a la polícrisis. Cuanto más intentan los distintos movimientos hacer realidad su sueño de progreso social y justicia, más se topan con los límites del capitalismo. Creemos que el socialismo es necesario para garantizar una realización social, ecológica y democrática duradera y profunda. El socialismo es necesario para integrar el cambio sostenible, para situar los problemas humanos y medioambientales en el centro, y para poner a los propios creadores de riqueza al volante de la sociedad. El socialismo 2.0 es nuestra alternativa a un mundo en el que lo primero son las personas y no los beneficios, un mundo que funcione al ritmo de las personas, no del beneficio.

Gracias.

La Declaración de La Habana sobre el Nuevo Orden Económico Internacional

El 27 de enero delegados de más de 25 países de todo el mundo se reunieron en La Habana para trazar el rumbo hacia el Nuevo Orden Económico Internacional. Esta es su declaración final.

El Congreso de La Habana:

Recordando el papel de la Revolución Cubana en la lucha por unir a las naciones del Sur del mundo y el espíritu de la Conferencia Tricontinental de La Habana de 1966, que convocó a los pueblos de Asia, África y América Latina para trazar un camino de liberación colectiva frente a las graves crisis mundiales y el sometimiento imperial sostenido;

Escuchando los ecos de esa historia hoy, cuando las crisis del hambre, la enfermedad y la guerra abruman de nuevo al mundo, agravadas por un clima que cambia rápidamente y las sequías, inundaciones y huracanes que no solo amenazan con agudizar los conflictos entre los pueblos, sino que también amenazan con la extinción de la humanidad en general;

Reconociendo el logro de la lucha anticolonial y las victorias obtenidas al combinar un programa de desarrollo soberano en el interior, la solidaridad para la liberación nacional en el exterior y un

fuerte bloque del Sur para conseguir concesiones a sus intereses, que culminó con la adopción de la Declaración de la ONU sobre el Establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI);

Aceptando que el proyecto de descolonización sigue incompleto, perturbado por los ataques concertados contra la unidad del Sur en forma de guerras, golpes de estado, sanciones, ajuste estructural y la falsa promesa de que el desarrollo soberano podría ganarse mediante la integración en un sistema mundial jerárquico;

Enfatizando que el resultado ha sido la divergencia sostenida entre el Norte y el Sur, caracterizada por la misma dinámica que definió el orden económico internacional cinco décadas antes: la extracción de recursos naturales, el cercamiento de la “propiedad intelectual”, el saqueo del ajuste estructural y la exclusión del sistema multilateral.

Reconociendo que, a pesar de estos reveses, la llama de la resistencia del Sur no murió; que la búsqueda del desarrollo soberano ha producido logros sin precedentes –desde la alfabetización masiva y la asistencia sanitaria universal, hasta la mitigación de la pobreza y la innovación médica– que permiten hoy una campaña renovada de cooperación del Sur;

Destacando que este potencial de unidad del Sur se percibe como una amenaza para las potencias del Norte, que pretenden una vez más preservar su posición en la jerarquía del sistema mundial mediante mecanismos de exclusión económica, coacción política y agresión militar.

Aprovechando la oportunidad de la actual coyuntura histórica, en la que la crisis del sistema mundial existente puede afianzar las desigualdades o bien alentar el llamado a reclamar el protagonismo del Sur en la construcción de un nuevo orden mundial basado en la justicia, la equidad y la paz.

El Congreso de La Habana llama a:

- *Renovar el Movimiento de Países No Alineados:* Ante las crecientes tensiones geopolíticas nacidas de un cambio decisivo en el equilibrio de poder mundial, el Congreso llama a resistir la tentación de la nueva Guerra Fría y a renovar el proyecto de no alineamiento, basado en los principios de soberanía, paz y cooperación articulados en la Conferencia de Bandung de 1955, la Conferencia de No Alineados de 1961, la Conferencia Tricontinental de 1966 y más.
- *Renovar el NOEI:* Para acompañar al renovado Movimiento de los No Alineados, el Congreso llama a renovar la visión de un Nuevo Orden Económico Internacional adaptado al siglo XXI; una visión que debe inspirarse en la Declaración original, pero también tener en cuenta los temas clave – desde la tecnología digital al colapso ambiental– que definen las condiciones actuales para el desarrollo soberano; y a consagrar esta visión en una nueva Declaración de la ONU con motivo de su 50 aniversario.
- *Afirmar el Poder del Sur:* El Congreso reconoce que la liberación económica no será concedida, sino que debe ser conquistada. Al igual que el llamado original a un Nuevo Orden Económico Internacional se consiguió mediante el ejercicio del poder colectivo en la producción coordinada de petróleo, nuestra visión actual solo puede hacerse realidad mediante la acción colectiva del Sur y la formación de instituciones nuevas y alternativas para compartir tecnología esencial, hacer frente a la deuda soberana, impulsar la financiación del desarrollo, enfrentar juntos futuras pandemias, así como coordinar posiciones en la acción climática internacional y la protección de la soberanía nacional sobre la extracción de recursos naturales.
- *Acompañar a Cuba en el G77:* El Congreso reconoce la valiosa oportunidad que brinda la presidencia de Cuba en el Grupo

de los 77 más China para sacar al Sur de la crisis actual y canalizar las lecciones de su Revolución hacia propuestas concretas e iniciativas ambiciosas para transformar el sistema internacional más amplio.

- *Construir un Bloque Planetario:* El Congreso llama a todos los pueblos y naciones del mundo a unirse a esta lucha por alcanzar definitivamente el Nuevo Orden Económico Internacional; a construir un bloque planetario dirigido por el Sur y reforzado por las solidaridades del Norte, cuyos pueblos reconozcan su obligación de resistir a los crímenes cometidos en su nombre; y a llevar el espíritu de este Congreso de La Habana a las comunidades que llamamos hogar.

El proyecto de este volumen surge luego de la celebración en La Habana del Congreso del Cincuentenario sobre el NOE (El equilibrio del mundo, La Habana, enero de 2023), evento que reunió a destacados académicos, diplomáticos y legisladores de treinta y seis países, organizado por la Internacional Progresista (IP) y del que CLACSO participó. En colaboración, IP y CLACSO deciden con esta publicación no solo recordar y reflatar los principios que impulsaron a la declaración del NOEI en aquel entonces, sino analizar de manera crítica por qué estos principios siguen siendo útiles hoy en día para para transformar las situaciones de injusticia y construir herramientas teóricas en un ejercicio incesante que liga la teoría con la práctica.



**PROGRESSIVE
INTERNATIONAL**



CLACSO

